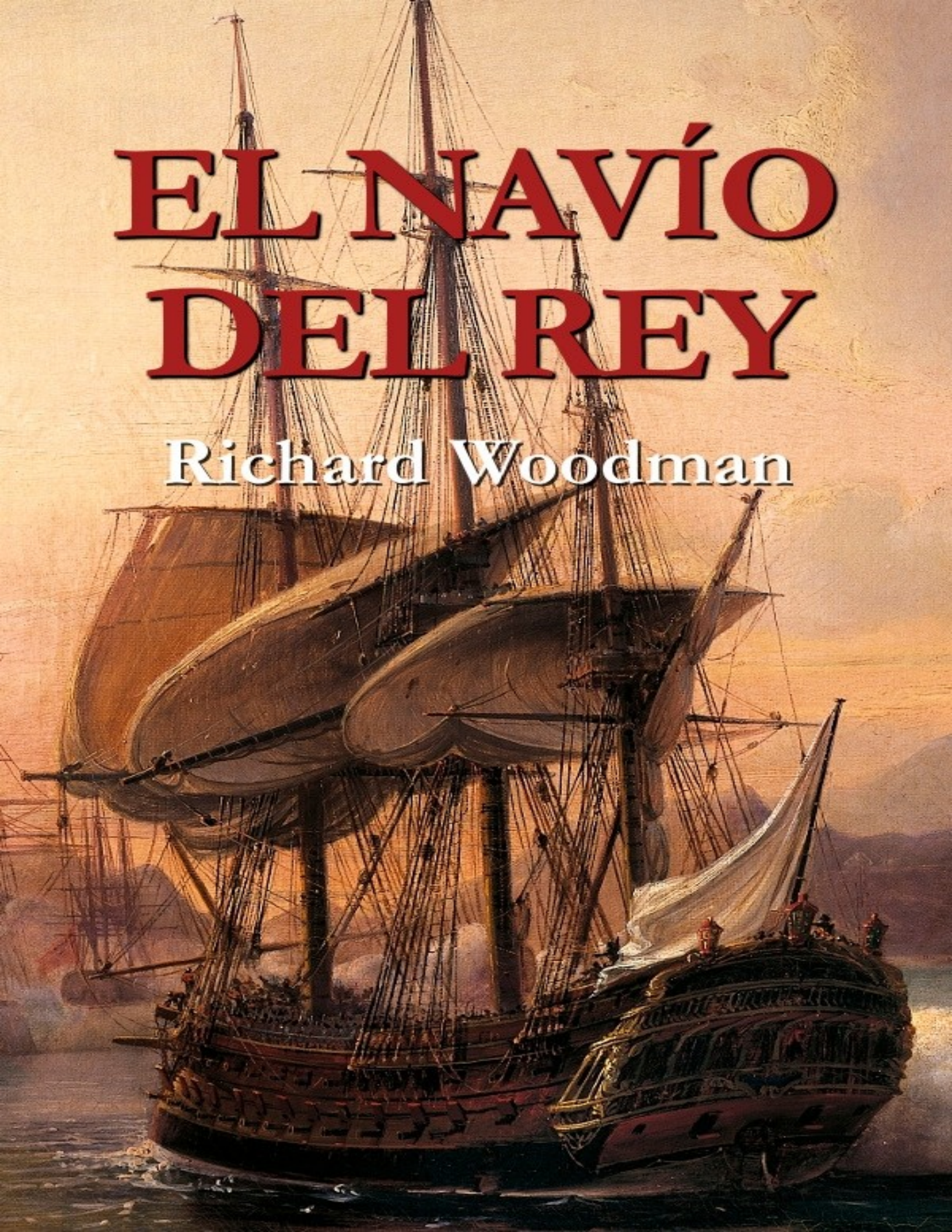


EL NAVÍO DEL REY

Richard Woodman



Octubre de 1792. Nathaniel Drinkwater ha pasado once años en la Trinity House después de que su nombramiento como teniente de la Armada Real Británica no se ratificara. Ahora, cuando creía que su carrera se había estancado, le llega una nueva oportunidad; el antiguo primer teniente de la *Cyclops*, Lord Dungarth, le reclama de vuelta para una misión muy especial: a bordo del *Kestrel*, cúter de doce cañones comandado por el singular Madoc Griffiths, deberá llevar a cabo una serie de operaciones secretas en las costas de la Francia revolucionaria.

A medida que Europa se precipita hacia la guerra, el *Kestrel* participará en la lucha por el control del Canal de la Mancha y Drinkwater se cruzará por primera vez con el siniestro y escurridizo Edouard Santhonax, agente del Directorio y enemigo acérrimo de los británicos.

Un motín generalizado que pretendía paralizar a la Armada Real, desembocará en la famosa batalla naval de Kamperduin, donde británicos y holandeses, estos últimos instigados por agentes de la vecina Francia, se enfrentarán en una batalla naval épica; y donde nuestro protagonista y Santhonax se enfrentarán finalmente cara a cara en un duelo singular.

Richard Woodman

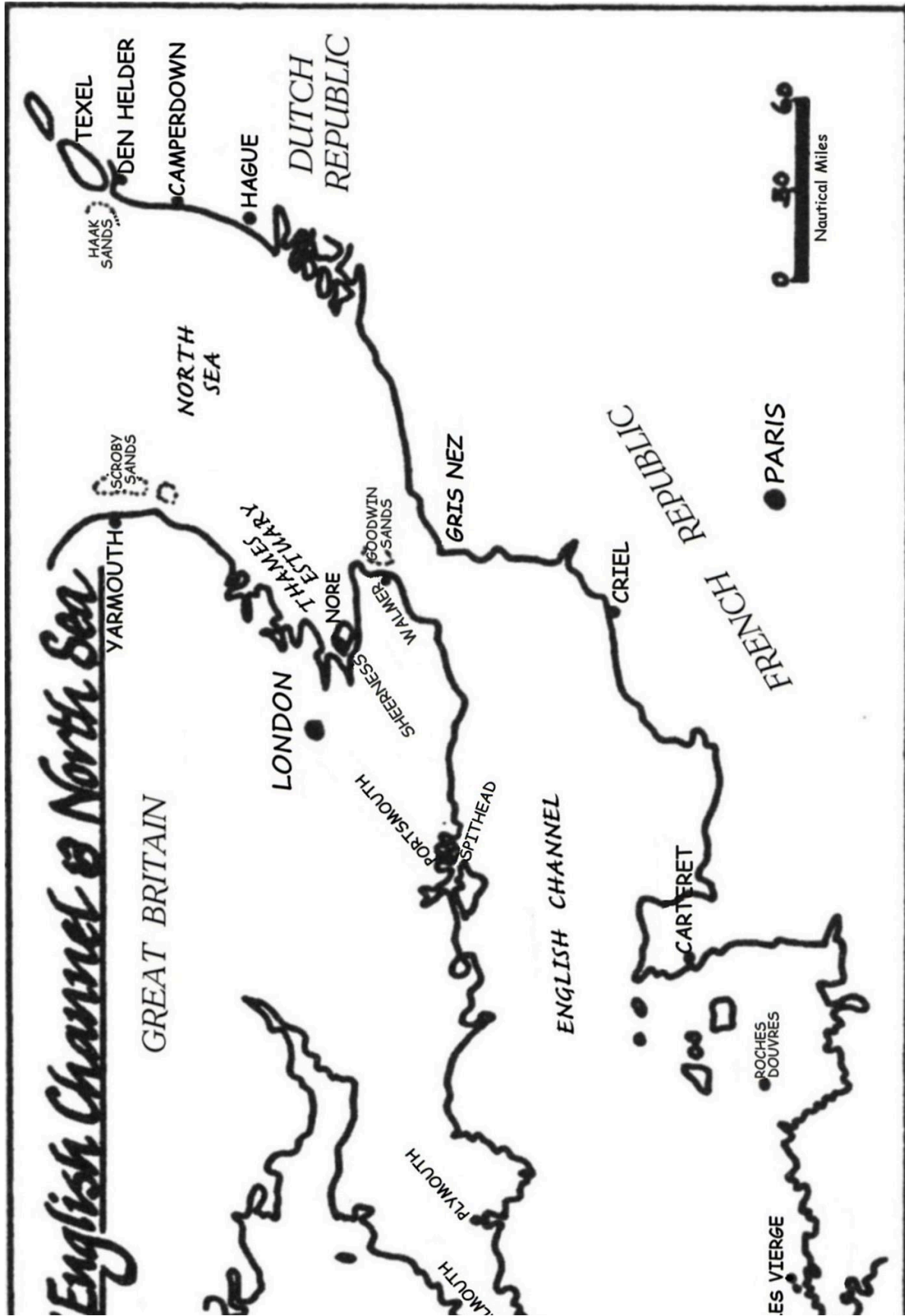
El navío del rey

Nathaniel Drinkwater - 2

Para la tripulación del cúter *Kestrel*

PRIMERA PARTE

El Canal de la Mancha



The



IL

Ushant • 2

Capítulo 1

Octubre-noviembre 1792

La mano del titiritero

—Usted será —dijo Lord Dungarth, levantando las manos para enfatizar sus palabras— como la mano de la marioneta: no sabrá lo que el titiritero pretende, cómo se manipulan las cuerdas o por qué se le ordena que haga lo que deberá hacer. Y también, al igual que esa mano, se limitará simplemente a ejecutar las instrucciones que se le den de manera eficaz. Usted ha sido especialmente recomendado por su eficacia, Nathaniel...

Drinkwater parpadeó por el reflejo de la luz del sol que recortaba las siluetas de los dos condes. Más allá de las ventanas se veían las oscuras sombras de la flota del Canal anclada en las brillantes aguas de Spithead. Bajo sus pies sintió la enorme mole del *Queen Charlotte* meciéndose con la marea. Durante un par de segundos analizó la proposición en su mente. Tras seis años como suboficial en los buques balizadores de la Trinity House, al menos conocía el Canal, aunque la misión precisa del cúter armado *Kestrel* no le había sido revelada. Él había desempeñado labores de teniente provisional once años antes, cuando aún esperaba grandes cosas de su carrera. Pero ahora tenía más experiencia, estaba casado y ya casi demasiado mayor para seguir creyendo en las probabilidades de tener la fulgurante carrera en la Armada Real que un día le pareció posible. Había encontrado un empleo satisfactorio trabajando para la

Trinity House, pero no podía negar que el pulso se le había acelerado cuando Dungarth le explicó que había sido seleccionado para un servicio especial a bordo de un cúter directamente bajo órdenes del Almirantazgo. Su segundo interlocutor les dio mucha importancia a las implicaciones de esta misión.

—¿Bien, señor Drinkwater? —La profunda voz del conde Howe dirigió la atención de Drinkwater a las toscas facciones del almirante que mandaba la flota del Canal. Tenía que hacerse a la idea.

—Es un honor para mí aceptar, milords.

Lord Dungarth asintió con satisfacción.

—Me complace enormemente, Nathaniel, enormemente. Y sentí mucho que perdiera sus posibilidades de promoción al morir Hope.

—Gracias, señor. Tengo que admitir que fue un trago amargo. —Y sonrió, intentando con ello olvidar todo lo que había pasado desde que se había encontrado por última vez con Dungarth. Se preguntó si él habría cambiado tanto como John Devaux, anteriormente primer teniente de la fragata *Cyclops*. Algo más que el acceso por sucesión al título había afectado al conde; no era posible que solamente eso hubiera hundido la vivacidad y la fuerza de aquel hombre. Sí que podía haber causado la nueva introspección de milord, pero no ese toque de implacabilidad que coronaba todas sus afirmaciones. Y eso mismo era lo que parecía desprenderse de sus nuevas y misteriosas obligaciones.

Un mes después, Drinkwater ya había recibido sus órdenes y su nombramiento provisional. La despedida de su mujer lo había afectado profundamente. Si tenía algún recelo sobre su traslado de un buque balizador a un cúter armado, Elizabeth no lo había expresado. No era propio de ella intentar apartarlo de su misión, ya que ella lo había amado por su carácter eufórico y lo había visto languidecer cuando la Armada Real le falló. Lo que no pudo evitar fueron las lágrimas que acompañaron su partida.

Su llegada a bordo del cúter se había mantenido todo lo secreta posible. Una neblina de finales de octubre cubría las marismas de Tilbury mientras buscaba un bote dando traspiés entre las estacas negras que surgían, rezumantes del lodo, siguiendo la marca que señalaba la profundidad del agua. Acumulaciones de algas y paja, trozos de madera podrida y los detritos de la civilización flotaban a lo largo de la orilla del invisible Támesis. En algún lugar de la zona de Hope encontró un hombre y un bote y ambos habían remado sobre la superficie gris y cristalina, dejando atrás una boya de amarre que se mecía y gorgoteaba con la marea. Un cormorán levantó el vuelo desde el muelle salpicado de blanco y, por encima de sus cabezas, un pálido sol se abría paso lentamente para disipar las gotas nacaradas de vapor.

El espejo de popa del cúter escapaba a la niebla, los cabos para los botes colgando sobre la marea desde los pescantes de popa. Pudo ver brevemente como en la popa estaban talladas unas hojas de roble y un nombre: *Kestrel*. Después subió a bordo donde se fijó en la gran cantidad de gente haraganeando en la cubierta, en el enorme mástil, la botavara y la cangreja y en la blanca enseña de San Jorge que se veía desconsoladamente decaída en la popa. Un hombre bajo y que parecía enérgico irrumpió en la cubierta. Tenía unos cuarenta años, cejas sobresalientes y unas maneras bruscas, aunque no maleducadas. Transmitía una impresión de eficiencia.

—¿Puedo ayudarle, señor? —Sus ojos azules le recorrieron con una mirada atenta.

—Buenos días. Mi nombre es Drinkwater, teniente provisional. ¿Hay algún bote fuera? —dijo señalando con la cabeza a popa, hacia los pescantes vacíos.

—Sí, señor. El chinchorro ha ido a Gravesend. Le estábamos esperando.

—Mi baúl está en el fuerte de Tilbury. Por favor, haga que lo traigan a bordo lo antes posible.

El hombre asintió.

—Soy Jessup, señor, el contramaestre. Le mostraré su camarote. —Se giró hacia la popa y saltó al primer peldaño del tambucho. Al final de la escala Drinkwater se encontró en un pequeño vestíbulo. Tras esta había un armero lleno de mosquetes Tower y alfanjes que brillaban débilmente. Justo delante de ellos había cinco puertas endebles. Jessup indicó la primera de ellas—. La cámara principal, los aposentos del capitán... que está en tierra ahora mismo. Esta de aquí es la suya. —Abrió una puerta a estribor y Drinkwater entró.

Los camarotes de popa del *Kestrel* estaban situados entre la bodega y la bocina del timón. La escala por la que ellos habían bajado abandonaba la cubierta justo por delante de la caña del mismo. Frente a la base de la escala estaba la puerta de la cámara principal que ocupaba todo el ancho del barco. Las otras cuatro puertas daban acceso a minúsculos camarotes en los que el Almirantazgo había previsto que se alojaran los oficiales del cúter. Los dos situados más a popa eran meros espacios minúsculos llenos de todo tipo de objetos y claramente no estaban habitados. Los otros dos sí. Su camarote estaba a estribor. Jessup le dijo que el de babor era «para pasajeros», evitando así que le interrogara más en profundidad sobre él.

Drinkwater entró en su alojamiento y cerró la puerta. El espacio no tenía ni una silla. Una pequeña estantería estaba fijada al mamparo de pino. Una reducida mesa plegable estaba encajada junto a la estantería y a la vez servía como ingeniosa tapa para un armarito que contenía un cubo para hacer las necesidades por la noche. Un estante para una jofaina y una taza de peltre, aunque el camarote no disponía de ninguna de ellas y tres colgadores tras la puerta completaban el mobiliario del camarote. Subió a cubierta.

La visibilidad había mejorado y ya podía ver la línea de la costa de Kent. Se acercó a Jessup para preguntarle si el bote ya había regresado.

—Sí, señor, ha regresado y ha vuelto a marcharse. Lo he enviado a Tilbury a por su equipaje.

Drinkwater se lo agradeció, ignorando el escrutinio al que le sometieron los marineros de proa.

—Tal vez sería tan amable de mostrarme la cubierta —dijo Drinkwater tras carraspear.

Jessup asintió y caminó hacia la proa.

El enorme bauprés se introducía a bordo a través de la cadena de la trinka de la roda y se estibaba en enormes piezas de madera que se incorporaban al eje del cabrestante. Detrás había una escala que subía al castillo de proa, un gran espacio oscuro que llegaba hasta más allá del palo mayor, elemento que se elevaba desde la cubierta rodeado de batayolas, cornamusas, motones de retorno y rollos de cuerda.

—¿Cuántos hombres podemos albergar, señor Jessup?

—Una tripulación completa de cuarenta y ocho hombres, cuarenta y dos en este momento... Aquí está la escotilla, señor, con una plataforma incorporada. No da paso a una verdadera entrecubierta. Solemos usar ese espacio como almacén para los coyotes y las velas y como bodega.

Jessup deslizó la mano por la regala del esqui de babor que servía para calzar la escotilla. Ambos siguieron adelante en dirección a popa. Drinkwater se fijó en que la tablazón estaba llena de marcas y muy gastada.

—Los barcos se están empleando a fondo, por lo que veo.

Jessup emitió una breve carcajada.

—Sí, señor. A fondo.

Tras la escotilla estaban la chimenea de la cocina, las claraboyas de los camarotes y la escala, coronada por la bitácora de latón. Y, finalmente, la gigantesca caña curvada que dominaba la cubierta de popa, con el talón asegurado en el extremo superior de la mecha del timón, forrado de metal, que terminaba en una cabeza de halcón tallada en la madera, de ahí el nombre del barco^[1].

Jessup pasó la mano posesivamente por la orgullosa curva del saltillo de proa y señaló con la cabeza una pequeña escotilla con un candado, rodeada de rejillas, que llevaba al hueco de la roda.

—La escotilla de la santabárbara. —Se volvió hacia delante señalando los cañones—. Artillamos doce cañones, señor. Diez piezas de tres libras y dos piezas largas de bronce de cuatro libras a proa; disparamos andanadas que ascienden a diecinueve libras. El barco tiene setenta y dos pies de eslora en la cubierta de cañones y pesa alrededor de ciento veinticinco toneladas... —Jessup dejó que su voz se apagara, aún con una mirada llena de recelo que intentaba evaluar al recién llegado—. ¿Ha navegado antes en algún cúter, señor?

Drinkwater lo miró. Se iba a delatar si daba muchos detalles. Pensó en el buque balizador *Argus*. Ahora era el momento de mostrarse enigmático.

—Por todos los cielos, claro, señor Jessup. He servido largo tiempo en diferentes cúteres. Seguro que no veréis en mí carencias en ese sentido.

Jessup sorbió por la nariz. De alguna forma esa acción le concedió a Jessup el derecho a pronunciar la última palabra, como si con ello indicara que sabía secretamente que Drinkwater no podía formar parte de todo aquello. Aún.

—Pues este es el barco, señor, con todas sus trampas. —Jessup caminó hasta el costado del barco como para reafirmar lo que acababa de decir. Y, para sellar la ventaja que tenía sobre el recién llegado, escupió con fuerza a las tranquilas aguas del Támesis.

Poco antes del mediodía del día siguiente, el capitán subió a bordo. El teniente Griffiths se quitó el sombrero, le lanzó una mirada de apreciación al barco y olfateó el viento. Respondió al saludo de Drinkwater con un gesto de cabeza. El teniente era alto y de hombros caídos, sus facciones tristes estaban coronadas por una melena leonina de pelo blanco que le proporcionaba, a sus sesenta y tantos años, un aire patriarcal. El galés de atípicos silencios parecía personificar algún tipo de espíritu antiguo, algo celta, cimbérico o incluso gnómico. Nacido en Caernarfon, había servido como

ayudante en los barcos negreros de Liverpool antes de ser reclutado por la leva forzosa para la Armada. Al servicio del rey había ascendido gracias simplemente a su habilidad y había conseguido escapar a ese grado de intolerancia que cultivaban la mayoría de sus antiguos compañeros de rancho y que había estropeado la carrera de muchos. Lord Richard Howe le había otorgado su nombramiento tras declarar que no había ningún hombre más adecuado para ascender en la Armada Real que Madoc Griffiths, un hombre que Su Señoría calificó con la curiosa expresión de «ornamento para su profesión». Dejando aparte su particular forma de expresarse, «Dick, el Negro» tenía razón. Como Drinkwater aprendería en los días venideros, no había ninguna faceta de las actividades que se realizaban en el cúter que su nuevo oficial no dominara a la perfección. Su primera y superficial impresión de que su nuevo superior iba a ser una reliquia rayando la jubilación quedó casi instantáneamente descartada.

El recibimiento que le dio a Drinkwater fue cauteloso. En un silencio que resultaba desconcertante, Griffiths examinó los papeles de Drinkwater. Después se echó hacia atrás y examinó con toda la calma del mundo al hombre que tenía delante.

Drinkwater, al que solo le faltaba una semana para cumplir los veintinueve, era enjuto y de estatura media. Su tez curtida hablaba de un trabajo continuo en el mar. Los ojos grises eran atentos e inteligentes, capaces tanto de la concentración como de la determinación. Trazas de estas cualidades quedaban patentes en las arrugas que destacaban al extremo de sus ojos y en el rastro pálido de una cicatriz que tenía junto al ojo izquierdo. Pero los surcos que salían de su nariz recta para acabar en las comisuras de su boca bien formada eran prematuramente profundos y parecían esconder algo más que una leve insinuación de pasión.

¿Había algo de debilidad ahí?, se preguntó Griffiths mientras evaluaba la frente alta y la mata de pelo castaño echada hacia atrás para formar una cola de caballo sujeta con una cinta negra. Había algo de sensibilidad, consideró, pero nada de sensualidad; la cara se

veía demasiado abierta. Entonces lo supo: la pasión del temperamento se escondía tras las duras comisuras de la boca, un temperamento nacido de la decepción y la desilusión, ocultas por los ojos desapasionados, pero aún reconocibles para el galés. Había algo reprimido en el hombre que tenía ante él, una energía latente que Griffiths, en su aislamiento personal, encontraba tranquilizadora.

Duw, pero si este hombre es un tremendo luchador..., murmuró para sí y se relajó.

—Siéntese, señor Drinkwater. —La voz de Griffiths era profunda y tranquila, un detalle más que contribuía a la impresión de irrealidad. Pronunció las palabras con esa claridad de dicción que caracterizaba a la mayoría de los de su misma procedencia—. Sus papeles hablan muy bien de usted. Veo que tiene la categoría de suboficial y que estuvo provisionalmente al mando de una nave en los momentos finales de la Guerra de la Independencia americana... ¿Nunca llegó a confirmarse su nombramiento?

—No, señor. Me dieron a entender que el asunto se le había presentado a sir Richard Kempenfelt, pero... —dijo y se encogió de hombros al recordar la promesa del capitán Hope cuando se fue para asumir el mando de un buque de guerra que finalmente se hundió. Griffiths levantó la vista.

—El *Royal George*, ¿no es así?

—Sí, señor. No me importó mucho en aquel momento...

—Pero diez años es demasiado tiempo para seguir guardando la esperanza de recibir un ascenso. —Griffiths terminó su frase. Ambos hombres sonrieron y los dos tuvieron la sensación de que habían traspasado una barrera—. Aún así usted ha adquirido una experiencia excelente en los barcos de la Trinity, ¿cierto?

—Eso creo, señor. —Drinkwater notó la aprobación de su superior.

—Para mi propia tranquilidad personal, *bach*, tengo que pedirlos que juréis que nunca vais a repetir fuera de estos mamparos nada de lo que se trate aquí entre nosotros.

El tono de Griffiths era suave aunque inflexible y sus ojos se tornaron fríos y permanecieron así durante un momento. Drinkwater cerró su mente a la repentina visión de los hechos atroces que podían estar por venir. Recordó otro secreto que conoció años antes y que culminó en una muerte en las marismas de Carolina. Suspiró.

—Tenéis mi palabra de oficial del Rey —dijo Drinkwater devolviéndole la mirada. La sombra que los había cruzado un momento antes no le pasó inadvertida a Griffiths. El teniente se relajó. De modo que, pensó, el joven también tenía experiencia en eso.

—*Da iawn* —murmuró—. Este cúter está bajo órdenes directas del Almirantazgo. A mí, hum, me han hecho un encargo un tanto inusual. Tendremos que ocuparnos de ciertos asuntos gubernamentales en la costa francesa, en momentos concretos y ubicaciones precisas.

—Entiendo, señor. —Pero lo cierto era que no lo entendía. En un intento por conocer más detalles añadió—: ¿Y vuestras órdenes provienen directamente de Lord Dungarth, señor?

Griffiths volvió a contemplarlo y Drinkwater temió haber hecho una pregunta inoportuna. Sintió como el color inundaba sus mejillas, pero Griffiths dijo:

—Oh, había olvidado que lo conoce de la *Cyclops*.

—Sí, señor. Está muy cambiado, aunque lo cierto es que han pasado ya algunos años desde la última vez que coincidimos.

Griffiths asintió.

—Sí, y el cambio le parece inquietante, ¿verdad?

Ahora fue Drinkwater quien asintió al darse cuenta de que Griffiths había vuelto a expresar sus propios sentimientos.

—Perdió a su mujer en el parto, supongo que lo sabrá.

Drinkwater no solía estar al día de los cotilleos de sociedad, pero sí que se había enterado del matrimonio de Lord Dungarth con Charlotte Dixon, la hija de un comerciante que se había enriquecido haciendo negocios con la India, de fabulosa riqueza y destacable belleza. Había oído que incluso George Romney había caído en la

tentación de hacerle justicia a esa hermosura con un retrato. Ahora empezaba a darse cuenta de cómo la pérdida de la condesa había marchitado esa alma, que una vez estuvo llena de vida, dejando una amargura implacable.

Como si quisiera confirmar sus pensamientos, Griffiths añadió:

—Supongo que si no se hubiera volcado en la campaña contra la República Francesa se habría vuelto loco...

El hombre mayor se levantó y abrió un armario. Sacó dos vasos y una jarra, sirvió el vino de Madeira y cambió hábilmente de tema.

—El nombre que le han dado al barco es verdaderamente acertado, señor Drinkwater. —Volvió a sentarse y continuó—: El *Falco tinnunculus* se caracteriza por su capacidad de mantenerse inmóvil en el aire hasta establecer la posición exacta de su presa antes de lanzarse en picado sobre ella. Se alimenta, señor Drinkwater, de ratones, insectos y escarabajos; animales pequeños, *bach*, pero que pueden devorar una viga de roble completa, fíjese sino en los escarabajos... —Hizo una pausa para apurar y volver a rellenar su vaso—. ¿Ve lo que quiero decir con esa alegoría?

—Yo... Sí, eso creo, señor. —Griffiths rellenó también el vaso de Drinkwater.

—He mencionado estos detalles por dos razones. Lord Dungarth me habló muy bien de usted, en parte porque ya le conocía, aunque también por la recomendación que había recibido a su vez de la Trinity House. Por ello espero que la confianza que yo deposite en usted no se vea defraudada. Será el responsable de la navegación. Las quejas a sotavento no contribuyen a nada bueno cuando se trata de operaciones secretas. ¿Me comprende, verdad?

Drinkwater asintió, consciente de la ironía deliberada y manteniendo la impresión agradable que tenía de su nuevo superior.

—Muy bien —continuó Griffiths—. La segunda razón no es tan fácil de confesar... Solo se lo digo, señor Drinkwater, porque hay posibilidades de que el mando vuelva a caer en sus manos, quién sabe si en circunstancias adversas o en algún momento inconveniente... —Drinkwater frunció el ceño. Eso resultaba más

alarmante que todas las anteriores revelaciones a medias—. Hace muchos años, en la costa de Gambia, contraí unas fiebres. Eso hace que de vez en cuando sufra convulsiones.

—Pero, si no se encuentra bien, señor, podría pedir que...

—¿Qué me sustituyan? —Griffiths alzó una ceja indignada para después rechazar las disculpas de Drinkwater con un ademán—. Mire, solo he pasado en tierra unos dos años de los últimos cincuenta. Así que no me siento inclinado a echar raíces allí en este momento.

Mientras Drinkwater digería esa información, la cara de Griffiths se volvió nostálgica repentinamente, un viejo perdido en sus recuerdos. Terminó su bebida, se levantó y abandonó en silencio la cámara, dejando al oficial sentado a solas con su vino.

Por encima de sus cabezas, la bandera blanca crujía por la fuerte brisa mientras el gran cúter navegaba a barlovento con la vela mayor arizada a medias. La verga de gavia estaba arizada hasta su tamborete y la verga inferior tenía atados los machos de la vela del estay que se había largado. En la mitad del pesado bauprés, el tormentín era como una pantalla, mojado por los rociones y brillando ligeramente a la luz del sol que se filtraba desde detrás de los oscuros montículos de los cúmulos al oeste. El viento soplabá en contra del reflujo de la marea hasta provocar un mar desagradable y picado que se tornaba de un gris blanquecino a la luz del anochecer mientras bullía junto a los costados del barco y tiraba del bote que iban remolcando muy cerca de la popa. La proa redonda resistía los embates y enviaba rociones de espuma que salpicaban sobre la barandilla.

El teniente provisional Nathaniel Drinkwater se acurrucó bajo su capote mientras la espuma azotaba la popa, con la cara petrificada y las mejillas doloridas enfrentadas al viento cortante que seguía a las salpicaduras.

Repasó en su mente de nuevo el recorrido que tenía ante sí, vagamente consciente de que un error en ese momento arruinaría todas sus posibilidades de obtener su tan ansiado ascenso. Pero descartó inmediatamente esa idea para concentrarse en el asunto que tenía entre manos. Desde Dover hasta su destino había sesenta y cinco millas de navegación paralela a la costa de Francia, una costa que se había convertido en terrible por las historias sangrientas que se contaban de la Revolución. En las condiciones actuales tendrían que fondear durante la bajamar. Ese detalle era de máxima importancia, y había impresionado mucho a Drinkwater. Se había quedado perplejo por lo insistente que había sido el teniente Griffiths en cuanto a eso. Aunque el viento del suroeste les permitía tomar un buen rumbo directo, Griffiths había ordenado hacía una hora poner el barco sobre la amura de babor para evitar ser avistado por algún observador apostado en el cabo Gris-Nez. El cabo ya empezaba a desaparecer a popa y a desvanecerse en la oscuridad de la noche invernal.

Drinkwater se estremeció de nuevo, tanto de temor como de frío y caminó hacia la bitácora. A la luz amarilla del farol, la rosa de los vientos que oscilaba ligeramente mostraba una trayectoria media de la proa de noroeste cuarta al oeste. Contando con la variación de la aguja magnética y los meridianos verdaderos, eso indicaba un rumbo verdadero de oeste cuarta al noroeste. Asintió con satisfacción ignorando los ruidos apagados de la conversación y el tintineo de los vasos que llegaban desde el tambucho. El comportamiento de su enigmático oficial y su igualmente misterioso «pasajero» no consiguieron hacer flaquear su confianza en sí mismo.

Volvió a la bitácora y dio órdenes a proa, llamando a los hombres para virar por avance. El suave sonido de unas risas subió desde la cubierta inferior. Después de su entrevista, Griffiths se había retirado tras dar las órdenes justas, aparentemente observando a su nuevo subordinado. Al principio Drinkwater pensó que se trataba de algún tipo de desaire, pero pronto se dio cuenta de que, sencillamente, esas cosas eran características del teniente. Y el hombre que había

embarcado en Deal no tenía apariencia de espía. Rechoncho, con la cara roja y jovial, era claramente un viejo conocido de Griffiths y despertó en este una inesperada jocosidad. Drinkwater no podía ni imaginarse de qué se estarían riendo.

—¡Preparados, señor!

El grito de Jessup desde proa sonó levemente condescendiente y Drinkwater sonrió en la oscuridad.

—¡Abajo el timón! —gritó él en respuesta.

El *Kestrel* se puso al viento con su vela mayor tronando. Drinkwater sintió cómo el barco temblaba cuando el foque se vio azotado por el aire y cómo el bauprés vibraba. Entonces el cúter giró cuando el viento llenó las abroqueladas velas de proa, empujándolo para que lo hiciera sobre sí mismo.

—¡Escotas de las velas de proa!

El foque y la vela del estay crujieron hasta que los sudorosos marineros consiguieron dominarlas y tensar las escotas de sotavento.

—¡Mantenga...! ¡En viento!

—En viento, señor. —Los dos timoneles se inclinaron sobre la enorme caña del timón mientras el *Kestrel* seguía hacia delante con un ligero temblor del grátil de la mayor.

—¿Trayectoria de la proa?

—Sur cuarta al suroeste, señor.

Eso era un rumbo verdadero de sur cuarta al sureste, lo que permitía dos puntos de variación hacia el oeste.

—Muy bien, ponga ese rumbo.

—Rumbo sur cuarta al suroeste, señor.

El reflujo de la marea era bastante bajo respecto a la costa y la distancia hacia el oeste que acababan de establecer para situarse algo alejados de la misma debía colocarles a favor de la marea y a barlovento del lugar de desembarco en el momento en que lo alcanzaran, dejándoles espacio para establecer la posición incluso con viento de proa. O eso esperaba Drinkwater; si no, que le

concedieran el ascenso sería una posibilidad tan remota como lo había sido siempre.

Cerca de la medianoche el viento se les puso en proa y disminuyó un poco. Se soltaron los rizos de las velas y el *Kestrel* navegó hacia el sur con la barandilla de babor a flor de agua. Drinkwater estaba cansado. Llevaba nueve horas en cubierta y Griffiths parecía no tener prisa en relevarle.

El *Kestrel* se veía empujado hacia la costa. Drinkwater podía sentir más que ver la tierra en algún lugar de la oscuridad que tenía delante. Ya debía quedar poco para la bajamar. Drinkwater se mordió el labio debido a su preocupación creciente. Con el viento en proa, los acantilados que se elevaban verticales entre Le Tréport y Dieppe les proporcionarían algo de sotavento y ese sería el primer indicio de su proximidad. Eso y quizás el olor.

En la oscuridad y a esa velocidad, el *Kestrel* podría estar entre las rompientes antes de que hubiera tiempo de virar. Nervioso, se adelantó para echarle un vistazo a la arboladura.

—¿Quién está en la arboladura?

—Tregembo, señor. —El acento de Cornualles del marinero le tranquilizó. Tregembo había aparecido, como un verdadero hijo pródigo, formando parte de la cuota de seis hombres que habían salido del buque de guardia en Nore para completar la dotación del *Kestrel*. Drinkwater lo conoció en la fragata *Cyclops*, adonde le habían enviado como pena por contrabando. Aún estaba cumpliendo la sentencia del tribunal que había colgado a su padre por oponer resistencia armada a unos funcionarios del fisco. Para mitigar el dolor de la viuda, a su hijo solamente lo enviaron a la marina. El hecho de que apareciera sobre la cubierta del *Kestrel* era otro eslabón de una cadena de coincidencias que a Drinkwater le resultaba difícil calificar de simples casualidades.

—¡Estese ojo avizor, Tregembo, maldita sea!

—Sí, claro que sí, señor.

Drinkwater se dirigió hacia la popa, bordeando toda la cubierta del cúter, mientras se echaba la sonda.

—Cinco según la marca.

El *Kestrel* mareó las velas y siguió avanzando. Se notaba la tensión en cubierta y Drinkwater sintió que él era el centro de ella. Jessup se acercó, solícito. ¿Por qué demonios Griffiths no subía a cubierta? Cinco brazas significaban bajíos, aunque lo cierto era que los bajíos se extendían a lo largo de muchas millas en esa zona. Era posible que estuvieran en algún lugar cercano al estuario del Somme. Apartó de su mente una oleada de pánico y se concentró. Dejaría que el barco avanzara otra milla, o un par de ellas y luego volvería a ordenar un sondeo.

—¡Rompientes, señor! Claras sobre la amura de sotavento.

Drinkwater aceleró el paso y saltó a los gastados obenques de babor. Miró hacia delante, pero no pudo ver nada. De repente lo vio, una mancha grisácea algo más clara que el mar que la rodeaba. Su corazón latía violentamente mientras rebuscaba en su memoria. Entonces lo recordó: Les Ridins du Tréport^[2], una zona aislada de poca profundidad con la marea en ese estado. Comenzaba a verle la lógica a forzar un desembarco durante la bajamar. Hizo un pequeño ajuste del rumbo teniendo en cuenta la corriente en dirección este que aún tendrían por delante cuando se aproximaran a la costa. Les quedaban unas tres millas para llegar.

—Avisen al capitán. —Intentó que su voz no demostrara el alivio que sentía.

Las olas se redujeron a una milla y media de la costa y casi inmediatamente pudieron ver la oscura línea de tierra. Al acercarse de nuevo a proa y mirar a través del catalejo Dollond pudo ver lo que apenas se había atrevido a esperar. Los acantilados a la izquierda caían hasta un estrecho valle fluvial para después elevarse empinadamente hacia el oeste hasta una cima denominada Mont Joli-Bois. Llegó hasta él un leve olor a fogata de leña desde la población de Criel, situada en la ladera de la colina, a ambos lados del punto donde el camino que iba desde Le Tréport y Eu hasta Dieppe cruzaba el río.

—*Da iawn*, señor Drinkwater, bien hecho. —La voz de Griffiths escondía una cálida felicitación. Drinkwater se relajó por el alivio: parecía que había pasado la prueba. Griffiths dio órdenes en voz baja. Se arrió la vela mayor y se puso en facha la vela del estay. El bote que iba a remolque a popa fue izado al costado del barco y dos hombres se introdujeron en él para achicar agua. Junto a Drinkwater estaba de pie la figura envuelta en su capa del agente británico mirando hacia tierra.

—Su catalejo, señor, préstemelo. —El tono era perentorio, imperioso. Había desaparecido cualquier traza de jocosidad.

—Sí, por supuesto, señor. —Lo rescató del bolsillo de su abrigo y se lo tendió al hombre. Tras escudriñar la playa, se lo devolvió en absoluto silencio. Griffiths se les acercó.

—Señor Drinkwater, coja el bote y lleve a nuestro huésped a tierra.

Le llevó un segundo darse cuenta de que su tarea aún no había concluido. Los hombres ya estaban dentro del esquife abarloado al costado. A su lado pudo distinguir el frío brillo del metal que venía del lugar donde estaba Jessup.

—Pistola y alfanje, señor.

Había una alentadora calidez en la voz de Jessup en ese momento. Drinkwater cogió la pistola y se la metió en la cinturilla del pantalón, pero rehusó el alfanje. Se escabulló a la cubierta inferior, cerrando con fuerza los ojos deslumbrados por la luz del farol de su camarote y entró en su angosto alojamiento. Tras la puerta sintió el tacto del *épée* francés. Se lo ciñó y se apresuró a volver a cubierta.

El Mont Joli-Bois se cernía sobre sus cabezas mientras el esquife se acercaba a la costa. A la izquierda Drinkwater podía ver una franja de agua blanca que borboteaba alrededor de los montículos de las Roches des Muron. Entonces se percató realmente de por qué Griffiths había insistido tanto en que desembarcaran con la bajamar. La mayoría de los posibles peligros estaban al descubierto, lo que les

proporcionaba cierto refugio y un margen de seguridad si embarrancaban. En la proa, un marinero estaba tanteando por encima de la borda con su bichero.

—¡Tocamos fondo, señor! —susurró y un momento después el bote encalló, volvió a elevarse y encalló de nuevo. Sin que se diera ninguna orden, los remos se subieron a bordo con un ruido seco y grave, haciendo que el bote se quedara quieto. Después, gracias a un esfuerzo conjunto y coordinado que debía su perfección a la larga práctica, levantaron el esquife de la arena y lo giraron completamente hasta colocarlo de nuevo con la proa en dirección al mar. Drinkwater se sintió estúpidamente superfluo, allí sentado mirando en la dirección que habían tomado para llegar al lugar donde se encontraban.

—Listo, señor. —Una voz que llegó desde detrás de él le hizo volverse para ver como su pasajero se levantaba y se encaramaba a la espalda de un marinero. El esquife se elevó por el impulso de una pequeña ola y resonó al chocar de nuevo con el fondo. El marinero caminó con dificultad hasta la orilla y Drinkwater, para no ser menos, se quitó los zapatos y salió salpicando detrás de ellos con la bolsa del agente británico. Bien entrados ya en la playa, el marinero hizo descender su carga y el agente se colocó la capa.

—Procedimiento común —dijo con un toque de ese humor que había mostrado horas antes. Extendió la mano para recibir su bolsa—. Los hombres con sal pegada a sus botas comparten un origen muy claro. —Tomó su bolsa de las manos de Drinkwater—. Gracias. *Bonsoir mon ami!*

—Buenas noches —respondió Drinkwater a la figura que se retiraba hacia la amenazante oscuridad de lo que ya era la Francia revolucionaria. Durante un momento Drinkwater se quedó allí mirando cómo el hombre se alejaba. Después volvió caminando al bote.

Se percibía un considerable alivio de la tensión mientras los hombres remaban de nuevo en dirección al cúter que les esperaba. Como si la sombra de la guillotina y los horrores del Terror que se

cernía sobre aquella tierra en tinieblas los hubieran tocado a todos. Con signos de agotamiento Drinkwater trepó a bordo y saludó a Griffiths.

El teniente asintió.

—Será mejor que duerma un poco —dijo—. Ah, señor Drinkwater...

—¿Señor? —dijo Drinkwater desde el tambucho.

—*Da iawn*, señor Drinkwater, *da iawn*.

—Perdone señor, pero no le entiendo. —Nathaniel luchaba con la fatiga.

—Bien hecho, señor Drinkwater, bien hecho. Me alegra poder decir que la confianza que he depositado en usted no se ha visto defraudada.

Capítulo 2

Diciembre de 1792

Primera sangre

Pero no todas sus operaciones se resolvieron con tanta facilidad. Hubo noches que parecieron interminables cuando se perdía la cita para un encuentro, cuando las luces azules parpadeantes que aparecían junto a la línea de flotación chisporroteaban y crepitaban indefinidamente sin conseguir nada. Hubo horas de forzar la vista y de agotamiento físico, horas de mal humor, hambre y frío que ellos apenas se molestaban en ocultar. En ocasiones hubo un entusiasmo breve e inesperado; como cuando, bajo una intensa niebla, el *Kestrel* impidió un encuentro de otro tipo en medio del Canal. Los dos barcos que se separaron entre la confusión lo hicieron entre gritos en francés y en inglés; las flameantes velas áuricas se sacudieron precipitadamente en el aire húmedo y la salpicadura de lo que parecían pequeños barriles se hizo visible en el espacio que se iba haciendo cada vez más grande entre las dos embarcaciones. El *Kestrel* disparó sus cañones de proa contra los contrabandistas en retirada para mantener la ilusión de que se trataba del barco de aduanas por el que le habían tomado.

También hubo una ocasión en las que ellos mismos no se comportaron con toda la propiedad deseable. Griffiths envió dos esquifes a recoger secretamente unos barriles más allá de Saint-Valéry mientras él mismo gobernaba el *Kestrel* con una destreza

paciente, manteniéndolo en alta mar, orzado y con el trapo mareado. Sentado en uno de los esquifes, Drinkwater comprobaba continuamente su posición con el cuadrante en posición horizontal, las imágenes de dos agujas y un molino de viento en secuencia alterna mientras hacía ajustes de minutos al índice. Se quedó ronco de gritar órdenes al otro esquife y los ojos le lloraban por el esfuerzo de ajustarlos para esperar la confirmación de Jessup antes de volver a enfocar las imágenes reflejadas de sus puntos de referencia. Los dos botes peinaron completamente el fondo del mar con sus ganchos de abordaje durante horas hasta encontrar su objetivo. Drinkwater nunca supo con seguridad lo que había en aquellos barriles. Griffiths simplemente sonrió cuando le comunicaron el éxito de la misión. Cruzó su mente que quizá fuera simplemente coñac; que Griffiths, como hombre al que le habían confiado muchos secretos, podía estar sacando provecho de las ventajas que le ofrecía su posición. Después de todo, pensó Drinkwater, eso era una parte de la mejor tradición de la marina y estaba también el asunto de esas pocas monedas de oro sueltas de las que él mismo se había apoderado antes de dejar el mando provisional del *Algonquin* en la última guerra. De alguna forma resultaba tranquilizador encontrar algún defecto en Griffiths, más allá del obvio placer que encontraba en el licor. Era cierto que en el *Kestrel* nunca faltaban bebidas fuertes y Griffiths nunca escatimaba, asegurando, con un brillo mordaz en sus ojos, que una buena botella tenía más que ofrecerle a un hombre que una buena mujer.

—Mire, una mujer nunca te deja hablar como lo hace una botella, muchacho. Ellas acaban con todo tu dinero, pero tú nunca acabas con ellas y, al menos, una botella te deja las entrañas calientes después... —concluía con un largo suspiro.

Drinkwater sonrió. En su medio siglo en el mar, el pobre Griffiths solo había conocido el fugaz cariño de las prostitutas. Abrazando en su interior su propio conocimiento de Elizabeth, Nathaniel se había sentido indulgente. Pero no rechazó el coñac que hizo su aparición tras la expedición más allá de Saint-Valéry.

Pero a Griffiths no le resultaba del todo indiferente la presencia de las mujeres, ya que siempre provocaban una oleada de lujuria a todo lo largo y ancho del cúter cuando transferían fugitivos desde barcos de pesca franceses. Las mujeres y los niños, muchos con un aspecto desaliñado, que trepaban torpemente sobre las amuradas malolientes para subir a los botes ante las sonrisas burlonas de los marineros franceses, siempre conseguían desestabilizar el orden ejemplar que reinaba en el cúter. Griffiths permanecía distante, casi despectivo, y se le veía claramente encantado al desembarcar a los pasajeros. Cuando sus obligaciones consistían en extraños encuentros y desembarcos en lugares remotos, Drinkwater se limitaba a trabajar pacientemente en los pormenores de su oficio. Las mareas, las distancias y las probabilidades de un tiempo impredecible ocupaban todo su tiempo. Aunque su curiosidad y su imaginación se alimentaban de esas visiones fugaces del miedo y de ese destello de odio mezclado con avaricia en los ojos de los pescadores cuando les entregaban su carga de seres humanos.

—Puede que nosotros olamos a pescado —había dicho entre risas un enorme pescador de Saint-Malo mientras su lugre se alejaba—, pero vosotros oléis a miedo...

Con el paso del tiempo y de forma gradual, Drinkwater fue adquiriendo lentamente un conocimiento que le permitía ir más allá del deber mecánico como mano del titiritero. De su trajín aparentemente mecánico de fases lunares y mediciones de distancias hacia el sur, de epactas y establecimientos de puerto, pasó un día a descubrir un guiño conspirativo de Jessup mientras este le enseñaba una nasa para langostas que contenía palomas. El contramaestre le mostró en silencio el pequeño cilindro metálico que tenían los pájaros en una de sus patas.

—Ah, ya veo —dijo Drinkwater, agradecido tanto por la información como por la demostración de confianza con la que acababa de obsequiarle Jessup. Se añadió otro eslabón a la misteriosa cadena cuando vio que esa nasa se escondía en el vivero de un barco que venía de Dieppe.

Griffiths le demostró más confianza si cabe una tarde de diciembre de aire polar, aunque con sol radiante, cuando un esquife los desembarcó en una playa de guijarros justo bajo el castillo de Walmer. Tras el círculo de árboles que lo rodeaba, los redondos bastiones de ladrillo contenían las adiciones domésticas que se habían hecho con posterioridad. Lord Dungarth les estaba esperando allí con dos extraños que hablaban entre sí en francés. Fue él mismo quien les abrió la puerta. Drinkwater extendió las cartas cuando se lo pidieron y se retiró a una mesa lateral mientras Dungarth, Griffiths y el más decidido de los dos hombres se inclinaban sobre ellas.

Drinkwater se volvió hacia el otro francés. Estaba sentado muy tieso, con los ojos curiosamente vacíos pero de mirada intensa, como si lo que viera claramente no fuera a Drinkwater, que estaba delante de él, sino una imagen reflejada de sus propios recuerdos. La visión del hombre hizo que un escalofrío de aprensión recorriera el cuerpo de Drinkwater. Reprimió el impulso de estremecerse y se volvió para mirar hacia la ventana en busca de una forma de distracción.

En el exterior, la luz casi horizontal de la tarde de invierno convertía en sombras todo lo que había en primer plano: el cañón negro en el bastión en forma de pétalo que había bajo ellos, los árboles, los restos del foso y los guijarros de la playa. Más allá de las colinas de pizarra que formaban los Downs, la luz del sol bailaba en un millón de puntitos brillantes sobre la superficie del mar, mostrando con extraordinaria claridad todos los detalles de las embarcaciones. Detrás del gastado casco negro y las relucientes perchas del *Kestrel*, varios inchimanes se ponían en marcha, hinchadas sus gavias, mientras que una fragata y un buque de tercera clase se aprovisionaban en la rada de Deai. Un maremágnum de pequeñas embarcaciones luchaba contra el viento del norte aprovechando la marea para entrar en el estuario del Támesis. Las puntiagudas velas áuricas de las bateas y las galeras que había en Deal mostraban los lugares en que los estibadores locales cargaban y descargaban las mercancías, de forma legal y a plena luz del día.

Y, en la distancia, los acantilados franceses eran una franja blanca en el horizonte.

De repente el tono elevado de las voces llamó la atención de Drinkwater. Los tres hombres de la mesa se habían incorporado. Griffiths sacudía la cabeza con los ojos entornados. El extraño le imploraba algo con insistencia. Desde detrás a Drinkwater le parecieron francamente graciosos los espasmódicos movimientos de sus brazos, parecidos a los de una rana, cuando el hombre soltó un incontrolable torrente de francés. Pero el ambiente de la habitación ahogó esta momentánea licencia que le había permitido a su espíritu. El hombre silencioso continuó completamente rígido.

Dungarth apaciguó al francés en su lengua y después se volvió hacia Griffiths. El teniente aún sacudía la cabeza, pero la mirada de Dungarth era tremendamente imperativa. Drinkwater pudo percibir un destello del antiguo Devaux, que no era del todo el apasionado primer teniente que había conocido, pero sí un destilado de aquella antigua energía refinada en una fuerza poderosa y urgente. La mirada de Griffiths vaciló.

—Muy bien, milord —gruñó—, solo si no hay marejada. Pero quiero que conste mi protesta.

Dungarth asintió.

—Bien, bien. —El conde se volvió hacia la ventana—. No habrá marejada con el viento rolando al noreste. Deberán levar anclas esta noche... Señor Drinkwater, un placer verle de nuevo. Únase a nosotros para tomar una copa antes de irse. Madoc, por favor, permítale al aquí presente Drinkwater enviar su correo con el suyo y yo lo franquearé sin coste alguno de la forma usual, *messieurs*...

Dungarth se dirigió a los franceses para explicarles que la discusión sobre los planes había concluido y Drinkwater notó un cambio en la expresión del hombre sentado, la más leve de las aprobaciones. Y esta vez no pudo reprimir el estremecimiento.

Ni el vino ni la posibilidad de escribirle a Elizabeth consiguieron que su mente se calmara una vez que él y Griffiths volvieron al *Kestrel*. La resplandeciente vista, el castillo en sombras, la frenética desesperación del francés, el aura angustiada de su compañero y, especialmente, todos los recelos de Griffiths se unieron a su creciente convicción de que se les iba a acabar la suerte.

El *Kestrel* debía ya resultar familiar a las fanáticas autoridades francesas y, antes o después, encontrarían algún tipo de oposición por su parte. Drinkwater no tenía ninguna necesidad de que Griffiths le confirmara que, como oficial británico, su presencia en una playa francesa era ilegal. La pregunta sobre el destino de su predecesor había provocado un encogimiento de hombros despreocupado del teniente.

—Se descuidó y no tomó las precauciones elementales. Murió poco después de que lo desembarcáramos.

A Drinkwater le resultó imposible quitarse de encima esa sensación de inquietud mientras el *Kestrel* aprovechaba la marea para cruzar la corriente de Alderney, la elevación del cabo de La Haya sobre la aleta de barlovento. El mar bullía bajo su proa y susurraba a los costados mientras el persistente viento del noreste les impulsaba hacia el sur. La bahía de Vauville se abría lentamente a babor y, según fue pasando la noche, el reducido promontorio del cabo Flamanville apareció por el través.

Teniendo en cuenta el tiempo que pasaba en cubierta, era obvio que Griffiths compartía la inquietud de su subordinado. Una de las veces se quedó de pie junto a Drinkwater durante varios minutos, como si estuviera a punto de decir algo. Pero se lo pensó mejor y se alejó. Drinkwater había oído muy poco de la conversación que tuvo lugar en el castillo de Walmer. Todo lo que sabía a ciencia cierta era que la misión de esa noche conllevaba algún elemento adicional de riesgo, aunque no tenía verdadera noción de cuál era el peligro real.

La noche era oscura y sin luna, fría y clara como el cristal. Las estrellas brillaban con un brillo boreal, duras y gélidas con un fuego azul. En ese momento debía quedar por el través la bahía de Sciotot, cuyo extremo más meridional estaba marcado por la Pointe du Rozel, más allá de la cual se extendía a lo largo de seis millas un arenal bajo y cubierto de dunas hasta Carteret. La amplia extensión de arena era su lugar de encuentro, al sur de los bajíos de Surtainville y al norte de las Roches du Rit.

—En el paralelo de Beaubigny —había dicho Griffiths, refiriéndose al pueblo que estaba una milla hacia el interior, tras las dunas—. Y rezo para que no haya marejada —añadió.

Drinkwater compartía su preocupación. Al oeste estaba el siempre turbulento Atlántico y sus efectos apenas quedaban atenuados por las islas del Canal y los arrecifes circundantes. Seguramente en la playa de Beaubigny casi siempre se sentía la marejada y los embates de las implacables rompientes sobre esas dos leguas de arena. Drinkwater esperaba con todas sus fuerzas que la semana de vientos del norte hubiera hecho su trabajo y que, por tanto, hubiera muy poca marejada, lo que haría posible el desembarco.

Se inclinó sobre el farol cubierto que había en el tambucho. Los últimos granos de arena que marcaban el paso de otra media hora ya abandonaban la ampolla de cristal, así que la giró. Después se incorporó con la pizarra de la bitácora para echarle un vistazo a sus cálculos. Ya debían de haber recorrido la distancia deseada. Se volvió hacia Griffiths.

—Según mis cálculos, señor, acabamos de rebasar el banco de Surtainville.

—Muy bien, iremos a tierra en breve. Si no le importa, haga que la tripulación se prepare.

—Sí, señor. —Nathaniel se giró para mirar hacia la proa.

—Señor Drinkwater... Compruebe los botes ahora. Yo gobernaré el segundo esquife que saldrá cuando usted se haya ido. Y, señor Drinkwater...

—¿Sí, señor?

—Llévese dos escopetas cargadas... —Griffiths dejó la frase sin terminar.

Drinkwater paseaba arriba y abajo por la arena firme y húmeda. A la luz de las estrellas podía ver la franja de arena que se extendía de norte a sur. Hacia el interior, una pálida ondulación mostraba el lugar en que las dunas marcaban dónde empezaba Francia. Ahí abajo, entre la pleamar y la bajamar, él caminaba en tierra de nadie. Tras él, golpeando suavemente contra los bajíos, estaba el esquife, esperándoles. Gracias a Dios, no había marejada.

—La marea está subiendo, señor. —Era la voz de Tregembo. Nerviosa. ¿También era víctima de ese presentimiento?

A Drinkwater se le ocurrió que había algo irracional, absurdo incluso, en estar allí de pie, en aquella franja de playa francesa, en medio de la noche, sin saber por qué. Pensó en Elizabeth para que su corazón dejara de latir violentamente. Ahora debería estar dormida, medio soñando y preguntándose dónde estaría, muerto de frío, a la intemperie y algo más que asustado. Miró a sus hombres. Estaban apiñados en un grupo alrededor del esquife.

—Dispérsense y tranquilícense. Esto está demasiado expuesto para una emboscada. —Su lógica llegó a unos oídos que solo escucharon que él también estaba intranquilo. Los hombres se movieron con expresión hosca. Mientras los miraba obedecer vio cómo se ponían tensos y sintió cómo él mismo contenía el aliento y le sudaban las palmas.

Se oyó el golpeteo sordo de cascos y el tintineo de arneses que se fue haciendo más alto y se unió a un vago movimiento que venía del sur. Entonces, de repente, galopando sobre las olas que morían en la playa y que borraban sus huellas, apareció un pequeño birlocho. La sorpresa del descubrimiento fue mutua. El agudo relincho de los caballos al retroceder por la sorpresa quedó igualado

por los gritos de los marineros que se lanzaron hacia los lados para quitarse de su camino.

Drinkwater se giró justo a tiempo para ver cómo la regala del bote se convertía en astillas cuando el casco de un caballo cayó sobre ella. El aterrorizado animal pateó y piafó desesperadamente intentando salir de allí. Drinkwater lo golpeó con la parte plana de su espadín a la vez que agarraba las riendas y tiraba de la cabeza del caballo para apartarlo de la embarcación.

Un hombre saltó al suelo desde el birlocho.

—*Êtes-vous anglais?*

—Sí, *monsieur*, ¿dónde demonios estaban?

—*Pardon?*

—¿Cuántos son? *Combien d'hommes?*

—*Trois hommes y une femme*, pero yo hablo su idioma.

—Suban al bote. ¿Les siguen?

—*Oui*, sí... El otro hombre, está... *blesé*... —El hombre luchaba para expresarse en una lengua que no era la suya.

—¿Herido?

—Eso es. Por los jacobinos, en Carteret.

Drinkwater le interrumpió al darse cuenta que el hombre, muy joven, estaba a punto de desmoronarse.

—Suba al bote —dijo sin dejar de dar órdenes, señalándole a los marineros que esperaban. Dos figuras salieron del birlocho, un hombre y una mujer. Ambos se quedaron allí, vacilantes.

—¡El bote! ¡Suban al bote...! —Ellos empezaron a decir algo y el hombre se giró hacia la portezuela abierta. Una furiosa exasperación comenzó a sustituir al miedo que había sentido antes. Drinkwater llamó a dos de los marineros para que sacaran al hombre herido del carruaje y obligaran a los dos titubeantes fugitivos a acercarse al esquite.

—*Le bateau, vite! Vite!*

Cogió en brazos a la mujer algo bruscamente, sorprendido por su poco peso e ignorando su exclamación ahogada de indignación y la rigidez de su cuerpo ante esa intimidación forzada. La dejó caer sin

contemplaciones en el esquife. Una oleada de lavanda trajo consigo también un toque de resentimiento ante el tratamiento que le había dispensado. Él se volvió hacia los hombres que se afanaban con el francés herido.

—¡Rápido! —Y a los hombres que había en el bote—: ¡El resto, mantengan esa maldita cosa a flote! —Ellos tiraron fuerte cuando una ola algo más grande que las demás llegó a la costa y empujó sus piernas con furiosa urgencia.

—La marea trae consigo una maldita marejada —dijo alguien.

—¿Qué pasa con el equipaje, *monsieur*? —Era el hombre del carruaje que parecía haber recuperado algo de su templanza.

—¡Al infierno el equipaje, siéntese!

—¡Pero el oro... y mis papeles, *mon Dieu*! ¡Mis papeles! —Comenzó a hacer esfuerzos para salir del bote—. ¡Tengo que recuperar mis papeles! —Pero no eran los documentos los que habían llamado la atención de Drinkwater.

—¿Oro? ¿Qué oro?

—En el birlocho, *monsieur* —dijo el hombre empujándole al pasar junto a él.

Drinkwater soltó un juramento. Así que eso era lo que había detrás de esa descabellada misión: ¡dinero! ¿Una fortuna personal? ¿Fondos para los monárquicos? ¿Dinero del Gobierno? ¿Importaba eso? El oro era oro y ahora ese maldito idiota iba corriendo de vuelta al carruaje. Drinkwater lo siguió. Empujó la puerta y miró dentro. Había dos cajas metálicas en el suelo, apenas visibles en la penumbra.

—¡Tregembo! ¡Poli! ¡Cojan esta caja! *Monsieur; aidez-moi!*

Todos se tambalearon bajo el peso, con el aliento quemándoles las gargantas, mientras cargaban las cajas en dirección al esquife. La embarcación ya estaba a flote y golpeaba sobre la dura arena cuando las olas más grandes llegaban hasta la orilla con un sonido susurrante. Entonces desde la dirección de Carteret les llegaron gritos. La arena vibró con el atronador sonido de los cascos de muchos caballos. ¡Un destacamento de dragones!

—¡Larguen el bote! ¡Lárguenlo! —Él volvió corriendo al birlocho, sin apenas prestarle atención al francés que intentaba meter un libro encuadernado en tela en el esquiife. Drinkwater estiró el cuerpo y soltó el freno. Después corrió hacia la cabeza de los caballos y tiró de ellos hasta hacerlos girar. Luego pinchó la grupa del más cercano con su espada. Se vio el destello húmedo de la sangre y un relincho aterrorizado inundó el aire cuando el caballo se lanzó hacia delante. Drinkwater saltó para hacerse a un lado cuando el carruaje se puso de repente en movimiento.

Salpicando agua, corrió hacia el bote que ya se encaminaba hacia el mar impulsado por los remos, con la proa partiendo una ola que se rizaba al alcanzar la costa. El agua se arremolinaba y gorgoteaba alrededor de los muslos de Drinkwater mientras saltaba por encima de la popa. Una astilla se le clavó en la palma de la mano y entonces, justo cuando la náusea provocada por el dolor explotaba en su interior, recordó los destructores cascos. Durante un momento se quedó tumbado, jadeando, apenas consciente de los gritos y la confusión que llegaban desde el lugar en que el birlocho había chocado con sus perseguidores. Después una o dos balas aullaron por encima de su cabeza y desde mar adentro, donde estaba el otro bote, le llegó el sonido de una voz que preguntaba si necesitaban ayuda. Drinkwater levantó la cabeza con intención de decir que no, pero un marinero se puso en pie y disparó uno de los trabucos junto a su oreja. Drinkwater giró en redondo y miró hacia atrás. A menos de diez yardas, sobresaliendo entre las olas que rompían, un caballo tiró a su jinete al mar. Ambos habían sido alcanzados por la metralla de cortadillo con la que habían cargado el arma.

—Remen fuerte ahora, muchachos. Ya estamos a salvo. —Pero un relámpago y un rugido le contradijeron. Una bala de seis libras rebotó a unas tres yardas. ¡Artillería a caballo!

—¡Boguen, bastardos! ¡Boguen! —Pero ellos no necesitaban exhortación. Los guiones de los remos se doblaron por el esfuerzo.

Otro estallido y una explosión de astillas. Gritos, chillidos y el esquiife se escoró hacia estribor con la mujer de pie y chillando en la

parte de atrás, golpeándose los costados con las manos por la furia. Estaban disparando balas y metralla y habían alcanzado a los remos de estribor. El bote era un caos y se veía empujado por la corriente de nuevo hacia las rompientes.

Entonces el *Kestrel* abrió fuego: desde mar adentro llegó un destello y el sonido de los disparos que pasaban muy cerca de sus cabezas. Al poco, el otro esquife los alcanzó y los remolcó.

Drinkwater tiró su abrigo mojado a un rincón de la cámara principal. Estaba demacrado por el agotamiento y de mal humor. La incompetencia que había demostrado para la tarea que Griffiths le había encomendado le llenaba de una exasperación que crispaba todas sus reacciones. Dos muertos y tres heridos, además del francés que estaba sobre la mesa de la cámara de oficiales, eran un precio demasiado alto que pagar por un puñado de fugitivos y dos cajas de metal amarillo.

—Baje y atienda a los heridos —había dicho Griffiths y después, con una observación final que cortó la protesta de Drinkwater, concluyó—: hay un maletín con instrumentos quirúrgicos en el armario de estribor.

Drinkwater los sacó, cogió un par de pinzas y se extrajo la astilla de la palma de la mano. Su furia se evaporó cuando una oleada de dolor lo embargó, dejándolo temblando. Gradualmente se fue dando cuenta de que los ojos de la mujer lo observaban desde las sombras del interior de su capucha. Esa mirada consiguió calmarlo y se sintió agradecido, a la vez que resentido por su presencia y le recordó ese toque de animadversión que él había percibido cuando la subió al esquife. Dos hombres entraron a trompicones en la cámara derramando agua caliente de unas palanganas. Él se quitó la casaca, se remangó la camisa y cogió una botella de brandy del estante.

Drinkwater se preparó. El farol tambaleante lanzaba luces y sombras en todas direcciones mientras el *Kestrel* ponía rumbo norte con un largo barloventeó. Se inclinó sobre el francés, consciente de

que los otros lo estaban observando; la mujer seguía de pie, balanceándose lentamente mientras se iban alejando de la costa, como si no quisiera aceptar el refugio que le ofrecía el cúter. Los dos hombres miraban con alivio desde el sofá donde se habían desplomado agotados.

—Aquí, necesito que uno de ustedes me ayude... *m'aidez!*

Drinkwater encontró un vaso y lo llenó hasta la mitad de coñac. Se lo bebió de un trago mientras el hombre más mayor se adelantó hacia él. Drinkwater le tendió el vaso y el hombre lo cogió con avidez.

—Quítele la ropa. Use un cuchillo... ¿me entiende?

El hombre asintió y comenzó con su tarea. Drinkwater invocó la memoria del cirujano Appleby e intentó recordar algo de lo que le había contado, de lo que había visto años atrás en la maloliente enfermería del sollado de la *Cyclops*. Lo cierto es que no era mucho, así que volvió a llenar el vaso sin dejar de notar los ojos de la mujer sobre él y la hostilidad que había en ellos. El ardiente líquido le provocó un estremecimiento y consiguió ignorar la altivez de la mujer.

Se inclinó sobre el francés.

—¿Quién demonios es? —preguntó.

—*Monsieur* —dijo el francés más mayor sin dejar de afanarse con la costura de la chaqueta del hombre inconsciente—, es el conde de Tocqueville. Yo soy Auguste Barrallier, el antiguo propietario del astillero de Brest... —Le sacó una manga de la chaqueta y rasgó la camisa—. El joven que está junto a usted es Etienne Montholon; *mademoiselle* es su hermana Hortense.

Desde donde estaba la mujer llegó una exclamación ahogada que podía deberse a la desaprobación por la locuacidad del hombre o al horror cuando Barrallier dejó al descubierto el hombro del conde. De Tocqueville gimió, levantó la cabeza y abrió los ojos. Después la dejó caer de nuevo.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Drinkwater agradecido de que el hombre estuviera inconsciente.

Barrallier apartó la ropa empapada. Drinkwater limpió la herida con una gasa y observó con inseguridad cómo brotaba más sangre de la herida.

—Los árabes tienen un método para lavar las heridas con vino, *monsieur* —sugirió Barrallier amablemente—. ¿Tal vez quede aún algo de coñac? —Drinkwater cogió la botella.

—Le han disparado... —El hombre joven, que ahora estaba de pie junto a Barrallier, habló por primera vez. Expresó lo obvio en esa forma nerviosa que tienen aquellos que no están muy seguros de lo que dicen. Drinkwater levantó la vista y se encontró con una cara agradable de unos veinte años.

Deslizó la mano bajo el hombro del conde. Podía sentir la bala bajo la piel. Escarbó torpemente en la herida para extraer cualquier trozo de tela que se hubiera incrustado y vertió sobre el desaguizado la última medida de coñac. Rebuscó entre los linimentos de boticario y seleccionó un bote con un ungüento azulado, extendió el contenido sobre la herida y la cubrió con una gasa y una venda sacada de la misma camisa del conde.

—Hay que sujetar esto sobre la herida mientras le ponemos boca abajo. —Drinkwater le hizo un gesto a Barrallier quien le mostró sus manos ensangrentadas. Entonces se giró hacia Montholon—. Sujétele las piernas, *monsieur*. Crúceselas... Bien. Ahora, ¡a la vez!

Apoyándose para evitar el cabeceo que producía el *Kestrel* al navegar a barlovento, consiguieron girar toscamente a De Tocqueville. Drinkwater empezaba a sentir más confianza; el brandy estaba haciendo efecto. Estaba surgiendo una parte hiperactiva de su cerebro como reacción a los acontecimientos de las últimas horas y empezaba a despertársele la curiosidad sobre sus pasajeros.

—Escaparon justo a tiempo —dijo distraído, ocupado en pasar la punta de su dedo índice sobre el bulto azulado que tenía el conde junto a la escápula. No esperaba la vehemente exclamación muda que dejó escapar la mujer y que inundó el ya cargado ambiente de

la cámara con una ponzoña fuera de lugar que lo distrajo y le hizo levantar la vista.

Se había echado hacia atrás la capucha y el vacilante farol arrancaba destellos cobrizos de la mata de pelo rojizo que le caía sobre los hombros. Parecía mayor que su hermano, con unas facciones fuertes y uniformes acentuadas por la tensión que estaba soportando. Se quedó mirando fijamente a Drinkwater con unos desapasionados ojos grises y él volvió a sentir su hostilidad. Su falta de gratitud le irritaba y pensó que los dos muertos y los tres heridos de la tripulación del *Kestrel* habían sido el precio pagado por su huida.

Enfadado volvió a inclinarse sobre el hombro del conde, cogió el escalpelo y sintió que la hoja rozaba la escápula. Una extraña exaltación lo embargó cuando encontró la bala.

—Acerque más el farol —dijo con los dientes apretados. Y ella obedeció.

La bala de mosquete cayó rodando, ensangrentada, sobre la mesa.

Drinkwater resopló de satisfacción cuando ató el segundo vendaje y colocó una tira de tela alrededor del hombro del conde. Le sujetaron el brazo al costado y lo cargaron para tumbarlo en el sofá. Después se dedicó a atender a los marineros con las heridas provocadas por las astillas.

El alba comenzaba a asomar cuando Drinkwater caminó dando tumbos sobre la cubierta, empapado por su propia transpiración. El frescor de la mañana lo golpeó mientras se acercaba a la barandilla y, sin dejar de estremecerse, vomitó todo el coñac de su estómago. Apoyó la cabeza sobre la barandilla. Hortense Montholon estaba durmiendo en su coy, así que él se dejó caer junto a la cureña de un cañón de cuatro libras y se quedó dormido al instante. Tregembo trajo unas mantas y lo cubrió con ellas.

De pie junto a la caña del timón, el teniente Griffiths se quedó mirando el bulto inerte. Aunque ninguna expresión cruzó su cara, se

sentía satisfecho. No había juzgado mal las cualidades de Nathaniel Drinkwater.

Capítulo 3

Diciembre de 1792-febrero de 1793

Se alza el telón

El incidente de Beaubigny acabó con las operaciones clandestinas del *Kestrel*. Temporalmente sin ocupación, el cúter se balanceaba en la marejada que azotaba las proximidades de la punta Penlee y que lo mecía alrededor de su ancla en la bahía de Cawsand.

Sudando en su camarote sin ventilación, Drinkwater estaba sentado jugueteando con una pluma de ganso barata entre sus largos dedos. Colgaban del techo las gotas de condensación generadas por la sobrealimentada estufa de la cámara de Griffiths, que estaba justo junto a su camarote. Drinkwater estaba luchando una batalla perdida contra el sopor. Haciendo un esfuerzo se obligó a releer lo que había escrito en su diario.

Fue un verdadero motivo de asombro para mí que monsieur De Tocqueville sobreviviera a la carnicería a la que lo sometí. Su debilidad se debía a la pérdida de sangre porque la arteria axilar había sufrido una grave rasgadura, aunque, afortunadamente, no se rompió completamente.

El músculo pectoral estaba muy desgarrado por el ángulo de entrada de la bala, pero parece que conseguimos sacar la única astilla de hueso que esta había provocado. Si no se infecta, vivirá.

Había desarrollado un ligero interés por los detalles médicos cuando un viejo amigo revisó su rudimentaria cirugía. El señor

Appleby, cirujano oficial de la fragata *Diamond*, en esos momentos en reparación en el estuario de Hamoaze, había recibido órdenes de subir a bordo del *Kestrel* para comprobar el estado de los heridos. Había elogiado las suturas inexpertas de Nathaniel, pero no le había dejado escapar sin antes darle una charla sobre las heridas del conde.

Drinkwater sonrió al recordarlo. El regreso a casa había sido extraño. De todos los refugiados que el *Kestrel* había sacado de Francia, ese último cuarteto le dejó una impresión indeleble. El febril noble murmurando incoherencias en su delirio y el atento pero inútil joven Etienne Montholon establecían un contraste con sus compañeros de viaje. El parlanchín y entusiasta Barrallier resultó un compañero animado y divertido que no dejaba que ningún detalle del *Kestrel* escapara a su crítica o su admiración. Parecía aislarse de los otros, dándole la espalda a Francia como si estuviera desesperado de que lo vieran como a un anglófilo por los cuatro costados. Notablemente diferente de los hombres, Hortense permanecía distante, fría y despectiva, tal vez por ser la única mujer. Su belleza provocó comentarios en voz baja, una asombrada admiración entre los marineros y una vaga inquietud entre los oficiales entre los que se había alojado temporalmente.

Drinkwater no fue el único que sintió alivio cuando los desembarcaron en Plymouth con su dinero y su cartapacio de planos, pero dejaron tras de sí una sensación de desasosiego. Como muchos de sus contemporáneos que habían servido en la Guerra americana, Drinkwater encontraba irónicamente divertido el surgimiento de la revolución republicana entre los franceses. Muchos de ellos que habían servido a las órdenes de Rochambeau y La Fayette, hombres que habían establecido el cerco de acero sobre Cornwallis en Yorktown y que profesaban admiración por la libertad, ahora corrían como ratas delante de los jacobinos.

Pero también había una pizca de simpatía por la revolución en el corazón de Nathaniel que nacía de la simpatía que sentía por los oprimidos y que se le había despertado años atrás en el maloliente

sollado de la *Cyclops*. No podía condenar completamente los principios de la revolución, aunque se mostraba reacio a aceptar el método. A pesar de ofrecer protección a los refugiados políticos, muchos ingleses de principios liberales y oficiales navales de ideas independientes veían la situación con ojos exentos de intereses partidistas. Drinkwater no era ni un liberal conformista ni un conservador irresponsable y no tenía ningún «interés» en atarse a principios de dudosa propiedad.

Dejó su pluma y le puso el corcho al tintero para después trasladarse a su coy. Recogió el arrugado periódico que Griffiths le había prestado. Las letras impresas bailaban ante sus ojos. A la luz de los acontecimientos recientes, las promesas de paz y prosperidad del señor Pitt sonaban a falsas. Las letras marchaban en fila como un millar de diminutos hombres negros: todo un ejército. Cerró los ojos. La guerra, o la posibilidad de la misma, era el tema de conversación principal de la gente y las declaraciones del señor Pitt eran objeto de escasa atención.

Era extraño que no hubiera surgido ningún problema a cuenta del asunto de Beaubigny, ya que parecía que simplemente se buscaba un pretexto, una chispa para prender fuego a la yesca seca de las relaciones internacionales. Y no solo los jacobinos estaban ávidos de guerra. Él había cenado con Appleby y Richard White dos noches antes. White ya era un teniente con cinco años de antigüedad y aires de capitán de corbeta. Su posición en el escalafón era lo suficientemente alta como para recibir un nombramiento como segundo teniente en la fragata de primera *Diamond* de Sir Sydney^[3] Smith. Había brindado a la salud de la «gloriosa guerra» con un entusiasmo algo infantil que había hecho que Appleby esbozara una media sonrisa.

La cena no había estado tan bien. Las amistades revividas tienen un aura de tristeza. White se había convertido en un joven urbano, poseído por una autoconfianza desproporcionada y Drinkwater tenía dificultades para reconocer en él al chico asustado que una vez sollozó en la oscuridad del sollado de la *Cyclops*. También Appleby

había cambiado. Los años no le habían tratado bien. El antes corpulento cirujano tenía la carne flácida resultado de la penuria, algo de su antiguo optimismo se había perdido, erosionado por años de soledad y de vida dura, pero bajo los estragos del tiempo aún se veían destellos del viejo Appleby, pedagógico y prolijo, aunque tan astuto como siempre.

—Es seguro que habrá una guerra —había respondido a la pregunta preocupada de Drinkwater, mientras White asentía con entusiasmo—. Y se producirá una colisión de fuerzas poderosas en la que Inglaterra encontrará dificultades para lograr la victoria. Oh, puede mofarse cuanto quiera, señor White, pero ustedes los jóvenes que andan buscando la gloria, realmente no persiguen más que una quimera.

—Es solo un niño —había murmurado Appleby cuando el teniente se ausentó para aliviarse—. Pero que Dios ayude a sus hombres cuando le hagan capitán de corbeta, para lo que puede no faltar mucho tiempo si la guerra está a punto de empezar. Espero que Sus Señorías le asignen un primer teniente tolerante, experimentado y comprensivo.

—Es cierto que ha cambiado mucho —estuvo de acuerdo Drinkwater—, y parece que se ha echado a perder.

—Una promoción demasiado rápida, muchacho. Funciona con algunos, pero no con todos.

No, la cena no había estado tan bien.

Aunque no eran solo las discusiones de sus viejos amigos las que habían conseguido que no lo fuera. Era la proximidad de la guerra lo que hacía sentirse tan inquieto a Nathaniel. El estremecimiento leve pero inexorable de lo que estaba por llegar, mezclado con el miedo que ya había sentido en la playa de Beaubigny provocaban que el pulso se le acelerara incluso en aquel momento.

Si se declaraba la guerra, ¿era ese pequeño cúter el sitio apropiado para estar? ¿Qué posibilidades de promoción tenía él allí? No debía pensar en competir con White, eso era imposible. En cualquier caso, el *Kestrel* era un buen barco. La Providencia lo había

llevado hasta allí y él debía someterse a su destino. Hasta ahora no le había sido del todo adverso. Contempló la estantería con los libros, sus propios diarios y los cuadernos que le había dejado el señor Blackmore, el antiguo piloto de derrota de la *Cyclops*. Ese era el legado que le había dejado. La caja de caoba que contenía su cuadrante estaba amarrada en una esquina y su catalejo Dollond descansaba en el bolsillo de su abrigo, colgado en el gancho de la puerta junto con su espada francesa. Esa colección de adquisiciones, regalos y partes de botines constituía el total de sus posesiones. No mucho después de treinta años de existencia. Entonces posó su mirada en la acuarela del *Algonquin* junto al puerto de St. Mawes, pintada para él por su esposa.

Un golpecito en la puerta le trajo de nuevo al presente.

—¿Qué ocurre?

—El bote, señor.

Pasó sus piernas por encima del borde de su coy.

—¿El teniente Griffiths?

—Sí, señor.

—Muy bien. Subiré inmediatamente.

Se puso los zapatos y el sencillo abrigo azul. Al abrir la puerta recogió su sombrero y saltó hacia la escala, abandonando de un salto el tambucho y agradeciendo el poder aspirar el aire cortante y frío.

Griffiths traía órdenes del almirante del puerto. Esa tarde el *Kestrel* aprovecharía la marea para entrar en la dársena de Barn Pool y alabearse al costado del buque *Chichester*, que tenían montada sobre él una máquina de arbolar. A la mañana siguiente, los encargados del astillero subieron a bordo y hablaron con Griffiths. Para el momento en que sonó el silbato indicando que había llegado la hora de la cena, se había recogido toda la jarcia muerta del *Kestrel* y, para el anochecer, la cabria había retirado el palo macho. Al día siguiente los carpinteros se afanaban en alterar las carlingas para albergar un nuevo palo.

—Como verá, van a colocar un mastelero más largo —explicó Griffiths— para colocar un juanete redondo sobre la gavia. —Tomó un trago de vino de Madeira y miró a Drinkwater—. No creo que volvamos a jugar al gato y al ratón, *bach*, al menos no tras el episodio en Beaubigny. Vamos a parecer un buque de guerra normal en cuanto acaben los trabajadores del astillero, para después convertirnos en una maldita niñera de la flota. Ahora, pasemos a otros asuntos. El contador se ocupará de que se pague a los hombres antes de Navidad. Pero solo se les pagará la mitad de lo que se les debe; la otra mitad se les dará el día después. Si se lo diéramos todo, se dejarían los sesos en las cloacas, donde quedarían junto con sus entrañas y tendríamos que suplicarles ayuda a las patrullas del puerto. Quiero a toda la tripulación de este cúter a bordo el día después de Navidad.

Drinkwater tuvo que reconocer que las draconianas medidas de Griffiths tenían sentido. Su comandante estaba disfrutando de los días festivos con antelación, a juzgar por el color arrebolado de sus mejillas y sus ganas de hablar.

—Y haga que las casas de empeños sepan que se va a pagar a la gente. Así puede que llegue a oídos de sus mujeres y eso haga que no les permitan malgastarlo todo. —Hizo una pausa para beber y después metió la mano en su bolsillo—. En la oficina del almirante del puerto me dieron esto. —Sacó una carta arrugada y se la tendió. El texto del exterior estaba escrito con una caligrafía que le resultaba familiar.

—Gracias, señor. —Drinkwater cogió la carta y le dio la vuelta, impaciente por alcanzar la privacidad de su camarote. Griffiths se subió al sofá y cerró los ojos. Drinkwater se dispuso a irse.

—Ah, señor Drinkwater —dijo mientras abría un ojo—. El cretino importuno con una inmerecida escarapela que me dio esa carta me dijo que debía darle permiso para Navidad. —Drinkwater se quedó parado, mirando alternativamente a la carta y a Griffiths—. Pero yo no estoy de acuerdo con tal impertinencia. —Se produjo un largo silencio durante el cual el ojo volvió a cerrarse lentamente.

Drinkwater se quedó en el vestíbulo, perplejo—. Podrá marcharse en cuanto la verga de juanete esté atravesada, señor Drinkwater, ni un minuto antes.

Con una media sonrisa Drinkwater cerró la puerta y se escabulló hacia su propio cubículo. Trancó la puerta con un golpe seco y comenzó a leer.

Mi querido Nathaniel:

Te escribo apresuradamente. Richard White ha pasado por aquí esta mañana de camino a ver al agente encargado de los botines de Sir S. Smith en Portsmouth y me ha prometido recoger una carta para ti a su vuelta esta noche. Supongo que espera verte en Plymouth. Gracias por tu carta del 29. Las noticias de que es probable que estés libre en Plymouth se mezclan con la gran ansiedad y el temor que siento por las noticias que llegan desde Francia, que hacen que me preocupe enormemente. Si es cierto que es probable que haya guerra, cosa de la que Richard está plenamente convencido, no puedo perder la oportunidad de ver a mi amado. Recógeme en el coche correo de Londres en Nochebuena. Hasta entonces, mi amor, siempre tuya.

Tu fiel esposa:

Elizabeth

Drinkwater sonrió para sí por la anticipación. Quizá el juicio que se había hecho sobre White había sido algo prematuro. Solo un amigo habría pensado en eso. Reconfortado por la preocupación por él que había demostrado su amigo y feliz porque pronto iba a ver a Elizabeth, se dedicó a las reparaciones del cúter con entusiasmo. Y por un tiempo la sombra de la guerra se apartó de su mente.

La verga de juanete estaba atravesada, braceada y la nueva vela izada y envergada para el 23 de diciembre. Para la mañana de Nochebuena, la jarcia estaba tensada. Drinkwater se lo notificó al contador de la Armada y este envió a un hombrecillo apergaminado con un cofre atado, un infante de marina y un libro tan grande como la portezuela de una escotilla para pagar a la tripulación del cúter.

Para el mediodía ya se había asignado la guardia de puerto y el *Kestrel* estaba casi desierto, ya que la mayoría de su tripulación de voluntarios residía en Plymouth. Liberado de sus obligaciones, Drinkwater bajó corriendo a recoger su abrigo y vaciar su percha para después encaminarse hacia tierra. Se encontró con Tregembo que se tocó la frente con los nudillos, ataviado, a pesar del frío, con las mejores galas que tenía un marinero: un sombrero adornado con cintas y una chaqueta azul marino tachonada con botones metálicos, un pañuelo negro cubriendo su cuello musculoso y los pies torpemente enfundados en unos zapatos de vestir baratos.

—Le he reservado su habitación, señor, en el Wilson, como me pidió, señor y lo siento mucho, señor, pero el coche correo de Londres viene con retraso.

—¡Maldición! —Drinkwater rebuscó en el bolsillo una moneda, consciente de que Tregembo miraba nerviosamente por encima de su hombro. Tras él estaba de pie una chica cercana a la veintena, de constitución recia y robusta y que parecía algo hosca en presencia del oficial, como si se avergonzara de la condición de su hombre. Llevaba en el pelo sin mucha gracia una cinta roja, como si, recién comprada, se la hubiera atado con más pasión que arte.

—Tome —dijo mientras intentaba encontrar otra moneda. Tregembo se ruborizó.

—No, señor. No es eso, señor, me preguntaba si podría... —dijo escondiendo la cabeza entre los hombros.

—Espero que estés a bordo para el amanecer del veintiséis o pondré a todas las patrullas de Plymouth a buscar a un desertor. —Drinkwater vio la expresión de alivio que cruzó la cara de Tregembo.

—Gracias, señor y feliz Navidad para usted y la señora Drinkwater.

Elizabeth llegó al fin, cansada del viaje y preocupada por la posibilidad de la guerra. Se saludaron tímidamente; había una especie de reticencia en ellos, como si la intimidad previa no se

pudiera repetir hasta que se liberaran de sus preocupaciones presentes. Pero el vino les animó y su mutua compañía los aisló finalmente del mundo exterior. Era ya la hora del desayuno del día de Navidad cuando Elizabeth comenzó a hablar de lo que la estaba turbando.

—¿Crees que va a haber guerra, Nathaniel?

Drinkwater contempló la cara que tenía ante él, el ceño fruncido en la ancha curva de su frente, sus brillantes y bellos ojos marrones y el labio inferior de su carnosa boca apretado con aprensión entre sus dientes. Le embargaba la preocupación por él, consciente de que la guerra podía suponer para él terribles compensaciones y macabras oportunidades, a la vez que para ella ofrecía la tortura de la espera. Espera, quizá, para el resto de su vida. Quería mentirle, decirle que todo iba a salir bien, tranquilizar sus miedos con palabras tontas que la confortaran. Pero eso sería deleznable. Dejarla con unas falsas medias esperanzas sería peor que decirle la verdad.

Al fin asintió.

—Todo el mundo cree que es más que probable si los franceses invaden Holanda. En cuanto a mí, Bess, te prometo que seré cauto y que no correré riesgos innecesarios. Vamos, —dijo alargando la mano para coger la cafetera— brindemos y bebamos por nosotros y por nuestro futuro. Intentaré que me asciendan y, al ritmo actual de progreso, me retiraré con media paga de comandante, ya anciano, para aburrirte con las historias de mis andanzas... —Él vio como sus labios se curvaban. Elizabeth, bendita fuera, estaba fingiendo amablemente.

Él le sonrió en respuesta.

—No seré imprudente, Bess, te lo prometo.

—No, claro que no —dijo ella cogiendo la taza de café de la mano de él. Cuando él retiró la mano, quedó visible la marca de la astilla que aún tenía en su mano.

—El *Hannibal*, señor, del capitán Colpoys; acaba de llegar de patrulla. Los pobres diablos se han perdido la Navidad. —Ambos hombres observaban el barco de guerra anclado al otro lado del Sound.

Griffiths asintió.

—Los muchachos se han sacudido las telarañas de sus gaviotas y están deseando entrar en acción. Ya es hora de que nos hagamos a la mar de nuevo, señor Drinkwater. Es el momento perfecto para los pájaros pequeños con la vista aguda; los elefantes pueden esperar un poco más. Tenga el esquife preparado en diez minutos.

Mientras esperaba a que volviera Griffiths de las dependencias del almirante del puerto, Drinkwater caminaba arriba y abajo por la cubierta. Los marineros estaban ya haciendo los preparativos para hacerse a la mar, entreteniéndose hasta que una fina llovizna les obligó a protegerse bajo la cubierta, mientras él era totalmente ajeno al gris que comenzaba a aparecer en los alrededores de Hamoaze.

Las despedidas, concluyó, son lo peor.

Tregembo se acercó desde la popa y se quedó junto a él, de pie, con actitud insegura.

—¿Qué ocurre, Tregembo?

El marinero se miró los pies con expresión desdichada.

—Me preguntaba, señor...

—¿No me dirá que quiere un permiso para ver a su amante?

Tregembo escondió la cabeza entre los hombros en señal de asentimiento.

—Maldita sea, Tregembo, una de dos: o la deja encinta o coge la sífilis. ¡Y le aseguro que no seré yo quien le trate ese mal! — Drinkwater se arrepintió instantáneamente de su crueldad, provocada por su propia miseria.

—Ella no es así, señor... y solo necesito un cuarto de hora, señor. Drinkwater pensó en Elizabeth.

—Maldita sea, Tregembo, está bien, pero ni un minuto más.

—Gracias, señor, muchas gracias. —Drinkwater lo vio alejarse corriendo. Sin darse cuenta se preguntó qué les depararía el futuro. Los disparos en Beaubigny podrían suponer un pretexto para la guerra, ya que la andanada del *Kestrel* constituía un acto de agresión. Era extraño que los franceses no hubieran sacado más partido de ello, dado que al menos uno de sus hombres había resultado muerto. Pero Pitt estaba argumentando sobre las ventajas de la paz y no podía permitirse que un barco tan insignificante como el *Kestrel* proporcionara un *casus belli*. Esa, al menos, había sido la postura británica y se había mantenido al barco en reparación en Plymouth hasta que las aguas se calmaran. Igualmente resultaba condenadamente extraño que los franceses no hubieran sacado partido de la violación de su territorio costero.

Apartó estos pensamientos. Ahora se le había ordenado al cúter reunirse al número creciente de bergantines y chalupas de guerra que mantenían bajo observación toda la costa francesa. Desde que en el verano Lord Hood había estado patrullando con fragatas y buques de guardia que partían desde el centro de operaciones, el astillero se había mantenido en constante actividad. Gracias a las crisis con España y Rusia de los tres años anteriores, la flota estaba en un razonable estado de preparación. Al otro lado del Canal, el levantamiento de París había masacrado a la guardia suiza y, en septiembre, los franceses habían invadido Saboya. Era bien sabido que se le había ordenado al contraalmirante Truguet que se hiciera a la mar con nueve navíos de línea. En noviembre, los Países Bajos austríacos habían sido invadidos y los franceses se hicieron con el control del río Scheldt. Esto hizo que saber donde se encontraban todos los escuadrones navales franceses fuera crucial para la defensa de Gran Bretaña. Había treinta y nueve buques de guerra en Brest, diez en Lorient y trece en Rochefort. Según se iba acercando 1793, el Almirantazgo cada vez los observaba con más atención.

El cielo gris del sábado veintinueve de diciembre de 1792 parecía plomizo, pero el viento había vuelto a ser del noroeste, los chubascos habían cesado y las nubes comenzaban a dispersarse. Griffiths y Drinkwater estaban de pie observando un bricbarca que bajaba por el Sound en dirección a mar abierto.

—El *Childers*, comandante Robert Barlow —murmuró Drinkwater, más para sí mismo que para el teniente.

Griffiths asintió.

—De camino a una misión de reconocimiento de la embocadura de Brest —añadió en tono confidencial.

El último día del año, el viento pasó a ser del norte y limpió completamente el cielo. Al mediodía un bote de guardia le trajo a Griffiths las órdenes que había estado esperando. Para la puesta de sol el *Kestrel* ya había dejado atrás el faro de Eddystone, construido por Smeaton y navegaba hacia el sur para apoyar al *Childers*.

Durante la noche el viento se hizo más fresco hasta convertirse en un fuerte temporal y el *Kestrel* tuvo que ponerse al paio, se arizó el bauprés, se arriaron el mastelero y las vergas y los cañones se aseguraron con cureñas dobles. Con las primeras luces apareció una vela al oeste y, tras el intercambio de señales, se reveló que se trataba del *Childers*. El mismo Griffiths cogió el timón para gobernar el *Kestrel* y colocarlo a sotavento del bricbarca y hacerlo orzar. Barlow, protegido por un sombrero de lona alquitranada, gritó en su dirección:

—Nos han disparado desde las baterías francesas de Saint-Mathieu... el honor de la bandera, volvemos a puerto... intentamos llegar a Fowey...

Sus palabras les llegaban entrecortadas por el viento.

—Probablemente crea que es el primero al que le disparan, ¿eh, señor Drinkwater? —gruñó Griffiths observando a su subordinado desde debajo de una ceja húmeda, poblada y blanca.

—Sí, señor y se apresura a volver a casa para hacer mucho ruido sobre eso, si no me equivoco.

Griffiths se rio entre dientes. La indignación de Barlow quedaba clara incluso al otro lado de la franja de agua blanca y espumosa.

—Ese estará en un coche de postas antes de que ese bricbarca llegue a echar el ancla, se lo garantizo —dijo Griffiths tirando de la caña del timón y llamando a dos hombres para que lo relevaran.

Los dos pequeños barcos se separaron, cabeceando hacia barlovento con el agua salpicándoles, el mar veteado de blanco por pálidas líneas paralelas de espuma que se desgajaban a sotavento. Aquí y allá un fulmar se ladeaba y descendía con sus alas rígidas en forma de sable, rompiendo la monotonía de la vista.

Tres semanas más tarde Luis XVI era guillotinado y, el primero de febrero, la Convención francesa les declaraba la guerra a los holandeses y a Su Majestad el Rey Jorge III.

Capítulo 4

Marzo-septiembre de 1793

Un cazador cazado

—El capitán le envía sus saludos, señor y le agradecería que acudiera a su cámara.

Era extraño que un cúter tan pequeño como aquel pudiera tener sirvientes tan diplomáticos como Merrick. Drinkwater le encomendó el mando de la cubierta a Jessup y bajó por el tambucho, acometiendo de lado los peldaños, apoyándose en los talones.

—No hay nada a la vista, señor —dijo quitándose el sombrero— aparte de la *Flora*, claro está.

Griffiths asintió sin levantar la vista de las órdenes que acababa de recibir de la fragata.

—Siéntese, señor Drinkwater.

Drinkwater se acomodó en el sofá y se estiró. Griffiths empujó una licorera por encima de la mesa sin pronunciar palabra, dedicando solo una mirada rápida en dirección a Drinkwater simplemente para asegurarse de que este se hacía con ella antes de que él la soltara. Clarete procedente de su último botín, un escurridizo y pequeño *bugalet* que intentaba alcanzar el Sena desde Burdeos. Un buen vino y una suma considerable obtenida con su venta. Drinkwater tomó un sorbo apreciativo y observó a su superior.

En los meses que habían pasado desde que el *Kestrel* se había convertido en buque vigía, asaltador de naves comerciales,

recolector de información de inteligencia y encargado de golpes rápidos y desalentadores, Drinkwater y Griffiths habían desarrollado una relación profesional muy estrecha. El teniente provisional se había dado cuenta rápidamente de que compartía con su superior un raro celo por la eficacia y un amor común por gobernar adecuadamente aquel pequeño barco.

Griffiths dobló los papeles y levantó la mirada, extendiendo la mano para coger el clarete.

—Nuestras órdenes, señor Drinkwater, nuestras órdenes. Me tomaré otro vaso... —Drinkwater esperó pacientemente. Griffiths prosiguió, refiriéndose ya a las órdenes del capitán de la fragata—. Sir John Warren ha enviado una nota para decir que ha pedido que nosotros formemos parte de su escuadrón móvil, cuando este se forme.

Drinkwater reflexionó sobre las noticias. Operar con fragatas podía ser bueno para su futuro, siempre que no hubiera muchos jóvenes oficiales con influencias cerca; aunque a decir verdad, los buques del Canal solían estar infectados de ellos. Así que quizá no tuviera muchas oportunidades.

—¿Y cuándo será eso, señor?

Griffiths se encogió de hombros.

—Quién sabe, *bach*. Los molinos del Almirantazgo muelen tan lento como los del mismo Dios. —Estaba claro que a Griffiths no le hacía ni pizca de gracia la pérdida de independencia, pero levantó la vista y añadió—: Mientras esperamos tenemos un trabajito que hacer. Algo parecido a nuestra antigua tarea. Hay un viejo amigo nuestro que desea abandonar Francia.

—¿Amigo nuestro?

—Sí, señor Drinkwater, el tipo que desembarcamos en Criel. Utiliza el nombre de mayor Brown. Nominalmente, tiene un puesto en la Guardia personal de Su Majestad, en caballería, aunque dudo que ese se haya subido a un caballo al servicio del rey en toda su vida. Se forjó una reputación con los iroqueses en la última guerra,

si no recuerdo mal. Se le ha empleado en el «servicio especial» desde entonces —dijo Griffiths con marcada intención.

Drinkwater recordaba al hombre gordo y jovial que habían desembarcado en su primera operación hacía ya cerca de un año. Lo cierto era que no era el típico oficial de la Guardia personal de Su Majestad.

Griffiths notó su perplejidad.

—El duque de York, señor Drinkwater, reserva algunos nombramientos para oficiales con méritos —sonrió con ironía—. Tienen que *ganarse* el privilegio, pero nunca llegarán a ver un estribo de hierro.

—Ya veo, señor. ¿Y dónde vamos a recogerlo? ¿Cuándo? ¿Podemos elegir?

—Coja el cartapacio con las cartas, *bach* y le echaremos un vistazo.

—¡Maldito tiempo infernal! —Por enésima vez aquella mañana Griffiths miró hacia el oeste, pero el horizonte no acababa de despejarse como todos esperaban.

—Tendremos que tomar otro rizo, señor y cambiar el foque...

Drinkwater dejó la frase sin terminar cuando una columna de espuma azotó el barco por detrás procedente de una ola que invadió la cubierta por el combés, salpicando por encima de la barandilla y amenazando con arrancar de cuajo los dos esquifes de sus pescantes.

—Pero estamos en agosto, señor Drinkwater, agosto. —Su desesperado llamamiento para que los elementos entraran en razón terminó con un gesto de asentimiento y Drinkwater se volvió para alejarse.

—¡Señor Jessup! ¡Todos a cubierta! ¡Halen el tormentín! Los de la guardia de babor, a proa a cambiar el foque. Los de la guardia de estribor, tomen otro rizo a la mayor. —Drinkwater observó con

satisfacción como los hombres corrían a sus puestos, con el agua llegándoles a las rodillas a la altura de la base del palo.

—¡Listos a proa! —llegó la voz de Jessup a través de la bocina.

Drinkwater percibió el asentimiento de Griffiths y miró el mar.

—¡Abajo el timón!

Cuando el cúter orzó ya no fueron necesarias más órdenes. El *Kestrel* no era un pesado buque de guerra y su tripulación trabajaba con la firme confianza que daba la práctica. Con el velamen estremeciéndose y vibrando con un temblor que alcanzó la misma quilla, la tripulación trabajaba frenéticamente. Se aflojaron el puño de driza y las drizas de la cangreja y se cazó la escota de la mayor para controlar el botalón mientras se arriaba la vela hasta el ollao de la relinga. Se aseguraron los ollaos del grátil junto al palo y los hombres se dispersaron a todo lo largo del botalón, frunciendo la tela dura y húmeda y amarrando otro rizo.

Los hombres a proa tiraron del cabo del motón de la raza del foque mientras Jessup liberaba el botalón. Junto al palo mayor se soltó la driza del foque y, con la borda profundamente hundida en el agua por la amura de estribor, se atrajo a bordo el foque azotado por el viento. En un minuto el tormentín estaba asegurado a la driza, su amura enganchada a la raza y el botalón del foque maneado. Cuando el gran ojal de hierro tiró hacia fuera al deslizarse por la percha, la driza se tensó. La vela tronó y su grátil describió una curva hacia sotavento mientras el *Kestrel* caía sobre el seno de una ola para después enderezarse mientras los hombres arranchaban las escotas y se esforzaban para tensarlas.

—¡Amárrenlo! ¡Amárrenlo ahí!

—¡Listos a proa!

Drinkwater oyó las palabras de Jessup y lo vio de pie sobre unos cáncamos, con su figura sólida y cuadrada destacada contra el oscuro horizonte y su capote golpeando contra sus piernas, tremendamente parecido a un espantapájaros en medio de la tormenta. Drinkwater resistió el impulso infantil de echarse a reír.

—¡Sí, señor Jessup!

Se volvió hacia el timonel.

—A rumbo ahora —e hizo una señal de asentimiento en dirección a Poli que sujetaba la escota de la mayor. El *Kestrel* consiguió salir por delante con el viento de costado, el puño de driza de la mayor dio un tirón de nuevo hasta quedarse ladeado y se puso en viento.

—¡Abajo el timón! —El barco comenzó de nuevo a revolverse hacia el viento como animado por un ímpetu repentino; otra vez esas sacudidas temblorosas cuando las velas batientes transmitieron su energía frustrada al material del casco.

—¡Escotas de las velas de proa!

—En viento, amura de estribor.

—En viento, señor —respondió el que estaba más adelantado de los dos hombres que se apoyaban sobre la caña.

—¿Es más manejable ahora?

—Sí, señor, mucho más —dijo pasando la bola de tabaco de mascar sobre su lengua en una especie de extraña identificación con el barco.

El *Kestrel* volvió a verse impulsado hacia adelante con un movimiento más fluido y sin disminuir su velocidad.

—Velas arriadas, señor —informó Drinkwater.

—*Da iawn*, señor Drinkwater.

El viento amainó un poco cuando se puso el sol tras los almenados bancos de nubes cuyas cumbres permanecieron de un color rosado hasta el anochecer. Con los últimos rayos del sol Drinkwater se dedicó a estudiar el horizonte meridional, anotó las identidades de los tres barcos avistados en el registro e informó a Griffiths.

—Uno podría ser un lugre armado, señor, es difícil de asegurar, pero se mantiene al oeste. Fuera de nuestro camino, señor.

Griffiths se frotó la barbilla reflexivamente.

—Mmmm. Esa maldita playa va a resultar muy peligrosa, señor Drinkwater, muy peligrosa. Habrá grandes olas durante un día o dos. —Se calló y Drinkwater pudo adivinar sus pensamientos. Ahora conocía la mayoría de los secretos de Griffiths y esa orden de la

Flora llevaba implícita la palabra «imperativa»—. Lo que significa —explicó Griffiths— que Brown ha avisado a Londres de que ya no puede seguir en Francia o que hay algo muy importante de lo que debe informar. —Se encogió de hombros—. Depende...

Drinkwater recordó las palomas.

—¿Y si el tiempo resulta demasiado malo para ir a recogerlo, señor?

Griffiths levantó la mirada.

—No debería serlo. —Hizo una pausa—. No, uno desarrolla una especie de «olfato» para esas cosas. Brown ha estado allí solo durante mucho tiempo. Creo que está deseando salir de allí esta misma noche.

Drinkwater expulsó el aire lentamente pensando en el estado del mar para el desembarco. Se quedó mirando fijamente al oeste. El viento seguía siendo fuerte y provocaba una marejada del oeste en el Canal. El teniente le sacó abruptamente de sus reflexiones. Griffiths ya estaba prácticamente en el tambucho.

—Baje conmigo, señor Drinkwater. Tengo una idea que quiero comentar con usted.

—Lárguenlo. —La orden pasó en voz baja de un hombre a otro y se soltaron las bozas. El ancla del *Kestrel* cayó sobre el fondo arenoso de la pequeña bahía a la vez que su proa se separaba en dirección a sotavento. Los marineros aseguraron las velas, aflojando los rizos de la vela mayor y ayustando el gran foque. El *Kestrel* había comenzado a prepararse para el encuentro en cuanto se hizo de noche. Ahora plantaba cara a la fuerte marejada que se formaba en la bahía, para después arrojarse en medio de una furia blanca contra la media luna de arena apenas visible bajo los acantilados que casi los cercaban por completo.

—Aguanten. —Se paró el estruendo del cable al pasar a través del escobén mientras el único compresor lo sujetaba contra las bitas.

Cuando se levó el ancla, el cúter dio un tirón para girar su proa hacia el mar y la marejada.

—Hecho —fue la respuesta que llegó desde proa.

—¿Listos, señor Drinkwater? —El teniente provisional miró a su alrededor. Sus dos voluntarios murmuraron un asentimiento entre gruñidos y Drinkwater encontró tranquilizador el sonido de la voz de Tregembo. El otro hombre, Poli, era un hombre de barba pelirroja que en el *Kestrel* tenía reputación de agresivo.

—Sí, señor, estamos listos... Vamos, muchachos.

Los tres hombres caminaron hacia la popa donde Jessup, muy oportuno, había bajado el pequeño chinchorro al mar mientras la proa del *Kestrel* se elevaba. Cuando el fondo del esquife chocó con el agua se soltaron los cabos que trincaban el bote y se tiraron por la borda. La embarcación quedó a la deriva a popa hasta que su falsa amarra la contuvo; luego la atracaron con cuidado al costado del *Kestrel* momento en el que Tregembo y Poli saltaron a ella.

Tregembo, en la proa, recibió el lazo de cáñamo de cuatro pulgadas procedente de la cubierta y lo ató fuertemente alrededor de la bancada de proa. Poli, en el combés, aseguró el farol tamizado y aflojó las trincas de los remos mientras Drinkwater comprobaba que el rollo de cuerda a popa no tuviera ningún obstáculo que evitara que se desenrollase, lo mismo que el segundo rollo de cuerdas menores unido al arpeo de abordaje. Tendrían que tener cuidado para no tropezar con esos dos rollos.

—¿Preparados, muchachos? —Tregembo y Poli respondieron afirmativamente y Drinkwater dijo en voz baja en dirección a cubierta—: Suelten la falsa amarra y aflojen el lazo de cuatro pulgadas.

—Sí, señor. —Drinkwater podía ver las cabezas inclinadas por encima de la barandilla mientras Jessup liberaba el pequeño bote para que navegara en la dirección del viento.

—Buena suerte, señor Drinkwater —llegó la voz de Griffiths en un susurro.

En la popa, botando por las sacudidas del mar, Drinkwater levantó el brazo en señal de agradecimiento y fijó su atención en la playa. Tregembo le tocó el hombro.

—El farol está listo, señor.

—Muy bien. —Ahora cabeceaban arriba y abajo, las turbulencias empujando el bote hacia la costa, el cabo de cáñamo conteniendo su avance tirando de la proa hacia el mar para luego soltar un poco otra vez mientras avanzaban entre las olas que cada vez se hacían más grandes. En el momento en que vio que las olas comenzaban a aparecer, concentrando su fuerza antes de romper en tierra, Drinkwater ordenó que el farol tamizado se enfocase hacia mar abierto. Casi inmediatamente el bote quedó aproado hacia el mar y permaneció así. Tregembo se acercó hasta la popa.

—Lo están sujetando, señor.

—Muy bien.

Drinkwater se quitó los zapatos. Ya antes se había quitado el resto de la ropa hasta quedarse en camisa. Cuando se levantó para ajustarse el cabo ligero alrededor de la cintura, Tregembo le dijo:

—Iré yo, señor, ese no es lugar para usted, señor, perdone que se lo diga.

Drinkwater sonrió en la oscuridad.

—*Sí* que lo es, Tregembo, usted ocúpese de los cabos, que yo dependo completamente de ellos... Poli, pásame el arpeo y yo aseguraré la popa.

Agradeciéndole a la Providencia que estuvieran en agosto, Drinkwater resbaló y se tiró al agua, con el pequeño arpeo sobre su hombro y sin dejar de desenrollar las cuerdas.

Se sintió atrapado en la turbulencia de una ola que estaba a punto de romper y luego empujado hacia delante con el oleaje atronando en sus oídos y sus piernas enredándose sin cesar con las cuerdas. Giró desesperadamente hacia un costado y pateó con fuerza con su pierna libre, sacudiendo el brazo que no tenía enmarañado. La resaca de la ola tiró de él hacia atrás y sintió como su mano se hundía en la arena. Otra ola atronó a su alrededor,

obligándole a expulsar el aire de sus pulmones y haciéndole girar de forma que las cuerdas se le engancharon. De nuevo su mano encontró arena y él, presa del pánico ya que se estaba quedando sin aire, empezó a agitar las extremidades tratando de liberarse.

De repente se encontró en tierra, una maraña de cuerdas y extremidades, tumbado en unas pocas pulgadas de agua, medio ahogado y asustado.

Una ola más rompió sobre él mientras seguía tumbado en la arena y luego otra mientras luchaba por ponerse en pie. Recuperando el aliento poco a poco, desenredó la maraña de cuerdas teniendo en cuenta cual era la posición de Tregembo y Poli, que sujetaban cada uno un extremo a cada lado del bote. La necesidad de concentrarse lo tranquilizó. Clavó el arpeo en la arena y tiró fuerte del cabo. Sintió cómo se estiraba y vio que se elevaba, tenso y goteante. Si se alejaba un poco podía ver la forma gris del bote balanceándose sobre la línea blanca de las rompientes. Desató el cabo de su cintura y lo amarró descuidadamente alrededor de una de las puntas expuestas del arpeo. Las amarras de la proa y la popa del bote parecían seguras, así que Drinkwater se preparó para esperar. En ese momento, a pesar de ser verano, estaba temblando.

Una hora después estaba comenzando a lamentar su insistencia en ser él quien desembarcara. Estaba completamente helado y creía haber detectado que el viento era más frío. Observó el lugar donde estaba el *Kestrel* y vio el farol en lo alto del palo que debería servir para hacer señales si decidían retirarse. Pero sabía que Griffiths esperaría hasta el último momento. Incluso ahora estaba seguro de que Jessup y la tripulación estarían haciendo un esfuerzo para colocar una boza en el cabo, de forma que, cuando llegara el momento, el cúter pudiera cortar las amarras y dejar atrás el ancla. Estaba demasiado cerca de la costa para poder hacer cualquier otra cosa. Estaba tan ensimismado en sus pensamientos que no se enteró de los primeros disparos. Cuando se dio cuenta de que algo iba mal ya podía ver los fogonazos de las pequeñas armas en la parte alta del acantilado y, justo debajo, un camino que bajaba

hasta la playa. Salió de un salto de su refugio y corrió hacia el arpeo, examinando la extensión de arena con expectación.

Vio al hombre que salía de las sombras junto a la base del acantilado. Lo vio trastabillar y recobrar el equilibrio y vio como saltaba la arena en los lugares donde impactaban las balas de mosquete.

—¡Aquí! —gritó agarrando el arpeo.

Desenroscó el lazo de cabo ligero y se lo pasó alrededor de su cintura en un as de guía con una rabiza de tres brazas. El hombre llegó jadeando.

—¿Mayor Brown?

—El mismo, el mismo... —El hombre suspiró cuando Drinkwater pasó el extremo del cabo alrededor de su cintura.

—Un cernícalo...

—... para un truhán —terminó Brown el santo y seña justo cuando Drinkwater le agarraba del brazo y tiraba de él hacia el mar. Algunos soldados de infantería ya corrían por la playa hacia ellos. Drinkwater se giró con decisión hacia el mar y gritó:

—¡Tiren!

Vio a Tregembo hacer una seña y sintió que el cabo tiraba de su cintura. Se quedó sin aliento mientras arrastraban su cuerpo a través de la rebotante cresta de una ola. Tuvo que soltar al espía. Sacando la cabeza a la superficie pudo entrever el cielo nocturno que se arqueaba impasible sobre su cuerpo lánguido mientras se dejaba llevar por la fuerza de Tregembo. Boqueó desesperadamente en busca de aliento cuando la segunda ola le pasó por encima. Poco después estaba ya sobre el espejo de popa del esquife, buscando el estribo de cuerda que Poli debía haber instalado. Su pierna derecha lo encontró y se volvió a medias hacia el mayor Brown que parecía completamente ahogado por su abrigo.

—Súbale a él primero, Tregembo —dijo Drinkwater entre jadeos —, está a punto de sufrir un colapso.

Sin saber cómo, consiguieron encaramarlo al espejo de popa y Drinkwater les ayudó a girarlo para que quedara de espaldas al bote.

—Apártese, señor Drinkwater. —Era la voz de Tregembo y Drinkwater fue vagamente consciente de los dos marineros, sus manos sobre los hombros del mayor, elevándolo, subiéndolo y entonces, de repente, bajando y sumergiéndolo con fuerza hasta que desapareció de su vista para, en un instante, verse impulsado de nuevo a la superficie donde esperaban ellos para volver a agarrarlo y tirar de él torpemente hasta meterlo en el bote. Drinkwater sintió el tirón de la cuerda cuando subieron a bordo a Brown. Él, agotado, volvió a poner el pie en el estribo e intentó darse impulso para pasar por encima del espejo de popa, pero sus músculos congelados no le respondieron. Tregembo lo agarró y en un segundo él también estaba en el fondo del bote, encima de Brown y sin importarle ya los rollos de cuerda.

—Discúlpeme, señor. —Tregembo lo apartó a un lado con una mano y su hacha hendió la curva del costado del bote y cortó el cabo unido al arpeo. A proa Poli mostró la luz del farol y a bordo del *Kestrel* todos los marineros tiraron de la cuerda de cáñamo. Los disparos de mosquete silbaban a su alrededor y dos o tres arrancaron astillas de las regalas.

Drinkwater levantó la cabeza, cansado pero impaciente por ver la familiar silueta del *Kestrel* sobre él. Solo les quedaban diez yardas y después, la seguridad. Pero al mirar hacia el mar creyó ver algo más. Parecían las angulosas drizas de las velas de un lugre.

Mientras asimilaba esta información alcanzaron el costado del barco y unos brazos les ayudaron a salir del esquife y subir a cubierta. Bruscamente compasivo, el mismo Griffiths echó un capote sobre los hombros de Drinkwater mientras este contaba, tartamudeando, lo que acababa de ver.

—¿Un lugre, dice? Sí, *bach*, ya lo he visto... ¿Se encuentra bien?

—Bastante bien —balbuceó Drinkwater mientras sus dientes no dejaban de castañetearle.

—Salgamos de aquí entonces. ¡Señor Jessup! Que se prepare la batería de babor... —Griffiths le concedió el trabajo fácil y mecánico, el trabajo de Jessup, mientras se recuperaba. Sintió una oleada de

gratitud por la consideración que estaba demostrando el viejo y caminó dando traspiés hacia la proa, reuniendo a los hombres alrededor de las drizas de la batayola. La vela del estay y las drizas de la cangreja se soltaron a la vez, seguidas del foque y los puños de driza. La enorme cangreja se elevó en la noche y las velas se agitaron y crujieron, el mástil tembló y el *Kestrel* pugnó por verse libre.

Llegó un destello desde el mar y el silbido de una bala se oyó a estribor, sorprendiendo a los hombres que aún no se habían percatado del peligro que llegaba desde esa dirección, ya que habían asumido que iban a encarar una andanada rebelde de despedida que llegaría desde la playa.

Se amarraron las drizas y Drinkwater se acercó a la popa donde estaba Griffiths.

—*Da iawn*, sujete todas las empuñaduras a estribor y después prepárelo todo para cortar ese cable.

—Sí, señor. —Drinkwater ya se sentía mejor. Desde algún lugar de su interior nuevas reservas de fuerza fluyeron por sus venas. El ejercicio con las drizas lo había tonificado. Llamó al carpintero para que estuviera preparado con su hacha y encontró a Johnson ya en su puesto. Las velas tronaron con menos libertad ahora que se habían asegurado las escotas.

—¡Guardia de babor, a los cañones, prepárense para disparar al lugre! —Las palabras de Griffiths quedaron ahogadas cuando los cañonazos del lugre desgarraron el aire. El agua se alzó en una hilera cerca de estribor.

—Gracias a Dios que se han quedado cortos —murmuró Drinkwater para sí.

—¡Córtelo!

El hacha golpeó dos veces el cable que se deshilachó, las fibras empezaron a salir disparadas cuando la tensión aumentó y, al fin, se partió. La proa del *Kestrel* intentó alejarse hacia el viento.

—Igualémoslo. —La popa estaba sujeta por la codera que tiraba de ella hacia delante y que estaba trincada al extremo del cable

cercenado. El *Kestrel* giró bruscamente, se escoró hacia el viento y tiró hacia adelante.

—¡Córtelo!

En la porta de popa Jessup serró la abrazadera y la codera se desprendió. Dejando atrás el chinchorro, dos anclas y cien brazas de diferentes cordajes, el *Kestrel* enfiló en dirección al mar sobre la amura de babor.

Drinkwater se giró para buscar el lugre y de repente fue consciente de su enorme y amenazante forma delante de ellos. Podía ver por el través de su escobén los tres mástiles extrañamente inclinados con sus altas velas picudas y se encontró mirando las bocas de los cañones de la batería de babor.

—¡Oh, dios mío! ¡Nos va a cañonear, señor, a cañonear! —gritó hacia la popa, el pánico nublando su mente, que sabía que debía permanecer en su puesto y prepararse para el zafarrancho de combate.

—¡Al suelo! —La profunda voz de Griffiths cortó de raíz el miedo y los hombres se tiraron obedientemente sobre cubierta. Drinkwater se tumbó tras el cabrestante, consciente de que, de toda la tripulación del cúter, él era el más adelantado. Cuando llegó la andanada, disparada con mala puntería, esta fue irregular. El lugre estaba orzando, lo que lo hacía inestable, pero sus cañones hicieron daño. Sintió como un puñetazo en el pecho el aire revuelto por una bala que pasaba, pero se levantó rápidamente de su posición boca abajo con la adrenalina corriéndole por las venas, consciente de que lo peor había pasado. Otros disparos sí los habían alcanzado. En el combés un hombre había caído. El amante de estribor y dos estayes habían sido atravesados por disparos y la vela mayor estaba salpicada de agujeros de metralla y dos de bala. La luz del día revelaría otra bala en el casco y la parte de arriba del mismo bastante machacada por más metralla.

Griffiths llevaba él mismo el timón, manteniendo el rumbo, el bauprés arremetiéndolo contra la popa que sobresalía del lugre mientras intentaba ponerse en su estela a una distancia adecuada

para disparar a quemarropa. Drinkwater vio cómo el cabo de la brigada del Número 2 hacía descender la mecha y después levantaba la mirada para ver el resultado de la descarga. Cuando cruzaron la popa del lugre escupieron el cebo y los cañones de cuatro libras rugieron. A menos de veinte pies de donde estaba, Drinkwater se encontró mirando directamente a los ojos de un francés alto que estaba con un pie sobre la barandilla, agarrándose a los jirones de la mesana. Incluso en la oscuridad pudo detectar la autoritaria presencia del hombre, que no movió ni un músculo cuando una bala le pasó rozando. Los dos pequeños barcos se zarandeaban en el mar picado y la mayoría de los disparos del *Kestrel* pasaron sobre el lugre sin provocarle ningún daño, pero los destellos y el rugido de sus cañones disparando en cuanto podían resultaron gratificantes para la tripulación del cúter.

El *Kestrel* barrió la popa del lugre y Drinkwater caminó lentamente hacia popa mientras Griffiths se dirigía a rumbo.

—Coja unos pares de vigotas y acolladores y ajuste el aparejo de estribor, señor Jessup —dijo al pasar junto al contramaestre que estaba asegurando los cañones. Lo dijo distraídamente, con su mente plenamente ocupada por la visión del francés inmóvil.

—¿Cree que nos perseguirán, señor? —le preguntó a Griffiths con aire cansado. Se sintió aliviado al oír que la respuesta de Griffiths era de lo más realista.

—Deberían, muchacho, y nosotros deberíamos huir. Ahora baje y cámbiese esa ropa mojada. El mayor Brown está abriendo una botella de mi coñac. Sírvese y después tese y amarre un poco más de trapo. A ver qué tal se porta.

Se portó muy bien. Al amanecer aún los perseguían, momento para el cual ya habían aparejado cabos de seguridad a los contraestayes, tenían las velas redondas llenas y las escandalosas dirigidas a sotavento. Las ocho campanadas de la mañana encontraron al señor Drinkwater registrando once nudos mientras el cúter se zarandeaba,

su proa provocando una masa de espuma que marchaba delante del barco. A popa, junto a la burda volante de barlovento, Griffiths tarareaba una melodía sin mirar ni una sola vez hacia atrás. Para media tarde ya podían ver los blancos acantilados de Dover y el lugre había abandonado su persecución. Dejando a Jessup a cargo de la cubierta, ambos bajaron a cenar con el mayor Brown.

—Ese *chasse marée* era el *Citoyenne Janine*, un lugre de la Convención —dijo Brown devorando con apetito una loncha de jamón—. Está bajo el mando de un audaz bastardo llamado Santhonax... Por todos los cielos, Madoc, pensé que esta vez me pillaban; está claro que a Santhonax le había llegado el soplo de mi huida y tenía intención de frustrarla. —Masticó sin cesar y al fin tragó el bocado con medio vaso de brandy—. Ya iban tras de mí una hora después de dejar París... y si no fuera por la habilidad y la iniciativa de nuestro joven amigo aquí presente, lo habrían conseguido.

Drinkwater murmuró algo y se sirvió más jamón; de repente le había entrado mucha hambre.

—El señor Drinkwater lo ha hecho muy bien, mayor. Y, como veis, es de mi total confianza.

Brown asintió.

—Y no me extraña que la tenga. En menudo lío le metió aquella noche del pasado noviembre. —Todos sonrieron al liberarse la tensión y la botella pasó de mano en mano, celosamente protegida de la escora urgente y apremiante del *Kestrel*.

—Perdóneme, señor —intervino Drinkwater—, pero ¿cómo supo la identidad del lugre? ¿Es que pudo ver a su capitán?

—¿A Santhonax? Sí. Ese tipo estaba de pie en la popa. Él no gobierna el barco, este se mueve a su conveniencia. El Ministerio de Marina francés le ha otorgado poderes que le proporcionan carta blanca, a diferencia de los míos —hizo una pausa y vació su vaso—. Podría incluso apostarme dinero a que los caminos de Kent le resultan tan familiares como a cualquier maldito campesino de la zona —se encogió de hombros—. Pero no tengo pruebas. Aún. Lo

que es seguro es que se trataba del *Citoyenne Janine*. Incluso en la oscuridad se podía ver el pendón negro y puntiagudo. Por alguna razón a Santhonax le gusta enarbolarlo, algún vestigio de alguna paparruchada celta. Lo siento, Madoc, no te ofendas.

Drinkwater no había visto la enseña, pero se preguntó cómo podía Brown llegar a conocer todo eso. Aún no había llegado a apreciar la capacidad del mayor para captar los detalles aparentemente nimios.

—Va a ser una guerra condenadamente larga, Madoc —continuó el mayor—. Y puedo decir que los malditos yanquis están metidos en esto. Tendremos que luchar contra ellos de nuevo. Le han prometido a los comerranas grandes cantidades de grano. El país se moriría de hambre sin su ayuda y los revolucionarios causarán problemas en Irlanda... Esto no será un secreto dentro de uno o dos meses. —Hizo una pausa y frunció el ceño, reuniendo las palabras adecuadas para transmitir la enorme importancia de sus noticias. A Drinkwater le recordó a Appleby—. Van a llevar su bandera por toda Europa, recuerden mis palabras... —Se sirvió otra loncha de jamón. Ahora Drinkwater ya sabía porque le había parecido tan jovial unos meses atrás. Él mismo sentía la tentación de hablar como Brown después de los sucesos de la noche anterior. Y mucho más en el caso de Brown, tras todo ese terrible aislamiento. Una vez en tierra tendría que ser cauto, pero allí, a bordo del *Kestrel*, se podía relajar, ya que estaba entre amigos. Vacío su vaso por cuarta vez y Griffiths se lo rellenó.

—¿Consiguieron sacar a Barrallier? —preguntó Brown apoyándose en el respaldo de la silla y dirigiéndose a Drinkwater.

—Sí, señor, lo recogimos en Beaubigny.

—¿Beaubigny? —Brown pareció sorprendido y luego frunció el ceño—. ¿Dónde demonios está eso? Yo lo preparé para que fuera en Criel. —Miró a Griffiths que le explicó la ubicación del lugar.

—Protesté, mayor, pero dos aristócratas tenían a Dungarth metido en el bolsillo.

Brown asintió, sus ojos dos rendijas gélidas que, en una cara así de rubicunda, daban una impresión desagradable.

—Y uno de ellos era un... un misántropo, ¿a que sí?

Tanto Griffiths como Drinkwater asintieron.

—¿E iba De Tocqueville con Barrallier?

—Sí —dijo Griffiths—, y con un montón de dinero también. — Brown asintió y se sumió en sus pensamientos unos momentos durante los cuales Drinkwater le oyó musitar «Beaubigny...».

Al fin levantó la vista con una expresión ligeramente extrañada en la cara, como si la respuesta fuera importante.

—¿Había una mujer con ellos? —preguntó—. ¿Una chica con el pelo castaño rojizo?

—Eso es, señor —respondió Drinkwater—, con su hermano Etienne.

Brown enarcó las cejas.

—¿Así que saben sus nombres?

—Sí, señor, se apellidaban Montholon. —Parecía extraño que Brown, el señor de los secretos, manifestara sorpresa ante lo que era un chismorreó sobradamente conocido en Plymouth—. Barrallier nos lo dijo, señor —continuó Drinkwater—. No parecía que fuera un secreto.

—¡Ja! —Brown echó la cabeza atrás y soltó una carcajada, una risa breve, como el aullido de un zorro—. Bien por Barrallier —dijo casi para sí—. No, no es un secreto, pero me sorprende que la chica haya huido... —El silencio cayó sobre los tres hombres.

Brown siguió rumiando las piezas de un rompecabezas que comenzaban a encajarle. No sabía que había sido el *Kestrel* el que había causado el escándalo en Carteret, pero, por casualidad, se había visto próximo a la disputa que había surgido en París a raíz del incidente y sabía bien lo cerca que había estado ese hecho de convertirse en motivo de guerra. El, en comparación, inocente acto del *Childers* había sido exactamente lo que los radicales partidarios de la guerra buscaban, y ya habían tenido que contenerse más o menos un mes antes.

El mayor cerró los ojos recordando algo curioso; el *Capitaine de frénate* Edouard Santhonax había constituido un ejemplo de la beligerancia de la Convención. Y, aparte de lo de la noche anterior, la última vez que Brown había visto a Santhonax, el apuesto capitán tenía a Hortense Montholon cogida de su brazo. Entonces ella no parecía una mujer que estuviera a punto de huir de la revolución.

El teniente Griffiths observó a su pasajero, consciente del misterio que se mascaba en el ambiente y revisó la conversación para encontrar la causa, mientras Drinkwater recordó turbado la visión de una mujer de pelo rojizo y bonitos ojos grises.

Capítulo 5

Octubre-diciembre de 1793

El incidente frente a Ouessant

En las semanas que siguieron Drinkwater casi se olvidó del incidente de Beaubigny, del rescate del mayor Brown y del subsiguiente encuentro con el *chasse marée*. En ocasiones, en las oscuras noches cuando la cámara principal estaba iluminada por el farol oscilante, aparecía en ese lugar un fantasma de inquietante belleza y pelo rojizo. Y esa sensación de sentir que se ahogaba que experimentó cuando Tregembo tiró de él para sacarlo de las rompientes, con el peso muerto del mayor amenazando con enviar a ambos al fondo, emergía periódicamente para perseguirlo en sus horas de duermevela mientras intentaba conciliar el sueño. Pero no eran más que meras sombras que se volatilizaban al despertar junto con los recuerdos de las marismas de Carolina y de Morris, el tirano sodomita del sollado de la *Cyclops*.

El espectro de los fugitivos de Beaubigny apareció una vez de una forma algo más positiva, resucitado por Griffiths. Se trataba solamente de una breve nota en un periódico que ya estaba amarilleando que hablaba de la muerte de un noble francés en las cloacas de St. James. Se sospechaba que habría sido algún salteador, ya que había desaparecido el portamonedas del caballero y se sabía que había tenido suerte en las mesas de juego aquella noche. Pero el nombre del caballero era De Tocqueville y eso hizo

que Griffiths, con una ceja enarcada sobre el periódico inclinado, le comunicara a Drinkwater que tenía sospechas de que se trataba de un asesinato.

Pero tales especulaciones fueron apartadas a un lado por el deber. El Canal ya estaba lleno de corsarios franceses, desde lugres hasta fragatas, que ya habían comenzado la guerra en el campo del comercio que les habían hecho tan famosos antaño. En esta melé de asaltadores franceses de naves comerciales y mercantes británicos se precipitaron a entrar las solitarias fragatas británicas, totalmente inadecuadas. El 18 de junio, Pellew, a bordo de la fragata *Nymphe*, se hizo con la *Cleopâtre* frente a la Punta Start y el título de caballero que recibió provocó que un escalofrío de ambición recorriera las espinas dorsales de muchos aspirantes de la marina.

Mientras tanto el *Kestrel*, ocupado en asuntos más mundanos, llevaba despachos, vegetales frescos, correo y chismorreos varios entre los buques de la escuadra; era como una doncella para todo que quedaba fuera de las confrontaciones importantes y solo se ocupaba de los enemigos más débiles. Pellew se quedó en un par de ocasiones con algunos hombres de la tripulación del cúter para completar su tripulación de mineros de estaño procedentes de Cornualles, a pesar de las protestas de Griffiths. Los hombres del *Kestrel*, la mayoría de ellos voluntarios, constituían una tripulación excelente, propia de un buque insignia gobernado por el más puntilloso de los almirantes.

—Mejor que cualquier otra cosa que la flota de Cumberland pueda ofrecer —aseguró Jessup con orgullo aludiendo a los barcos del Támesis que convertían en excelencia detalles tales como los ejercicios de adiestramiento. Un brillo de aprobación apareció en los ojos de Griffiths cuando ejecutaron una maniobra de forma brillante bajo la mirada envidiosa de un capitán de fragata que aún estaba peleando con una tripulación de hombres de tierra adentro. Podía imaginar los comentarios en una gran cantidad de alcázares sobre la maldita insolencia de esos piojosos barcos descastados.

Entre toda esta actividad, Drinkwater se fue dando cuenta de que formaba parte de un barco feliz, que Griffiths azotaba a los hombres en muy raras ocasiones porque realmente no tenía necesidad y que aquellos eran tiempos para no olvidar.

Fueran cuales fueran sus recelos en cuanto al futuro, quedaron reservados para la soledad de su camarote. Las cada vez mayores exigencias de una guardia tras otra, la tensión de la caza o la huida y los modestos beneficios que proporcionaban los botines de las presas solo eran una compensación parcial para la falta de perspectivas de su propio horizonte personal.

Diciembre los recibió ante la isla baja de Ouessant navegando en busca de Warren, con novedades sobre el escuadrón que, tras muchas demoras en los astilleros, iba a formarse bajo el mando del comodoro en Falmouth en Año Nuevo.

Era un día de vientos del este que limpiaban el ambiente de los anteriores vientos húmedos del oeste que les habían perseguido durante la primavera. Una borrasca había seguido a otra en el Atlántico durante las ocho semanas que el *Kestrel* llevaba buscando a sus superiores; la tripulación siempre mojada y triste, el velamen empapado y duro y el fogón de su cocina prácticamente extinguido.

La brillante luz del sol cayó sobre el pequeño barco como una bendición y este pareció renacer; cambió el humor de los hombres y la tripulación que se ocupaba de los aparejos parecía formada por hombres diferentes. La ropa húmeda apareció en el aparejo de barlovento, dándole al *Kestrel* un aire de campamento gitano.

La isla baja que constituía la extremidad más occidental de Francia quedó atrás por la aleta de babor y de vez en cuando Drinkwater tomaba una demora del faro del promontorio elevado del cabo Stiff. Una de estas operaciones se vio interrumpida por la voz de llamada que llegó desde el tope.

—¡Ah de la cubierta! ¡Vela a barlovento!

—Avisen al capitán.

—Sí, señor.

Griffiths se apresuró a subir a cubierta y le echó un vistazo tanto a la isla como al pendón del tope que ondeaba sobre la aleta de estribor gracias al viento del este.

—Arriba, señor Drinkwater. —Este ascendió ágilmente por el palo y pasó una pierna sobre la verga del juanete. Solo necesitó un vistazo para poder precisar que no era la *Flora* y confirmar una sospecha que sabía que compartía con Griffiths como resultado de la brisa que venía del este. El enorme arsenal naval de Brest estaba delante de ellos. La vela que estaba mirando se había escabullido de la Goulet esa mañana. Y más allá podía ver otra.

—Dos fragatas, señor —dijo cuando alcanzó de nuevo la cubierta —, poniendo rumbo hacia nosotros y largando vela.

Griffiths asintió.

—¡Señor Jessup! —Miró a su alrededor en busca del contraemaestre que se apresuraba a subir a cubierta, luchando por ponerse su casaca.

—¿Señor?

—Vamos a ponernos viento en popa. Quiero arriba los contraestayes de popa y todo el trapo que llevemos. Señor Drinkwater, un rumbo alejado de Les Pierres Vertes para franquear el estrecho de Fromveur... —Dio más órdenes mientras los marineros alborotaban al subir a cubierta, pero Drinkwater ya se estaba abriendo paso para bajar a consultar la carta.

La Île d'Ouessant, o «Ushant» para innumerables generaciones de marineros británicos, está a trece millas al oeste de la costa de Bretaña. Entre la isla y la Punta San Mateo existe un confuso lecho de rocas, islotes y arrecifes rodeados por una línea punteada en la carta del cúter junto a la que se puede leer: «Rocas, bajíos, etc. numerosos y peligrosos, donde se dan corrientes de resaca impredecibles y zonas de turbulencias». Incluso con el tiempo más benévolo la zona estaba sujeta a las marejadas del Atlántico y a la incesante corriente de la marea, que en las primaveras alcanza una velocidad de siete nudos y medio. Cuando el viento y la marea son

opuestos generan un mar picado, feroz y peligroso. En el mejor de los casos, las resacas y las turbulencias hacen que la zona resulte imposible para la navegación. Tan grandes eran los peligros del lugar, que se había firmado un tratado especial entre Inglaterra y Francia que establecía que este último país se comprometía a mantener un faro sobre el promontorio de Stiff «tanto en la paz como en la guerra, por el bien de toda la humanidad». Esa torre se había erigido en el punto más alto de la isla un siglo antes diseñada por Vauban.

Había dos formas de cruzar entre Ouessant y tierra firme a través de las rocas: por el canal de Four, un canal tortuoso entre la punta San Mateo y la roca Le Tour, y por el Fromveur, que sigue el lado más cercano al continente de la misma Ouessant. Drinkwater se decidió por este último.

Mientras estudiaba minuciosamente la carta, Drinkwater sintió el repentino aumento de la velocidad que seguía al repiqueteo, estremecimiento y la inclinación de la trasluchada. El *Kestrel* se lanzó sobre las aguas en respuesta a la urgencia que sentía su comandante. Agarrándose se deslizó al interior de su propio camarote y cogió el manchado cuaderno de la estantería. Una vez había pertenecido al señor Blackmore, piloto de derrota de la fragata *Cyclops*. Hojeó las páginas hasta que encontró lo que buscaba y frunció el ceño, concentrado. Volvió a mirar la carta, una copia de un antiguo mapa francés. Le preocupaba lo peligroso del lecho, aunque el Fromveur en sí mismo parecía recto y profundo. Maldijo la falta de iniciativa del Almirantazgo que confiaba en que los comandantes compraran sus propias cartas. Incluso el *Kestrel*, empleado en servicios especiales como estaba, no recibía más que una mínima asignación, así que Griffiths solo podía tener lo que podía comprar.

Drinkwater volvió a la cubierta. Ouessant estaba ya sobre la amura de estribor y un vistazo a popa le informó de que la fragata más próxima se estaba acercando a ellos con rapidez. Cuanto antes llegaran al Fromveur y lo superaran, mejor. Drinkwater recordó el aire de superioridad de Barrallier, su confianza en las cualidades de

navegación de las fragatas francesas y su estupefacción al descubrir que Griffiths estaba navegando por la costa francesa con cartas obsoletas: resaltó que el antiguo gobierno francés había establecido una oficina hidrográfica que se ocupaba de las cartas hacía más de setenta años.

Una sensación de urgencia le recorrió cuando se inclinó sobre la aguja y se apresuró a bajar de nuevo para trazar las demoras. El flujo de la marea del Canal ya los había llevado demasiado lejos hacia el norte, empujándoles implacablemente hacia las rocas y arrecifes a estribor. Volvió arriba rápidamente y estaba a punto de pedirle a Griffiths que viraran al sur cuando otra voz de llamada llegó hasta la cubierta.

—¡Rompientes sobre la amura de estribor!

Jessup se acercó a la escota de la mayor.

—¡Listos para trasluchar! —gritó. Si trasluchaban de nuevo, el *Kestrel* podía vencer la marea y salvar las rocas navegando en línea recta hacia el sur. La tripulación ya estaba en sus puestos mirando hacia la popa, expectantes, esperando las órdenes de Griffiths.

—Amárrela, señor Jessup... ¿Esas son las Pierres Vertes, señor Drinkwater?

—Sí, señor. —Griffiths podía ver la fuerza de las olas de agua blanca y vislumbrar ocasionalmente zonas negras que revelaban la presencia de rocas. La fragata se acercaría más si seguían hacia el sur.

—Rumbo noroeste... Afiance ligeramente las escotas, señor Jessup... Señor Drinkwater, voy adentro... —Su voz sonaba calmada, tranquilizadora, como si no tuviera que tomar ninguna decisión inminente. De repente apareció un agujero en el juanete; una bala que impactó en el coronamiento de popa y envió astillas silbando por toda la cubierta. Una larga esquirla de pino embreado alcanzó a un marinero dejándole una terrible herida punzante. No tenían ningún cirujano que pudiera atenderle.

Para evitar los arrecifes, la fragata francesa había retocado una vela a babor y su rumbo divergía ligeramente del que llevaba el

cúter, de forma que uno de los cañones de proa pudiera hacer luego. El humo del disparo apareció bajo su proa, empujado por el viento de popa.

—Con cuidado ese timón, ¿o es que está ciego? —gruñó Griffiths al timonel. Drinkwater se unió a él en sus cálculos mentales. Sabían que tenían que mantener al *Kestrel* cerca de las Pierres Vertes para impedir que la marea los colocara demasiado al norte sobre la Roche du Loup, la Roche du Reynard y los arrecifes que había entre ellas con el fin de evitar la tentación de navegar en aguas aparentemente claras donde los peligros yacían sumergidos.

Las Pierres Vertes estaban ya cerca, justo bajo la proa. El flujo y reflujo de la marea podían sentirse cuando esta se arremolinaba a su alrededor. El *Kestrel* se tambaleó en su avance inexorable y entonces, de repente, las rocas quedaron atrás. Los hombres que había en cubierta emitieron un grito irregular, conscientes de que su barco acababa de superar una crisis.

Pero el alivio les duró poco.

—¡Ah de la cubierta! ¡Vela a estribor, a seis puntos sobre la proa! —Drinkwater podía verla claramente desde la cubierta. Una pequeña fragata o corbeta había bajado por el estrecho de Fromveur sin que nadie la hubiera advertido, preocupados como estaban por las rocas, y ahora esta les bloqueaba la vía de escape.

—Apunte el nombre de ese vigía, señor Drinkwater, le arrancaré el pellejo por negligencia...

Otro agujero en la arboladura y varias salpicaduras en uno de los lados. Una bala rebotó en una ola y dio un sonoro golpe, casi sin fuerza, contra el casco. Estaban completamente atrapados.

Drinkwater miró a Griffiths. El semblante del viejo galés mostraba una resignación casi estoica en la que Drinkwater percibió la derrota. Era cierto que el *Kestrel* podía maniobrar, pero eso no sería más que para mantener las formas, por respeto a la bandera. No era muy probable que pudieran escapar. Griffiths era un hombre viejo, se había quedado sin resolución, había gastado su parte de buena fortuna. Parecía saber todo esto, como un animal golpeado que se

escabulle, arrastrándose, para morir. Rendir un cúter de doce cañones a una fuerza superior no sería ningún deshonor.

Como para empeorar el apuro en el que se encontraban, el nuevo chinchorro, asegurado sobre los pescantes de la roda, se desintegró en una explosión de astillas, las tablas del espejo de popa del cúter se partieron hacia adentro y una bala hizo que la culata del Número 11 saliera despedida, desmontándolo con un sonido sobrecogedor y lanzándolo, deformado, por encima de la barandilla de estribor.

—¡Preparen la batería de estribor! —dijo Griffiths agarrándose—. Señor Drinkwater, arríe la bandera después de disparar. Señor Jessup, vamos a tomar por avance; cargue las velas redondas...

Una atmósfera de hosca resignación barrió la cubierta como una ráfaga de metralla y su impacto fue claramente visible. Eso le provocó a Drinkwater una furia repentina. Iba a ser una guerra larga, había dicho Appleby, una larga guerra recluido en un barco-prisión francés, soñando con Elizabeth. La sola idea le resultaba tremendamente abominable. Puede que Griffiths fuera intercambiado con la excusa de un canje de prisioneros, pero ¿quién iba a preocuparse por un desconocido ayudante del primer oficial? Iban a orzar, disparar para defender el honor de la bandera y luego rendirse a la gran fragata que se acercaba lanzando espuma por la popa.

Era irónico que fueran a colocarse contra el viento para hacerlo, a alcanzar el único punto por el que podían escapar de sus perseguidores. Si, claro estaba, las rocas no les bloquearan el camino.

Entonces le asaltó una idea; tan simple, aunque a la vez tan peligrosa, que se dio cuenta de que había estado bullendo en su cerebro, desde que había mirado el cuaderno del viejo Blackmore. Era mejor que la abyecta rendición.

—¡Señor Griffiths! —Griffiths se volvió.

—Le he dicho que esperara junto a las drizas de la bandera...

—Señor Griffiths, creo que podemos escapar a través de las rocas, señor. Hay un paso entre las dos islas... —dijo señalando los dos islotes que había por el través, a estribor: la isla de Bannec y la de Balanec. Griffiths los miró, la inseguridad inundando sus ojos. Volvió a mirar a popa. Drinkwater aprovechó su momentánea ventaja—. La carta es vieja, señor. Yo tengo un mapa más reciente en un diario manuscrito...

—¡Tráigalo! —dijo Griffiths bruscamente, dejando de lado repentinamente tanto su anterior estado de ánimo como su edad. Drinkwater no necesitó que se lo dijeran dos veces y corrió hacia la cubierta inferior, tropezando en su precipitación. Cogió el viejo y manchado diario de Blackmore y volvió a subir a cubierta donde aún subsistía una pálida y tensa esperanza en las caras de los hombres. Jessup tenía hombres en la arboladura y las velas redondas se estaban recogiendo. Una partida de hombres se afanaba en amarrar el cañón de cuatro libras que había sido desmontado. Griffiths, ahora indiferente a los dos barcos que se acercaban a proa y a popa como si de los brazos de una tenaza se trataran, examinaba la brecha entre las dos islas.

—Aquí está, señor. —Drinkwater abrió el libro sobre el tope del tambucho y durante un momento él y Griffiths se inclinaron sobre él con el dedo de Drinkwater trazando un estrecho pasadizo entre los arrecifes. Al viejo se le escaparon unas palabras murmuradas en galés y de las que Drinkwater solo pudo descifrar: «Men ar Reste... Carrec ar Morlean...». Pronunció «*carreg*», en galés más que en bretón, mientras miraba las distantes rocas que se esparcían por el camino que estaba sugiriendo Drinkwater como colmillos a la espera de la impaciente quilla del *Kestrel*.

—¿Podrá conseguirlo? —preguntó cortante.

—Lo intentaré, señor. Con las demoras y un vigía en las crucetas. Griffiths se hizo a la idea.

—Vamos allá. —Llamó a uno de los marineros para que mantuviera el cuaderno abierto y se quedara junto a él. Drinkwater

se inclinó sobre la aguja, el corazón latiéndole con fuerza por la excitación. Tras él, un transformado Griffiths ladraba órdenes.

—¡Señor Jessup! Vamos a pasar entre las rocas. Ocúpese del velamen para sacar lo mejor de él...

—Sí, señor. —Jessup comenzó a pulular de acá para allá y su entrada en acción pareció electrizar a la totalidad de la cubierta superior. Los hombres, llenos de energía, saltaron a las cabillas de maniobra, se quedaron de pie expectantes junto a las escotas y los amantes, mientras los timoneles observaban a su comandante, listos para, a la mínima palabra, lanzarse con todo su peso sobre la gigantesca curva del timón de fresno.

Se oyó un crujido en el combés y la caja de la bomba salió volando, el brazo de hierro forjado doblándose en un ángulo imposible. Otra bala impactó contra el casco y un vistazo a popa mostró a la fragata enorme y amenazadora. A no más de dos millas delante de ellos estaba la corbeta, su gavia mayor izada en el palo, cortándoles el camino. Drinkwater se enderezó sobre su improvisada mesa de cartas.

—Este-noreste, señor, cuanto antes...

Griffiths asintió.

—¡Abajo el timón! ¡En viento! ¡Escotas de las velas de proa! ¡Ustedes! —dijo señalando a los marineros de la brigada del Número 12—. ¡Corten ese contra-estay de popa! —El *Kestrel* se puso contra el viento, rociones de espuma rompiendo sobre la amura de barlovento. Drinkwater miró la caja de la aguja y asintió, después corrió hacia la proa.

—¡Tregembo! Suba a la arboladura y busque rocas, corrientes de resaca y baterías de cañones... —Y entonces, recordando el pasado de contrabandista del hombre al ver un destello de euforia en sus ojos, prosiguió—: La marea está a nuestro favor, justo bajo nosotros... Necesito saberlo rápidamente...

—¡Sí, señor! —Los obenques de barlovento estaban tensos sobre la barra y Drinkwater siguió al marinero en su ascenso, pero se quedó a medio camino. Aunque era fresco, el viento tenía poco

alcance en aquel punto y deberían ver las corrientes de marea al chocar contra las rocas. Se mordió el labio por la ansiedad. Ya hacía tiempo que había pasado la bajamar y el *Kestrel* aceleraba en dirección noreste con una nueva marea.

—Una corriente, señor, a estribor... —Tregembo señaló—. Y otra a babor... —Drinkwater alcanzó la cubierta y corrió hacia popa para volver a inclinarse sobre la carta. Cuatro brazas y media sobre Basse Blanche a estribor y menos de una sobre Melbian a babor.

—¿Puede acercarlo un poco más, señor? —Griffiths asintió con los labios convertidos en una fina línea. Drinkwater volvió a proa de nuevo y comenzó a escalar por los aparejos. Mientras subía para reunirse con Tregembo, sentado con las piernas colgando, un rugido terrible llenó el aire. El catalejo, el catalejo Dollond que acababa de sacar del bolsillo, le fue arrancado de la mano y sintió que todo su cuerpo era zarandeado igual que lo fue en las rompientes la noche que recogieron al mayor Brown. Vio un destello del cristal cuando la luz del sol incidió momentáneamente sobre el cristal del catalejo y después él también se precipitó hacia delante como una muñeca de trapo, incapaz de hacer nada por evitarlo. Sintió que una mano fuerte le agarraba la parte superior del brazo. Tregembo tiró de él hasta colocarlo de nuevo sobre la verga mientras, debajo de ellos, el pequeño catalejo rebotaba contra una vigota y desaparecía en el agua blanca que corría a raudales más allá del tembloroso costado del *Kestrel*.

Drinkwater exhaló el aire. Miró a popa y vio la enorme fragata que viraba hacia el sur, alejándose de ellos, burlada por su presa, mientras se disipaba el humo de su batería de estribor.

Cruzando su popa pudo ver las letras de su nombre: *Sirene*. Probablemente dispararían la batería de la otra banda antes de alejarse con rumbo sur-suroeste sobre la amura de babor.

Drinkwater se volvió hacia Tregembo.

—Gracias por su ayuda —murmuró enfadado por la pérdida de su precioso catalejo. Miró hacia delante ignorando la corbeta, que

quedaba oculta por el peñol de la tirante vela mayor y ajeno a la andanada final de la *Sirène*.

El agua blanca los rodeaba completamente ahora, los dos islotes verdegrises de Bannec y Balanec abriéndose rápidamente a ambos lados de la proa. El flujo y reflujo de la marea revelaba rocas por todos los lados, el agua convirtiéndose en espuma blanca alrededor de los arrecifes. Delante de ellos no se veía ninguna brecha, ningún paso.

Con todo el trapo contra el viento, el *Kestrel* cabeceó hacia delante impulsado inexorablemente por la marea que estaba tomando cada vez más velocidad. De repente pudieron ver delante de ellos el montículo de una roca negra: la Ar Veoe estaba justo en su camino. Con paciencia se obligó a alinearla mentalmente con el estay del trinquete. Si la roca quedaba a la izquierda del estay, pasaría por babor sin problema; si quedaba a la derecha, pasaría por estribor sin causar daños pero les llevaría hacia mayores peligros más adelante. Si no cambiaban de rumbo la golpearían.

La mole oscura de la Men ar Reste apareció por el través y quedó atrás.

La Ar Veoe permanecía en su camino y a cada uno de los lados los arrecifes que rodeaban los dos islotes se acercaban, el movimiento provocaba que ellos mismos se movieran.

Drinkwater se giró y gritó en dirección a cubierta:

—¡Vamos directos a la Ar Veoe, señor! —Vio como Griffiths miraba el libro. Tenían que pasar como fuera al este de esa masa de granito. No podían echarse a sotavento o se harían pedazos contra la Île de Bannec y se verían perdidos irremediabilmente.

La brecha se iba reduciendo y la demora seguía sin experimentar cambios. Tendrían que virar por avante. Drinkwater se agarró a una burda y se deslizó hasta la cubierta. Ignorando el escozor de sus manos abordó a Griffiths.

—Vamos demasiado a sotavento. Tenemos que virar por avante, señor, inmediatamente... No hay otra opción. —Griffiths no respondió a su subordinado, pero levantó la cabeza y vociferó:

—¡Preparados para virar por avante! ¡Dense prisa ahí!

Los hombres, acostumbrados ya al alto tono de voz de sus oficiales, obedecieron con una considerable presteza.

—*Myndiawl*, espero que sepa lo que está haciendo —gruñó Griffiths—. Vuelva a la arboladura y cuando ganemos suficiente franquía, agite el brazo derecho... —Su voz sonaba sosegada por la tensión controlada, perdida cualquier traza de derrota y reemplazada por una tensa confianza en Drinkwater. Sus ojos se encontraron durante un breve momento y cada uno reconoció en el otro la enrarecida excitación del apuro en el que se encontraban, un equilibrio entre experiencia y miedo.

Para cuando Drinkwater alcanzó las crucetas, lo que había sitio el aparejo de barlovento estaba flácido. El *Kestrel* había virado por avante elegantemente y ahora su bauprés acuchillaba el aire hacia el sureste mientras se esforzaba por cruzar el canal con la marea aún empujándolo hacia el noreste. Drinkwater apenas había vuelto a concentrar sus sentidos cuando el instinto le gritó que agitara el brazo derecho. Obedientemente se bajó el timón y la verga tembló debajo de él junto con el palo mientras el cúter pasaba de nuevo a través del viento.

El *Kestrel* apenas se había estabilizado sobre la amura de estribor cuando el macizo y agrietado bloque de la Ar Veoe pasó por su lado a gran velocidad. El blanco remolino de la marea arrancaba las algas de raíz y una docena de cormoranes, hasta ese momento tendiendo sus alas al sol, las agitaron para volar bajo sobre el mar. A ambos lados los peligros eran claramente visibles. El Carrec ar Morlean quedaba junto a la aleta de estribor, los afloramientos de la Île de Bannec, a babor. El *Kestrel* se lanzó hacia la brecha, su bauprés sumergiéndose con agresividad hacia delante. Las rocas aparecieron por el través y Drinkwater bajó a cubierta para establecer otra posición en la improvisada carta. Griffiths observó por encima de su hombro. Casi habían pasado, pero tenían que sortear un obstáculo final cuando las rocas Gourgant asomaran a estribor. Hacía mucho que habían cesado los disparos de cañón y los barcos enemigos

quedaron olvidados en el mismo momento en que el alivio comenzó a asomar a sus ojos. Las Gourgant quedaron atrás y se fundieron con la aparentemente impenetrable barrera de rocas negras y agua blanca por la que acababan de pasar.

—¡Ah de la cubierta! —Era Tregembo, aún en su puesto de la arboladura—. ¡Rocas justo delante y acercándose, señor! —La reacción de Griffiths fue instintiva.

—¡Arriba el timón!

Drinkwater estaba a medio camino de subida por los obenques de estribor cuando lo vio. El *Kestrel* había aflojado un punto el viento, pero estaba demasiado cerca. Aunque el bauprés libraría la roca, la corriente de la marea empujaría su popa hasta hacerla girar; la breve visión de madera desgarrada y casco privado de timón cruzó la imaginación de Drinkwater. Miró hacia popa y gritó:

—¡Abajo el timón!

Durante una décima de segundo pensó que Griffiths iba a ignorarle, que su insubordinación era demasiado grande. Entonces, temblando por el alivio, vio como el teniente se lanzaba por cubierta para tirar de la caña a babor.

El *Kestrel* comenzó a girar cuando la roca semisumergida casi se precipitaba sobre él. Fue demasiado tarde. Drinkwater estaba temblando de forma incontrolable en ese momento, una mosca en una tela de araña compuesta de aparejos. Observó la escena fascinado, consciente de que en diez, quince segundos quizá, los obenques a los que se agarraba colgarían como guirnaldas flácidas cuando la banda de estribor del cúter se rasgase, el mástil partido como una simple ramita y el barco volcara, convirtiéndose en un resto de naufragio destrozado. Abajo los hombres corrían hacia el costado para mirar; en ese momento la marea los alcanzó. El *Kestrel* tembló, su aleta se vio elevada sobre la ola, que se formó al impactar el flujo de la marea contra un lado de la roca, para después caer abruptamente a través del reflujo a la vez que el mar apartaba el barco a un lado como un trozo de madera a la deriva. Podían ver los fucos y oler los excrementos de los pájaros y, de pronto, habían

pasado, arrojados lejos hacia el norte. Unos momentos después dejaron atrás Basse Pengloch, extremo septentrional de la Île de Bannec.

Aún temblando, Drinkwater consiguió alcanzar de nuevo la cubierta.

—Hemos pasado, señor. —El alivio que sentía se tradujo en una sonrisa de aspecto tonto que se veía acentuado por la sangre que brotaba del labio que se había mordido con demasiada fuerza.

—Sí, señor Drinkwater, hemos pasado y quiero que ordene que se le dé grog a toda la tripulación.

—¡Ah de la cubierta! —Por un segundo todos se quedaron inmóviles, sus caras llenas de aprensión temiendo que hubiera otro afloramiento delante de ellos; pero Tregembo estaba señalando a popa.

Cuando bajó para devolverle a Griffiths el catalejo que le había prestado, Drinkwater dijo:

—Aún están a la vista las dos fragatas y la corbeta, señor. Y más allá de ellas se ven muchas gavias. Parece que acabamos de escapar de toda una flota.

Griffiths enarcó una ceja blanca.

—Eso parece... En ese caso olvidemos a la *Flora*, señor Drinkwater y llevemos esa información a casa. Establezca rumbo para volver a Plymouth.

—Sí, señor. —Drinkwater se volvió. Ahora que la excitación de las últimas dos horas iba desapareciendo, esta daba paso a una irritación malhumorada por la pérdida del catalejo Dollond.

Capítulo 6

Enero-diciembre de 1794

Un ataque nocturno

Lo que ni Griffiths ni Drinkwater sabían era que las fragatas de las que habían escapado frente a Ouessant formaban parte de la flota del almirante Vanstabel. El almirante iba camino de América para reforzar el escuadrón francés enviado allí para escoltar el convoy de grano y que este llegara sano y salvo a Francia. La importancia de este convoy para la arruinada economía de la República y para la supervivencia de su gobierno era la información que había puesto en conocimiento británico el mayor Brown.

Vanstabel consiguió evitar la persecución, pero, según se acercaba la primavera de 1794, el Almirantazgo envió los largamente esperados escuadrones móviles. El escuadrón al que pertenecía el *Kestrel* estaba bajo las órdenes de Sir John Borlase Warren, cuyo amplio pendón estaba enarbolado en la *Flora*, fragata de cuarenta y dos cañones. Las fragatas de Warren cazaban en las proximidades del Canal, a veces todas juntas y otras por separado. Los deberes del *Kestrel* se habían consignado en el registro con muy poca imaginación como «ocupaciones varias». Llevaba órdenes de la *Flora* a otra fragata y volvía con información de inteligencia. Iba a Falmouth con despachos para después reunirse con el escuadrón trayendo correo, órdenes o un nuevo oficial, con los botes llenos de

coles y sacos de patatas o con sacos de cebollas estibados entre los cañones.

Fue un tiempo muy ajetreado para su tripulación. Sus constantes visitas a Falmouth le recordaban a Elizabeth, a la que había conocido allí en 1780 y la vista desde la rada de Carrick era siempre motivo de nostalgia. Aunque no tenía ni un momento de respiro porque los fríos de enero precipitaron la malaria de Griffiths y, mientras su superior yacía en su coy sin emitir una sola queja, sudando y parcialmente delirante, Drinkwater, por instrucciones expresas de aquel, asumió el mando del cúter sin informar a sus superiores.

La recuperación de Griffiths fue lenta y con recaídas. Drinkwater asumió el mando práctico del cúter sin encontrar oposición. Jessup, al igual que el resto de la tripulación, había quedado impresionado por la huida de las fragatas de Vanstabel.

—El señor Drinkwater lo hará bien —fue su informe a Johnson, el carpintero.

Y Tregembo realzó aún más la reputación de Drinkwater con la historia de la recuperación del *Algonquin* en la guerra americana. La lealtad del marinero de Cornualles era tan conmovedora como contagiosa.

Sin el conocimiento de Warren, Drinkwater había comandado el *Kestrel* durante la acción el 23 de abril, día de San Jorge. Quince millas al oeste de las Roches-Douvres el escuadrón de Warren se enfrentó a una fuerza francesa similar bajo el mando del comodoro Desgareaux. En ese momento Warren tenía consigo la fragata *Arethus* comandada por Sir Edward Pellew, la *Concorde* y la *Melampus*, la *Nymphe*, que no era nada del otro mundo, en alta mar e incapaz de llegar a tiempo.

Durante la batalla el *Kestrel* actuó como el buque repetidor de las señales de Warren, una tarea que requería una gran atención tanto en el manejo del cúter como en la precisión de las señales. Que Drinkwater afrontaba esa tarea falto de hombres no había sido puesto en conocimiento de Warren. Ni siquiera se hizo mención de la presencia del *Kestrel* en la versión de la batalla publicada en la

Gaceta^[4]. Pero Warren no le restó importancia a su propio triunfo. La *Engageante* del comodoro Desgareaux fue apresada, hecha pedazos, mientras que tanto la corbeta *Babet* como la preciosa fragata *Pomone*, también apresadas fueron adquiridas por la Armada Real. Solo la *Resolue* escapó a Morlaix, dejando atrás a los ingleses en una persecución en la que *Kestrel* desempeñó un papel mínimo.

—Ni una mención sobre nosotros, señor —dijo Drinkwater, desalentado, cuando terminó de leer el informe sobre Warren de la *Gaceta*.

—No hay forma de ganar un nombramiento así, ¿eh? —se compadeció Griffiths al leer la mente de Drinkwater mientras compartían una botella. Miró compungido la cara seria de su subordinado—. No importa, señor Drinkwater. Su momento llegará. Me encontré con Sir Sydney Smith en el astillero. Al menos él había oído que intentamos cortar la retirada a la *Resolue*. —Griffiths tomó un trago de su vaso y añadió—: La *Diamond* al fin va a unirse al escuadrón, así que tendremos una mente excéntrica para contrarrestar la cuadrículada del comodoro. ¿Qué le parece?

Drinkwater se encogió de hombros, triste porque Elizabeth no estaba muy lejos del lugar donde se encontraban amarrados en Haslar Creek y consciente además de que la llegada de la *Diamond* al escuadrón le abriría puertas a Richard White.

—No sé, señor. ¿Usted qué cree?

—Estratagemas —dijo Griffiths imitando el inglés de los oficiales de alta cuna, lo que hizo sonreír a Drinkwater, abriendo una brecha en su preocupación por su propia falta de fortuna—. Estratagemas; Sir Sydney es demasiado retorcido para ser audaz...

—¿Y bien, caballeros? —Las fuertes facciones de Warren, su alivio reflejado a la luz de la lámpara, aparecieron cuando levantó la vista de la carta. Estaba flanqueado por Pellew, Nagle de la *Artois* y el indomable y dominante Smith, cuyos ojos brillantes se movían nerviosamente pasando rápidamente de uno de los oficiales

inferiores a otro; el primer oficial, el piloto y el teniente de infantería de marina de la *Flora* y su propio segundo oficial, que entornaba los ojos en dirección a un hombre algo mayor, entre las sombras, que se encontraba a regañadientes entre sus superiores—. ¿Alguna pregunta? —Warren continuaba manteniendo las formas. Los tres capitanes sacudieron la cabeza.

—Muy bien. Entonces Sir Edward liderará el ataque... El capitán Nagle se me unirá a cierta distancia de la costa: el único problema es el *Kestrel*... —Todos miraron al hombre que estaba en las sombras. No es tan joven, pensó Sir Sydney, su cara muestra experiencia. Sintió que le tocaban la manga y acercó la cabeza para escuchar. El teniente Richard White le susurró algo y Sir Sydney volvió a examinar al teniente provisional con su simple casaca azul. Warren continuó—: Creo que uno de mis tenientes debería relevar a Griffiths... —Smith observó la boca del hombre convertirse en una dura línea. Le recordaba a una almeja viva.

—Vamos, vamos, Sir John, estoy seguro de que el señor Drinkwater es capaz de ejecutar sus órdenes a la perfección. Me han informado de que lo hizo muy bien en la acción que tuvo lugar en abril. Démosle una oportunidad, ¿eh? —Se perdió la mirada de gratitud procedente de los ojos grises. Warren se giró hacia un lado.

—¿Usted que piensa Edward?

Pellew era tan conocido por promocionar a hombres capaces como por practicar un nepotismo descarado cuando le interesaba.

—Oh, démosle un poco de cuerda, John. Luego podremos colgarle con ella o convertirla en un bonito as de guía que podamos admirar. —Pellew se volvió hacia Drinkwater—. ¿Cómo se encuentra el respetable Griffiths estos días, señor?

—Recuperándose, Sir Edward. Sir John tuvo la amabilidad de hacer que su cirujano abasteciera nuestras reservas de quinina.

Warren no quedó aplacado por esta demostración de tacto y continuó mirando a Drinkwater con un claro cinismo. Era perfectamente consciente de que tanto Smith como Pellew tenían protegidos personales y sospechaba que el hecho de que apoyaran a

un neutral significaba bloquear el avance de su propio candidato. Al fin suspiró.

—Está bien.

El escuadrón occidental de Sir John Warren había estado en acción prácticamente de forma continua durante todo aquel verano, mientras que el bloqueo poco entusiasta del almirante Howe, dirigido desde la comodidad de su fondeadero en Spithead o Torbay suscitó muchas críticas. No obstante, los que abogaban por las ventajas estratégicas de un férreo bloqueo no podían dejar de sentirse impresionados por el brío y el espíritu de las fragatas, si bien es cierto que eso no tenía prácticamente ningún efecto sobre el progreso de la guerra. También se produjo una acción de la flota al completo: el punto álgido de las maniobras había llegado el «Glorioso primero de junio» cuando, en medio del Atlántico, el conde de Howe venció a Villaret Joyeuse y se hizo con varias presas de la línea de batalla francesa. A pesar de este éxito aparentemente deslumbrante, ningún oficial de la marina que conociera los hechos podía dejar de reconocer que la victoria había sido una derrota estratégica. El convoy de grano que Villaret Joyeuse protegía y que Vanstabel había socorrido, llegó a Francia sin mayor problema.

Comparado con eso, los éxitos tácticos en el Canal eran de muy poca importancia, aunque, llenos de llamativos esfuerzos e iniciativas, daban buena impresión en los periódicos. Corrosivas punzadas de envidia acechaban el corazón de Drinkwater cuando leía sobre las actividades de su propio escuadrón. El teniente White había sido mencionado dos veces al auspicio de Smith, ya que Warren era notoriamente mezquino en cuanto a elogios. Para Drinkwater quedaba cada vez más claro que, sin un patrocinio similar, su promoción a teniente, cuando llegara, lo haría demasiado tarde; acabaría siendo la reliquia caduca que le había sugerido en broma a Elizabeth.

De ahí que estuviera ansioso por participar en la operación que se propuso aquella noche a bordo de la *Flora*, ansioso por tener cualquier oportunidad para destacarse y culpablemente en deuda con White, que al inducir a Smith a terciar había desviado claramente a Warren de su propósito.

Seis meses después de su derrota se supo que Villaret Joyeuse se estaba preparando para echarse a la mar desde Brest una vez más. Navegando hacia el oeste desde Saint-Malo, la *Diamond* había descubierto un convoy de dos cargueros que eran escoltados por un bricbarca y un *chasse marée*, un lugre armado. Conscientes de la presencia del escuadrón de Warren en alta mar, habían intentado escapar por la noche, escudándose anclados tras las baterías durante el día.

El tiempo había estado tranquilo, aunque la noche del ataque estaba muy cubierta; parecía que a las nubes les costaba evitar los topes de los palos y recordaban a un techo inundado, hinchado, cuya caída era inminente. El viento del suroeste era ligero pero anunciaba un vendaval, mientras que el mar, levemente agitado, se iba rizando en una floja marejada que indicaba una perturbación algo más al oeste.

Con Griffiths enfermo, Drinkwater y Jessup habrían necesitado más oficiales si no fuera porque, desde el asalto del convoy, lo único que tenían que hacer era mantenerse a la vista de la *Diamond*; Sir Sydney les había dejado un farol encendido en su cámara para este propósito. Hacia el oeste era apenas visible la oscura forma de la *Arethusa*.

Drinkwater bajó a la cubierta inferior. El aire en la cámara estaba cargado, con el olor dulzón y penetrante de la transpiración. Griffiths estaba en su coy, acostado, contemplando con un ojo a Nathaniel cuando este se inclinó sobre la carta. El teniente provisional se estaba rascando la cicatriz, perdido en sus pensamientos. Tras un momento, sus ojos se encontraron.

—Ah, señor, está despierto... ¿Un vaso de agua? —Se lo sirvió y notó que las manos de Griffiths apenas temblaban cuando se lo llevó

a los labios.

—¿Y bien, señor Drinkwater?

—Bueno, señor, nos estamos acercando a un pequeño convoy compuesto por un bricbarca, dos buques de transporte y un lugre... Nos acompañan la *Arethusa* y la *Diamond*.

—¿Y el plan?

—Bien, señor, la *Arethusa* se va a trabar con el bricbarca, la *Diamond* se ocupará de los dos transportes, para lo cual ha embarcado a la mayoría de los infantes de marina de la *Arethusa* y nosotros nos enfrentaremos al lugre.

—¿Es un lugre armado, un *chasse marée*?

—Creo que sí, señor, mi amigo el teniente White, cree que lo es. La *Diamond* fue quien avistó al enemigo... —La voz de Drinkwater se fue apagando, consciente de que la opinión de Griffiths sobre White estaba influida por un prejuicio comprensible.

—Las únicas personas que pueden darle algún valor a la opinión de ese joven serán las doncellas interesadas en cuestiones de moda, que seguro le prestaran toda su atención... —Drinkwater sonrió, sin ganas de discutir sobre ese tema. Aún así era extraño que un hombre de la considerable sabiduría de Griffiths pudiera emitir un juicio erróneo. White era paradigmático dentro de su tipología: profesionalmente competente, falto de aplomo y arrogante en ocasiones, pero firme y valiente.

Griffiths le hizo volver al presente.

—Ese barco estará a reventar de hombres, Nathaniel. Debe ser muy cuidadoso, los franceses con exceso y nosotros con falta de tripulación... ¿Qué pretende intentar? —Griffiths se esforzó para incorporarse sobre un codo—. Sea lo que sea, será mejor que me convenza o no le permitiré que lo haga.

Drinkwater tragó saliva. Ese era un momento tremendamente inconveniente para que el viejo recuperara sus facultades.

—Bueno, señor, Sir John ha aprobado...

—Al diablo Sir John, Nathaniel. No se ande con rodeos. La cuestión es: ¿lo voy a aprobar yo?

Seis pasos adelante, seis atrás. Arriba y abajo, arriba y abajo, la campana de la *Diamond* marcando las medias horas.

—La luz se ha apagado en la cámara de la *Diamond*, señor. —Era Nicholls, el pobre vigía, enviado a popa e interrumpiendo los pensamientos de Drinkwater.

Smith debía señalar el costado de la *Diamond* por el que debía pasar el *Kestrel* en cuanto sus oficiales, desde la majestuosa altura de su trinquete, distinguieran las disposiciones del enemigo.

—Llamé a toda la tripulación. ¡Todos a sus puestos!

Los minutos pasaron. De repente:

—Dos luces, señor.

Así que iba a ser babor, hacia el este era hacia donde debían ir. Dio las órdenes. Se alteró el rumbo y se tensaron las escotas. Comenzaron a girar y adelantaron a la fragata. Dándole a la tripulación unos momentos para hacer los preparativos, Drinkwater se escabulló hacia la cubierta inferior.

—Enemigo a la vista, señor... —Griffiths abrió los ojos. Sus facciones estaban demacradas, amarillas a la luz del farol como un viejo pergamino. Pero la voz que salió de él aún retumbaba contra las paredes.

—Tenga cuidado, muchacho —dijo casi con cariño paternal sacando la mano consumida por la fiebre por encima del borde del coy. Drinkwater se la estrechó de una manera extraña y delicada.

—Llévese mis pistolas. Están ahí, sobre el sofá... —Drinkwater comprobó las cazoletas—. Están preparadas, Nathaniel, cebadas y listas —dijo el viejo a su espalda. Se las metió en el cinturón y abandonó la cámara. En cubierta se abrochó el cinto de la espada e hizo la ronda para examinar a la tripulación. Los hombres estaban atentos, se apartaban cuando se acercaba, se murmuraban «buena suerte» entre ellos y le aseguraban que sabían lo que tenían que hacer. Mientras caminaba de vuelta a popa, un nuevo estado de ánimo le embargó. Ya no envidiaba a White. Tenía una tripulación

excelente, conocía bien a esos hombres y ellos lo habían aceptado como líder. Un sentimiento de euforia le recorrió el cuerpo con una fuerza tal, que por un momento tuvo que permanecer mirando hacia atrás, fijando la vista en el pálido curso de su estela mientras se recuperaba. Entonces pensó en Elizabeth, en su beso y lo que le había dicho al despedirse: «Ten cuidado, mi amor...». La misma advertencia que le había dado Griffiths en esta noche tan importante. Estaba a punto de romper aquella antigua promesa de cautela y dar rienda suelta a la temeridad. Entonces, como surgido de la nada, un fragmento de una conversación mantenida mucho tiempo atrás apareció como los restos flotantes de un naufragio en la vorágine de su cerebro: «He oído que se dice», había asegurado Appleby, «que el hombre que deja de sentir miedo al entrar en combate normalmente resulta herido... Como si algún tipo de defensa nerviosa quedara destruida por una pasión temeraria que en sí misma augura la desgracia...».

Drinkwater tragó saliva con fuerza y caminó hacia delante. Sin olvidar por un momento ni su espada, ni las pistolas cargadas de su cinturón, comenzó a ascender lentamente por el aparejo, mirando hacia delante en busca de su enemigo.

—¡Prepárense! ¡Listos ahí! —La palabra pasó de uno a otro en susurros urgentes y sibilantes—. ¡Ah de la popa! ¡Rumbo dos puntos a babor! ¡Cañones de babor, apunten tan adelante como puedan!

Y de pronto la necesidad de silencio desapareció cuando, a una milla al oeste de donde estaban, una de las fragatas disparó su andanada escupiendo una irregular línea de fuego en la noche. El viento trajo hasta ellos el retumbar del trueno de la descarga.

Ahora Drinkwater podía ver claramente el lugre. Él estaba de pie en la barandilla con una mano rodeando la enorme burda volante. El lugre se posicionaba para cubrir a otro de los barcos, presumiblemente uno de los cargueros. Ordenó que se alterara un poco más el rumbo y notó los lugares en que se tensaban las escotas.

A trescientas yardas el lugre abrió fuego, revelándose como un *chasse marée* fuertemente armado con unos diez cañones. Drinkwater esperó antes de responder al fuego.

—Cuando los cañones tengan blanco, abran fuego.

Los hombres se tensaron en la oscuridad cuando dijo:

—¡Orcen!

Las velas del *Kestrel* temblaron cuando este puso proa al viento. El crujido y el estruendo del retroceso de las piezas inundaron el costado de babor. A proa un ayudante del contramaestre tenía el foque abroquelado, lo que forzaba al cúter a caer sobre la amura de babor. Cuando se acercaron al *chasse marée*, Drinkwater buscó daños en su oponente, preguntándose si la andanada especialmente preparada le había afectado.

Era imposible decirlo con seguridad, pero oyó gritos y alaridos y a sus propios cabos de las brigadas de artillería que le avisaban de que estaban preparados. Esperó la confirmación de Jessup, que comandaba la batería.

—Todos listos, señor Drinkwater.

—¡Orcen!

Solo cien yardas ahora; un destello y un crujido, un grito y un aluvión de cuerpos donde la andanada del barco francés les golpeó. Después el *Kestrel* disparó en respuesta y se estabilizó para acometer el asalto final al enemigo. Cuando recorrieron las pocas yardas que les quedaban Drinkwater se percató de un furioso intercambio de fuego donde estaban trabados en combate la *Arethusa* y el bricbarca.

—¡Trozo de abordaje! —exclamó.

El cúter estaba acercándose, dirigiéndose directamente hacia el lugre. El comandante francés no era ningún perezoso y ya estaba maniobrando para intentar enfilear al *Kestrel*. Una tormenta de disparos barrió la cubierta del cúter. La munición y la metralla de cortadillo obligaron a Drinkwater a cerrar los ojos con fuerza mientras gemían y removían el aire silbando al pasar a su alrededor. Los golpes secos, gritos y aullidos le obligaron a abrir los ojos de

nuevo. Pronto tendrían que abordar el lugre... ¿Es que no se iba a reducir nunca aquella distancia?

Podía oír los gritos de alarma que llegaban desde la nave francesa; entonces sintió cómo temblaba la cubierta bajo sus pies cuando el bauprés del *Kestrel* arremetió contra la barandilla del lugre haciendo vibrar su barbiquejo. Entonces la cubierta se escoró a la vez que un sonido les avisó del momento en que su roda se enganchó con las cadenas del enemigo y el *Kestrel* cambió de dirección. Los cañones dispararon de nuevo cuando tuvieron blanco y los dos cascos chirriaron al unirse.

—¡Al abordaje!

El ruido que llegó desde la proa tenía un tono diferente ahora que la tripulación del *Kestrel* abandonaba sus cañones y se abalanzaba sobre la barandilla. Se amarraron trincas a la barandilla del lugre y los dos barcos quedaron enlazados el uno al otro en la marejada.

Drinkwater saltó el espacio que había entre los dos barcos, pasó por encima de la barandilla del lugre y aterrizó en la cubierta. Se encontró frente a frente con dos hombres cuyas facciones no eran más que pálidas manchas borrosas. Recordó sus propias órdenes y gritó con los dientes apretados. Tras él subieron a bordo los dos timoneles, sus caras oscurecidas, como la suya propia, por el hollín de la chimenea de la cocina.

Drinkwater disparó su pistola en dirección al francés que estaba más cerca y atravesó con su espada al otro. Ambos desaparecieron y un hombre que había delante se lanzó hacia él con una pica de abordaje. Esquivó el golpe como pudo, resbalando sobre la cubierta de forma que la pica le atravesó la manga de su casaca y entonces, agarrando el cañón de la pistola descargada, golpeó con ella el estómago expuesto del hombre. Su víctima se dobló en dos y Drinkwater le golpeó salvajemente la nuca con el pomo de su espada. Algo cedió bajo la ferocidad del golpe y el hombre cayó en la anónima oscuridad de la sangrienta cubierta como una muñeca rota.

Siguió adelante y tres, después cuatro, hombres aparecieron delante de él. Él acuchilló con la espada, arrojó la pistola contra otro y después sacó la segunda de su cinturón. Apretó el gatillo, el cebo prendió, pero no llegó a disparar. Con un alarido triunfante el hombre dio un salto hacia delante. Drinkwater se encontraba en aquel momento en medio de la locura de la batalla. Su cerebro trabajaba con frialdad, rapidez y ajeno a las emociones. Comenzó a agazaparse instintivamente, a hundir la cabeza para colocarse en posición fetal, pero su sumisión pasiva fue solo aparente, una maniobra para asestar un golpe terrible con la espada. Acercó la empuñadura a su estómago y la hoja quedó colocada verticalmente, apuntando hacia arriba, entre su oreja y su hombro derechos. Sintió que el hombre lanzaba una cuchillada al lugar donde había estado y lo notó tropezar y caer sobre la hoja expuesta de su espada en la confusión. Drinkwater se impulsó con las piernas, empujando hacia arriba con un crujido de los músculos de su espalda. Apoyada por sus manos, estómago y hombro, la hoja se introdujo más adentro en las entrañas del hombre, a través del diafragma y hacia el interior de sus pulmones, destripándolo. Medio encogido, con el francés moribundo caído sobre su hombro, sintió que la espada le hacía un corte en su propia oreja. El peso del cuerpo muerto deslizándose por su espalda arrastró consigo la espada por encima de su hombro; él tiró de ella con ambas manos para liberarla al ver que otro hombre apuntaba una pistola a su flanco izquierdo desprotegido. La hoja quedó libre a la vez que prendía el cebo. En un ataque terrible, el acero cortó el aire como si de una guadaña se tratara en el mismo momento en que la pistola descargó.

Drinkwater nunca supo adónde fue a parar la bala. Quizá en la confusión el hombre había olvidado cargarla o no le había puesto un taco a la bala y esta se había escapado del cañón. Pero su cara presentaba minúsculas manchitas azules donde los granos de pólvora gastada perforaron su piel. Su ojo izquierdo estaba magullado por la onda expansiva y cegado por una luz amarilla, pero

él siguió asestándole cuchilladas al hombre, golpeándole desesperadamente hasta que cayó sobre la cubierta.

Drinkwater se tambaleó por la descarga de la pistola sin que dejara de darle vueltas la cabeza. Los otros hombres habían desaparecido, se habían desvanecido. Las caras de alrededor le resultaban vagamente familiares y ya no tenía fuerzas para levantar el brazo y golpearles. Se había hecho el silencio. Un silencio extraño. Entonces apareció Jessup y Drinkwater se sintió caer. Unos brazos lo cogieron y oyó las palabras: «Felicidades, señor, felicidades...». Pero todo estaba muy lejos y era extrañamente irrelevante y Elizabeth le estaba mirando con una expresión extraña y burlona en sus ojos.

Cuando despertó se dio cuenta de que estaba en la cámara del *Kestrel* y que la pálida luz del día se colaba a través de la claraboya. Estaba magullado en infinidad de lugares, rígido y con un dolor de cabeza colosal. Una pálida forma revoloteaba alrededor de los otros hombres postrados como él. Uno estaba sobre la mesa de la cámara, ensangrentado y tembloroso, la pálida forma fantasmagórica vestida de blanco inclinada sobre él. Drinkwater vio cómo se arqueaba, oyó un gimoteo leve y agudo que se convirtió en un gorgoteo y el cuerpo se relajó. Por un momento esperó que Hortense Montholon lo rodeara, una Medusa de ojos grises empleada en el infierno y gimió a causa del miedo, pero solo era Griffiths, ocupado en curar una herida, el que miró alrededor, la parte delantera de su camión rígido por la sangre. Drinkwater se dio cuenta de que solo veía por un ojo y que una costra de sangre seca cubría su oreja derecha. Intentó incorporarse para sentarse, pero la cabeza comenzó a darle vueltas.

—Ah, señor Drinkwater, está de nuevo con nosotros... — Drinkwater consiguió sentarse. Griffiths hizo un gesto hacia el barril de galletas del armario—. Tómese algunas galletas y un poco de coñac... Se encontrará mejor en una hora más o menos. — Drinkwater obedeció evitando concentrarse en los muchos heridos que estaban tumbados y respirando con dificultad en la cámara.

—Una gran carnicería, señor Drinkwater. El cirujano de la *Diamond* está de camino... Ocho muertos y quince malheridos... —

Había un toque de reproche en los ojos de Griffiths.

—Pero ¿y el lugre, señor? —Drinkwater notó que su voz sonaba ronca y se recordó gritando como un loco en el lugre.

—Tranquilícese, tomaron el lugre. —Griffiths terminó de vendar una pierna y le hizo señas al criado para que apartara el cuerpo inerte de la mesa—. Cuando se recupere, quiero que se haga cargo del barco; Jessup está arreglando las cosas en este momento. Tengo mis propias razones para no querer que envíen a un ayudante de la fragata.

Ya en cubierta, Drinkwater miró a su alrededor. Ya había bastante luz y el viento estaba refrescando. El escuadrón estaba al paio, la costa de Francia una franja verde azulada al sur de donde estaban. La *Arethusa* y la *Diamond* también estaban allí, aparentemente indemnes, al igual que los dos cargueros. Pero el bricbarca francés con su bandera tricolor ondeando bajo la británica, había perdido el mastelero, estaba adornado por cantidad de aparejos sueltos y tenía una línea de portas convertida en un enorme agujero. Sus amuradas estaban hechas pedazos y lo envolvía un aire de amarga desesperación.

La propia cubierta del *Kestrel* mostraba señales del fuego enemigo. En el combés había una hilera de hamacas rígidas, ocho, exactamente. Sus amuradas estaban erizadas de astillas mientras que, en la arboladura, su mastelero estaba tocado y su verga de gavia colgaba en dos pedazos que golpeaban contra el palo cuando el barco se balanceaba. Una partida de hombres estaba bajando la percha a cubierta.

Tregembo apareció con una sonrisa en la cara.

—Les dimos bien, señor. —Hizo un gesto alegre con la cabeza hacia estribor donde, a ochenta yardas, estaba lo que quedaba del lugre. Sus barandillas habían sido arrancadas casi completamente por los disparos. Esa primera andanada doble había sido bien dirigida. Con las barandillas habían desaparecido también las cadenas y los masteleros, que caían oscilantes sobre el costado. Aún

podían verse regueros de sangre corriendo por ambos oscuros costados.

—Oh, Dios mío —susurró Drinkwater para sí.

—Sí, creo que habrá algunas viudas en Saint-Malo esta noche, señor...

—¿Cuántos resultaron muertos a bordo del otro barco, Tregembo, lo sabe? —preguntó Drinkwater sabiendo que los bretones y los cornualleses se entendían bastante bien.

—He oído que había noventa y cuatro almas a bordo, señor y hemos contado cuatro docenas que aún se tienen en pie. El señor Jessup se llevó a su ayudante, Short, allí con él, para mantener el orden. —Tregembo volvió a sonreír. Short era el más despiadado de los dos ayudantes del contramaestre del *Kestrel* y si estuviera en un barco más grande, se habría convertido en un matón brutal—. Hasta que usted esté preparado para hacerse cargo, señor —concluyó Tregembo encantado. El señor Drinkwater había sido una verdadera furia en la pelea de la noche anterior. Exactamente igual en la última guerra, le había dicho Tregembo a sus compañeros, un hombre terrible una vez que se acercaba el peligro.

Llegó el bote que traía al cirujano de la *Diamond* y Appleby subió a bordo con aire cansado. Se quedó mirando a Drinkwater sin parpadear, sacudiendo la cabeza en clara desaprobación mientras examinaba la cubierta ensangrentada.

—Un trabajo propio del demonio, Nathaniel. Maldito trabajo del demonio —fue todo lo que dijo como forma de saludo mientras esperaba a que le pasaran el maletín. Drinkwater estaba demasiado cansado para responder. Utilizó el bote de la *Diamond* para cruzar y subir a bordo del lugre.

Los visibles destrozos de la cubierta del *Kestrel* eran diez veces peores en el lugre. Extenuado, Drinkwater dio una vuelta por el barco caminando con dificultad, asegurando el aparejo suelto, evaluando daños y preparando el *chasse marée* para hacerse a la vela. Evitó los ojos hundidos de la tripulación prisionera y se encontró mirando un pequeño fardo de banderas. Estaba atado a las

drizas de la bandera principal y despertó algo en su cerebro, pero sus pensamientos quedaron interrumpidos por un bote que llegó de la *Flora*. El *Kestrel* debía escoltar las presas, entre ellas el lugre, hasta Portsmouth. Al mediodía las fragatas británicas quedaron al oeste, las presas al nor-noreste.

Ya estaba avanzada la tarde cuando Drinkwater emergió de un sueño breve pero profundo, fruto del puro agotamiento. Estaba desplomado en una silla y se despertó en un lugar que no le resultaba lo suficientemente familiar como para animar a su cerebro al recuerdo rápido. Cuando se le desperezó completamente la consciencia, se acordó de un hecho que necesitaba una aclaración urgente. Se apresuró a subir a cubierta ignorando la mirada estupefacta de los dos timoneles. Encontró lo que había estado buscando en el combés y tiró de la bandera negra para sacarla de donde había quedado apartada al arriar la enseña enemiga. La estiró y el viento incidió en ella haciendo ondear el suave tejido de lana y llamando la atención de tres de los bretones que estaban haciendo ejercicio en la proa.

Era un pendón negro y puntiagudo.

—¡Señor Short!

—¿Señor? —dijo atropelladamente Short.

—¿Cómo se llama el lugre?

Short se rascó la cabeza.

—*Citoyén Jane*, creo, señor.

—¿*Citoyenne Janine*?

—Sí, eso es, señor. —La cabeza rizada del hombre asintió.

—¿Dónde está el capitán? ¿Quién estaba a cargo cuando lo abordamos? ¿Está Tregembo entre la tripulación de la presa?

Short dio un paso atrás ante el rápido interrogatorio.

—Bueno, señor, ese canalla de allí era el que lo comandaba. — Señaló a un hombre que estaba de pie junto al cañón de proa—. Y, en cuanto a Tregembo, señor, no está en la tripulación, señor...

—Maldita sea. Traigan a ese hombre aquí... —Drinkwater desenganchó la bandera negra mientras Short empujaba al hombre

a popa. Llevaba una casaca azul corriente y, aunque no era muy mayor, era claramente un oficial de algún tipo.

—*Ôu est vôtre Capitaine?* —preguntó en un infame francés. El hombre frunció el ceño, incapaz de comprender y se encogió de hombros.

—*Vôtre Capitaine?* —Drinkwater casi gritó.

La comprensión asomó a los ojos del francés y quizá también algo de malicia, pensó Drinkwater.

—*Mon Capitaine?* —dijo con cierta dignidad—. *Monsieur, je suis le Capitaine.*

Drinkwater colocó la bandera bajo su nariz.

—*Qu'est-ce que c'est?* —Sus ojos encontraron los del francés y ambos se miraron el uno al otro el tiempo suficiente para que Drinkwater supiera que no estaba equivocado. Cuando el francés se limitó a encogerse de hombros de nuevo, Drinkwater ya se había vuelto hacia la popa.

Notó que los cañones de popa estaban vueltos hacia el interior del buque, cada uno acompañado por un marinero con una mecha encendida, listos para barrer la cubierta. Drinkwater no recordaba haber ordenado colocar así los cañones, pero Short parecía tener el control total y estar disfrutándolo. La presencia del *Kestrel* junto al bao de barlovento era tranquilizadora.

—Continúe con lo que estaba haciendo, señor Short —gritó Drinkwater por encima de su hombro mientras bajaba por la escala, dejando a un sorprendido Short boquiabierto a su espalda mientras el francés volvía a proa con el ceño fruncido de preocupación.

Abajo Drinkwater comenzó a registrar el camarote. Había dos coyes, uno de los cuales había sido usado. Abrió de golpe la puerta de un armario y encontró cierta justificación a su curiosidad. ¿Por qué el oficial de un pequeño lugre tenía un uniforme naval ricamente bordado en oro y plata junto con varias casacas cortadas con el cuello alto tan a la moda?

Con una convicción creciente Drinkwater sacó todos los cajones y rasgó la colchoneta del coy. Su corazón latía de excitación y no le

sorprendió encontrar la caja fuerte, cuidadosamente escondida bajo unas velas y unos meollares debajo del sofá. Sin dudarlo sacó una pistola y voló el candado. Antes de que pudiera abrirla Short apareció en el umbral, jadeando y deseoso de participar en la pelea.

A Drinkwater le parecía ridículo, pero su presencia le resultaba tranquilizadora.

—Se lo agradezco, señor Short, pero no hay nada de que preocuparse. Solo estaba volando los cerrojos de la caja de caudales de ese tipo. —Short sonrió—. Si hay algo en ella, señor Short, obtendréis la parte que os corresponda.

—Sí, señor. —Short cerró la puerta y Drinkwater exhaló el aire. Al menos con un loco como ese a bordo había pocas posibilidades de ser sorprendidos por el enemigo intentando recuperar el barco. Apartó el recuerdo de las circunstancias similares que él mismo había vivido a bordo del *Algonquin*. Cuando se navegaba muy pegado al viento, se rechazaba con facilidad la posibilidad de una ocasional caída del grátil. Siempre y cuando se evitara que te desarbolaran.

Abrió la caja. Había dinero en ella. Dinero inglés. Soberanos, guineas y monedas pequeñas. También había muchas cartas enrolladas y atadas con cinta. Cartas de la costa inglesa dibujadas a mano sobre papel de tela con la leyenda del Ministerio de Marina francés inscrita con cuidado. Un pequeño libro de señales con un código manuscrito estaba atado junto a un paquete de cartas. Drinkwater solo les echó un vistazo superficial porque otra cosa le llamó la atención, algo que no se había imaginado ni remotamente encontrar.

Era una sola carta, escrita por una mano femenina en papel de arroz y atada con una fina trenza de pelo. De cabello humano.

Un cabello de un inconfundible castaño rojizo.

Capítulo 7

Diciembre 1794-agosto 1795

Un buque insignificante

Villaret Joyeuse escapó de Brest en Navidad, perseguido por Warren y sus fragatas. El *Kestrel* estaba en Portsmouth, en Haslar Creek, junto al *Citoyenne Janine* mientras esperaban la adjudicación de la Comisión de botines. No se esperaba ninguna decisión hasta Año Nuevo y como los funcionarios del astillero no parecían estar muy inclinados a reparar el cúter hasta entonces, la tripulación del *Kestrel* fue trasladada al buque de guardia, el *Royal William*. Drinkwater pidió un permiso y pasó la Navidad con Elizabeth. Madoc Griffiths les hizo una visita. La incomodidad que sentía el viejo en tierra resultaba divertida y triste a la vez, pero cuando llegó la hora de la cena ya se le veía más cómodo con Elizabeth.

A finales de la primera semana de enero, la Comisión decidió que los dos cargueros se venderían y el bricbarca sería comprado para incorporarse al servicio, al igual que el lugre, que también sería incorporado a la flota. Griffiths se sentía triunfante.

—Maldición, les hemos ganado por la mano, señor Drinkwater. Les ha salido el tiro por la culata... —Había leído el fallo en un periódico de Portsmouth y sonreía por encima de la mesa sobre los restos de un pudín de ciruela, tamborileando sobre el papel manchado de vino.

—Lo siento señor, no veo cómo...

—¿Cómo les ha salido el tiro por la culata? Bueno, los capitanes de fragata tienen el acuerdo de hacer fondo común con todo el dinero de los botines, de forma que todos ellos compartan los mismos beneficios, independientemente de si luchan con la flota o actúan en solitario. A mí, como solo soy un mero teniente y el *Kestrel* un simple cúter, no se me consultó ni se me incluyó. Como consecuencia, aparte de la parte del comodoro, a nosotros nos corresponde la cifra que den por el condenado *Citoyenne Janine*. Su parte será bastante generosa, seguro.

—De ahí su insistencia para que yo me hiciera cargo de la presa...

—Exacto. —Griffiths miró a su subordinado. No encontró su propia satisfacción reflejada en él y le irritó que ese momento de triunfo, aislada excepción, quedara oscurecido. En su frustración le atribuyó la falta de entusiasmo de Drinkwater a motivos innobles.

—Maldita sea, señor Drinkwater, ¿no creo que esté sugiriendo que, como yo estaba enfermo, usted debe recibir la parte mayor? —El tono de Griffiths era colérico y su cara estaba arrebolada. Drinkwater, preocupado, se dio cuenta de que le había ofendido involuntariamente.

—¿Cómo, señor? ¡Dios mío, no! Por mi honor, señor, que yo no... —Drinkwater salió de su ensueño—. No, señor, solo me estaba preguntando qué habrá sido de esos papeles y cartas marinas que sacamos del lugre.

Griffiths frunció el ceño.

—Se los envié a Lord Dungarth. Dadas las circunstancias ignoré a Warren. ¿Por qué lo pregunta?

Drinkwater suspiró.

—Bueno, señor, primero era solo una sospecha. La evidencia era muy circunstancial... —titubeó, confundido.

Vamos, *bach*, si hay algo que le preocupa, será mejor que se quite ese peso de encima.

—Bueno, entre esos papeles había una carta privada. No se la entregué aunque sé que debería haberlo hecho, señor, no sé por qué

lo hice, pero había algo en ella que me hizo sospechar...

—¿Sospechar, cómo? —preguntó Griffiths con una voz tranquila aunque insistente.

—La encontré con un mechón de pelo, señor, pelo rojizo. Yo... —Comenzó a sentirse estúpido; de repente todo el asunto parecía increíble y ridículo—. Maldita sea, señor, creo que el hombre que utilizaba el lugre, el hombre que estamos convencidos que es algún tipo de agente secreto francés, también está conectado de alguna forma con la mujer de pelo rojizo que sacamos de Beaubigny.

—¿Esa Hortense Montholon está aliada de alguna manera con ese Santhonax?

Drinkwater asintió.

—¿Y la carta?

Drinkwater tosió, avergonzado.

—Tengo la carta aquí, señor. Me la traje a casa y mi mujer me la tradujo. Ella no quería, señor, pero yo insistí.

—¿Y le aclaró algo esa carta?

—Solo que quien la escribió y este Santhonax son amantes. —Drinkwater tragó saliva al ver como la ceja de Griffiths se alzaba interrogativa—. Y que la carta se había escrito para informar al receptor de que cierto obstáculo mutuo había muerto en Londres. Quien escribe parece ansiosa para que todas las implicaciones de esto se transmitan en la carta porque eso, de alguna forma, supone una gran diferencia...

—¿Y quién escribe? —preguntó Griffiths con calma.

Drinkwater se rascó la cicatriz.

—Solo firma con una inicial, señor, «H». —Concluyó sin mucha convicción.

—¿Ha dicho que *son* amantes?

Drinkwater frunció el ceño.

—Sí, señor. La carta tenía una fecha bastante reciente, aunque no llevaba ninguna dirección.

—Así que, si tiene razón y la carta es de esta mujer, que ahora reside en Inglaterra, ella y Santhonax mantienen, cuando menos,

una correspondencia fluida.

—La carta sugiere una relación muy cercana, señor.

Griffiths reprimió una sonrisa. Tras conocer a Elizabeth podía imaginársela explicando el contenido de la carta en tales términos.

—Ya veo —dijo pensativo. Y tras una pausa preguntó—: ¿Y qué le hace estar tan seguro de que esa señorita «H» es la joven que sacamos de Beaubigny y cuál es la relevancia de ese «obstáculo mutuo»?

Esa era la pregunta que Drinkwater había estado temiendo, pero ya estaba demasiado metido en el asunto para echarse atrás y el interés que demostraba Griffiths lo alentó.

—No estoy seguro, señor. Es una sensación que he tenido durante bastante tiempo... Quiero decir, sabe que mi francés es bastante pobre, señor, que se limita a unas pocas frases hechas, pero en el fondo de mi mente quedó la impresión de que ella no quería venir con nosotros aquella noche... Que ella estaba allí por obligación. La recuerdo de pie en el esquife cuando dejamos la playa y los franceses abrieron fuego. Gritaba algo, algo como: «¡No disparen, yo soy amiga, amiga!». —Intentó recordar los sucesos de la noche—. No hay mucho más que decir, señor, todos estábamos muy cansados tras lo de Beaubigny. —Hizo una pausa buscando en la cara de Griffiths algún signo de desdén o incredulidad. El viejo parecía sumido en la reflexión—. En cuanto al «obstáculo» —se lanzó Drinkwater— tengo la convicción de que se trata de De Tocqueville... —Se aclaró la garganta y con una voz más firme dijo—: Para ser sincero, señor, todo es muy circunstancial y me disculpo por lo de la carta. —Drinkwater descubrió que tenía las palmas húmedas, pero que sentía el alivio de quien acaba de confesarse.

Griffiths levantó la mano.

—No se disculpe, *bach*, puede que haya algo importante en lo que acaba de decir. Cuando le mencionamos al mayor Brown a los Montholon y Beaubigny algo le encajó. No sé lo que fue, pero sé que este capitán Santhonax no es solo un oficial audaz, sino que su situación en las altas esferas le permite ejercer influencia en la

política francesa. —Se detuvo un momento—. Y yo me he preguntado a menudo porque no se tomaron medidas tras nuestra aventura en Beaubigny. Y solo se puede asumir que el asunto fue silenciado de alguna forma. —Griffiths enarcó una ceja—. Además los franceses se mostraron tremendamente susceptibles con el asunto de Barlow y el *Childers* unas semanas después...

—Eso también se me ha pasado por la cabeza a mí, señor.

—Entonces pensamos lo mismo, señor Drinkwater —dijo Griffiths clausurando el tema con una sonrisa. Drinkwater se relajó recordando las palabras que había pronunciado Dungarth tantos meses atrás. Comenzaba a ver por qué Griffiths era considerado un hombre notable. Dudaba de que pudiera habérselo dicho a otra persona que no fuera al galés. El viejo teniente se inclinó hacia delante en silencio mirando los cercos de vino en el mantel. Después levantó la mirada—. Tráigame la carta, señor Drinkwater. Informaré a Su Señoría de esto. Es posible que sea susceptible de ser investigado.

Aliviado, Drinkwater se levantó, fue a su camarote y volvió con la carta para entregársela a Griffiths.

—Gracias —dijo el teniente mirando con curiosidad el fino mechón de pelo rojizo—. Bien, señor Drinkwater, con el dinero que le corresponde del botín creo que debería comprarse una casaca nueva; el desgarró de su hombro no es problema para el servicio en alta mar, pero no puede presentarse así en ningún otro sitio. —Griffiths señaló el cosido que el propio Drinkwater había realizado en la casaca. Elizabeth ya lo había regañado por eso—. Vaya a Morgan's, frente a The Fountain, en el número 85. Allí encontrará todo lo que necesite, incluso otro catalejo Dollond para reemplazar ese tan precioso para usted que perdió frente a Ouessant... —Ambos rieron y Griffiths le gritó al criado, Merrick, que viniera y recogiera la mesa.

Las estratagemas que esperaba el teniente Griffiths por parte del fértil cerebro de Sir Sydney tuvieron un efecto drástico sobre la fortuna del *Kestrel*, aunque no de la forma que el viejo tenía en mente. Sir Sydney había concebido la idea de que unir al escuadrón un lugre construido por los franceses sería una buena baza para engañar al enemigo, saquear los buques de comercio costero y recopilar información para el servicio de inteligencia. El nombramiento de su capitán, realizado por él mismo, recayó en la persona del teniente Richard White y el *Kestrel*, con sus aparejos inconfundiblemente ingleses, quedó libre para ocuparse de otras actividades.

Auguste Barrallier, ahora empleado en el Astillero Real, llegó para darle autenticidad a las reparaciones del lugre y se mostró afable con Drinkwater mientras observaba los progresos del mismo desde el cúter que estaba junto a él. Nathaniel hizo todo lo que pudo para ocultar su resentimiento cuando White llegó desde Falmouth con una tripulación de voluntarios procedentes de las fragatas de Warren. Es necesario decir en su defensa que White en ningún momento trató con prepotencia a su viejo amigo. Trajo cartas de Appleby y un aire de confianza despreocupada que solo una fragata navegando bajo un oficial con iniciativa podía haber engendrado. Appleby, al parecer, tenía diferencias de opinión con el recién nombrado capitán y White ignoraba al cirujano con algo parecido al desprecio. Drinkwater quedó encantado cuando el lugre se perdió de vista tras Fort Blockhouse.

Al ser reemplazado como buque de despachos de Warren, el *Kestrel* languidecía entre las pilas de madera tropical que se amontonaban en Haslar Creek en los días grises y frescos de enero, mientras llegaban noticias de la guerra con los holandeses. Febrero pasó y después, casi sin darse cuenta, los ventosos equinoccios de marzo quedaron atrás. Comenzaron los trabajos para quitarle las cicatrices de la última batalla al barco, pero fue un trabajo

desganado, sin entusiasmo, mal hecho y Griffiths, desesperado, cayó enfermo y fue trasladado al hospital naval. Jessup se dio a la bebida e incluso Drinkwater se sentía apático y abatido, por lo que simpatizaba con el contramaestre y procuraba ignorar sus frecuentes lapsus.

La lasitud de Drinkwater se debía en parte a un agotamiento espiritual, tras la acción frente a la isla de Vierge, combinado con una impotencia resultado de su convicción de que existía un vínculo entre el misterioso Santhonax y Hortense Montholon. Al compartir esta sospecha con Griffiths, Drinkwater había pretendido desentrañar el asunto, como si imaginara que el viejo oficial naval tuviera alguna fórmula alquímica para sacar a la luz tales cosas. Pero eso se había demostrado una estupidez y ahora, con Griffiths enfermo en tierra y la falta de interés de las autoridades por el cúter, Drinkwater se sentía oprimido por la impotencia, encallado en las aguas negras de los asuntos navales que parecían no tener ninguna marea entrante que pudiera reflotar su entusiasmo.

Hasta cierto punto la culpa era de Elizabeth. La proximidad de su casa hacía que Drinkwater se escapara allí cada vez que podía. Con Griffiths en tierra, su presencia a bordo del *Kestrel* dos o tres veces a la semana era más que suficiente. Y la tentación de una vida doméstica casi ininterrumpida le resultaba más que dulce. Por culpa de su falta de vigilancia seis hombres del *Kestrel* desertaron. Drinkwater anhelaba la llegada de nuevas órdenes, desgarrado entre Elizabeth y la llamada del deber.

Entonces, una clara y luminosa mañana de abril, cuando el sol incidía con fuerza sobre los tejados de Portsea con un brillo expectante, un capitán de corbeta subió a bordo, escaló la barandilla desde un bote del astillero sin anunciarse, anónimo y vestido con ropa de calle. Iba con él un hombre vestido a la moda y con apariencia excéntrica que parecía estar familiarizado con el cúter.

Fue Tregembo quien avisó a Drinkwater, pero este solo sabía por la sonriente tripulación del esquife del astillero que los caballeros eran de cierta importancia. De una considerable importancia, de

hecho. Sintiéndose de repente culpable y agradeciéndole a la Providencia que diera la casualidad de que esa mañana se encontraba a bordo, Drinkwater se apresuró a subir a cubierta, pero los extraños no estaban a la vista. De repente un marinero asomó la cabeza desde la bodega.

—Ey, señor, hay unos tipos aquí abajo fisgoneando. Y o uno de ellos es un maldito comerranas o yo soy una meretriz de Sumatra, señor...

Avergonzado y ansioso por pedir disculpas Drinkwater se lanzó hacia la parte inferior para hacer las presentaciones. Los intrusos apenas eran visibles mientras examinaban la sentina del *Kestrel* tras haber comprobado una sección del techo.

—Buenos días, caballeros. Por favor, acepten mis... ¡Dios mío! *Monsieur* Barrallier, ¿es usted?

—Ah, mi joven amigo, hola. No he venido a construirle una fragata, vaya, pero este es el capitán Schank y hemos venido a... cómo decirlo... «modificar» este bonito cúter.

Drinkwater se volvió hacia el caballero que estaba de rodillas, que se levantó sacudiéndose los pantalones. El capitán Schank desechó con un gesto sus disculpas y en cinco minutos reparó su moral y le devolvió la inspiración.

Ese mismo día, algo más tarde, en el hospital de Haslar, Drinkwater se lo explicó a Griffiths.

—Lo que van a hacer es esto, señor: reforzarán la quilla con batemares, después harán ranuras como entalladuras alargadas a través de las cuales harán pasar estas planchas, «orzas centrales» las llaman. La idea se ha estado utilizando en América durante un tiempo, a pequeña escala. El capitán Schank lo vio allí cuando era ayudante de un primer oficial, pero —Drinkwater sonrió tristemente— los ayudantes de los primeros oficiales no tienen mucho peso en estos asuntos.

La frente de Griffiths se llenó de arrugas por la concentración.

—Una especie de orza de deriva en la medianía, ¿no?

—Sí, señor, es exactamente eso —respondió Drinkwater asintiendo con entusiasmo—. Aparentemente se puede puntear mejor a barlovento, ceñir más el viento y reducir la deriva significativamente.

—Espere —interrumpió Griffiths considerándolo—. Ahora recuerdo ese nombre. Él construyó el *Trial* en el noventa o el noventa y uno. Ese barco y el *Kestrel* se construyeron a la vez. Sí, ese es. El *Trial* iba equipado con tres de esas... orzas centrales... —Comenzaron a discutir las ventajas que le proporcionaría al *Kestrel* y entonces Griffiths preguntó—: Pero si están haciendo todo esto... ¿Es que ya hay algún rumor de órdenes para nosotros?

Drinkwater sonrió.

—Bueno, señor, nada oficial, pero las habladurías apuntan a que vamos al Mar del Norte, al escuadrón del almirante MacBride.

Cuando dejó el hospital, a Nathaniel le pareció que las noticias le devolverían la salud a Griffiths más rápido que las medicinas del doctor.

Los planos desplegados sobre la mesa de la cámara se deslizaron hasta la cubierta de donde el jefe de los constructores los recuperó con una expresión de amarga tolerancia en su cara. El capitán Schank era un hombre que conocía y podía tolerar (su categoría de capitán de corbeta le imponía lo suficiente), pero ese jovenzuelo que no era más que un ayudante del primer oficial... ¡Que Dios protegiera a los artesanos pacientes y profesionales cuando se entrometieran en su trabajo esos teóricos con poco seso!

—Pero si, como dice, es la profundidad lo que es efectivo, señor y el cúter va a trabajar en aguas poco profundas, entonces una orza apoyada verticalmente podría resultar muy peligrosa. —La imaginación de Drinkwater estaba luchando con la visión de la quilla ampliada del *Kestrel* hundiéndose en un banco de arena, zozobrando y posiblemente partiéndose—. Pero si tuviera un perno aquí delante —dijo señalando el plano— entonces podría hacer un efecto de

bisagra y elevarse hasta introducirse en la caja sin poner en peligro al cúter. —Dirigió la mirada hacia el capitán.

—¿Qué piensa usted, señor Atwood? —El constructor jefe observó las marcas hechas a lápiz con una expresión escéptica en la cara.

Drinkwater suspiró, exasperado. Los funcionarios del astillero estaban empezando a irritarle.

—Barrallier podría hacerlo, señor —dijo en voz baja. Creyó detectar un principio de sonrisa torcida en la cara de Schank. Atwood enderezó la espalda.

—Podría hacerse, señor —dijo ignorando a Drinkwater—, pero no quiero a ese gabacho afeminado con sus maneras de profesor de baile fastidiando a mi alrededor...

Un día después los remolcaron para situarlos junto al barco que llevaba montada la máquina de arbolar y se retiró el palo. Después lo elevaron y lo sacaron del agua. El trabajo fue bien y una semana después Griffiths reapareció con un semblante alegre y una ligereza al andar que no casaban ni con su edad ni con su reciente indisposición.

Le aconsejó a Drinkwater que aireara su mejor casaca de uniforme, la nueva adquisición hecha en Morgan's.

—Nos han invitado a cenar con Lord Dungarth, señor Drinkwater, en The George... ¡Hola Merrick! Dios, me estoy haciendo viejo, ¿por qué los malditos trabajadores del astillero siempre dejan el trabajo a medias, desmantelando los tambuchos y dejando las escalas destartaladas? Ah, Merrick, dele un repaso a mi mejor casaca de uniforme y aeree la del señor Drinkwater. Lustre también sus mejores zapatos y pásale una funda de piel de tiburón a ese maldito sacacorchos asesino francés que él llama espada. —Se volvió hacia Drinkwater, todo rastro de fiebre desaparecido de su rostro—. Tengo la sensación de que la cena de esta noche no es fruto de una simple cortesía... —Drinkwater asintió, consciente de que el instinto de Griffiths normalmente era asombrosamente preciso y contento de tener al viejo a bordo de nuevo.

The George Inn en Portsmouth era el lugar de encuentro tradicional de los capitanes y los almirantes. Los tenientes como Griffiths frecuentaban The Fountain, mientras que los ayudantes del primer oficial y los guardiamarinas se solazaban en The Blue Posts, situado junto a las oficinas del coche correo. Por eso hubo varias miradas que se dirigieron hacia ellos cuando, en medio de un chaparrón de agua y viento impropio de la estación, Griffiths y Drinkwater entraron en la taberna y al quitarse los capotes aparecieron el teniente entrado en años y lo que parecía ser un ayudante algo crecido.

Su presencia quedó explicada con la aparición de Lord Dungarth, que los saludo cordialmente.

—Ah, aquí están, caballeros. Siéntense, por favor. ¿Licor o cerveza en una noche tan espantosa como esta? Bien, Madoc, ¿qué tal volver a limpiar los culos de los capitanes de fragata después de su independencia, eh?

Griffiths sonrió alicaído.

—No está mal, milord —dijo diplomáticamente. Un capitán de cierta edad sentado en la mesa de al lado se puso de un profundo color morado y pareció estar más que cerca de sufrir una apoplejía; después murmuró que el servicio se estaba «yendo al garete».

Dungarth continuó sin prestarle atención, con un brillo antiguo y familiar en sus ojos.

—Y usted, Nathaniel, he oído que se hizo con el lugre prácticamente sin ayuda. Una exageración, supongo.

—Sí, milord, una gran exageración.

Dungarth prosiguió.

—Supongo que en el astillero estarán remoloneando a la hora de arreglar su barco, como suele ser habitual, ¿eh?

Griffiths asintió.

—Sí, milord. Creo que nos consideran un buque demasiado insignificante para prestarnos atención —dijo, un destello brillante en

sus ojos al notar que Dungarth dirigía miradas significativas a unos funcionarios que había en la sala, la mayoría de los cuales, pudo constatar Drinkwater, eran superintendentes del astillero.

—¡Insignificante! —exclamó Su Señoría—. Claro. Maldito grupo de obreros petulantes, podridos hasta la médula. La mayor traición se encuentra en los astilleros de Su Majestad, aunque de vez en cuando cuelguen a un pirómano para asegurarle su lealtad a Sus Señorías... —Dungarth distribuyó los vasos—. A su salud, caballeros. Sí, recuerden bien lo que les digo, un día recibirán lo que les corresponde. Seguro que recuerda el *Royal George*, Nathaniel, sí y usted tiene una buena causa para... Bueno, caballeros, si ya se sienten recuperados de las inclemencias del tiempo, tengo un excelente estofado de liebre y un cuarto trasero de venado esperándoles. —Ambos vaciaron los vasos y siguieron a Dungarth a su sala privada. Drinkwater se dio cuenta de que su salida fue más que bien recibida.

La conversación siguió siendo desenfadada. Dungarth despidió a los sirvientes y ellos se sirvieron solos. Cuando terminaron el estofado, anunció:

—Estoy esperando a otro huésped antes de que acabe la noche, pero dejemos que el asunto que nos trae aquí esta noche espere hasta su llegada. Ha pasado mucho tiempo desde que no mareo juanetes y escandalosas, ni siquiera en una sobremesa...

Ya estaban atacando el venado cuando sonó un golpe en la puerta.

—Ah, Brown, venga y siéntese. Ya conoce a mis invitados.

El mayor Brown, atusándose el pelo y murmurando que la noche era de perros y de mil demonios para estar a principios de junio, saludó con la cabeza a los dos oficiales.

—Milord, caballeros... Encantado de verles.

—Siéntese. ¿Quiere un poco de este magnífico venado? Madoc, ¿le importa servir al mayor? Bien... —Dungarth le pasó un plato. Drinkwater se dio cuenta de que la teoría de Griffiths sobre la razón de haber sido invitados a cenar podía ser correcta. El mayor Brown

había traído consigo algo más que una ráfaga de aire húmedo. Dungarth se despojó de su aire de familiaridad y volvió a su resuelta eficiencia.

—¿Y bien? ¿Ha descubierto algo?

Brown fijó la mirada en Dungarth.

—Nada de verdadera importancia. ¿Y usted, milord?

—No. —Dungarth miró a Griffiths y a Drinkwater objetivamente, la última hora de conversación trivial aparentemente olvidada. Le pidió a Nathaniel que le pasara otra botella del aparador y después explicó:

—La información que me remitió, Madoc, que el aquí presente Nathaniel había encontrado a bordo del *chasse marée*, confirma lo que hemos sospechado durante un tiempo: que el *Capitaine* Santhonax es un agente del gobierno francés con importantes contactos en este país. La última información que me envió en relación a las sospechas de Nathaniel de un vínculo entre él y la mujer Montholon no parecen confirmarse...

Nathaniel tragó saliva con dificultad.

—Ummmm, las pruebas eran bastante circunstanciales, milord, pero creí que era mi deber...

—Lo hizo usted bien. No se sienta mal. Nos lo tomamos lo suficiente en serio como para enviar a Brown a vigilar los movimientos de la señorita Montholon, ya que había habido otras señales de que su teoría podía no ser tan descabellada como parecía en un principio. —Hizo una pausa y Drinkwater se dio cuenta de que se le había acelerado el pulso. Esperó pacientemente mientras Dungarth bebía vino y se limpiaba los labios dándose toquecitos con una servilleta—. Cuando De Tocqueville murió en Londres se difundió que le habían robado unos salteadores. Y era cierto que le habían robado, pero el dinero había desaparecido de su casa, no lo llevaba encima. Lo habían registrado todo. El conde había muerto por una estocada. Asesinado. Y en el examen posterior de sus habitaciones se descubrieron documentos que indicaban, no solo que había firmado un contrato de matrimonio con la señorita

Montholon, sino que se había hecho gestiones para su formalización. Se localizó por ello a la mujer, que vivía con la madre del conde en Tunbridge Wells. Aunque se produjo un arrebató de llanto, este procedía, creo, principalmente de la madre... Mayor...

Brown tragó apresuradamente y prosiguió con la historia.

—Como les mencioné cierto tiempo atrás, yo conocía a Santhonax como *Capitaine de frégate*, aunque siempre ha actuado por libre, al igual que yo. Sabemos que es el líder de la inteligencia naval en el área del Canal y que hace amplio uso de *chasses marées* como el que ustedes capturaron para contactar con sus agentes en este país. También es lo suficientemente temerario como para atracar aquí e, incluso, quizá para pasar cierto tiempo en Inglaterra...

Brown masticó y tragó un último bocado y lo empujó con un trago de vino en completo silencio. Después continuó:

—Creemos que él es el responsable de la muerte de De Tocqueville y su sugerencia de que podía haber una conexión entre él y *mademoiselle* Montholon resultaba muy interesante. —Se encogió de hombros con un gesto peculiar, típicamente francés, que resultó completamente fuera de lugar—. Aunque la carta que encontraron podría confirmar esa sospecha, no prueba el hecho y, hasta la fecha, la vigilancia no ha indicado nada más que *mademoiselle* Montholon es la infortunada prometida de un conde fallecido quien, en su delicada situación presente, se ocupa de ser la acompañante de la madre de su difunto prometido, que quedó viuda a causa de la guillotina. Me han dicho que su dolor mutuo es conmovedor... —El tono irónico de Brown llevó a Drinkwater a asumir que sus propias sospechas podían llegar a confirmarse.

—Pero ¿es probable que Santhonax continúe con sus actividades tras perder sus documentos? —preguntó Griffiths.

—No creo que a un hombre de su calibre y recursos se le disuada tan fácilmente —respondió Dungarth—. Además, depende de cómo de incriminatorio considere que es lo que ha perdido. Todos somos juguetes de la fortuna en este negocio, pero las posibilidades de que

alguien encuentre e identifique la carta y a la persona que la escribió deben ser muy escasas. Después de todo, dudo que el lugre fuera el único en el Canal esa noche con cartas de nuestras costas o dinero inglés. Es posible que las personas que se dedican al libre comercio vayan equipadas de forma similar...

—Excepto por el uniforme, milord —señaló Drinkwater.

Dungarth se encogió de hombros.

—Le garantizo que Santhonax no abandonará sus proyectos por eso, aunque es indudable que quien ordenó que ese lugre ayudara al convoy se estará arrepintiendo de su acción. No, apoyaremos la corazonada de Nathaniel un poco más manteniendo la vigilancia sobre el *ménage* de De Tocqueville. En lo que respecta a ustedes, caballeros —el conde se inclinó hacia delante y rebuscó en su bolsillo trasero para sacar un paquete sellado—, aquí están sus órdenes para navegar por el Canal, en teoría, para evitar el comercio del enemigo. De hecho quiero que detengan a cualquier lugre, batea, sumaca o galera que navegue entre el North Foreland y el arenal de Owers y lo registren. Quizá podamos apresar a ese demonio de Santhonax antes de que sucedan más desgracias... Ahora Nat, pase esa botella... Madoc, supongo que será aficionado al vino de Madeira de esa maldita época que pasó en los barcos negreros...

La atmósfera cambió y se aligeró un poco cuando una sensación de satisfacción los fue envolviendo.

—Milord —dijo Griffiths al fin—, quiero solicitar su favor para conseguir un nombramiento para el señor Drinkwater, aquí presente. ¿No hay ninguna forma de que pueda convencer a Sus Señorías para recompensar a este oficial tan merecedor de ello?

Drinkwater intentó librarse de la nube que le embotaba la mente, que no se debía enteramente al humo del tabaco y en la que estaba conjurando imágenes de la bella Hortense.

Dungarth sacudió la cabeza y empezó a arrastrar ligeramente las palabras.

—Mi querido Madoc, nada me gustaría más que cumplir sus deseos confirmando el nombramiento provisional de Nathaniel, pero,

ironías de la vida, yo no gozo del favor de la presente Junta tras haber criticado el fallo del conde Howe por no detener esa condenada flota que transportaba grano. La información de inteligencia que trajo Brown se le presentó a la Junta y fueron claramente avisados de que debían detenerla a toda costa. Podíamos haber destruido a Francia de un solo golpe. —Dungarth se inclinaba hacia delante con voz aguda y un fuego frío ardiendo en sus ojos color avellana. Entonces se echó hacia atrás, arrellanándose en el asiento y frotándose la frente con una mano cansada—. Pero esa panda de idiotas sifilíticos me ignoraron e hicieron que la estancia de Brown en Francia, poniendo en peligro su vida, se desperdiciara...

Más tarde, chapoteando en charcos mientras el agua de la lluvia gorgoteaba en los desagües y sus medias blancas se convertían en negras por el barro, Griffiths y Drinkwater caminaban de vuelta al barco desde The George Inn apoyándose el uno en el otro como las vigas de una cabria. Habían comido y bebido demasiado y Griffiths seguía murmurando sus disculpas porque Dungarth le había fallado en lo del nombramiento de Nathaniel, mientras este le aseguraba con la misma insistencia que no importaba. Drinkwater se sentía fortalecido contra la decepción. Aquella noche le había traído una especie de victoria y, en su estado de ebriedad, su creencia en la Providencia era absoluta. La Providencia le había llevado al *Kestrel* y la misma Providencia había tenido que ver en su presencia en Beaubigny. La Providencia se ocuparía de que tuviera la escarapela de teniente cuando tuviera que ser. Y un zumbido en sus oídos le decía que el momento aún no había llegado.

Solo cuando pasaron el refugio momentáneo de la puerta del astillero y Griffiths le rugió el santo y seña al centinela fue cuando se le ocurrió a Nathaniel lo estúpidos que debían parecer. Y de repente deseó estar en la cama junto a Elizabeth en vez de trastabillando en la húmeda y ventosa oscuridad, sirviendo de apoyo a su cada vez más pesado comandante.

Capítulo 8

Septiembre-diciembre de 1795

El pendón negro

El *Royal William*, buque de guardia, era uno de los navíos más antiguos de la Armada británica. Había traído el cuerpo de Wolfe a casa desde Quebec y ahora era el hospedaje de los infortunados hombres que esperaban ser enviados a algún barco. Como todos esos barcos inmovilizados, no tenía el olor a vida común en un barco que se encuentra en el cumplimiento de su deber, sino un hedor rancio, húmedo, de podredumbre, que hablaba de estancamiento, abandono, ociosidad y desesperación. Cuando lo visitó Drinkwater, este tenía casi trescientos desgraciados a bordo, de los cuales necesitaba sacar hombres para reemplazar a los desertores del *Kestrel*. Eran hombres de leva forzosa, hombres reclutados en las grandes ciudades y hombres de cuota. Había incluso, que Dios los ayudara, voluntarios, una aislada minoría de inadaptados sociales sin ningún otro clavo ardiendo al que agarrarse. Había marinos mercantes desencantados, en casa tras largos viajes y reclutados por la leva o por las fragatas que patrullaban en The Soundings y enviados a Portsmouth aprovechando buques de despachos. Los hombres de leva, los parias, los borrachos y los descuidados eran apresados por los oficiales del Servicio de leva y enviados en embarcaciones pequeñas para ser encarcelados en el *Royal William* hasta que los enviaran a un barco. Ahí se les unían los tontos del

pueblo o los ladronzuelos, generosamente proporcionados por padres patrióticos de los distritos como parte de su cuota. Desde Londres, los morosos, los delincuentes, los criminales a los que se les había conmutado la pena y todos los desechos de la inadecuada y patética sociedad del siglo XVIII llegaban cada quince días en botes que salían desde la cárcel de la Torre de Londres. Como consecuencia en el viejo barco se juntaban miseria, suciedad, indisciplina y todas las formas posibles de alimañas parasitarias que se cebaban en una humanidad que no se lavaba. El *Royal William* no se diferenciaba mucho de los buques-prisión que estaban un poco más arriba, en el muelle, con sus botes de guardia, sus enjaretados y sus centinelas.

El capitán regulador a cargo del Servicio de leva miró a Drinkwater con cierta dosis de cinismo. Durante un segundo o dos Drinkwater no pudo entender esa obvia hostilidad, pero entonces reconoció al casi apopléjico capitán que estaba en The George Inn la noche que cenaron con Dungarth.

—¡Seis hombres! ¡Seis! ¿Dónde demonios cree que voy a encontrar seis hombres, maldito sea? ¿Y para qué? ¿Un tercera clase? ¿Una fragata? ¡No! Un asqueroso y minúsculo cúter cuyos oficiales se pasan el tiempo en tierra insultando con muy mala educación a sus superiores. ¡No, señor! Puede que piense que porque tengo una cubierta llena de hamacas es que me sobran hombres. No dudo que esa sospecha ha cruzado su mente, pero seis hombres para un cúter zarrapastroso... —Drinkwater esperó de pie en silencio a que el hombre terminara de soltar bravuconadas y maldecir, hasta que, al fin, sacó un libro de registros, pasó su dedo por una columna, sacudió la cabeza y cerró el libro de golpe.

—¡Scratch! —gritó.

Un secretario encogido obsequiosamente entró arrastrando un pie deforme.

—¿Señor?

—Tripulación actual y disposiciones, por favor.

—Ah, sí, señor, sí. —El hombre pensó un momento y después recitó de un tirón—: Doscientos noventa y un hombres a bordo, señor. Sesenta y dos marineros con experiencia, ochenta y cinco que hayan realizado servicios previamente, noventa y un hombres de las ciudades y cincuenta y tres de los distritos. Tres sastres entre ellos, cuatro herreros, un cerrajero, cuatro zapateros, un boticario condenado por incesto... —Los ojos del hombre brillaron y a Drinkwater le recordó algún tipo de carroñero que subsistía a partir de los cuerpos moribundos de los hombres arruinados.

—Sí, bien —dijo el capitán regulador con irritación, obviamente considerando que su secretario estaba arruinando su discurso anterior—. Ahora las disposiciones.

—Ah, sí, señor, bien, la mayoría son para el capitán Troubridge del *Culloden*, treinta y ocho van a Plymouth, al *Engadine*, dos docenas a la *Pomone*, seis serán desembarcados tras ser declarados incapaces y los reemplazos de compensación para la flota del Canal, señor, nos dejan unos pocos hombres sueltos...

—Con eso es suficiente, señor —interrumpió Drinkwater en una inoportuna observación que le robó el triunfo al capitán regulador.

—¡Sujetad esa maldita lengua! —exclamó haciendo un gesto para agradecerle el servicio al secretario—. Ahora, mi joven mozalbete, ya habréis percibido que *no* tengo hombres que me sobren para un cúter. Dígle a su comandante que puede hacer su propio reclutamiento. Por lo que a mí respecta, es imposible, totalmente imposible. Mis oficiales están ahí fuera haciendo batidas por el campo para la flota, así que isu maldito cúter se puede ir al infierno! —La cara del capitán estaba beligerantemente roja. Despidió a Drinkwater con un gesto de la mano y este último siguió al cetrino, deforme y pequeño secretario vestido de un marrón apagado hasta el exterior del camarote.

Furioso, Drinkwater caminó impaciente hacia el costado, deseoso de escapar del hedor del barco, cuando sintió una mano sobre el brazo.

—No sea así, joven, espere un momento. —El tono del secretario era adulator—. Por una módica cantidad, señor —musitó—, puede que yo pueda hacerle un favor a un joven caballero...

Drinkwater se volvió, el desprecio arremolinándose dentro de él como bilis en la garganta. Entonces recordó el estado del cúter y la acuciante necesidad que tenía de esos hombres extra. Se tragó su disgusto. Encontró que llevaba un par de soberanos y le entregó uno al secretario, que lo cogió en la palma de la mano y se lo quedó mirando.

Drinkwater suspiró y le dio la segunda moneda. Como si de una trampa se tratara, la mano del hombre se cerró sobre el oro y después habló con insolencia.

—Ahora, joven, quizá podamos hacer negocios... ¿Su nombre? —El secretario abrió el libro sobre un escritorio en posición vertical y pasó un dedo por una columna de nombres, murmurando para sí. Preparó una lista y se la entregó a Drinkwater—. Ahí tiene, señor Drinkwater, seis hombres para su cúter... —se rio con maldad—. Puede que le encuentren alguna utilidad al boticario...

—Envíe un bote a buscarlos por la mañana —dijo Griffiths quitándose el sombrero y dejándose caer pesadamente en el asiento. Merrick trajo una jarra de café y una carta. Griffiths la abrió y bufó—. ¡Ja! Ya era hora. Parece que al fin hemos sido asignados a un destino adecuado. —Se puso serio—. Oh...

—¿Qué ocurre, señor?

—Usted... Usted será considerado suboficial; se ha revocado su nombramiento provisional. Como ya no realizamos servicios especiales, solo se necesita un oficial. —Griffiths bajó la carta—. Lo siento mucho.

—¡Pero operamos bajo órdenes de Dungarth...! —dijo Drinkwater con amargura.

Griffiths sacudió la cabeza.

—Oficialmente ahora somos parte del escuadrón de Mac-Bride. Secretarios, señor Drinkwater, todo este maldito mundo está gobernado por secretarios.

Drinkwater quedó sumido en una terrible sensación de decepción. Justo cuando el destino del *Kestrel* parecía prometedor tras la larga estancia en el astillero, llegaban estas noticias.

—No importa, señor. ¿Cuál será nuestra dotación? —preguntó apresuradamente, deseoso de encontrar distracción.

—Bueno... yo, usted en función de piloto, dos ayudantes, Jessup, Johnson el carpintero, un condestable con experiencia llamado Traveller, un contador llamado Thompson y un cirujano llamado Appleby.

—¿Appleby?

—Dios, muchacho, vamos a estar terriblemente apretados.

Los seis hombres enviados desde el *Royal William* formaban un grupo patético. No podían considerarse marineros ni en sueños. Incluso después de tres días a bordo, ni el virador de Short y ni el bastón de Jessup habían podido persuadirles de que ahora estaban en la marina. Sobre su cabeza Drinkwater podía oír cómo se insultaba categóricamente a los pobres diablos mientras arreglaba con Jessup los detalles de la estiba final de los pertrechos y pólvora del cúter. Ya podía ver el rumbo que iban a tomar los acontecimientos. Se les iba a acosar a todos hasta que uno de ellos rompiera la disciplina. A eso le seguirían inevitablemente los azotes, que los insensibilizarían a todos. Drinkwater suspiró, consciente de que era así como tenían que ser las cosas.

—Bien, señor Jessup, tenemos que concluir los preparativos en ausencia del condestable. Solo espero que este nos honre con su presencia para el momento en que estemos listos para zarpar.

—Sí, señor, estará. Lo vi anoche en Gosport, pero Jemmy Traveller seguramente será el último en unirse. Su esposa tiene una tienda de empanadas cerca del patio del Servicio de cartografía.

Jemmy siempre está allí, ocupado en contar chelines y en hacer guineas.

—¿Así que lo conoce?

Jessup asintió.

—Sí, estuve con él en el *Edgar*. Con Lord Rodney, cuando le dimos aquella paliza a los españoles en el ochenta.

—¿La batalla del Cabo de Santa María?

—Sí, la misma.

—Recuerdo... —Pero los recuerdos de Drinkwater fueron abruptamente interrumpidos por un grito que llegó desde la cubierta.

—¡Ey, hombre! Pero por Dios, ¿qué cree que está haciendo? Dele instrucciones; golpearle no vale para nada.

—¿Qué demonios...? —Drinkwater salió y se encaminó al tambucho. Alcanzó la cubierta cuando un hombre corpulento saltaba torpemente la barandilla. La figura familiar de Appleby estaba allí, frunciéndole el ceño a Short.

—Ah, Nathaniel, me han nombrado cirujano de este... —dijo haciendo un gesto con las manos, y se rindió—. Esto. —Entonces le dirigió una mirada furibunda a Short—. ¿Quién es este maldito marinero de agua dulce?

El ayudante del contramaestre estaba furioso por la intrusión. Las venas le sobresalían de la frente al contener la rabia, el virador colgando de su muñeca vibraba ligeramente por el esfuerzo que estaba haciendo Short para contenerse.

—Señor Appleby, este es Short, ayudante del contramaestre y marinero de primera clase.

Drinkwater analizó la situación en un solo vistazo, consciente de que su reacción era crucial tanto para la disciplina como para solucionar esos pequeños asuntos que siempre se convertían en cánceres en un barco de guerra atestado.

—Muy bien, señor Short, aunque ellos aún no sepan ajustar un cabo, usted debe recordar que lleva tiempo convertir a un marinero de agua dulce en un verdadero marino. —Le sonrió a Short, que fue

comprendiendo poco a poco el cumplido y al fin se volvió hacia los nuevos, que empezaban a darse cuenta de que Appleby podía convertirse en un aliado. Drinkwater habló bruscamente pero no sin amabilidad—. Ustedes, marineros, será mejor que sean conscientes de que su deber es simple y que están obligados a cumplirlo o sufrir las consecuencias. Todo esto puede ser mucho más doloroso que los golpes del virador del señor Short o del bastón del señor Jessup... —Dejó esa sentencia en el aire, esperando que los hombres la tuvieran en cuenta. La comprensión comenzó a extenderse de un rostro a otro y Drinkwater aprovechó para agarrar a Appleby por el codo y tirar de él hacia la popa. Sintió como el cirujano se resistía, pero pronto sucumbía. Al alcanzar el tambucho, Drinkwater gritó—: ¡Señor Short! ¡Haga que esos hombres suban a bordo el equipaje del cirujano! ¡Rápido!

Appleby se quedó ligeramente más tranquilo por este detalle y su sociabilidad natural dio paso al aluvión de preguntas de Drinkwater, que le distrajeron.

—¿Qué ha sido de la *Diamond*? ¿Cómo se las arregla el escuadrón sin nosotros? ¿Cuánto dinero ha sacado Richard White de los botines? ¿Qué demonios está haciendo usted aquí? Cuando Griffiths mencionó el nombre, me pregunté si realmente sería usted; no me podía creer que cambiara una fragata por nuestro pequeño barco. —Appleby sintió que le empujaba al interior de un estrecho camarote minúsculo y oyó a su joven amigo pedir café a gritos. Drinkwater rio al ver la expresión de la cara del cirujano. Appleby estaba observando la estancia—. Yo me las apaño para caber —sonrió Drinkwater—, pero un hombre de su amplia constitución estará algo apretado. Este es mi camarote, el suyo está al otro lado del vestíbulo. —Drinkwater indicó el umbral a través del que se veía a los estibadores que en ese momento estaban arrastrando los bultos con las pertenencias de Appleby. Este asintió, su papada haciendo una pequeña danza ondulante que demostraba su decepción.

—Mejor que esa condenada fragata claustrofóbica —dijo con bastante poca convicción—. No es oro... —bromeó sin mucho entusiasmo.

Drinkwater enarcó ambas cejas.

—Me sorprende. Tenía a Sir Sydney por un oficial muy emprendedor.

—Un maldito loco excéntrico, Nathaniel. La fragata no estaba mal, pero Sir William *resentido* Sydney tenía muchas ideas estúpidas sobre la medicina. Creía que podía tratar a los enfermos mejor que yo... Solía llamarme «barbero», una maldita insolencia contando que yo ya era un cirujano con experiencia antes de que él empezara como guardiamarina. ¡Ay! Este café está condenadamente caliente.

Drinkwater volvió a reír.

—Recuerdo que no le gusta la gente que se entromete... Tampoco a nosotros aquí, Harry —dijo deliberadamente. Durante un minuto Appleby miró misteriosamente a su amigo, herido por la implícita reprimenda. Entonces Drinkwater prosiguió y él olvidó su orgullo herido—. Por cierto, ¿recuerda a ese hombre que llevamos herido a tierra en Plymouth?

Appleby frunció el ceño.

—No... Sí, un francés, ¿no? Ustedes sacaron un grupo de ellos de allí, incluyendo una mujer, si no recuerdo mal.

—Es correcto. —Drinkwater hizo una pausa, pero Appleby espantó el recuerdo de Hortense.

—¿Debo entender por su interés que el paciente sobrevivió?

—¿Eh? Oh, sí, pero murió asesinado en las calles de Londres.

—Vaya, vaya. Ahora podrá apreciar mi propia decepción cuando me mato en curar heridas, solo para ver cómo se ensartan unos a otros repetidamente.

Bebieron el café amigablemente, pero no costaba ver que el pobre Appleby se había convertido en un compañero de a bordo bastante quisquilloso.

—¿Y cómo es nuestro comandante? —preguntó Appleby.

—Excelente, Harry, realmente excelente. Espero que le caiga bien. —Appleby gruñó y Drinkwater continuó irónicamente—: Pero es justo que le avise de que es bastante capaz de sacar una astilla o una bala.

Appleby soltó un suspiro de resignación y después cambió sabiamente de tema.

—Y usted, quiero decir, nosotros, ya no raptamos furtivamente vírgenes de la costa francesa, asumo. Esa parecía ser la opinión común en el escuadrón cuando este cúter salía en la conversación.

Drinkwater rio de nuevo.

—¡Dios, no! Ya se habría convertido en una rutina. Somos la nave auxiliar de la flota del Mar del Norte del almirante MacBride. Nuestro trabajo consistirá en convoyes y coles, pasar mensajes y chismes y tal vez, si tenemos mucha suerte, un vistazo a Boulogne o algún otro sitio. Todo bastante aburrido, supongo.

Appleby no necesitaba conocer las instrucciones especiales de Dungarth. Después de todo, acababa de unirse a la tripulación. Aún no era uno de los del *Kestrel*.

—Su prestigio en la Trinity House debe ser considerable, señor Drinkwater —dijo Griffiths—. Han aprobado el asunto de su puesto sin pedir una evaluación más exhaustiva. La Junta Naval ha actuado con una velocidad poco común —añadió con una mirada significativa a Drinkwater que implicaba que el *Kestrel* no iba a sufrir más retrasos—. ¿Señor Appleby?

—Esos hombres nuevos están infestados, señor —se quejó el cirujano refiriéndose al grupo recibido del *Royal William*. Griffiths le devolvió una mirada cansada al hombre.

—Sí, señor Appleby y seguro que eso no es todo lo que tienen. ¿Qué sugiere que hagamos, enviarlos de vuelta?

—No, señor, los empaparé en agua salada, tiraré sus ropas y les proporcionaré unas nuevas... —dejó la frase a medias.

—Bien, señor Appleby, usted ocúpese de su trabajo que yo haré el mío. Su indignación honra su conciencia, pero no le hace justicia a su reputación profesional.

Drinkwater vio como Appleby se deshinchaba como un globo pinchado. No, pensó, aún no es uno de nosotros.

La suave y limpia brisa del Canal llegaba desde la proa cuando sobrepasaron al buque de guardia para salir del Warner y siguieron entre los buques de guerra anclados en St. Helen, las banderas gachas como haciendo una reverencia a su paso y la espuma saltando por encima de la barandilla de barlovento y susurrando alegremente al alejarse a sotavento. Aparte de la tristeza por dejar a Elizabeth, Drinkwater estaba contento de dejar Portsmouth, muy contento.

—Muy bien, señor Drinkwater... —Era Jeremiah Traveller, un reflejo de Jessup, que, como condestable, debía ocuparse de una guardia de cubierta, liberando a Nathaniel del represivo régimen de cuatro horas sobre cubierta y cuatro abajo que él y Jessup habían soportado hasta la fecha. Llamaron a la tripulación a popa cuando sonaron las ocho campanadas, se produjo el cambio de guardia y él se escabulló hacia la parte inferior.

En su camarote sacó su diario y pasó las páginas de notas y bocetos que había hecho en Portsmouth, una miríada de detalles del astillero, todos anotados cuidadosamente para poder consultarlos en el futuro. Se quedó mirando su dibujo de las orzas centrales. Al salir de Portsmouth ya habían notado las ventajas que les proporcionaban. Destapó su tintero y cogió su nueva pluma de acero que había comprado en Morgan's. El *Kestrel* ya era un barco diferente. Con una cámara llena de oficiales a las horas de las comidas, la vieja intimidad había desaparecido. Sin quererlo, Appleby se había metido entre Drinkwater y Griffiths y su sola presencia parecía provocar la introspección de Griffiths y su aislamiento, a lo que ayudaba el aumento del número de oficiales.

Drinkwater suspiró. Los tiempos idílicos habían pasado y él lo lamentaba.

El otoño dio paso a las nieblas de noviembre y a las primeras heladas. Esos períodos de tiempo tranquilo siempre estaban vinculados a la temible sucesión de temporales del oeste que cruzaban el Canal y que les forzaban a arrizar a medias y correr en busca de cobijo.

No tuvieron suerte con el encargo de Dungarth, aunque detuvieron y registraron muchas embarcaciones de navegación costera y persiguieron a otras. Drinkwater comenzaba a dudar de sus antiguas convicciones y empezaba a considerarlas imaginaciones ridículas. El astuto Santhonax no había dado más de sí, o eso parecía. De vez en cuando Griffiths bajaba a tierra y, aunque ahora compartía menos confidencias con Nathaniel, no dejaba de transmitirle las noticias. Una breve sacudida de cabeza era todo lo que Drinkwater necesitaba para saber que la presa se les había escapado.

Pero un día, durante los últimos coletazos de un vendaval del suroeste, cuando el viento viraba al noroeste, el cielo se limpiaba, aparecían claros de sol y Drinkwater dormitaba durante la guardia de la tarde en su coy, la puerta del camarote se abrió de golpe.

—¡Señor! —Era Tregembo.

—¿Eh? ¿Qué ocurre? —Se levantó de un salto, parpadeando.

—Señor, el capitán le envía sus saludos y le informa de que hay un lugre a la vista, señor. Es grande y el teniente Griffiths dice que le diga que quizá le interese, señor. Lleva un pendón negro y puntiagudo en su tope...

—Demonios —dijo Drinkwater sacando las piernas fuera de la hamaca y buscando sus zapatos. Se espabiló instantáneamente y se dio cuenta de que Tregembo sonreía de oreja a oreja.

Capítulo 9

Diciembre de 1795

El Estrella del Diablo

Drinkwater corrió a cubierta. Griffiths estaba de pie junto a la barandilla de estribor con el pelo blanco ondeando al viento, su cara parecía una máscara con forma de halcón, concentrado en la persecución; era la personificación del nombre del cúter. Agarrándose para contrarrestar el cabeceo del buque, Drinkwater dirigió su catalejo a estribor.

Tanto el lugre como el cúter navegaban libres, con el *Kestrel* crujiendo a toda vela en plena persecución. Drinkwater observó el inquietante aspecto del lugre, lo vio crecer, perceptiblemente más grande mientras el *Kestrel* iba engullendo las yardas que los separaban. Casi sin darse cuenta su cerebro ya estaba resolviendo una sucesión de vectores, mientras sus pies, separados sobre la tablazón, sentían la respuesta del *Kestrel* al velamen en la arboladura.

Drinkwater pudo ver un ajetreo en la popa del lugre y estaba intentando identificarlo cuando Griffiths le habló casi sin mover la boca.

—¿Todavía tiene ese pendón negro a bordo?

—Sí señor, está en el armario de las banderas.

—Entonces ícelo...

Drinkwater hizo lo que le habían dicho, perplejo tanto por la trascendencia de sus acciones como por la importancia de lo que Brown había llamado «paparruchadas celtas». Pero para Griffiths la bandera negra del bretón encerraba un reto: era él o Santhonax y él respondía al desafío con un encuentro en singular combate.

Se oyó un sonido similar al que se produce al rasgar un tejido de algodón. Una bala con buena puntería pasó cerca del costado de estribor y Drinkwater entendió ahora la razón del movimiento en la popa. La gente del lugre tenía un cañón a popa que apuntaba hacia atrás. Por el catalejo podía ver a la brigada de artillería cargando de nuevo y a un hombre alto con una casaca azul mirando hacia ellos a través de un catalejo. Cuando bajó la lente para dirigirse al oficial que estaba junto a él, Drinkwater le vio la cara de perfil. Las facciones oscuras y atractivas y la marea de rizos, incluso a esa distancia, eran inconfundibles: se trataba de Santhonax.

Junto a él Griffiths emitió un suspiro de confirmación.

—Bien, señor Traveller —le dijo al condestable—, veamos si tenerle a bordo mejora nuestra artillería.

Jeremiah Traveller se dirigió a proa con los ojos brillantes. Se había llamado a la tripulación del *Kestrel* a sus puestos de combate en el mismo momento en que avistaron el lugre y todos los hombres estaban tan tensos como una de las burdas de barlovento. Aunque las portas estaban cerradas para evitar que entrara agua en las bocas de los cañones, la tripulación de artillería estaba preparada, sus mechas lentas ardiendo en los botafuegos y los cañones cargados con su mezcla letal de pólvora bien molida y las balas más perfectas que los cabos de las brigadas habían podido encontrar en las pilas. Ahora observaban el codo de Traveller situado junto al cabo del Número 1 y agachándose para ajustar la mira delante del ánima.

Drinkwater miró a la arboladura. La enorme vela mayor estaba suelta a babor, las gavias y los juanetes redondos doblaban sus vergas, ampliados por alas y rastreras y se había fijado el puño de escota de barlovento del trapo volante. El *Kestrel*, con fondo limpio,

nunca había navegado mejor, arremetiendo contra las olas que rompían bajo su casco y cabeceando bajo sus rompientes crestas.

Un movimiento en la parte delantera llamó su atención y vio que Traveller se incorporaba con el botafuego en la mano, esperando el momento de disparar. Rápidamente Drinkwater acercó el catalejo a su ojo. La popa del lugre apareció ante la lente, su nombre tallado en elaboradas letras azul y oro: *Étoile du Diable*^[5].

La bala del falconete de proa pasó sobre la popa y Drinkwater vio como aparecía un agujero en la mesana de su presa. Entonces su cañón de popa disparó y sintió a través de sus pies que el impacto alcanzaba el casco.

—*iMyndiawl!* —gruñó Griffiths junto a él.

—Lo estamos alcanzando con rapidez, señor —dijo Drinkwater intentando tranquilizarlo. Notó una sensación de desasosiego que emanaba del comandante y comenzó a barruntar la razón. Santhonax podía ceñirse al viento en un momento. El *Kestrel* con sus velas redondas arriba, necesitaría más tiempo.

Traveller disparó de nuevo y el grito de alegría que llegó desde proa anunció el éxito. La verga de mesana se partió en dos trozos, cayendo las velas y el aparejo. El triunfo fue ilusorio y Griffiths maldijo de nuevo. Esa pérdida de vela haría que Santhonax virara antes a barlovento.

—Haga que metan el trapo y las velas ligeras, señor Drinkwater —exclamó Griffiths.

—Dentro las rastreras del juanete... —Drinkwater comenzó a ladrar órdenes. Los hombres dejaron los cañones y treparon a la arboladura para manear las velas y meter los botalones. Short los acicateaba. Una partida de hombres rodeó el palo arranchando los cabos según las instrucciones de Jessup, un grupo se ocupó de las retenidas y las escotas, un par de aflojar las amuras de vela y las drizas. Drinkwater vio el gesto de asentimiento de Jessup.

—*iArríen las velas!* —A proa Traveller disparó de nuevo, pero Drinkwater estaba observando cómo las rastreas se hinchaban hacia adelante, elevando sus botalones.

—Manténgalo ahí —le dijo Griffiths tranquilamente al timonel. Tomar por la lú a ese momento sería desastroso. La tripulación de cubierta caminó tirando de las retenidas y las escotas y las rastreras cayeron flameando sobre la cubierta como gaviotas heridas.

Apenas consciente de un segundo golpe contra el casco y un trozo de cielo azul que se veía a través de la gavia, Drinkwater ordenó que se metiera el juanete.

—Ahí va —gritó Griffiths cuando el *Étoile du Diable* se lanzó a estribor, exponiendo brevemente la proa—. ¡Fuego en cuanto tengan blanco! —les gritó a cabos de las brigadas de artillería, abandonados junto a los cañones mientras sus brigadas se dedicaban a arriar las velas.

Pero, a la vez que giraba, el cañón de proa de Santhonax rugió, una doble carga. La bala saltó una vez sobre la cresta de una ola, destrozó la barandilla de estribor del *Kestrel* y partió en dos a ambos timoneles.

Griffiths saltó hacia la caña y apoyó todo su peso contra ella.

—¡Suelten las brazas de barlovento y tensen las de sotavento! ¡Que alguien se ocupe de esas escotas de ahí! —Empujó la enorme caña hacia abajo e hizo girar el *Kestrel* para seguir la estela del lugre.

Y fue una suerte que lo hiciera, porque Santhonax disparó su batería de estribor al pasar junto a ellos. Debido a las subidas del timón, la mayor parte de los disparos se hundieron en las tranquilas aguas verdes que el enorme casco del *Kestrel*, que estaba girando, dejaba atrás. Pero dos balas impactaron en el cúter, una derribando cuatro pies del tamborete y la barandilla de la cofa y la otra abriendo la boca del Número 11 como si de una grotesca flor de acero se tratara.

Drinkwater tenía el juanete en sus brioles, pero hasta que no arriaran la gavia el *Kestrel* no podría aprovechar el viento tanto como el lugre. El cambio de velas ya había aumentado la velocidad aparente del viento en cubierta. La espuma ya entraba a bordo

cuando el *Kestrel* comenzó a quedarse atrás en la persecución, ampliándose el ángulo entre ellos.

Pareció una eternidad hasta que las velas redondas estuvieron aseguradas. En la proa Traveller y los cabos de los cañones estaban reuniendo a las brigadas de nuevo. Johnson, el carpintero, apareció, indeciso, junto a Griffiths.

—Han perforado el casco, señor, pondré a un hombre en la bomba... —Griffiths asintió.

—Velas arriadas, señor.

—Ténselas bien, señor Drinkwater y baje esas malditas orzas centrales.

—Sí, señor.

El *Kestrel* cazó el viento al máximo, reduciendo el ángulo con el lugre. La persecución se mantuvo alrededor de una hora en dirección oeste y los condestables de ambos barcos apuntaban las piezas cuidadosamente para continuar el duelo. Los del *Kestrel* vitorearon varias veces cuando se arrancaron astillas de la barandilla del lugre, pero sus corazones ya no estaban en la batalla.

Drinkwater pudo ver la cubierta del *Étoile du Diable* cuando se escoró a babor, quedando expuesta la vista. Incluso con todas las cuñas fuera estaban teniendo problemas para apuntar sus baterías, mientras que el *Kestrel* tenía todas sus piezas encajadas para nivelar la escora y aliviar el trabajo de tirar de sus cureñas cuesta arriba. Habían bajado tres hombres a la segunda cubierta para que Appleby les curara heridas de astillas. De repente una bala del *Étoile du Diable* disparada bajo la horizontal rebotó contra la cara de una ola e impactó en la mesa de guarnición de estribor del *Kestrel* desde debajo. La vigota del *lignum vitae* del estay de popa del palo mayor quedó hecha trizas y un repentino crujido que venía de arriba mostró el mastelero inclinándose lentamente a babor.

—Dios Santo... ¡Corten eso! —Pero Drinkwater ya corría hacia proa para saltar al aparejo de barlovento con un hacha. Una bala final lo dejó sin aliento y agarrado a los obenques inferiores, temblando y respirando con dificultad, como una mosca en una tela

de araña. Sintió como los obenques se agitaban cuando el mastelero se desgarró hacia el costado de sotavento, sacudiendo el mástil y llevándose las vergas con él. El botalón de una rastrera se enganchó en la vela mayor y abrió una pequeña raja que se fue agrandando lentamente. La mitad del aparejo dañado cayó al agua y la otra mitad quedó sobre el costado de babor. El *Kestrel* perdió toda su velocidad.

Les habían vencido.

Sobre la amura de estribor el *Étoile du Diable* siguió su camino. Santhonax estaba de pie sobre su aleta con su sombrero emplumado en la mano.

Lo agitó sobre su cabeza. Después saltó hacia abajo para perderse entre los marineros que habían servido en el cañón de popa, aún humeante.

—*Cythral* —murmuró Griffiths, sus ojos brillando tras el enemigo—. ¡Suelten las escotas! —gritó.

Drinkwater bajó a cubierta.

—¡Señor Drinkwater!

—¿Señor?

—Asegure lo que pueda del aparejo que ha caído por la borda. — Los ojos de los dos compartían la decepción.

—«Antes de la caída es la altivez de espíritu», señor Drinkwater. Haga lo que pueda.

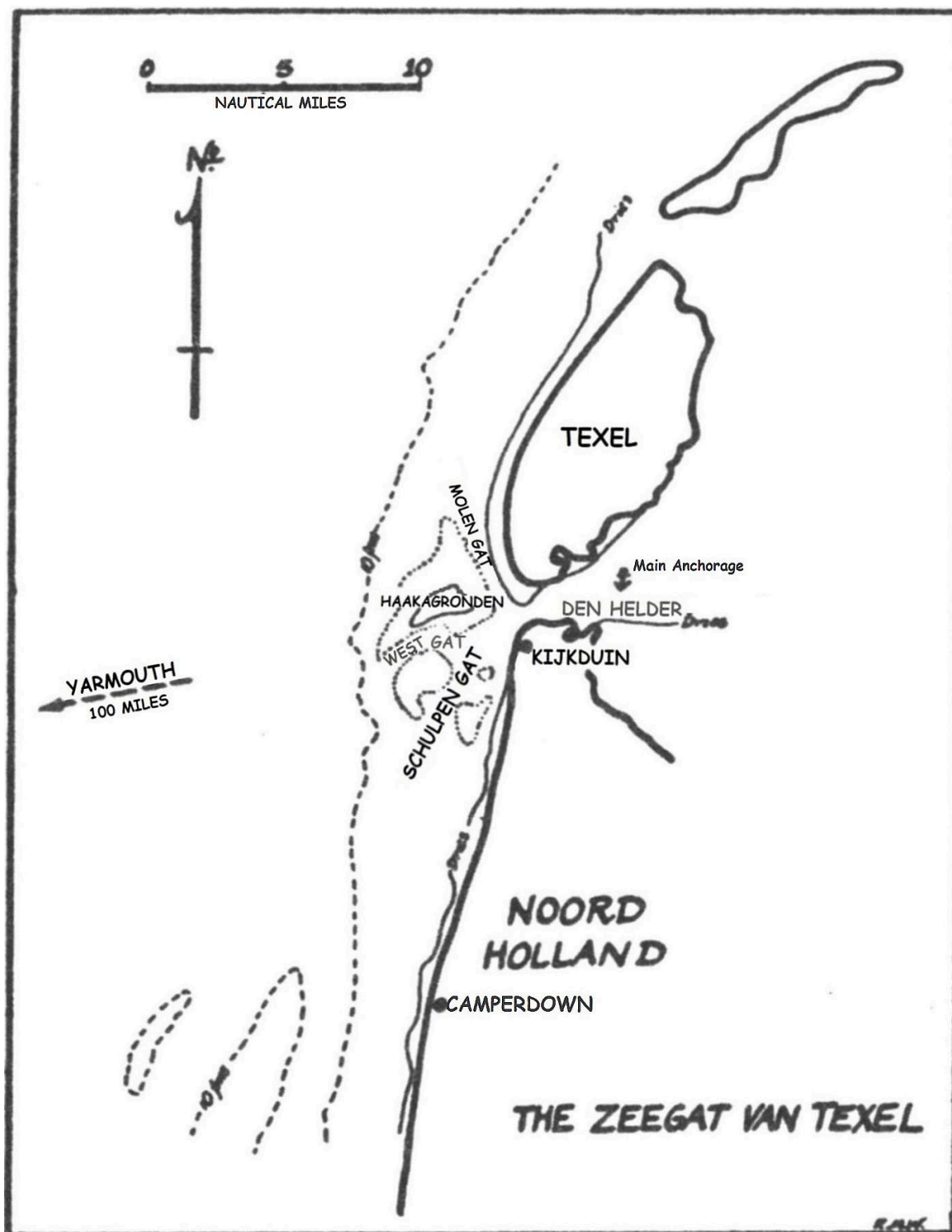
—Sí, señor.

Drinkwater volvió a la proa. Inclinandose sobre el costado inspeccionó el amasijo de perchas, velas y cuerdas, de motones y herrajes. Y algo más.

En el tope colgante, con un extremo de su driza roto y arrastrándose junto al costado del cúter, estaba el pendón negro y puntiagudo, burlándose de ellos.

SEGUNDA PARTE

El Mar del Norte



Capítulo 10

Diciembre 1795-noviembre 1796

El boticario

Short echó hacia atrás su brazo musculoso y después volvió a golpear la espalda del hombre con el gato.

—¡Siete! —anunció Jessup desapasionadamente.

Los verdugones rojos se veían como una cruz furiosa dibujada sobre la carne, supurando y la sangre comenzaba a rezumar de la piel rota.

—¡Ocho!

Drinkwater podía ver el perfil de la cara del hombre desde donde estaba de pie junto al amante de estribor. Aunque mordía con fuerza el trozo de cuero, los ojos de la víctima se dirigían hacia delante, más allá del esquiife y a través del espejo de popa en el que estaba atado con los brazos y piernas extendidos.

—¡Nueve!

Había ocurrido lo inevitable. El infractor era Bolton, el boticario embarcado desde el *Royal William*. Este parecía no querer o no poder sacarle ningún partido a sus circunstancias. Parecía un hombre encerrado en un infierno privado que no le daba descanso. Appleby decía que era «una pústula humana, llena de fluido corrupto y a punto para ser sajada». Iba de un lado para otro haciendo caso omiso de lo que ocurría a su alrededor hasta el punto de la apatía, suficientemente duro para soportar los insultos y los golpes del

virador de Short sin una palabra. Short interpretaba esto como una rebeldía, lo que le provocaba al ayudante del contramaestre una furia intimidatoria. Short no estaba acostumbrado a una indiferencia tan estólida y cuando le falló su estrategia de violencia, recurrió a insinuaciones. Y encontró que sus puyas daban en el blanco. Rebuscó en cada rincón de su mente en busca de defectos humanos, registró en las profundidades de toda depravación, insensible al aire de desesperación creciente que apareció en los ojos de Bolton. Acosado, Bolton corrió hasta que, al fin, privado de cualquier refugio, no pudo seguir manteniéndolo a raya. Short había conseguido ponerle en el lugar que estaba por una torpeza durante los ejercicios de tiro, un hecho trivial que había estado esperando durante mucho tiempo.

—¡Bolton! Pervertido violador de niños... —Y el atacador de un cabo giró en redondo para dar contra el estómago de Short a la vez que Bolton soltaba un, tremendo alarido.

—¡Doce! —Short ya jadeaba y el hematoma de su torso le provocaba molestias. Harris, el segundo ayudante del contramaestre, le relevó; cogió el gato y se pasó las colas entre los dedos de su mano izquierda para quitar la sangre y el plasma. Harris abrió las piernas y echó atrás el brazo.

—¡Trece!

Todos estaban en cubierta. Griffiths, Drinkwater y Traveller con sus espadas, los hombres formando un círculo en el combés, sus rostros apagados, sin expresión.

—¡Catorce!

El *Kestrel* estaba al paio, las velas del estay recogidas. No se había esperado para administrar el castigo. Solo habían asegurado los cañones con los que se habían estado ejercitando. En un cúter no había grilletas, así que Griffiths ordenó que se le azotara inmediatamente.

—¡Quince!

La sentencia había sido de tres docenas de latigazos. Y la espalda del hombre ya era un amasijo rojo y sangriento. Estaba gimoteando.

Roto. Drinkwater sintió ganas de vomitar. Aunque Griffiths no era un tirano y Nathaniel reconocía la necesidad de mantener el orden, ningún número de latigazos iba a convertir a Bolton en un marinero. Solo Dios sabía que era lo que aquejaba a ese hombre, aunque Drinkwater le había oído decir al secretario deforme del barco de guardia que se le había sentenciado por incesto. Pero fuera cual fuera la locura o el tormento que lo acosaba, ya había tenido suficiente. El castigo debía ser suspendido y Drinkwater se encontró mirando a Griffiths, deseando que lo detuviera.

—¡Dieciséis! —Un aullido bajo y animal salió de Bolton. Drinkwater sabía que se elevaría hasta convertirse en un grito justo antes de que el hombre perdiera la consciencia. Fuera cual fuera la culpa que pesaba sobre el alma del hombre ya la había expiado sucumbiendo lentamente al dolor creciente de su espalda abierta.

—¡Diecisiete!

—¡Deténgase! —dijo Griffiths, levantando la voz. Una oleada de alivio recorrió a la tripulación reunida—. Eso será suficiente. Corten sus ataduras. Organice la guardia, señor Jessup.

Drinkwater vio como Bolton se ponía rígido cuando le tiraron un cubo de agua marina sobre su espalda. Después se desmayó. Appleby se acercó para atenderle. Drinkwater miró hacia otro lado.

—¡Suelten la escota de barlovento de la vela del estay y tensen la de sotavento!

¿Había un cierto resentimiento en la forma en que se obedeció la orden?

—¡Vamos, deprisa! ¡Suelten y amarren! —Caminó hacia la popa. ¿O se trataba de que él era demasiado sensible?

—Rumbo norte cuarta al noreste.

—Norte cuarta al noreste, señor.

El *Kestrel* fijó el rumbo y navegó tras el convoy.

No había sido un barco feliz desde que dejó Portsmouth. Sus oficiales eran una mezcla discordante de caracteres bruscos. La pomposa superioridad de Appleby, que encajaría bien en el ambiente jocoso de la santabárbara de una fragata de primera clase, estaba

fuera de lugar allí. Incluso Drinkwater lo encontraba difícil a veces, ya que la edad y su condición de soltero pertinaz no habían moderado su tendencia a moralizar. Griffiths se había retraído, como Drinkwater sabía que iba a ocurrir y su antigua intimidad había quedado relegada. Jessup y Traveller, viejos conocidos de otros tiempos y que compartían experiencias, empleaban sus talentos combinados en atacar la autoestima de Appleby mientras que los dos ayudantes del contramaestre, Hill y Bulman, ambos ascendidos a suboficiales, sobrevivían riendo o frunciendo el ceño, según la ocasión lo requiriera.

Drinkwater experimentaba una sensación de aislamiento personal y se refugió en sus libros y en su diario, manteniendo su amistad con Appleby cuando este último se mostraba tratable, pero secretamente aliviado de que su minúsculo camarote le proporcionara un oasis de privacidad. Esa desunión de los oficiales se extendía y se combinaba con el creciente resentimiento que había entre la tripulación por la falta de paga y porque para ellos el pequeño y húmedo cúter era una forma de purgatorio.

Habían capeado la gran tormenta de mediados de noviembre poco después de su llegada a los Downs, unos quince días después oyeron hablar del motín del *Culloden*. Había habido un intercambio de miradas de complicidad por toda la cámara del *Kestrel* cuando Appleby leyó la información del periódico, pero los hechos que no se incluían en la información provocaron resentimiento por toda la tripulación.

A las noticias de que las autoridades habían acordado acceder a las peticiones de los amotinados sin castigo alguno le siguió inmediatamente la información de lo que había sucedido a continuación: estampas de cuerpos sacudiéndose, colgados de la arboladura por sus propios compañeros de tripulación —esa terrible ceremonia de culpa generalizada que era una ejecución naval—, mientras los tambores de los infantes tocaban la *rafale* y el piquete formaba con sus mosquetes apuntando al marinero. En la atmósfera

reinante a bordo del cúter esa era una imagen que surgía de vez en cuando inesperadamente.

Griffiths miró atrás por encima del espejo de popa y del chinchorro colgado de sus pescantes. Sobre su cabeza la bandera caía como un trapo, pero la mañana, aunque húmeda, era fresca. Un entusiasmo moderado animaba a Madoc Griffiths y se preguntó si sería el efecto del hombre que tenía a su lado. Drinkwater habló con una antigua cadencia en su voz, un tono que había estado ausente durante un tiempo.

—Lo he estado pensando mucho, señor y creo que puede que fuera razonable traer a Bolton a popa, como un asistente más. La cámara está abarrotada, a Merrick le vendría bien algo de ayuda y Short sigue tramando maldades contra Bolton... Por supuesto, depende de su aprobación, señor...

Griffiths asintió.

—Muy bien, señor Drinkwater. Océpese de que se haga. Me alegra de que se preocupe de la tripulación. Para un comandante no siempre es posible, ya que hay otras cosas de las que preocuparse, pero esa debe ser la prioridad de su segundo. Es una pena que no todos sigan su ejemplo.

Drinkwater carraspeó sintiéndose violento. Simplemente estaba decidido a hacer lo que estuviera en su mano para mejorar la situación de Bolton, el más inútil de los hombres del *Kestrel* y el que más insultos soportaba. Si estaba en la popa puede que el hombre se viera inducido a ayudar a Appleby en temas médicos y a darle algo de trabajo a su mente más allá de esa preocupación que lo estaba consumiendo. Y tal vez de ese modo Drinkwater pudiera contener el mal ambiente que estaba destruyendo la cohesión de todos ellos.

—Océpese de ello inmediatamente, señor Drinkwater y cuando lo haya hecho, eche al agua ambos esquifes y saque la batería de babor y la de estribor hasta el máximo que permitan las cureñas. Es

un gran día para raspar las algas de la línea de flotación; no habrá nada de viento hasta que caiga la noche.

El humor de su subordinado le había aligerado corazón, pero el teniente Griffiths no encontró al cirujano tan agradable. Una hora después miraba a Appleby por encima de una mesa dividida en casillas iluminadas por el sol que entraba por la claraboya, mientras del otro lado de la borda le llegaba ruido áspero y grave de los cepillos que atacaban la capa de algas.

—Aún no está recuperado para volver al trabajo —dijo Appleby con cautela.

—¿Quién no lo está, señor Appleby? ¿Bolton?

—Sí, señor —dijo Appleby consciente de que Griffiths estaba siendo deliberadamente obtuso.

—¿El hombre que mandé azotar?

—Sí, señor. Le ha afectado mucho. Al menos tres de los latigazos de Short fueron demasiado bajos y uno parece haber dañado el riñón izquierdo. —La cara de Griffiths no mostraba ninguna expresión—. Ha habido algunas hemorragias internas que se han filtrado en la orina del hombre. Está débil y la fiebre persiste.

—Entonces cuídele, doctor, hasta que vuelva a ponerse bien.

—Sí, señor. —Appleby se puso en pie.

—¿Hay algo más?

—Señor, yo... —La transpiración formaba perlas sobre la frente de Appleby mientras intentaba mantener el equilibrio contra la escora creciente producida por las ruedas de los cañones que chirriaban encima de sus cabezas mientras se preparaba todo para raspar el otro costado—. Sentí mucho que creyera necesario azotar a Bolton, señor. Su estado mental me preocupa. Pensaba que usted era un oficial más humano...

—¿Y ya no lo piensa? —preguntó Griffiths con brusquedad mientras sus cejas se unían en una expresión feroz que se hacía más terrorífica por el color que iba tiñendo sus mejillas. Eso puso a prueba el coraje de Appleby pero, aunque su papada tembló ligeramente, bajó la cabeza en un asentimiento silencioso.

Griffiths consiguió controlarse con esfuerzo y se puso en pie lentamente, exhalando su aliento en un silbido largo y grave.

Se inclinó hacia delante apoyándose en las manos.

—Señor Appleby, la indisciplina es el crimen más grave dentro de un buque de guerra, especialmente cuando de lo que se trata es de golpear a un superior... —Levantó una de sus manos para detener la protesta de Appleby—. La provocación no es un atenuante. Eso también está en la naturaleza de las cosas. Vivimos en un mundo que está muy lejos de ser perfecto, señor Appleby, hecho del que usted debería darse cuenta de una vez. Como comandante no puedo permitirme el lujo de compadecerme de ningún individuo. —Griffiths miró a Appleby significativamente—. Incluso los bienintencionados pueden algunas veces estar equivocados, señor Appleby. —Hizo una pausa dejando que calara su aseveración. La boca del cirujano se abrió y se volvió a cerrar inmediatamente. Entonces Griffiths prosiguió—: Hay una profunda infelicidad en Bolton. Ah, ¿le sorprende que lo haya notado, eh? No obstante, lo he hecho. —Griffiths sonrió con ironía—. Y Short accionó el resorte de algún extraño mecanismo de su cerebro. Bueno, Short tiene un hematoma en el torso como consecuencia, ya ve, se ha hecho cierta justicia. Aprecio su preocupación, pero si Bolton es una manzana podrida, debe darse cuenta de que el *Kestrel* es algo más que un barril lleno de manzanas sanas. —Griffiths hizo una pausa y justo cuando Appleby abría la boca para hablar, añadió—: Le ofrezco esta explicación, no para justificarme, sino por respeto a su inteligencia.

Appleby gruñó. Sabía que la insubordinación de Bolton no podía pasar sin castigo, pero sentía que el caso habría justificado la celebración de un juicio marcial en alguna fecha posterior. La justicia sumaria de Griffiths entraba en conflicto con su opinión profesional. Como forma de reprimenda Griffiths añadió:

—El señor Drinkwater ha sugerido que Bolton se incorpore a popa como asistente. Siento que la sugerencia no viniera de usted.

Griffiths observó a Appleby abandonar la cámara. Era extraño cómo dos hombres podían preocuparse por la misma causa y

reaccionar de forma tan diferente como consecuencia. ¿O eran sus propias reacciones las que eran tan dispares? Los prejuicios y la parcialidad tienen un papel tan importante en los asuntos de los hombres que resultaba imposible de precisar.

La Navidad y la llegada de 1796 pasaron casi inadvertidos para la tripulación del *Kestrel*. No hacía mucho que actuaban de manera independiente cuando una orden perentoria de reunirse con el almirante MacBride en los Downs puso fin a sus persecuciones en el Canal tras el vapuleo que habían recibido por parte del *Étoile du Diable*. Aunque en su momento no lo sabían, el fracaso del departamento de Dungarth para localizar al misterioso *Capitaine Santhonax* le había puesto aún en peor situación con Sus Señorías que sus reproches por el fracaso de Howe en llevar a buen término los informes de inteligencia de Brown en 1794. Como consecuencia el *Kestrel* se vio empleado en labores comunes. Junto con la chalupa *Atropos*, se le asignó al cúter trabajos de convoy. Del Támesis al Tyne y vuelta de nuevo con otras dos docenas de barcos carboneros, bergantines y bajeles, todos comandados por curtidos pilotos de Tyneside con su peculiar forma de ver las cosas, era, como había predicho Nathaniel, un trabajo muy aburrido. E incluso podía resultar humillante. Cuando al *Kestrel* se le ordenó ir a la rada de Leith para escoltar hasta Londres a un pasajero importante y una sumaca de correo con un cargamento de oro, quien estaba al mando del buque correo consideró la situación como una carrera. Con una tripulación de primera protegida por la exención de leva y la reputación de realizar travesías rápidas, la sumaca se mostró una formidable oponente. Iba más cargada que su escolta y lo normal habría sido que se hubiera visto vencida por un cúter de guerra. Pero el *Kestrel* perdió su vela mayor al pasar frente a Flamborough Head, mientras que la sumaca siguió adelante hasta que dejó muy atrás a la embarcación que la seguía. Si no hubieran ceñido el viento al sureste y el *Kestrel* no hubiera sido capaz de puntear mejor gracias a

sus nuevas orzas centrales, puede que nunca hubieran vuelto a ver el barco al que escoltaban. Pero en esas condiciones la alcanzaron a la altura de Cockle Gatt y ambos barcos entraron en la rada de Yarmouth con la pleamar en una lucha muy reñida.

Durante el verano se mantuvieron ociosos rondando a la dispersa flota que pescaba arenques en el Mar del Norte, ocupándose de la protección de la pesca. Asqueados de una dieta a base de arenques, toda posibilidad de acción parecía evitarles. Solo un par de veces tuvieron que perseguir a un par de merodeadores, ambos holandeses y ninguno muy entusiasta. Los esperados estragos que iban a causar los corsarios franceses nunca se materializaron y se afirmó confidencialmente que no era probable que los arenques gozaran de popularidad en una nación que subsistía a base de caracoles y ranas. En realidad los piratas franceses encontraban mayores ganancias en el Canal.

La guerra no iba bien para Gran Bretaña. En enero, el almirante Christian, de la expedición a las Indias Occidentales, sufrió grandes destrozos por el mal tiempo y la flota se dispersó. En febrero, un escuadrón holandés escapó de Texel y poco después, a finales de verano, España se unió al bando francés en una alianza extraña.

Al concluir la temporada de pesca, el *Kestrel* recibió órdenes de volver para ser reparado antes de que comenzara el invierno, ya que los cúteres barloventadores resultaban mejores barcos para aguantar las corrientes que las unidades más grandes y más vulnerables de la flota. Junto con esas órdenes llegaron noticias de que Sir Sydney Smith había sido hecho prisionero en una expedición naval.

Eso le produjo una especial satisfacción personal a Harry Appleby.

Apoyado sobre la barandilla, Drinkwater miraba con una media sonrisa los buques sin carga atracados en Nore, más allá de las

aguas embarradas del Medway y por encima del extremo llano de la isla de Grain.

—¿Se puede saber por qué sonríe, Nat? —El ensueño de Drinkwater quedó roto repentinamente por la llegada del corpulento Appleby.

—Por nada, Harry, por nada. —La carta crujió en su bolsillo.

—Pensando en Elizabeth, seguro. —Appleby lo miró de soslayo—. Ah, le sorprende que su respetado comandante no sea la única persona capaz de adivinar los pensamientos de los demás —añadió con un punto de amargura—. Por otra parte, los síntomas del amor son hartamente conocidos. Oh, ya sé que cree que solo valgo para serrar extremidades y arreglar huesos rotos, pero pocas veces puedo ocuparme de ello últimamente, así que me veo reducido a observar a mis compañeros.

—¿Y qué es lo que ha observado en estos tiempos?

—Bueno, que ha recibido una carta de Elizabeth y que es probable que pida un permiso antes de zarpar.

—¿Nada más? —respondió Drinkwater con burlona decepción—. No, amigo mío, dudo que haya tiempo para un permiso. Griffiths está ansioso por salir. Ah, pero es una bella mañana, ¿verdad? —añadió, olfateando a barlovento.

—Nat. —Appleby se puso serio de repente.

—¿Eh? —Drinkwater se volvió distraídamente—, ¿qué ocurre?

—También he estado observando a Bolton. ¿Qué le parece?

—¿Bolton? —Drinkwater frunció el ceño—. Parece bastante satisfecho desde que lo trajimos a popa. Seguramente usted esté en mejor situación para responder a su propia pregunta, ya que él ha estado aporreando el mortero a su servicio.

Appleby sacudió la cabeza.

—No. Me refiero a cómo es él. ¿A usted qué le parece?

La agradable introspección que había seguido a la llegada de la carta de Elizabeth ya era imposible de recuperar para Drinkwater. Suspiró con algo de resentimiento.

—Por todos los cielos, Harry, vaya al grano.

—¿Sabe qué es lo que ocurrió entre Bolton y Short la tarde en que tuvieron el altercado?

Drinkwater dudó. Él no había mencionado el delito de Bolton a bordo del *Kestrel*. El placer con el que el retorcido secretario lo había mencionado había asqueado a Drinkwater. No tenía ningún deseo de fomentar ese tipo de habladurías. Negó con la cabeza.

—No. ¿Y usted?

La papada de Appleby se agitó al negarlo.

—Supongo que fue algún tipo de acusación desagradable. Lo importante es, Nat, y recuerde que yo paso mucho tiempo en la entrecubierta y participo demasiado de los rumores que corren por cualquier barco... Como decía, lo importante es que él se está consumiendo.

—¿A qué se refiere?

—Que su mente está cerca del precipicio de la locura. Lo he visto antes. Vive dentro de su cabeza, Nat; es un hombre con mala conciencia.

Drinkwater consideró las palabras de Appleby. Un barco no era lugar para un hombre con un problema en la cabeza.

—Usted cree que se está volviendo majara, ¿no?

Appleby asintió.

—Como una jaula de grillos, Nat...

Drinkwater estaba de pie en el embarcadero de Gun Wharf en Sheerness y se estremeció mientras miraba los barcos ir y venir buscando el esquiife del *Kestrel* entre ellos. Junto a él James Thompson, el contador, aguardaba con los últimos pertrechos. Merrick y Bolton estaban con él. Drinkwater estaba deseando volver a bordo. La tarde de invierno estaba muy avanzada y el viento del oeste mostraba todos los signos de convertirse en vendaval muy pronto.

Su reparación ya había concluido y habían llegado órdenes para que se reunieran con el vicealmirante Duncan en Yarmouth.

—Ahí llega el esquiife —dijo Thompson y se volvió hacia los dos criados—. Ustedes dos, suban todo eso al bote, rápido. —Drinkwater observó como el bote atracaba con el señor Hill en la caña. En cuanto estuvo asegurado le pasó un paquete de cartas marinas, correspondencia y periódicos al ayudante. Luego se apartó mientras cargaban en el bote un montón de perdices, algunos quesos, coles, un tonel de cerdo y otros alimentos.

—Bulman terminó el aprovisionamiento de agua esta tarde, señor Drinkwater —informó Hill.

Drinkwater asintió. Thompson miró a Drinkwater.

—Eso es todo.

—Muy bien, James. Volvamos a bordo antes de que empiece la tormenta —dijo haciendo un gesto hacia el caos de nubes que eclipsaban con rapidez la pálida luz del sol al oeste tras las siluetas rotas de los viejos navíos de tres puentes, que hacían las veces de casas para los trabajadores del astillero.

—Vamos, ustedes dos, al bote... —Merrick bajó los escalones—. Vamos, Bolton. —El hombre dudó en la parte superior de la escalera y después giró sobre sus talones.

—¡Ey!

Drinkwater miró a Thompson.

—¡Ha echado a correr, James!

—¡Como el mismo demonio!

—¡Señor Hill, queda a cargo! ¡Vamos, James!

En la parte alta de la escalera Drinkwater vio a Bolton correr hacia los viejos buques de guerra.

—¡Ey!

El viento estaba vaciando el muelle; Bolton empujó a dos tenientes para pasar entre ellos y estos giraron sobre sí mismos, un remolino de capotes y tricorrios descolocados. Drinkwater empezó a correr y pasó junto a los atónitos oficiales. Bolton ya había alcanzado las sombras del camino que llevaba a lo que llamaban Viejos Barcos, atravesando el muro del astillero y más allá del fuerte Garrison. Sabía que Bolton no podría pasar ante los centinelas de las puertas o

cruzar las zanjas que rodeaban el lugar. Intentaría llegar a Viejos Barcos y encontrar una posible salida hacia Blue Town, la creciente colección de posadas, viviendas de comerciantes y casas de ladrillo que se estaban acumulando fuera de los límites del astillero.

De repente se encontró con una zanja, James Thompson jadeando junto a él. En la parte alta del pequeño terraplén, una corta pendiente descendía hasta el agua. Estaba llena de maleza y los arbustos de saúco eran manchas más oscuras sobre el fondo de hierba verdegris. Un movimiento se recortó contra el pálido cielo del oeste: Bolton. Drinkwater comenzó a correr de nuevo. Thompson salió detrás de él, pero tropezó y cayó, gritando obscenidades cuando descubrió involuntariamente una zona de ortigas.

Drinkwater siguió corriendo, lo que molestó a un conejo que corrió delante de él agitando la cola gris hasta que decidió apartarse en dirección a su madriguera. Ya se estaba acercando al primero de los barcos, vagamente consciente de que tras él unos gritos indicaban que alguien había alertado a una patrulla.

Un viejo buque de guerra se elevaba sobre su cabeza, sus líneas irregulares por las adiciones: chimeneas, retretes, escaleras. Las oxidadas cadenas de los cañones de plomo de los escobenes desaparecían en el barro y los hombres subían a bordo con dificultad, mirándolo con curiosidad al verlo pasar a su lado jadeando. El olor del humo y a la comida de las cocinas asaltó las ventanas dilatadas de su nariz y contuvo el aliento.

Una sombra salió del barco que estaba más lejos, un hombre corriendo se agachó siguiendo la línea de la marea y Drinkwater deseó tener una pistola. Bolton intentaba llegar a un maltrecho puente de madera que había sobre el foso, un atajo no oficial para llegar desde Viejos Barcos hasta Blue Town. Estaba oscureciendo. Sus pies hicieron ruido al pasar sobre la negra tablazón que cruzaba por encima del barro y de un hilo plateado de agua. El violento tirón que el viento que arreciaba le dio a su capote le hizo perder velocidad; el aire le raspaba la garganta por el desacostumbrado ejercicio. A su derecha, la llana extensión de marismas de agua

salada daba paso al Medway, que se iba curvando en su palidez hasta Blackstakes y Chatham. A la izquierda, el grupito de casas que formaba Blue Town.

Ya casi estaba oscuro del todo cuando entraron en la primera callejuela estrecha. Pasó por delante de una posada y se detuvo. Bolton había conseguido despistarle. Debía recuperar el aliento y esperar a que llegara aquella patrulla. Después tendrían que llevar a cabo una búsqueda casa por casa.

—¡Mierda! —la exasperación explotó en su interior. Habían estado en Sheerness durante semanas, ¿por qué Bolton había decidido desertar ahora? Se volvió hacia la posada para comenzar la búsqueda. En la violencia de su furia abrió la puerta de golpe, pero no estaba en absoluto preparado para el rostro inquietantemente familiar que se encontró frente a él.

Los dos hombres se quedaron boquiabiertos, atónitos, cada uno intentando identificar al otro. Pero para Edouard Santhonax tanto el reconocimiento como la captura eran cosas que debía evitar. En el instante en que vio una sombra de duda cruzar los ojos de Drinkwater, su reacción fue veloz. Para Nathaniel, sin aliento por la persecución de Bolton, la aparición de Santhonax le dejó tan perplejo que le pareció irreal. Mientras su cerebro reaccionaba ante el cambio de presa, Santhonax se volvió para escapar por la puerta trasera.

Intentó gritar: «¡Deténgase en nombre del rey!», pero el inútil graznido que emitió quedó ahogado por el zumbido de la conversación de los artesanos y marineros que había en el bar. Para poder pasar tuvo que empujar a varios hombres; parecía que todos quisieran retrasarle. Al fin consiguió salir y chocó con la patrulla. Un sargento le ayudó a levantarse.

—Por ahí —dijo Drinkwater casi sin aliento y todos marcharon ruidosamente por un callejón sin que nadie se fijara en Bolton, agazapado bajo una carretilla de mano en el patio de la posada, el corazón a punto de explotarle por el esfuerzo, los músculos rígidos y atenazados de su espalda produciéndole dolor por la necesidad de

inhalar grandes bocanadas de aire hacia el interior de sus pulmones agotados.

El sargento desplegó a sus hombres y comenzaron a buscar en los edificios de los alrededores. Drinkwater hizo una pausa para ordenar sus pensamientos, dándose cuenta ahora de que realmente estaban buscando a dos hombres, aunque los soldados no lo sabían aún. Pensó que Santhonax podía haber vuelto sobre sus pasos. Estaba bastante oscuro y Drinkwater estaba solo. Podía oír al sargento y a sus hombres gritándose los unos a los otros algo más adelante. Entonces oyó el sonido de una espada al ser extraída de su vaina.

Se giró de un salto.

Santhonax estaba de pie en el callejón, una sombra gris con un leve brillo de acero y le cortaba el paso. Drinkwater sacó su espadín.

Ambos se adelantaron con cuidado y Drinkwater sintió que los aceros se entrecruzaban. Podía oír una voz en su cabeza que le urgía a no esperar, a atacar simplemente y de forma inmediata y que le avisaba de que Santhonax era, probablemente, un muy buen espadachín. ¡Ahora!

Sin apenas golpear la hoja y atacando bajo, Drinkwater lanzó un golpe. Pero Santhonax fue muy rápido y saltó hacia atrás, devolviendo la estocada rápidamente aunque aún no había recuperado el equilibrio. Drinkwater consiguió esquivarlo de forma torpe pero efectiva.

Los aceros volvieron a cruzarse. Drinkwater estaba extenuado tras la carrera. Notaba que la espada le pesaba en la mano. Sintió cómo Santhonax tomaba la iniciativa en el mismo momento en que las hojas se tocaron; después, con una lentitud infinita, el ruido áspero de metal contra metal le hizo temblar ya antes de que le alcanzara. Cayó hacia atrás torpemente, medio ladeado, perdió el equilibrio y fue a dar contra el muro. Sintió el agudo pinchazo de la punta en el hombro, pero el haberse girado lo salvó. Al sentir el aliento cálido de Santhonax en su cara, supo instintivamente que el

estómago del hombre estaba expuesto, así que giró la punta de su espada corta.

—*Merde!* —gritó el francés dando un paso atrás y retirando la espada. El débil contraataque de Drinkwater hizo que lo que quedaba de su energía desapareciera por completo. Después sintió el susurro que producía el *molinello* y el corte descendente de la hoja oblicua. Un fuego blanco ardió en su hombro y su brazo derechos y supo que le había vencido.

Se había precipitado. Había roto la promesa de prudencia que le había hecho a Elizabeth. Al intentar torpemente parar el golpe mortal, la espada pesándole una tonelada en la mano, se dio cuenta de que Santhonax dudaba; notó el retumbar de unos pasos que se acercaban desde detrás, corriendo, y algo cálido y pegajoso que corría por su muñeca. Entonces se sintió caer, caer mientras corría, oyó hombres que gritaban al pasar a su lado y el viento aullando entre ellos en el callejón produciendo un terrible sonido que se aceleraba al llegar a sus oídos. Y ya no pudo correr más.

Capítulo 11

Diciembre 1796-abril 1797

La hora del juicio

—¡Estese quieto!

—Maldita sea, Harry... —Drinkwater se mordió el labio cuando el *Kestrel* se abalanzó sobre una ola, lo que hizo que el barco se estremeciera de arriba abajo.

—Ya está. —Appleby terminó el vendaje.

—¿Y bien?

—¿Y bien, qué?

—¿Qué efecto va a tener? Tengo el brazo completamente rígido. ¿Podré volver a usar la espada?

Appleby se encogió de hombros.

—El bíceps estaba gravemente lacerado y seguirá rígido por un tiempo, solo el ejercicio constante evitará que las fibras se atenacen. La herida está curando bien, aunque le quedará una cicatriz para añadir a su colección. —Señaló la fina línea de tejido claro que cruzaba la mejilla de Nathaniel.

—¿Y?

—Oh, y puede que le duela de vez en cuando —hizo una pausa—. Pero yo diría que podrá seguir con sus carnicerías pronto.

El alivio de Drinkwater se convirtió en una sarta de improperios cuando el *Kestrel* embistió otra ola y él salió despedido, desmadejado, por el minúsculo camarote de Appleby con un brazo

dentro de su casaca y otro fuera. En el vestíbulo Drinkwater luchó con su capote de lona mientras Appleby se subía a su coy, extendía una pierna para apoyarse contra la jamba de la puerta y estiraba la mano para coger un libro. Drinkwater subió a cubierta.

Cuando salía del tambucho sonaban las ocho campanadas. El viento aullaba con un quejido agudo entre el aparejo; un viento duro y frío del norte que levantaba grandes olas, monstruos grises de crestas rizadas que rompían en avalanchas ensordecedoras de agua blanca, y cuyos coronamientos ascendentes tronaban con un ruido de mil demonios para luego disminuir hasta disiparse en rociones de espuma.

Una espuma que estaba por todas partes, por lo que era necesario cobijarse del viento para poder hablar. Cuando relevó a Jessup, una ola monstruosa se cernió sobre el cúter, su cresta rugiendo por encima de sus cabezas, mármol verde y blanco, y cayó sobre ellos mientras el *Kestrel* cabalgaba sobre el mar picado.

—¡Sujeten fuerte ahí! ¡Hay que tomar el viento! —Los hombres agarraron los barriletes y los aparejos de la caña del timón se tensaron al máximo. Ahora el rugido del agua desplazaba al aullido del viento, por eso Drinkwater tiró de la escotilla del tambucho para cerrarla e hizo un gesto de dolor por su brazo al soltarla.

El *Kestrel* se tambaleó bajo el tremendo golpe de la ola y esta los rodeó, tiró de ellos arrastrando piernas y torsos, colándose por las cinturas de los pantalones, los cuellos de las camisas y subiendo por las piernas, luchando para arrancar a los marineros de sus puestos como si de hojas de otoño se trataran. Un hombre pasó junto a Drinkwater caído boca arriba, yendo a golpear contra el Número 10 con un crujido de costillas. El agua fue abandonando el cúter mientras este avanzaba lentamente hacia la siguiente ola, todas las juntas y gazas de su robusto y boyante casco sometidas a demasiada presión. Los hombres aseguraban rollos de cuerda desgarrados de las cabillas de maniobras y volvían a amarrar los esquifes en el combés. Sacudiéndose el agua del pelo, Drinkwater se percató con una punzada de ira que despertó del dolor de su bíceps,

que estaría frío y mojado durante las siguientes cuatro horas. Y el dolor de su brazo era terrible.

El tiempo invernal parecía haberse puesto en consonancia con algún sentimiento salvaje que anidaba en las entrañas de Drinkwater. El encuentro con el *Capitaine* Santhonax le había dejado la convicción de que sus destinos estaban entrelazados de forma inextricable. El dolor de su herida añadía un componente personal a ese sentimiento que anidaba, como el elemento irritante que forma la perla en las ostras, en algún lugar de su alma. Lo que solo era un vago producto de su imaginación tras el asunto de Beaubigny, se había desarrollado hasta convertirse en certeza tras el encuentro en Sheerness.

No puedo escapar; escribió Nathaniel en su diario, a esa sensación creciente de aprensión que es irracional y desafía los preceptos de la razón, pero que está de acuerdo con ciertos instintos básicos que son, supongo, primitivos. Dejó la pluma. Nadie excepto él se había percatado de que su asaltante no había sido Bolton, porque habían encontrado al desgraciado en el patio de la posada, apretujado entre la paja del establo y el infeliz había intentado defenderse con un cuchillo. El sargento había sacado sus propias conclusiones. Le habían arrastrado inconsciente hasta subirlo a bordo del *Kestrel*, así que Drinkwater no había podido evitar que la patrulla le diera una paliza a Bolton antes de arrojarlo a una celda. En la confusión, Santhonax había desaparecido.

Drinkwater suspiró. El pobre Bolton había aparecido ahorcado en su celda a la mañana siguiente y Drinkwater sentía no haber podido librar a ese hombre de la culpa de su propia herida. Pero el *Kestrel* ya estaba en el mar cuando recuperó la consciencia y tuvo que pasar algún tiempo más hasta que consiguió separar los sueños del delirio de sus recuerdos de los sucesos de aquella noche.

Drinkwater se guardó para sí las noticias de la presencia de Santhonax con la creciente convicción de que se encontrarían de nuevo. La presencia de Santhonax en Sheerness parecía parte de algún plan diabólico que se hacía aún más siniestro con la

reaparición de un viejo sueño que se había colado en la duermevela inquieta de su recuperación. La reiterativa pesadilla de ahogarse junto a una dama vestida de blanco le había causado un terror especial por la cabeza de Medusa que miraba fijamente su cuerpo inerte. Su cara, la de una exultante Hortense Montholon, reflejaba un gozo malvado, el pelo rojizo se retorció para enredarlo y sus oídos eran asaltados por la voz de Edouard Santhonax que no dejaba de maldecir. Pero ahora, ya despierto del sueño, el sonido tranquilizador de las bombas de la *Kestrel* no servían para calmar su estúpida imaginación. En vez de eso, lo que le había quedado era la sensación de tener un mal presentimiento.

Su herida sanaba bien, aunque la necesidad de mantenerse activo le causaba muchos dolores. El tiempo continuó siendo malo. De alguna forma perversa los temporales que se sucedían eran buenos para el *Kestrel*, ya que evitaban que ninguna queja se avivase demasiado, sumergiendo los odios individuales en la miseria común del trabajo que no daba tregua. El frío, la humedad y el agotamiento que formaban parte de sus vidas parecían desdibujar los límites de la percepción individual; la experiencia común unía a los hombres y todos luchaban juntos por la supervivencia del barco. El *Kestrel* se dedicaba ahora a tareas de bloqueo, lo que suponía una dura y rigurosa prueba para hombres y barcos. Los cúteres de Duncan eran sus ojos, apostados tan cerca de Texel como se atrevieran, observando el arsenal naval de la localidad holandesa de Den Helder justo al otro lado del espacio que había entre la provincia de Holanda Septentrional, al sur y la isla de Texel, al norte.

El canal que había entre ambas masas de tierra se dividía en tres mientras se iba abriendo hacia el Mar del Norte, como un tridente que apuntara hacia el oeste: al norte la salida del puerto desembocaba en el Molen Gat; justo al oeste, el West Gat y al sur, abrazando la costa holandesa y más allá del pueblo de pescadores, la estación de señales y la batería de Kijkduin, estaba el Schulpden Gat.

Estos tres canales atravesaban el inmenso peligro del arenal de Haak, Haakagronden^[6] en holandés, que emergía cuando las aguas perdían profundidad y en cuyos límites de barlovento golpeaba una terrible resaca con mal tiempo. Fieras mareas se apoderaban de los canales y cuando el viento era opuesto a la marea se producían unas rompientes elevadas y perniciosas.

Con mal tiempo, los cúteres de Duncan permanecían frente al Haakagronden y solo subían por los canales cuando el tiempo mejoraba un poco e incluso, ocasionalmente entraban en el asta del tridente, el estuario de Texel, conocido por los holandeses como Zeegat van Texel, para reconocer el terreno enemigo. Las cejas de Drinkwater estaban bordeadas de sal, mientras establecía su situación a partir de las marcaciones de los molinos y las torres de las iglesias que cubrían las dunas bajas y cubiertas de hierba de ribera de Holanda Septentrional y de la isla de Texel, una línea de costa que parecía esfumarse a veces cuando bullía la furiosa espuma de las rompientes que golpeaban la playa de color amarillo pálido. Era una costa sombría y deprimente, llena de bajíos y bancos de arena, canales y sondeos traicioneros. Las cartas resultaban inútiles y por ello tenían que confiar en su propia experiencia. Una vez más Drinkwater se encontró inmerso en su profesión, y como resultado de su situación la vieja intimidad con Griffiths revivió. Incluso la tripulación del barco, aún inquieta por la falta de paga, se veía más asentada y parecía que el tiempo le daba la razón al comentario de Griffiths sobre que Bolton podía haber supuesto una mala influencia.

Incluso Appleby había dejado de ser tan irritante y se acercaba más al cirujano alegre y con el que era fácil bromear de otros tiempos. Él y Nathaniel reanudaron su relación anterior y aunque Griffiths aún aparecía ocasionalmente perdido en las preocupaciones propias del mando y acosado por sus oficiales superiores, tranquilamente anclados en su línea de batalla, el cirujano era capaz de ser indulgente con más frecuencia.

Drinkwater estaba sorprendido de que, con el terrible tiempo y el hacinamiento que sufrían, Griffiths no hubiera sucumbido a las

fiebres, pero las continuas exigencias que se le hacían no afectaron a su salud.

—A menudo ocurre así —sentenció Appleby cuando Drinkwater se lo mencionó—. Cuando el cuerpo está bajo presión parece capaz de soportar innumerables sobresaltos, si no observe el comportamiento de los hombres durante el combate. Pero cuando ese estímulo desaparece, o tal vez debería decir, cuando la tensión del sistema se reduce, dado que es elástica y que se encontraba al límite de su extensión, todo se retrae, trayendo consigo los humores tóxicos y los gérmenes de la enfermedad.

—Puede que tenga razón, Harry —dijo Drinkwater divertido por la pomposa expresión de la cara del cirujano.

—¿Puede, muchacho? ¡Claro que tengo razón! Tenía razón sobre Bolton, ¿no es cierto? Yo cuestioné su estabilidad mental y de repente, ¡plof!, se larga y en cuanto le cogen, se convierte en un suicida. —Appleby chasqueó los dedos.

Drinkwater asintió.

—Sí, Harry, pero incluso usted dudaba de su propio diagnóstico al ver que no había huido antes. Lo dejó para el último minuto, incluso usted deberá admitir eso.

—Nat, muchacho —se regodeó Appleby, el triunfo intelectual brillándole en los ojos—, ¡uno siempre deja el suicidio para el último minuto!

—Es usted bueno haciendo conjeturas, endemoniado canalla —dijo preguntándose qué pensaría Appleby de sus propias sospechas y convicciones íntimas.

—¡Ajá! ¿Eso es lo que cree que son? —respondió Appleby poniendo los ojos en blanco de fingida indignación mientras su papada se agitaba—. Bien, mi ufano gallo del corral, escuche al viejo Harry porque hay muchas más cosas de las que le he dicho... —De repente se puso serio con esa cómica expresión de aire pedagógico que, en Appleby, era indicativa de la sinceridad más absoluta—. Mi instinto me dice que va a haber problemas en la flota... —Drinkwater levantó la mirada bruscamente.

—Continúe —dijo satisfecho de dejar a Appleby llevar la iniciativa por una vez.

—Mire, Nat, este cúter es una excepción, los barcos pequeños lo son a menudo, pero usted es claramente consciente de lo que quiero decir: la privación de libertad, los vergonzosos retrasos en las pagas, la negativa de muchos capitanes a permitir la compra de alimentos frescos incluso estando el barco atracado y los abusos generalizados por parte de una proporción significativa de nuestros compañeros oficiales... Todo eso solo puede tener un efecto de lo más pernicioso. Fíjese en el sueldo actual de un marinero de primera, Nathaniel: es de veinticuatro chelines, o lo que es lo mismo, doce florines, por arriesgarse al escorbuto, la sífilis, el tifus, la gangrena... Eso sin mencionar la misma muerte a manos del enemigo... ¿Se da cuenta de que esa suma se fijó en tiempos de la Commonwealth...? —La indignación de Appleby estaba completamente justificada. Lo cierto era que Drinkwater no conocía ese detalle, pero no tuvo tiempo de reconocer su ignorancia antes de que Appleby continuara con su desalentador catálogo de quejas—. A esto le debe añadir la disparidad en el reparto del dinero de los botines, la medida tan ajustada que utilizan muchos contadores, que ha hecho que incluso se llegue a añadir la «libra del contador» de catorce onzas a nuestra escala de medición. E incluya también la reducción de la paga cuando un hombre está enfermo o no se encuentra en condiciones para el servicio, las deducciones para pagar a un capellán en caso de que se sea religioso, lo que se descuenta para la organización benéfica del Greenwich Hospital y el fondo de pensiones de la Chatham Chest... —Appleby se estaba volviendo cada vez más estridente, marcando los elementos que iba enumerando con los dedos y su papada agitándose por la pasión—. Y por si eso no fuera suficiente, cuando un hombre es infectado por las putas, que son las únicas mujeres con las que se le permite acostarse de acuerdo con los usos y costumbres, tiene que pagarme a mí, para que lo cure, mientras está perdiendo su paga, iporque no está sano para trabajar! Las familias de los marineros se mueren de hambre en los

barrios más bajos mientras sus cabezas de familia son encerrados a bordo de los barcos, a menudo sin recibir ninguna paga durante años, y cuando al fin vuelven a sus casas es probable que sean pronto devueltos a otro barco con nuevas órdenes si la situación lo exige. Se lo digo yo, Nathaniel, esos no son hechos que casen bien con la hipócrita noción tan extendida de la libertad inglesa y, escuche lo que le digo, si esta guerra se prolonga, habrá problemas en la flota. No se puede luchar contra un enemigo vehemente que proclama la Libertad, Igualdad y Fraternidad con un Armada tripulada por esclavos.

Drinkwater suspiró. Appleby tenía razón. Además, había cosas aún peores. Mientras los marineros de primera eran sacados a la fuerza por la leva de los barcos mercantes que volvían a sus casas, los hombres provenientes de las grandes ciudades y los de la cuota de los distritos llenaban los buques, introduciendo en la flota, no hombres curtidos, sino a inadaptados sociales, hombres sin fortuna pero no sin inteligencia: demagogos, abogados de segunda... Hombres que veían en el ejemplo de Francia una manera de hacerse con el poder, de dar la vuelta a la tortilla y acabar con eso que se había creado «por el pueblo». Con una olla tan cerca del punto de ebullición, ¿sería remover un poco esa olla la intención y el propósito de la presencia del *Capitaine* Santhonax en Sheerness? Le vino a la cabeza la proximidad entre Sheerness y Tunbridge. Lo asaltó una sensación de alarma, de deber realizado de forma imperfecta.

—Sí, Harry. Tiene razón, aunque desearía que no fuera así. Todo eso puede convertirse en un baño de sangre...

—¡Por supuesto, Nat! Y no será «si llega», sino «*cuando* llegue». *Cuando* llegue el momento se tratará de un asunto más que sangriento y las autoridades se están comportando con una estupidez supina. Si no me cree, mire como han tratado el asunto del *Culloden*. —Drinkwater asintió al recordarlo, pero a Appleby aún le hervía la sangre—. La mitad de los almirantes están ciegos. Fíjese cómo han ridiculizado a John Clerk of Eldin solo porque señaló una manera de ganar batallas. Ahora todos buscan desesperadamente

unos principios por los que luchar. Mire cómo los empolvados médicos de la flota ignoran las teorías antiescorbúticas de Lind, lo difícil que fue para Douglas que se tomaran en serio lo de sus cartuchos. ¿Recuerda el rifle de Patrick Ferguson? Oh, la lista de hombres inteligentes que contraponen lo obvio a lo establecido es infinita... ¿De qué demonios se está riendo?

—De su incoherente coherencia —dijo Nathaniel con una sonrisa.

—Maldita sea, ¿qué quiere decir?

—Bueno, Harry, tiene razón, por supuesto. Estas cosas siempre son igual: el profeta que no lo es en su tierra.

—Así que tengo razón. Eso ya lo sé. ¿Pero qué es tan endemoniadamente divertido?

—Que usted mismo protestó cuando Sir Sydney Smith se entrometió en su enfermería y Sir Sydney tiene la reputación de tener una mente muy avanzada para su tiempo. Por eso es usted más que incoherente entre sus principios y su propia conducta, a la vez que tranquilizadamente coherente con el resto de los mortales.

—¡Es usted un cachorro muy impertinente!

Drinkwater consiguió esquivar la jarra vacía que voló en dirección a su cabeza.

Así iban tirando todos mientras las cosas iban de mal en peor para los británicos en la guerra. Sir John Jervis evacuó el Mediterráneo mientras el almirante Morard de Galles zarpó de Brest, con un ejército en sus barcos, en dirección a Irlanda. Que esta operación se viera frustrada durante el desembarco por el general Hoche y sus veteranas tropas fue un golpe de suerte que los británicos no se merecían. El temporal del suroeste que arruinó la empresa durante la Navidad de 1796 le pareció al patriota irlandés Wolfe Tone «la denegación de la existencia de un Dios justo», mientras que en la flota británica, la terrible mala gestión de Lord Bridport y Sir John Colpoys solo redujo la moral de los oficiales y aumentó la antipatía de los hombres.

De nuevo, solo las fragatas consiguieron restaurar una parte del antiguo brillo de los deslustrados laureles británicos. Aunque a un precio muy alto. Pellew, ahora en la *razée Indefatigable* frente a Brest, en compañía de la *Amazon*, avistó y persiguió al *Droits de l'Homme* a su vuelta de Irlanda. En un temporal que azotó la costa de sotavento, Pellew forzó al buque de guerra francés a acercarse a tierra, donde naufragó. El *Indefatigable* solo escapó por su superlativa pericia marinera, pero la *Amazon* falló al barloventear para evitar la costa y también naufragó.

En el Mar del Norte las acciones, incluso las pírricas, se le negaron al escuadrón del almirante Duncan. Su cuartel general seguía en la rada de Yarmouth desde donde mantenían comunicación con Londres. Duncan mantuvo sus fragatas cerca de la costa, frente a Texel y sus cúteres, en los canales que cruzaban el Haakagronden, tan cerca de este como sus oficiales se atrevieran. La flota de Duncan era una exigua colección de buques viejos, muchos de sesenta y cuatro cañones y ninguno por encima de un tercera clase. La bandera del almirante ondeaba en el muy apropiadamente bautizado *Venerable*.

Los holandeses, a las órdenes del vicealmirante De Winter, eran una fuerza desconocida. Los recuerdos de la ferocidad holandesa en los días del rey Carlos aún persistían, olvidada la humillación de perder la flota ante una brigada de caballería francesa galopando sobre el hielo en el que había quedado atrapada. Al igual que los españoles, ahora eran aliados de Francia, pero, a diferencia del país de los primeros, el suyo sí era una república ya proclamada. El republicanismo había cruzado el Rin, como Drinkwater había predicho y la idea de una flota combinada franco-holandesa que repitiera el intento de tomar Irlanda era una posibilidad alarmante dado el estado de agitación de ese descontento país.

Cuando el tiempo invernal empezó a dar paso a unos días más cálidos y primaverales, llegaron noticias más alentadoras. Al principio la denominaron «La victoria del día de San Valentín» y más tarde la Batalla del cabo de San Vicente. A Jervis le hicieron conde y el

sorprendente y errático capitán Nelson, que había abandonado la línea de batalla para cortar el paso a la vanguardia española y evitar que escapara, recibió el título de caballero.

El aire de triunfo caló incluso en la atestada cámara del *Kestrel* mientras Griffiths leía en voz alta la arrugada copia de la *Gaceta* que al fin había llegado hasta el cúter en su puesto del Schulpen Gat. Drinkwater recibió una carta inesperada.

Leyó:

Mi querido Nathaniel:

Espero que hayas oído las noticias sobre la acción de Old Oak el día de San Valentín; te sorprenderá saber que tu viejo amigo participó en ella. Vencimos a los españoles con contundencia, aunque yo pude ver muy poco al encontrarme comandando una batería del buque de treinta y dos cañones Victory, al que me trasladé el pasado noviembre. Tenías que haber estado allí, Nat. Dios, ¡qué cosa más gloriosa es una acción de toda la flota! ¡Cómo envidié vuestra acción con Rodney en el 80 y cuánto debéis envidiarnos vosotros ahora! Nuestros compañeros se comportaron valientemente y caímos con todas nuestras fuerzas sobre el Salvador del Mundo. Los españoles lucharon mejor de lo que yo les creía capaces; fue una tarea gratificante...

Sí, Drinkwater le tenía mucha envidia. Sentía envidia y no le agradaba, más bien le provocaba amargura, la mezcla de entusiasmo infantil y sobria formalidad naval de Richard White. Había mucho más, incluyendo la frase final: «Sir John estuvo encantado de tomar nota de mi conducta». Drinkwater se analizó; se alegraba por White, se alegraba también de que su viejo amigo, ahora claramente en el camino del éxito, aún valorara lo suficiente su amistad con el insignificante ayudante del primer oficial de un cúter aún más insignificante, como para tomarse la molestia de escribirle una carta informándole. Así que Drinkwater compartía indirectamente la euforia provocada por la victoria. La marea, parecía, se había vuelto a favor de las fuerzas británicas y la Armada

Real les recordaba a sus antiguos contrincantes que, aunque el león estaba caído, aún no había muerto.

Una mañana de abril, el *Kestrel* rodeó el arenal de Scroby y entró en la rada de Yarmouth con la señal de despachos en su tope. Anclando cerca del *Venerable*, sus falconetes saludaron a la bandera azul que se veía en el tope del mayor del buque insignia. Un momento después su bote remaba sobre el agua con el teniente Griffiths en la popa.

Cuando Griffiths volvió de depositar el mensaje que traían proveniente de las fragatas que había frente a Texel, llamó a los oficiales del cúter a la cámara principal.

Drinkwater fue el último en llegar, tarde porque había estado supervisando el izamiento del bote. Cerró la puerta que daba al vestíbulo tras de sí, consciente de la atmósfera de tensa expectación. Cuando se sentó se dio cuenta de que esta se había generado por el helado brillo de los ojos de Griffiths.

—Caballeros —dijo con una voz profunda y clara—. Caballeros, la flota del Canal en Spithead se encuentra amotinada!

Capítulo 12

Mayo-junio de 1797

Una marea de motines

—¡Escuchen a esos bastardos! —dijo Jessup cuando la tripulación del *Kestrel* hizo una pausa en su trabajo para mirar a su alrededor en el fondeadero atestado. Los vítores parecían provenir del *Lion* y una oleada de entusiasmo recorrió a los marineros congregados en la proa, muchos de ellos mirando desafiantes a popa donde estaban de pie Jessup, Drinkwater y Traveller.

La rada de Yarmouth era un hervidero de noticias, rumores, demandas y contrademandas que se transmitían a toda velocidad entre los barcos anclados allí. Incluso se decía que la bandera roja era la misma que se había enarbolado en Nore. Los buques de Duncan vacilaban entre la lealtad a su más que respetado almirante y su deseo de apoyar lo que sentían que eran justas demandas del resto de la flota.

Esos vítores fueron suficientes para atraer a otros a cubierta; en el combés, el cocinero emergió de su cocina y el grupito de oficiales se vio engrosado por Appleby y Thompson.

—Gracias a Dios que estamos anclados cerca del buque insignia —murmuró el cirujano. Con sus temores de motín confirmados, Appleby ahora temía la posibilidad de ser asesinado mientras dormía.

El *Kestrel* permanecía anclado a un corto tiro de cañón del *Venerable*. Los cañones del buque de guerra estaban fuera y el repentino estruendo de un cañonazo se oyó en forma de rotundo eco en todo el fondeadero. Una banderola anudada fue izada por sus drizas de señales y se la vio sacudirse con energía en la ligera brisa de la mañana de mayo.

—Prepare mi esquite, señor Drinkwater —gruñó Griffiths emergiendo desde el tambucho. El almirante Duncan estaba haciendo señales para llamar a sus capitanes. Cuando Griffiths volvió de la reunión tenía una expresión cansada.

—¡Reúna a la tripulación a popa!

Jessup hizo sonar el silbato para que los marineros se situaran en el combés y estos se apiñaron inquietos alrededor del bote que quedaba sobre la escotilla.

—Caballeros —dijo Griffiths a sus oficiales—. Que cada uno ocupe su puesto detrás de mí.

Los oficiales arrastraron los pies hasta formar un semicírculo como se les había ordenado, evaluando las caras de los marineros. Algunos amigables, algunos curiosos, algunos desafiantes o malhumorados, pero todos conscientes de que estaban sucediendo acontecimientos extraordinarios.

—Ahora escúchenme todos ustedes bien lo que les voy a decir; saben que las flotas de Spithead y Nore se encuentran amotinadas contra sus oficiales... —Miró a su alrededor, a la cara de todos ellos pero sin proporcionarles ningún apoyo, a pesar de que estaba de acuerdo con ellos en su fuero interno—. Si cualquiera de ustedes se atreve a cuestionar mi derecho a comandar este cúter o quiere proponer que se desobedezcan mis órdenes o las de alguno de mis oficiales —hizo un gesto para señalar a su espalda—, que hable ahora.

La potente voz de Griffiths con su fuerte acento galés parecía llegar desde un púlpito. Su cuerpo viejo pero poderoso y sus facciones sobrias con ese aire patriarcal ejercían una influencia casi tangible sobre sus hombres. Parecía estar razonando con ellos como

un padre firme, enfrentando su irritabilidad contra la mano segura de la experiencia. Parecía decir: «Mírenme, no pueden rebelarse contra mí haga lo que haga el resto de la flota».

Drinkwater tenía húmedas las palmas de las manos y junto a él Appleby temblaba de miedo. Pero vieron como la resolución decaía hasta diluirse en una especie de suspiro colectivo que venía de la tripulación. Griffiths los envió de nuevo a sus puestos.

—Vuelvan a proa y sigan con su trabajo. Señor Jessup, ponga hombres en el cabrestante e infórmeme cuando el cable esté recogido.

Era la estación de los vientos variables o del este en el Mar del Norte y la preocupación de Duncan era que la flota holandesa abandonara Texel aprovechando esos vientos favorables y el estado de los escuadrones británicos. La reunión a la que habían convocado a Griffiths se había celebrado para determinar el estado de ánimo de las tripulaciones de los barcos de la flota de Duncan. La pequeña fuerza que continuaba frente a Texel no era suficiente para contener a De Winter si decidía salir y ahora era más importante que nunca mantenerlo encerrado. Había muchas posibilidades de que los barcos amotinados en Nore intentaran una desertión y esta sería, con toda probabilidad, en dirección a la protestante Holanda en vez de a la católica Francia, por mucho que los republicanos rechazaran formalmente toda religión. No se necesitaría más que De Winter manifestase su intención de cubrir la salida del escuadrón de Nore del Támesis para que los amotinados superasen cualquier vacilación y lo hicieran. En Yarmouth ya se sabía que la mayoría de los oficiales habían sido expulsados de los buques de guerra con la significativa excepción de los pilotos. Los mantenían a bordo del *Sandwich*, el «buque insignia» del «almirante» de los sediciosos, Richard Parker.

El *Kestrel* permaneció unos días anclado mientras Duncan esperaba para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos después de haberse quejado personalmente al Almirantazgo para

que se escucharan la mayoría de las quejas de sus hombres y considerando el motín como una forma de castigo y un aviso al Almirantazgo para que enmendara sus formas.

El sentido común que había caracterizado el asunto de Spithead había sido en gran parte responsable de su rápida y satisfactoria conclusión. Al almirante Howe se le dieron poderes especiales para tratar con los delegados, que, por su parte, conocían la afinidad que «Dick, el negro» sentía por la causa. Para mediados de mayo y entre el regocijo generalizado, los fuegos artificiales y los banquetes, la flota del Canal, perdonada por el rey, volvió al trabajo.

No había pruebas de que la sedición extranjera hubiera tenido que ver con ese motín. Los marineros tenían razón. Su causa había sido justa, su conducta ejemplar y su justicia autoadministrada, impecable. Habían enviado representantes a sus compañeros en Nore y solo era cuestión de días que ellos también entraran en razón.

Pero no fue así. El motín de Nore era un asunto mucho más feo, su estilo agresivo y menos razonable. Al bloquear el comercio en el Támesis sus líderes habían perdido rápidamente las simpatías de la clase media de comerciantes de Londres y, cuando el Gobierno se mostró intransigente, la desesperación de Parker aumentó. Las simpatías a favor de la flota cambiaron y cuando las provisiones de comida, combustible y otras mercancías empezaron a escasear en la capital, las tropas inundaron Sheerness y los barcos que enarbolaban la bandera roja en Nore comenzaron a sentir una creciente sensación de aislamiento.

A finales de mayo llegó a Yarmouth un enviado del Almirantazgo, el capitán William Bligh, expulsado del *Director* por su tripulación y enviado por las autoridades para persuadir a Duncan de que utilizara sus barcos contra Parker. También trajo noticias de que cuatro delegados de Nore se dirigían a bordo del cúter *Cygnets* a Yarmouth para incitar a los marineros de allí al motín.

Duncan consideró todos los informes de inteligencia junto con la posibilidad que se había planteado de que Parker desertara con toda

la flota hacia Holanda o Francia. A su debido tiempo ordenó que la fragata *Vestal*, el lugre *Hope* y el cúter *Rose* navegaran hacia el sur para interceptar a esos posibles visitantes. Si Parker intentaba llegar a Texel o Dunquerque, entonces y solo entonces, consideraría el viejo almirante el hecho de utilizar sus propios barcos contra los amotinados. Mientras, envió al *Kestrel* al sur, a que subiera por el Támesis para hacer guardia en los canales que comunicaban con Holanda y avisar inmediatamente de cualquier muestra de deserción.

—Cinco según la marca.

Drinkwater descartó la idea de los remos. A pesar de la niebla había suficiente viento para mantener el cúter navegando como hasta entonces y cada centímetro de vela que habían podido guindar estaba respondiendo.

—Voy a bajar un momento, señor Drinkwater.

—Bien, señor. —La travesía desde Yarmouth había sido lenta y Griffiths no había abandonado la cubierta por miedo a la reacción de los hombres, pero estaban demasiado cansados y su propia extenuación era obvia. Gris y llena de arrugas, su cara comenzaba a mostrar los síntomas de la aparición de su recurrente fiebre; al parecer la elasticidad de su constitución había alcanzado su mayor extensión. Drinkwater se alegró de que se retirara.

Desde que llegaron las noticias del acuerdo alcanzado en Spithead, los hombres habían estado más calmados, pero las órdenes de avanzar por el Támesis habían revivido la tensión. Como suele ocurrir en estos casos, se había corrido la voz de que Sus Señorías estaban pensando en utilizar el escuadrón del Mar del Norte contra los amotinados de Nore y Bligh era una figura demasiado famosa como para que su aparición hiciera disminuir las especulaciones sobre el asunto.

La salmodia del marinero de la sonda era monótona, así que Drinkwater se distrajo con sucesos de mayor alcance y con la certeza de que el motín de Nore se hacía más terrorífico por la

presencia del *Capitaine* Santhonax; tuvo que obligarse a concentrar sus sentidos en los sondeos. Ya estaban bastante avanzados en el interior del estuario y deberían alcanzar la boya Nubb en unas tres horas, cuando el reflujo se redujera.

—Cuatro por la profundidad.

—¡Hay algo delante, señor! —llegó el grito repentino del vigía de proa.

—¿Qué es? —Caminó hacia la proa, aguzando la vista para ver algo en la gris y húmeda oscuridad.

—No sé, señor... ¿una boya? —Si lo era, su estimación estaba muy equivocada.

—¡Allí, señor! ¿La ve?

—No... ¡Sí! —Justo delante de ellos, un poco a estribor. Pasarían muy cerca, lo suficiente para identificarlo.

—¡Es un bote, señor!

Era la lancha de un buque de guerra saliendo de la densa niebla a un bauprés de distancia por delante de ellos. Llevaba ocho hombres y pudo oír con bastante claridad como una voz decía: «Es otro maldito buque balizador...» y una que lo contradecía: «No, es un cúter de guerra...».

Mutuamente sorprendidas, las dos embarcaciones pasaron una junto a la otra. Los hombres de la lancha permanecieron a los remos, las palas de estos tan cerca del costado del *Kestrel* que las gotas de agua que se resbalaban de sus extremos caían en las ondas que había a lo largo de la línea de flotación del cúter. La tripulación del *Kestrel* se quedó mirando a los hombres del bote con curiosidad y estos les devolvieron la mirada desafiantes. Hubo una exclamación sorprendida y repentina, un movimiento rápido, un destello y un estallido. Una bala de pistola arrancó el sombrero de la cabeza de Drinkwater e hizo un nítido agujero en la vela mayor. Se oyó un aullido de frustración y los amotinados volvieron a utilizar los remos mientras la lancha quedaba atrás y desaparecía en la niebla.

—¡Por los clavos de Cristo! —rugió Drinkwater volviéndose de repente. Los hombres aún estaban boquiabiertos mirando

alternativamente en su dirección y al lugar por donde había desaparecido el bote—. ¡Suelten las drizas de las rastreras! ¡Suelten también las de las velas redondas! ¡Abajo el timón! ¡Vamos! ¡Rápido, maldita sea!

Los hombres no podían obedecer tan rápido como le hubiera gustado a Drinkwater. Se encontró golpeándose los muslos con los puños cerrados mientras el cúter giraba lentamente.

—Vamos, maldita cáscara de nuez, vamos —murmuró y entonces sintió que la cubierta temblaba bajo sus pies afectando muy ligeramente a su sentido del equilibrio y en ese momento cayó en la cuenta.

El *Kestrel* acababa de encallar.

El *Kestrel* estaba varado en un ángulo alarmante y su piloto todavía se retorció por el enfado. Acostumbrado al estuario por el tiempo que había pasado en los buques balizadores de la Trinity House, la situación era profundamente humillante.

El teniente Griffiths no había dicho nada aparte de dirigir cansadamente la maniobra de asegurar el cúter para evitar que entrara agua cuando subiera la marea. Fue una suerte que hubieran estado navegando con el poco viento que había en popa y que no estuvieran utilizando sus orzas centrales. Las consecuencias podían haber sido mucho peores. Una inspección reveló que el *Kestrel* no había sufrido ningún daño aparte de un arañazo en el orgullo de su piloto.

Abajo Griffiths, tras escuchar la explicación de los acontecimientos de Drinkwater, lo había examinado en silencio durante unos momentos. Mientras el color invadía las mejillas de Drinkwater, una sonrisa cansada curvó los labios de Griffiths.

—Vamos, vamos, Nathaniel, pásame una botella del armario... No ha sido más que un error de juicio y las consecuencias no son terribles. —Griffiths apartó la fatiga con visible esfuerzo—. Un error no puede condenarle, *bach*.

Drinkwater se sorprendió temblando de alivio cuando le pasó a su comandante el vino de Madeira por encima de la mesa.

—Señor, ¿no debíamos haberlos perseguido? Quiero decir, era Santhonax, señor. Estoy completamente seguro de eso. —En su insistencia por enmendar la situación, no solo la de haber encallado el cúter, sino también la de no haber informado antes de la presencia del agente francés, aprovechó la oportunidad que le brindaban las presentes circunstancias. Durante un segundo recordó que Griffiths podía preguntar cómo era posible que estuviera «completamente seguro». Pero al teniente no le preocupaba ese punto y se limitó a empujar un vaso lleno por encima de la mesa. Después sacudió la cabeza.

—Intentar seguir a un bote con esta niebla seguramente nos habría enredado en una telaraña mayor. Quién le tiende una emboscada a quién con este tiempo es más bien un asunto de quién vio primero a quién —hizo una pausa para darle un sorbo al intenso vino oscuro—. Lo importante es: ¿qué demonios andaba haciendo Santhonax en una lancha de un buque de guerra que va hacia el este aprovechando el reflujo de la marea y con una tripulación de ingleses nada recomendables?

Ambos hombres se quedaron sentados en silencio mientras a su alrededor el *Kestrel* crujía, cuando el principio de la marea entrante comenzó a levantar su sentina. ¿Sería Santhonax un delegado procedente de Nore de camino a Yarmouth? Si lo fuera seguramente habría utilizado el Swin; se les había ordenado a ellos específicamente que utilizaran el Prince's Channel para su travesía por el Támesis para que cubrieran la única brecha de la que no podían ocuparse la *Vesta*, el *Rose* y el *Hope*. Además, era muy poco probable que un agente francés se hiciera cargo de esa tarea.

Si la tarea de Santhonax era incitar a la rebelión a la flota británica, ya había conseguido su objetivo con el motín rebelde aún sin solucionar. Así que, ¿qué hacía en un bote? ¿Escapar? ¿Estaba desmoronándose el motín? ¿O su viaje hacia el este era una elección deliberada? ¡Por supuesto! Santhonax había intentado matar a

Drinkwater. ¡Nathaniel era el único hombre que, al haber avistado a Santhonax, podía perjudicar los planes del francés!

—Parece que solo hay una conclusión lógica, señor...

—¿Ah, sí? —dijo Griffiths—. ¿Y cuál es?

—Santhonax debe de ir en busca de ayuda para los amotinados de Nore... —explicó sucintamente sus razones para creer tal cosa y Griffiths asintió lentamente.

—Si pretende traer una flota para apoyar el motín o para cubrir su desertión, ¿irá a Francia o a Holanda?

—Texel acoge a la flota más grande de la zona, señor. Con un buen viento del este para salir del Támesis y con la razonable certeza de que tendrán uno del oeste poco después para sacarlos a todos a la vez... Sí, apostaría mi dinero a Texel; cualquier cosa que intentara salir de Brest o de algún lugar más al oeste tendría que enfrentarse con el Canal.

—Sí, maldita sea —exclamó Griffiths de repente, inclinándose hacia delante con urgencia—. ¡Y nuestros propios compañeros cooperarán con una flota de protestantes holandeses y les darán la bienvenida a sus camaradas republicanos! ¡Por todos los cielos, Nathaniel, este Santhonax es un maldito diablo! ¡*Cythral*! Yo también apostaría mi oro por Texel...

Ambos estaban medio incorporados en las sillas, inclinados sobre la mesa como hombres enzarzados en una acalorada discusión. Entonces Griffiths cayó hacia atrás cuando el *Kestrel* sufrió una sacudida al acercarse un poco más a su posición normal.

—Nuestras órdenes no nos permiten mantener la discreción. Santhonax ha escapado. Mientras, nosotros debemos cumplir con nuestro deber. —Hizo una pausa, frotándose la barbilla mientras Drinkwater permanecía de pie—. Pero —dijo lentamente— si pudiéramos saber el estado exacto del motín... Si, por ejemplo, hubiera signos de que estuvieran a punto de salir de Nore, entonces, por Dios, entonces lo sabríamos con seguridad.

Drinkwater asintió. No estaba seguro de cómo podían descubrir eso sin meter sus cabezas en el lazo de una soga, pero ahora no

podía hablarle a Griffiths del encuentro en Sheerness y las premoniciones que le consumían en aquel momento. Por ahora tendría que conformarse.

Dos horas más tarde estaban de nuevo en camino. Se había levantado brisa y, aunque la niebla se había convertido en una neblina, podía sentirse la calidez del sol mientras el *Kestrel* reanudaba su viaje hacia el oeste. La tarde ya estaba avanzada cuando un grito proveniente de la proa llamó la atención de todos en cubierta:

—¡Señor!

—¿Qué ocurre? —Drinkwater se apresuró a acercarse.

—Suenan como si estuvieran destrozando algo a golpes —dijo el hombre ladeando la cabeza para oír mejor. Todos escucharon y Drinkwater oyó un golpe amortiguado seguido de un crujido y del astillar de madera. Frunció el ceño.

—¿Un cañón giratorio? —Se volvió hacia la popa—. ¡Todos a cubierta! ¡Avisen al capitán! ¡Zafarrancho de combate! —No le iban a pillar desprevenido una segunda vez.

En unos momentos se soltaron las trincas de los cañones y los hombres se situaron en sus puestos. Griffiths emergió del tambucho, pálido y demacrado. Drinkwater se lanzó a darle una explicación de lo que había oído cuando de repente se levantó la niebla, apartada como una cortina y el brillo de los rayos del sol llenó el agua de vetas.

—¿Qué demonios...? —Griffiths señaló y Drinkwater se volvió bruscamente para después sonreír por el alivio.

—No pasa nada, señor. Sé quien son.

Delante de ellos, a un cable de distancia, había una embarcación muy ornamentada y con aparejos de cúter, su popa tan decorada como la de un primera clase y un saltillo de proa que servía de apoyo para un león rampante. Junto a la embarcación, la enorme mole pintada de la boya Nubb estaba siendo sistemáticamente golpeada por hachas y cañoneada por una pieza de una libra.

—¡Ah del buque de la Trinity! —Las caras se levantaron y Drinkwater vio a su piloto, Jonathan Poulter, dirigir a los hombres a popa, el lugar donde llevaban las carroñadas. Vio como las portas se levantaban y emergían las bocas de los cañones.

—¡No disparen, malditos ciegos! Somos un cúter al servicio del Rey —y seguidamente mientras se acercaban al barco añadió en voz baja—. Pónganos en facha para hablar con ellos, señor Drinkwater.

Los dos cúteres se acercaron, sus tripulaciones observándose la una a la otra con curiosidad.

—¿Tienen noticias de la flota de Nore? ¿Hay algún signo de que se estén preparando para moverse?

Un hombre con una casaca azul apareció junto a Poulter y Drinkwater reconoció al capitán Calvert, un Hermano Mayor de la Trinity House.

—No, señor —dijo Calvert—. Y les resultará imposible cuando hayamos terminado. Todas las balizas están siendo derribadas y la mayoría de las boyas ya están hundidas. Otra noche de trabajo y el asunto estará concluido... ¿Ese que está junto a usted es el señor Drinkwater?

Drinkwater se subió a la barandilla.

—Sí, señor. Teníamos esperanzas de que ustedes tuvieran noticias.

—Desde ayer tienen una fragata más abajo, en el Middle, que ondea la bandera roja y que está ahí para marcar el banco. Lo que tememos es que intenten la traición... Ya han ido demasiado lejos para cualquier otra cosa... Supongo que intentarán llegar a Francia o a Holanda. ¿Son de Duncan?

—Sí —fue Griffiths quien habló ahora—. ¿Están seguros de los hechos que nos han contado, señor?

—Sí, señor. Dejamos Broadstairs ayer. La información sobre la fragata viene del buque balizador *Argus* de Harwich. Yo mismo hablé con el almirante Buckner en Sheerness cuando venía desde Londres.

Griffiths reflexionó un momento.

—¿Y usted piensa que intentarán escapar?

—Es eso o morir de hambre, o la horca.

Griffiths observó el pendón.

—Vire a estribor, señor Drinkwater. —Después añadió en voz algo más alta mientras el *Kestrel* se apartaba—: Le estoy profundamente agradecido, señor. Vayan con Dios.

Los dos cúteres se separaron, el *Kestrel* de nuevo con la proa en dirección a mar abierto. Griffiths se acercó a la popa donde Drinkwater estaba estableciendo el nuevo rumbo.

—¿Black Deep, señor?

—Sí, si el barco puede mantener el rumbo. —Griffiths se estremeció y se frotó la frente con el dorso de la mano.

—Lo hará, señor, si bajamos las orzas centrales. Supongo que vamos a Yarmouth...

Griffiths asintió.

—Señor Drinkwater... —sacudió la cabeza ladeada y se acercó a la barandilla mirando hacia popa, junto al buque de la Trinity, hacia el lugar donde se estaba hundiendo la boya Nubb. Luego dijo en voz baja—: Parece que ya tenemos nuestra prueba, Nathaniel... —Sus cejas blancas se elevaron de repente formando dos arcos.

—Sí, señor. Yo había llegado más o menos a la misma conclusión.

Tras ver la del *Kestrel* la cámara del almirante a bordo del *Venerable* parecía enorme, pero el almirante Duncan era un hombre grande con una ancha cara de escocés y conseguía dominar la estancia incluso sentado. Se contaba la historia de que había conseguido amansar a la tripulación del *Adamant* al levantar a uno de sus marineros más escandalosos y sujetarlo, con un solo brazo, a un costado del barco y por encima de la barandilla, sin dejar de hacer comentarios sarcásticos sobre que ese hombre pretendía privarle del mando de la flota. Las risas generales que siguieron al espectáculo le habían asegurado la lealtad del *Adamant*.

Mientras Griffiths, indispuerto y sudando a mares, se esforzaba por explicar la importancia de sus noticias, Drinkwater examinó a los

otros ocupantes de la cámara en cuya augusta compañía se encontraba en aquel momento. Allí estaban el capitán Fairfax, capitán general de Duncan y el capitán William Bligh. Drinkwater examinó a Bligh, conocido como «el Bligh del *Bounty*», con una curiosidad mal disimulada. El capitán tenía una atractiva cabeza con la mandíbula ensombrecida por la barba y la barbilla firme. La frente era alta y empezaba a clarearle el nacimiento del cabello gris, que llevaba recogido en una cola de caballo. Los ojos de Bligh eran marrones y penetrantes y a Drinkwater le recordaban a los de Dungarth. Tenía la nariz recta y ventanas elegantes. La boca era el único detalle innoble de aquella cara; mostraba una petulancia que quedaba confirmada por su voz, que tenía un constante tono de exasperación. La otra persona que había en la estancia era el mayor Brown, convocado por telégrafo y recién llegado de Londres, que aún estaba comiendo el muslo de pollo que le habían ofrecido a su llegada.

—Vamos a ver, no tengo muy clara cuál es la importancia de Santhonax —dijo el almirante frunciendo el ceño—. Si estoy perdiendo mis barcos, ¿por qué debo preocuparme por un solo hombre?

—Si es el hombre que creemos, señor —respondió Bligh en voz alta—, yo creo que es altamente peligroso. Y si es el hombre que se dice que han visto a bordo de varios de los barcos de Nore, como este caballero —Bligh señaló a Brown— parece creer, yo lo calificaría como el canalla más sedicioso de ese nido de escoria carne de horca. Se merecen que los cuelguen, a todos ellos.

—Gracias, capitán —dijo Duncan con un ligero toque de ironía—. ¿Mayor Brown?

Siempre que le piden explicaciones al mayor, este tiene la boca llena, pensó Drinkwater mientras aguzaba los oídos para oír las noticias que traía Brown.

—Caballeros, estamos razonablemente seguros de que ese hombre es realmente el *Capitaine* Santhonax, un agente francés cuya misión actual parece ser sublevar a la flota de Nore. Ha habido

informes sobre él que lo relacionan con el asunto del *Culloden*. Uno de los pilotos encerrados a bordo del *Sandwich* pudo descubrir que se trataba del francés y consiguió pasar la información clandestinamente a tierra mediante un botecillo del puerto. Aparentemente habían luchado cara a cara frente a Trincomalee en la pasada guerra —explicó—. Y también contamos con otros informes —ahí hizo una pausa e inclinó la cabeza ligeramente hacia Drinkwater y Griffiths— que nos llevaron a interesarnos por el personaje... Parece que se trata de la *eminence grise* que hay tras Richard Parker.

Bligh asintió bruscamente.

—¡Y tras mi expulsión y la de mis oficiales de mi propio barco!

—Pero se nos ha escapado —intentó tranquilizar los ánimos Duncan—. Así que, ¿adónde nos lleva todo esto?

Brown se encogió de hombros.

—El capitán Fairfax me dice que han capturado a los delegados de Nore que venían de camino hacia aquí.

—Sí, mayor, el *Rose* apresó al *Cygnets* frente a Orfordness, así que nuestro amigo no venía hacia aquí.

Drinkwater miró desesperadamente el círculo de caras que tenía a su alrededor. ¿Es que ninguno de ellos podía ver lo que a él le resultaba obvio? Miró a Griffiths, pero el teniente se había quedado dormido.

—Discúlpeme, señor. —Drinkwater no podía quedarse callado más tiempo.

—Sí, ¿qué ocurre, señor... Drinkwater? —Duncan levantó la vista.

—Con todos mis respetos, señor, permítanme decir que creo que Santhonax iba en un bote camino de Holanda... —hizo una pausa, vacilando ante el hombre del cordón dorado que parecía prestarle atención por primera vez.

—Continúe, señor Drinkwater —le animó Brown inclinándose hacia delante con una media sonrisa en la cara.

—Bueno, señor —Drinkwater se dirigió al almirante obstinadamente—, por los hechos que conozco, incluyendo las

noticias del buque de la Trinity relativas a los movimientos de los barcos de Nore, creo que se ha planeado una deserción de la flota. Santhonax iba hacia Holanda para conseguir que salgan los buques holandeses...

—Con el fin de cubrir la deserción del escuadrón de Nore, ¡por todos los cielos! —Fairfax acabó la frase.

—Exacto, señor. —Drinkwater asintió.

—Pero eso huele a conspiración, caballeros, a connivencia con una potencia extranjera. Uf, no lo creo. —El almirante miró a Fairfax en busca de apoyo, quien, con la libertad discrecional que le daba su puesto de capitán general, dijo con amabilidad:

—Su naturaleza bondadosa le honra, señor, pero me temo que el señor Drinkwater puede tener razón. Los marineros no son siempre el dócil león que el populacho gusta de imaginar... —Todos miraron al viejo almirante hasta que la voz de Brown interrumpió sus pensamientos.

—Tenemos una mujer en la cárcel de Maidstone que apoyaría la teoría del señor Drinkwater, señor.

—¿Una mujer, señor? ¿Qué demonios tiene que ver una mujer con un motín de la flota?

El pulso de Drinkwater se aceleró cuando se dio cuenta de que Brown sabía más de lo que había admitido hasta el momento. Estaba ansioso por preguntar por la identidad de la mujer, aunque ya la conocía.

—Eso, almirante Duncan, es algo que a todos nos gustaría mucho saber.

—Bien, ¿y les ha dicho algo esa mujer?

Brown sonrió.

—Ella no es de las que hacen confesiones, señor.

—Pero puede ser que haya apoyado una conspiración, señor —apuntó Drinkwater con una repentina vehemencia.

—¿Así que usted conoce a la mujer, señor Drinkwater? —Las cejas del almirante mostraron signos de enfado—. Parece que en este asunto hay muchas cosas que conocen los oficiales de los

cúteres y que se les deniegan a los comandantes en jefe. Bien, señor —dijo volviéndose hacia Brown—, ¿podría decirme exactamente quién y qué es esa mujer, cuál es su conexión con el agente francés y qué tiene ella que ver con la flota?

—El *Kestrel* trajo a *mademoiselle* Montholon, la mujer que está ahora bajo custodia, desde Francia, señor... —Brown siguió explicando los incidentes en los que se había visto envuelto el cúter. Drinkwater solo escuchaba a medias. Así que Hortense estaba ahora en prisión. Sus sospechas se habían visto confirmadas después de todo. Se preguntó si Santhonax lo sabría; dudaba de que eso tuviera mucho efecto sobre él aunque así fuera. Puede que Hortense no hubiera confesado, pero él podía adivinar que el orgullo la habría vuelto rebelde y que se le habría escapado lo suficiente. Se preguntó cómo la habrían cogido finalmente los hombres de Brown y su curiosidad quedó satisfecha cuando el mayor concluyó—... y por ello pareció necesario examinar a la joven más de cerca. Un robo de joyas nos... nos llevó hasta un criado que servía a la condesa viuda De Tocqueville y como resultado de un registro en su casa se descubrió un importante número de documentos interesantes y una considerable cantidad de oro. —Hizo una pausa para beber de su vaso de vino y terminó con ese curioso encogimiento de hombros suyo tan francés—. Y así es como llegamos hasta aquí.

Cuando terminó, Duncan sacudió la cabeza.

—Es muy interesante, muy interesante. Ella debe ser un demonio...

Junto a Drinkwater, Griffiths se removió y gruñó en galés:

—*Hwyl*, señor... Tiene *hwyl*, el poder de agitar las entrañas de los hombres.

—Pero no es la mujer la que es de nuestra incumbencia, almirante Duncan —dijo Brown—. Es el hombre, Santhonax, el que constituye un peligro real. El señor Drinkwater tiene razón y nosotros estamos seguros de que pretende hacer salir a los holandeses. Ha estado en estrecho contacto con Parker y si el motín comienza a hacer aguas, De Winter debe salir a la primera oportunidad, y si lo

hace, deberíamos bloquearle aún más en Texel. Si, por otro lado, consigue escabullirse para llegar al Támesis y los barcos de Nore se le unen, dejo las consecuencias a su imaginación. Una fuerza como esa a un paso de Londres haría que la flota del Canal saliera corriendo hacia el este, dejando Brest descubierto y el camino hacia Irlanda, las Indias Occidentales y la India abierto. Lo miren por donde lo miren, tener a los holandeses en el mar, *con motín o sin él*, nos pondría en una situación más que peligrosa. Añádanle la complicación de una costa oriental sin defensas y una fuerza de amotinados republicanos en el Támesis y... —Brown extendió las manos y volvió a encogerse de hombros en ese gesto que ya le era familiar, un legado de sus estancias entre los canadienses y los franceses que resultaba extremadamente elocuente para la ocasión.

Duncan asintió.

—Esta ha sido mi pesadilla durante las pasadas semanas. Empiezo a percibir que ese Santhonax es algo así como una bomba a punto de estallar.

—¿Cuál es el estado de sus barcos, almirante? —preguntó Brown.

—Esa, mayor, es una buena y endemoniada pregunta.

La flota del almirante Duncan le fue abandonando poco a poco en los días siguientes. Frente a Texel, el capitán Trollope con el *Russell* de setenta y cuatro cañones, un puñado de cúteres, lugres y un par de fragatas mantuvieron la ilusión del bloqueo. Cinco de sus buques de guerra partieron para Nore.

El 29 de mayo Duncan mostró la señal de levar anclas. Los barcos que le quedaban se alejaron de la rada de Yarmouth uno por uno y luego viraron al suroeste, hacia el Támesis. Tres horas después de zarpar, el *Venerable*, de setenta y cuatro cañones, el *Adamant*, de cincuenta y el *Trent* y la *Circe*, más pequeños, junto con el *Kestrel*, aún permanecían leales a su almirante.

La travesía a través del Mar del Norte fue deprimente. De alguna forma, Drinkwater se sentía aliviado de que volvieran a Texel. Aunque las labores de bloqueo eran extenuantes, sentía instintivamente que ahí es donde debían estar, no importaba a qué apuros tuvieran que enfrentarse. Brown pensaba lo mismo, ya que, tras enviar un mensaje cifrado por telégrafo al Almirantazgo, se había unido a la tripulación del cúter con la bendición de Lord Dungarth.

—Creo, señor Drinkwater —había dicho— que usted debería obtener el reconocimiento por haber encendido la mecha de todo esto. Ahora debemos esperar pacientemente el desarrollo de los acontecimientos.

Y pacientemente esperaron. A primeros de junio el viento venía del este. La flota de De Winter de catorce navíos de línea, ocho fragatas y setenta y tres buques de transporte y cargueros se mantenía encerrada en Texel gracias a los barcos británicos —algunos navíos de guerra, unas pocas fragatas y varias embarcaciones pequeñas—, que se hacían entre ellos señales constantes en una treta que pretendía persuadir a los holandeses que observaban de que una gran flota permanecía en alta mar y que ellos solo eran el escuadrón que había cerca de la costa.

Pero ¿funcionaría una farsa como esa?

Capítulo 13

Junio-octubre 1797

Vientos de gloria

La salpicadura producida por un disparo de cañón apareció brevemente en el agua frente a la aleta de estribor del *Kestrel*, que permanecía en las aguas turbulentas del Schulpen Gat, cerca de la playa de Kijkduin.

—Hoy han traído artillería a caballo, señor Drinkwater —dijo el mayor Brown sin mover mucho los labios mientras ambos hombres miraban por sus catalejos.

Drinkwater podía ver el puñado de oficiales que les observaban a ellos. Uno había desmontado y se había arrodillado en el suelo con unos enormes prismáticos apoyados sobre el hombro de un ordenanza agachado delante de él.

—Ese de la chaqueta marrón, ¿sabe quién es?

Drinkwater movió su catalejo. Pudo ver a un hombre con una chaqueta de un marrón apagado, pero no le resultaba familiar en absoluto.

—No, señor.

—Ese —dijo Brown haciendo mucho énfasis— es Wolfe Tone...

Drinkwater volvió a mirar. No había nada destacable en el hombre que le habían descrito como un traidor a su país. El *Kestrel* cabeceaba cerca de la costa y Drinkwater se volvió para ordenar que viraran otro punto para alejarse un poco.

—Les daremos el saludo oficial entonces.

—Sí... ¡No! ¡Espere! Mire al hombre que está al lado del que está justo junto a Tone. —Brown estaba nervioso y Drinkwater volvió a acercarse al catalejo a su ojo para ver como una alta figura emergía desde detrás de un caballo. Incluso a esa distancia Drinkwater supo que el hombre era Santhonax, un Santhonax resplandeciente en el uniforme naval azul y dorado. A Drinkwater le pareció que desde el otro lado del turbulento cuarto de milla de rompientes y arena removida por la corriente, Santhonax le miraba a él. Bajó el catalejo y miró a Brown.

—Santhonax.

Brown asintió.

—Tenía razón, señor Drinkwater. Ahora sí puede saludarles como de costumbre.

Drinkwater hizo una señal a la proa y vio a Traveller apartarse del cañón. El arma de cuatro libras rugió y los hombres vitorearon cuando el proyectil rebotó entre los oficiales. Sus caballos se encabitaron por el susto y uno cayó chillando con las patas rotas.

—¡Preparen las escotas de las velas de proa! ¡Amante de barlovento! ¡Listos para trasluchar! Cuidado con la cabeza, mayor —le gritó Drinkwater a Brown que se habían encaramado sobre el Número 11 para observar el blanco del disparo—. ¡Arriba el timón...! ¡Escota de la mayor, cuidado ahí! ¡Cuidado!

El *Kestrel* se alejó de la orilla y el cañón de campaña ladró de nuevo. El disparo atravesó las amuradas de la aleta y pasó entre los dos timoneles. El aire que removi­ó a su paso hizo que ambos se tiraran sobre cubierta con exclamaciones ahogadas y Drinkwater tuvo que lanzarse hacia la enorme caña. Entonces el cúter le ofreció la popa a la playa y giró sobre sí mismo entre el ruido atronador de perchas y velas trasluchando.

—¡Amante de babor! —Los hombres se dirigieron a popa cuando caía el enorme palanquín doble y lo amarraron, las escotas se tensaron y el *Kestrel* se estabilizó en su rumbo para salir del

Schulpen Gat y rodear el Haakagronden de camino hacia donde Duncan esperaba su informe.

El almirante estaba en el alcázar del *Venerable* cuando Drinkwater subió por el costado. Saludó y le dio su informe a Duncan. El almirante asintió y preguntó:

—¿Y cómo se encuentra el teniente Griffiths hoy?

Drinkwater sacudió la cabeza.

—El cirujano ha estado con él toda la noche, señor, pero parece que no hay ninguna mejoría. Este es el peor episodio que yo le he conocido, señor.

Duncan volvió a asentir.

—¿Aún es categórico en cuanto a su relevo?

—Sí, señor.

—Muy bien, señor Drinkwater. Vuelva a su puesto.

La extraña situación en la que se encontraba Duncan, la de un almirante casi sin barcos, le obligaba a actuar con cautela. No deseaba transferir oficiales o perturbar las delicadas lealtades de su miserablemente pequeño escuadrón. Conocía a Griffiths y él le había señalado la valía profesional del piloto del *Kestrel*. El almirante, astuto en asuntos de evaluaciones personales, se había formado su propia impresión favorable de las capacidades de Drinkwater.

Cuando terminó la semana de vientos del este y ya parecía que el periodo de peores peligros había pasado, Duncan recibió refuerzos. Sir Roger Curtís llegó con algunas unidades de la Flota del Canal. El *Glatton*, el curioso antiguo inchimán armado solamente con carroñadas, se había amotinado y volvió a los Downs donde había estado todo ese tiempo. Allí su gente decidió no desertar del mando de su almirante y volvieron a su puesto. Otros barcos extraños llegaron también, incluyendo un escuadrón ruso a las órdenes del almirante Hanikov. A finales de junio el motín de Nore se desmoronó y los barcos de Duncan volvieron con él. Con todas sus fuerzas, el escuadrón del Mar del Norte mantuvo el bloqueo durante la siguiente temporada de vientos del este que habían hecho acto de presencia a principios de julio.

El *Kestrel* hacía sus patrullas diarias mientras Griffiths permanecía sudando en su coy, teniendo a Appleby constantemente preocupado por él. No volvieron a ver a Santhonax y los holandeses seguían sin salir. La irritación del mayor Brown fue creciendo según se iban sucediendo los acontecimientos. Santhonax había echado el resto. El motín de Nore había fracasado y el capitán francés había fallado, como también lo hizo con el *Culloden*. Ahora, si aún estaba en Texel, Santhonax había vuelto a fallar al no poder coaccionar a De Winter.

—Un hombre de acción, señor Drinkwater, no puede estar sentado esperando mucho tiempo. Este asunto del bloqueo naval es la misma esencia del tedio.

Drinkwater sonrió por encima de su café.

—Dudo que fuera usted de la misma opinión, señor, si estuviera al mando de los barcos. La nuestra es una ocupación de desgaste que requiere vigilancia constante.

—Oh, tal vez —respondió Brown, enfadado—. Pero tengo la sensación de que De Winter no se moverá. Cuando se le lleven los siguientes informes al almirante, yo pasaré al buque insignia y tomaré el primer buque de despachos para Yarmouth. No, señor Drinkwater, ese reguero de la pólvora se ha extinguido.

—Bien, señor —respondió Drinkwater levantándose de la mesa y extendiendo la mano en busca de su sombrero—, tal vez el reguero sea un poco más largo de lo que usted esperaba.

El mayor Brown se quedó mirando al hombre más joven mientras salía, intentando decidir si acababa de ser víctima de la impertinencia o de la perspicacia. Ciertamente se había molestado ante la aparente falta de respeto de Drinkwater a un mayor de la Guardia personal de Su Majestad, pero sabía que Nathaniel no era ningún tonto, en absoluto. Brown recordaba la cena en The George y la insistencia de Drinkwater en que la presencia de uniformes, cartas y dinero indicaban que el *Citoyenne Janine* guardaba un secreto. También recordaba que él había sido muy poco franco con respecto a lo que había descubierto en Tunbridge Wells.

Cierto era, como le había dicho a Lord Dungarth, que no había *descubierto* nada. Pero donde ha dormido el lobo, la hierba aún conserva su olor. Eso lo había aprendido de los iroqueses y ya no dudaba de que Santhonax se quedaba con frecuencia en Tunbridge en envidiables circunstancias, debía reconocer. El refugiarse en los brazos de Hortense era algo típicamente francés y, si en un primer momento Santhonax no fue quien la convenció para que huyera de Francia, daba la casualidad que la fortuita salida había resultado en su beneficio.

Pero Brown no podía desvelarle tantas cosas a Dungarth ante los oficiales del *Kestrel*. Había tendido una trampa y hasta que Santhonax cayera en ella, el cazador debía permanecer en silencio. Eso lo había aprendido también de los cazadores pintados de las Seis Naciones.

Si Dungarth había conseguido adivinarlo cuando ordenó la vigilancia de la casa de la condesa viuda, poco importaba. Santhonax había eludido a Brown exactamente igual que Brown había escapado de Santhonax en París.

El mayor se mordió el labio al recordarlo. ¿Lo había detectado la mujer? Al igual que él la había visto del brazo de su atractivo amante marino en París, ¿habría visto ella al propio Brown en algún momento durante las negociaciones con Barrallier y De Tocqueville? Eso habría revelado sus lealtades verdaderas y Etienne Montholon era parte de los planes. Intentó recordar si ella podía haberlo descubierto a él con Santhonax durante su periodo como secretario del Ministerio de Marina. Al fin se encogió de hombros: era posible.

Santhonax alcanzó la costa antes que él y le habría cortado el paso al *Kestrel* si no fuera por la habilidad de Madoc y el oportuno rescate del joven Drinkwater. Eso cerraba el círculo. ¿Tenía razón Drinkwater y Santhonax aún intentaba amenazar a Jan De Winter para que se hiciera a la mar? Brown sabía que Santhonax era implacable. Estaba seguro de que el hombre había hecho que asesinaran a De Tocqueville en Londres, mucho más ahora que sabía que eso había supuesto la eliminación de un contrincante a la hora

de ocupar la cama de Hortense. Y el oficial que comandaba las fuerzas navales de Roscoff había recibido un disparo por su prudencia al reforzar la escolta de un convoy mediante la adición del *Citoyenne Janine*; su error había sido requisar el lugre personal de Santhonax. La reflexión de Brown de que eso significaba un francés menos del que preocuparse, ponía de manifiesto la urgencia de la cuestión. Eso empeoraba su presente frustración, aconsejándole cautela y prudencia.

¿Estaba aún Santhonax en Texel? ¿Tenía razón Drinkwater? ¿Aún chisporroteaba el reguero de pólvora allí, frente al Haakagronden? ¿Estaba De Winter bajo presión francesa?

—Es posible —repitió para sí— y solo hay una forma de averiguarlo.

Y se estremeció; la vieja imagen de gansos sobre una tumba volviéndole inesperadamente a la mente.

Drinkwater estaba muy cansado. El vaivén regular de los remeros tenía un efecto soporífero ahora que habían llegado a las aguas calmas del estuario de Texel. A popa, en la oscuridad de la curva de las dunas de arena y hierbas de ribera que serpenteaban alrededor de Kijkduin y el Schulpden Gat, estaba anclado el *Kestrel*. Ya hacía varias horas que se había hecho de noche, la oscuridad era completa y tenían poco tiempo para realizar su tarea. Drinkwater tiró de la caña ligeramente hacia estribor, rodeando la costa hacia el este. Volvió a estabilizar el bote sintiendo el bulto de un hombre junto a él.

El mayor Brown, envuelto en un capote bajo el que escondía una pequeña bolsa de provisiones, había insistido en que le desembarcaran. Desde su hamaca Griffiths no había podido impedir lo que sentía que era una tarea desesperada. No dudaba de las capacidades de Brown, pero el desembarco para recabar información sobre las intenciones de De Winter le parecía un disparo a ciegas. Por ello Griffiths le ordenó a Drinkwater que fuera él mismo el que

llevara al agente a tierra. Johnson, el carpintero, se las había ingeniado para fabricar un par de zuecos y estos habían sido rozados con cuidado y ensuciados mientras Brown se preparaba para ser un mugriento y adecuadamente maloliente pescador escogiendo entre las ropas desechadas por los marineros.

Drinkwater giró el bote para acercarse a tierra y susurró:

—Remos.

Los hombres dejaron de remar y unos momentos después, la proa del esquife tocó tierra y se elevó ligeramente. Brown se quitó el capote y caminó con dificultad entre los pares de remeros. Drinkwater lo siguió hasta la playa y la cruzó con él para descubrir un poste que ambos utilizarían como señal en el momento de recoger al agente. Encontraron algunas artes de pesca que eran suficientes para cumplir su propósito.

—Me voy, señor Drinkwater. —Brown se puso la bolsa al hombro y le tendió una mano apenas visible en la penumbra en un gesto ciertamente poco característico—. Hasta dentro de dos días, entonces. Deséeme suerte... No hablo holandés.

Mientras se alejaba Drinkwater notó que no tenía su confianza habitual y que su paso era inseguro. Pero se mofó de sus propios reparos: caminar con zuecos ya era bastante malo, hacerlo sobre arena blanda era casi imposible.

La tarde del día en que debían recoger a Brown, el *Kestrel* entró en el Schulpen Gat aprovechando la marea para seguir la línea de la costa en su patrulla rutinaria. Cuando se contaron los mástiles de la flota holandesa por encima de las dunas de arena que se interponían y se intentó adivinar si De Winter había avanzado en sus preparativos para zarpar de los que ya todos, excepto Drinkwater, comenzaban a dudar, se retiraron para esperar su encuentro a medianoche con el agente.

Permanecieron cerca de la costa, frente a la batería de Kijkduin mientras Drinkwater examinaba la playa. El oficial de costumbre y su

ordenanza estaban observando sus progresos. Cambió de dirección el catalejo y observó la muralla de la batería a través del círculo danzarín. Entonces vio algo que le heló la sangre.

Una nueva estructura se había erigido sobre las troneras de los cañones, desoladora contra el azul del cielo y terrorífica su siniestra silueta. Y de la horca, inconfundible con la ropa el azul desteñido de los marineros del *Kestrel*, colgaba el cuerpo del mayor Brown.

Drinkwater bajó el catalejo y llamó a Jessup. El contramaestre subió inmediatamente al notar el brillo frío en los ojos grises de Drinkwater.

—Compruebe si el teniente Griffiths se encuentra con fuerzas para subir a cubierta. —La voz de Drinkwater sonaba extrañamente controlada, como un hombre al que le obligan a hablar cuando preferiría sollozar.

—Nat, ¿qué demonios ocurre para...? —le llegó la protesta de Appleby desde el tambucho.

—¡Basta, Harry! —exclamó Drinkwater al ver a Griffiths seguir al cirujano subiendo a cubierta, su camisón revoloteando bajo el abrigo.

Sin una palabra Drinkwater le pasó el catalejo a Griffiths y señaló a la batería. Mientras observaba al teniente buscando algún signo de emoción, Drinkwater oyó el apagado sonido del primer cañonazo que volaba sobre el mar. No vio dónde cayó el disparo, solo que el ya de por sí pálido Griffiths palidecía aún más. Cuando bajó el catalejo, también Griffiths habló como si se estuviera asfixiando.

—Nuestro amigo Santhonax es el que ha hecho eso, señor Drinkwater. Vire por avante inmediatamente. —Griffiths hizo una pausa—. Ese hijo de Satanás está aquí entonces —murmuró volviéndose hacia la popa.

Drinkwater dio las órdenes y observó a Griffiths tambalearse de vuelta al tambucho; un hombre que aparentaba sus años, enfermo y frágil. La batería disparó de nuevo, la metralla llovió sobre ellos y alcanzó el casco. Navegando hacia el sur con el viento a favor y dándole la espalda al patíbulo, Drinkwater imaginó que podía oír el

crujido del artillugio y la risa de los hombres de las brigadas de los cañones mientras trabajaban bajo su morbosos trofeo.

La muerte del mayor Brown tuvo un efecto desolador en el *Kestrel*. El enigmático oficial del ejército se había convertido prácticamente en uno de ellos y la atestada cámara de oficiales era un lugar triste sin él. Para Madoc Griffiths la pérdida era algo más personal, ya que tenían una vieja amistad. En el mundo umbrío de sus profesiones se creaban extraños y poderosos vínculos entre los hombres.

—Brown no era su nombre real —había murmurado Griffiths y ese fue todo el epitafio que tuvo el mayor.

Parecía que su muerte había extinguido el reguero de pólvora cuya extensión se había mostrado tan ansioso por determinar. Fueran cuales fueran los logros de Santhonax en la captura de espías, a los británicos les resultaba evidente que había fracasado en su intención de persuadir a De Winter para zarpar.

Aún así, Duncan y de forma más limitada Nathaniel Drinkwater, persistían en su creencia de que los holandeses aún podían hacer una salida o, al menos, que debía evitarse que lo hicieran. Mientras el verano languidecía y se convertía en otoño, el bloqueo rutinario agotó a los hombres y a los barcos. La mayor parte del tiempo la línea de buques de guerra permanecía anclada, levaba anclas y se acercaba a la costa o incluso buscaba refugio en la rada Yarmouth cuando el tiempo se volvía demasiado tempestuoso. Rondando los márgenes occidentales del Haakagronden, el escuadrón más cercano a la costa, formado por las fragatas *Beaulieu* y *Circe* y la chalupa *Martin*, mantenía el vínculo visual entre el almirante y aquellos en contacto directo con el enemigo: los tenientes de navío al mando de la pequeña flotilla de cúteres y lugres que trabajaban dentro del arenal de Haak.

Los cúteres *Rose*, *King George*, *Diligent*, *Active* y *Kestrel* mantuvieron sus puestos durante largas semanas, asistidos por los lugres *Black Joke* y *Speculator*. Los nombres de estos dos últimos

proporcionaron motivos infinitos para las ocurrencias graciosas sobre si podían predecir la salida de los holandeses: cuando el *Speculator* estaba en puesto avanzado se decía que había más posibilidades que cuando el sardónicamente llamando *Black Joke* estaba cerca de la costa^[7].

Estas pequeñas embarcaciones entraron en la rutina de patrullar los canales y actuar como naves auxiliares y de correo. Era un trabajo extenuante que parecía no terminar nunca. Reconocer el terreno mediante aproximaciones a los canales, contar los topes del enemigo, determinar cuál tenía arriba los masteleros y las vergas atravesadas, preocupándose constantemente de los bajíos, del estado de la marea o de si un cambio de viento podía dejarlos al alcance de un cañón de campaña o de una batería.

La salud de Griffiths mejoró y volvió a asumir el mando efectivo del *Kestrel*. Pero los holandeses seguían sin salir. Una semana sucedía a la otra, la expectación se tornó en irritación y después en frustración. Los oficiales, aún desconfiados tras el motín, buscaban en la flota constantemente signos de problemas; mientras, la calidad de las raciones se deterioraba con el paso del tiempo. Imperceptiblemente al principio, pero con énfasis creciente, se fue endureciendo la disciplina y en las cubiertas inferiores se temía un retorno a los «viejos días». Entre los hombres, el triunfo del motín se perdió en riñas insignificantes y resentimientos. Los marineros recordaban que el asunto del Nore había terminado con ejecuciones, que seguían sin tener libertad, que los contadores no eran perceptiblemente más generosos, ni recibían sus pagas con más presteza.

Con la llegada de septiembre el tiempo empeoró y el almirante, tras hacer balance de las condiciones de la flota, decidió que debían volver a Yarmouth a hacer reparaciones, reabastecerse de pertrechos y desembarcar a los enfermos; había aparecido el escorbuto y ningún almirante tan preocupado por sus hombres con Adam Duncan podía permanecer en el mar bajo esas circunstancias. Aunque en la soledad de su camarote lleno de goteras del *Venerable*

aún le inquietaba que los holandeses, inactivos durante largo tiempo, pudieran aprovechar su ausencia.

Drinkwater escudriñó la terrible oscuridad agarrándose a los obenques de barlovento y sujetándose para contrarrestar la fuerza del temporal del oeste. El *Kestrel*, arrizado a medias y con las orzas centrales abajo, llevaba rumbo noroeste e iba camino de la salida del Molen Gat enganchado a barlovento en busca de espacio marítimo y seguridad. En algún lugar al sur de donde se encontraban, cruzando la rugiente furia de las rompientes del Haakagronden, el *Diligent* estaría tratando de salir del Schulpen Gat, mientras que el *Rose* tendría que haber abandonado el West Gat tiempo atrás.

Drinkwater se frotó los ojos, pero la sal procedente de la espuma los había inflamado y la furia del viento hacía imposible mirar directamente a barlovento. Había esperado ver el farol de la *Circe*, pero tenía dificultades para ver más allá de la siguiente ola cuando esta se elevaba en la oscuridad de babor con su cresta rugiendo ya desgajada en jirones por la violencia del viento.

La proa del *Kestrel* se lanzó contra las olas y la larga línea de su bauprés desapareció. El agua entró a chorros a bordo rodeando los bordes de sus portas y una línea de espuma blanca se elevó hasta la barandilla, aunque no entró agua verde en el barco. Drinkwater estaba poseído por una repentina y salvaje satisfacción al ver lo noblemente que se estaba comportando el cúter: en los tensos momentos en los que no podían hacer nada más que seguir adelante confiando en el arte de los constructores de la localidad de Wivenhoe que lo habían fabricado, el cúter nunca les falló.

Se volvió y caminó con cuidado hacia la popa, su capote de lona flameando a su alrededor. Tras comprobar el rumbo, se sujetó con la burda volante de babor, pasando una vuelta de cuerda de su extremo alrededor de su cintura.

Tregembo se acercó, una mancha pálida en la oscuridad.

—¿Me ha mandado llamar, señor?

—Sí, Tregembo. Necesito un sondeo, si puede conseguirlo. —
Sintió más que vio la sonrisa del marinero de Cornualles.

No debían encallar esa noche.

Drinkwater se acomodó contra la enorme cargadera del estay. Podía sentir el temblor de todo el aparejo transmitido hasta el casco en forma de leve vibración, la cual se transfería hasta su cuerpo de forma que él podía sentirse parte del material del cúter. Era una sensación muy satisfactoria, concluyó, una agradable sensación de bienestar que desafiaba el espantoso aullido del temporal. Durante un momento la imagen de Brown en su patíbulo quedó atenuada.

Drinkwater notó que se relevaban los hombres al timón y los que dejaban la caña flexionaban los brazos con alivio y buscaban refugio bajo el esquite de sotavento. Una ola se estampó contra el casco y despidió brutalmente espuma por encima de la barandilla, inundando la cubierta de blanco y deshaciéndose en remolinos alrededor de los remates de la cubierta. Debían de estar saliendo del Molen Gat ahora y dejando el relativo refugio del Haakagronden.

De nuevo volvió a mirar a barlovento en busca de la luz de la fragata. Nada.

Los holandeses nunca saldrían con un tiempo como ese, pensó Drinkwater. Iba a ser una larga y dura noche para los barcos de bloqueo británicos; aquellos vientos no eran precisamente vientos de gloria.

Alcanzaron al almirante a las diez de la mañana. El temporal estaba en su punto álgido y un puñado de nubes bajas se desplazaban malignamente por el cielo reduciendo la visibilidad a un monótono círculo de grises olas rompientes veteadas de espuma blanca que fundían sus márgenes con las mismas nubes, cada vez más bajas. Dentro y fuera de ese manto de agua, los cuadrados blancos de las gavias arrizadas y las formas oscuras de los cascos chorreando era todo lo que se podía ver de los buques de guerra encargados del bloqueo. Incluso los borrones que constituían las enseñas azules del escuadrón de Duncan parecían contagiadas de la oscuridad que las rodeaba.

El *Kestrel* se había acercado hasta la aleta de sotavento del *Venerable* como un corcho que se bamboleara en la corriente, o eso les parecía a los oficiales del alcázar del buque insignia, y el almirante hizo que sus órdenes se sellaran en un barril y se tiraran al mar.

Con gran habilidad Drinkwater maniobró en la estela del buque insignia para recoger el barril.

—Órdenes para la flota, señor Drinkwater: esta debe poner rumbo a la rada de Yarmouth, a excepción del *Russell*, el *Adamant*, la *Beaulieu*, la *Circe*, la *Martin*, dos cúteres, ah, y el *Black Joke*.

—¿Y nosotros tenemos que decírselo?

Griffiths asintió.

—Muy bien, señor, pondré rumbo directamente.

Arriaron su enseña como confirmación de que habían recibido las instrucciones y el *Kestrel* viró para alejarse.

Cuando fijaron el rumbo, Drinkwater volvió al lado de Griffiths.

—¿Y qué pasa con nosotros, señor?

—El *Active* y el *Diligent* se quedan, el resto de nosotros, a Yarmouth.

Drinkwater asintió. La fastidiosa idea de que dejaban una tarea sin concluir frente a Texel hizo que su mirada buscara la de Griffiths. Este se la mantuvo pero no dijo nada. Ambos estaban pensando en el triste cuerpo de su amigo.

Ahora navegaban a favor del viento acercándose al *Monarch* del vicealmirante Onslow. Al pasar su mensaje alcanzaron la línea de la división de Onslow y pudieron ver los pesados navíos de tercera clase, el *Powerful*, el *Montagu* y el *Russell* y los sesenta y cuatro cañones más pequeños, el *Veteran* y el *Agincourt*, junto con el *Director* de Bligh. Después le transmitieron las órdenes al viejísimo y obsoleto *Adamant*, el que tan galantemente había apoyado la farsa de Duncan en Texel tiempo atrás. Encontraron a la *Circe* y la *Beaulieu* juntas y a ambos lugres colgados de las fragatas como niños agarrados a las faldas de su madre. Ya hacía tiempo que había

oscurecido cuando volvieron al *Venerable* y lanzaron un chisporroteante cohete azul como señal para el almirante.

Drinkwater bajó, se acurrucó en un rincón de la cámara y aceptó agradecido un cuenco de manos de Merrick. Las gachas era todo lo que podía calentarse en el fogón de la cocina, pero le supieron excelente mezcladas con melaza y las devoró consciente de que Appleby estaba rondando en el umbral.

—¿Me buscabas, Harry? —preguntó Drinkwater haciéndole un gesto a Traveller que caminaba a tientas por la cámara, agarrándose para evitar la violencia del movimiento del cúter y también en busca de algo que comer.

Appleby asintió.

—Quería hablarle, Nat, si tiene un momento... —Tiró de la manga de Drinkwater y le guio hasta su propio camarote.

—Dios, estas gachas están deliciosas... ¡Ey, Merrick! ¿Hay más? —Drinkwater venía con frío de cubierta y hambriento, y encontró que Appleby lo irritaba.

—Nat, por Dios, solo le pido un momento. Escuche: mientras usted y Griffiths estaban ocupados en cubierta he estado observando una creciente inquietud en el barco... Nada que pueda precisar, pero esta triste tarea de bloqueo en una estación del año en la que ningún holandés que se precie saldría al Mar del Norte teniendo una cama en tierra, está soliviantando a los hombres. No, no rechace lo que le digo como si fuera un viejo estúpido y entrometido. He observado miradas, murmuraciones, he escuchado comentarios hechos cerca de donde estaba yo. Maldita sea, Nat, ya sabe qué tipo de cosas...

—Oh, vamos, Harry, dudo que ahora que volvemos a Yarmouth nada de eso se materialice. —Drinkwater se tragó un comentario sarcástico por la creciente preocupación de Appleby. Los servicios de bloqueo en un barco tan pequeño ponían de los nervios a todos, incluso a los marineros, y no había duda de que le habían manifestado esa irritación a Appleby.

—¿Qué marinero no refunfuña, Appleby? Se está preocupando por nada, olvídelo...

Se oyó un enorme estrépito y el mamparo que había tras ellos tembló. Desde el exterior, en el vestíbulo, un torrente de juramentos en galés mezclado con una serie de improperios anglosajones puso fin a la conversación. Appleby abrió la puerta de golpe para dejar al descubierto al teniente Griffiths, tirado de forma extraña al pie de la escalera y con la cara contorsionada por el dolor.

—Mi pierna, doctor... Maldita sea, ¡me he roto la pierna!

Capítulo 14

5-7 de octubre de 1797

Una insurrección en el cúter

—¿Podrá usted manejar el cúter, señor Drinkwater?

Drinkwater miró al almirante. Los ojos de Duncan parecían cansados por la multitud de responsabilidades que cargaba sobre sus hombros. Asintió.

—Creo que sí, señor.

—Muy bien. Haré que se le prepare un nombramiento provisional inmediatamente. Ya lo había recibido antes, ¿verdad?

—Sí, señor. Dos veces.

Duncan asintió.

—Bien. Si realiza su labor para mi satisfacción me ocuparé de que se lo confirmen sin más dilación... Ahora siéntese un momento.

—Duncan tocó una campanilla y su sirviente entró en el camarote.

—¿Señor?

—Mi secretario, Knapton, y envíe mis saludos al capitán Fairfax. Y pídale que traiga a Su Señoría. —Se volvió hacia Drinkwater—. No le hará ningún daño saber qué es lo que se cuece, señor Drinkwater, ya que va a ocupar un puesto de avanzada. ¿No fue usted parte de la dotación de presa que trajo la *Santa Teresa* a Gibraltar en el 80?

—Sí, señor. Ese barco estaba bajo el mando del teniente Devaux, Lord Dungarth según su título actual, señor.

—Sí, acabo de recordar su nombre. Ah, aquí llega Su Señoría. —Duncan se levantó, agachándose para no golpearse con el techo y les hizo un gesto a Lord Dungarth y al capitán Fairfax para que ocuparan sus asientos.

Drinkwater ocultó con una reverencia su perplejidad ante la repentina aparición del conde. Permaneció de pie hasta que el almirante le pidió que se sentara de nuevo.

—Bien, caballeros, el señor Drinkwater va a quedarse a la reunión. Dadas las circunstancias, debe estar adecuadamente informado de nuestras deliberaciones y así podrá transmitirle su contenido a Trollope. Le he otorgado un nombramiento provisional. Ahora, milord, ¿qué es lo que tiene que decirnos?

—No podía haber hecho mejor elección, almirante —replicó Dungarth, sonriendo a Drinkwater—. Bien, ¿cuándo estarán listos para zarpar?

El viejo almirante se pasó una mano por la cara.

—*Necesito* unos días más para reclutar gente para la flota. ¿Sí? —Duncan hizo una pausa al oír un golpe en la puerta. Un hombre alto con una cara taciturna entró. Llevaba uniforme de almirante—. Ah, Richard, pase. Ya conoce a Fairfax, por supuesto. Este es Lord Dungarth, del Almirantazgo... —Las cejas de Onslow se enarcaron—. Y este es el teniente Drinkwater del *Kestrel*.

Drinkwater se levantó e hizo una reverencia.

—Un placer, señor.

—¿Qué le ha ocurrido a Griffiths?

—Se rompió la pierna —explicó Duncan—, así que he ascendido a Drinkwater. Conoce a la tripulación y yo no soy de esos que andan de aquí para allá con los oficiales de un barco a otro, especialmente con la situación tan delicada que tenemos... —Miró significativamente a Onslow que asintió mostrando su aprobación. Drinkwater se dio cuenta de que sin duda habría una veintena de guardiamarinas que, con la aprobación de sus comandantes que seguramente creerían ser más idóneos que él para el primer nombramiento disponible.

—Enhorabuena, señor Drinkwater —dijo Onslow—. ¿Conoce el Salmo 75? ¿No? «Porque ni del oriente, ni del occidente, ni del desierto viene el enaltecimiento, sino que Dios es el juez; a uno humilla y a otro ensalza».

El pequeño grupo rio. Onslow era famoso por sus referencias bíblicas, tanto, que los guardiamarinas de señales tenían que tener una copia de la Biblia junto con el código de Kempenfelt.

—Muy adecuada. Pero vayamos al grano. ¿Señoría?

—Bueno, caballeros, desde la lamentable pérdida del mayor Brown. —Dungarth hizo una pausa y se produjo un murmullo deferente cuando la muerte pasó su macabra sombra sobre el consejo—, nuestra gente en París me ha informado de que el *Capitaine* Santhonax ha sido visto por allí. Pero su estancia no ha sido larga; lo enviaron a La Haya el mes pasado. Confidencialmente se espera que ya esté de vuelta en Texel, echándole el aliento en la nuca a De Winter. Tenemos la impresión de que, desde la muerte del general Hoche, ha menguado el entusiasmo por realizar un nuevo intento de hacerse con Irlanda. Pero Austria ha llegado a un acuerdo con ese nuevo general Bonaparte en Leoben y parece probable que sus tropas estén disponibles para participar en otras iniciativas. —Se detuvo y aceptó un vaso de vino de Knapton, que apareció sigilosamente llevando unos vasos altos y una bandeja de plata—. La mayoría de ustedes sabrán de la incursión francesa del pasado febrero sobre Fishguard. Fue una iniciativa de los americanos... —Un murmullo iracundo recorrió la audiencia—. Aunque fue un fracaso ignominioso, el Directorio aprendió que era perfectamente posible desembarcar en nuestro propio suelo. No sabemos si el objetivo es Irlanda o Gran Bretaña. Sin embargo parece seguro que el Directorio, a través de la persona de Santhonax, ejercerá una gran presión sobre De Winter para que se haga a la mar. Si se anda con rodeos harán que se le sustituya y posiblemente no será su bandera lo único en caer. Jan De Winter es un republicano convencido, pero un soldado de formación. Creo que Santhonax le presiona para convencerle y vencer sus recelos. Así que, ya ven, caballeros,

De Winter *debe salir* y nosotros *debemos detenerlo*. Si llega a unirse con los escuadrones de Brest sería un verdadero desastre para nosotros en todos los frentes.

Se oyó un incómodo sonido de pies inquietos cuando Dungarth concluyó. El grupo de barcos que conformaban el escuadrón del Mar del Norte estaba lejos de compararse con las unidades de primera de la flota del Canal, la Gran Flota como se la denominaba popularmente.

—Necesito unos días más —repitió Duncan mirando nerviosamente a Onslow en busca de apoyo.

—Estoy de acuerdo, Adam. Tendrá que informar al Gobierno, milord, de que necesitamos tiempo. Este escuadrón ya es bastante estafalario de por sí. Fíjese, si incluso su comandante en jefe tiene que soportar este tipo de cosas... —Onslow señaló los cubos estratégicamente colocados en el camarote de Duncan que habían sido puestos allí para recoger el agua que se filtraba desde la cubierta.

Drinkwater escuchó las deliberaciones de sus superiores con una sola oreja mientras reflexionaba sobre las noticias de Dungarth. Su instinto había sido el correcto. Aún no habían acabado en Texel. Ni tampoco con Santhonax. Comenzaba a pensar que Irlanda era probablemente la clave. La parálisis de la flota británica y la unión de las armadas republicanas para realizar alguna expedición conjunta habían sido los motivos principales para las acciones de Santhonax. Y Brown se había interesado por Wolfe Tone en la playa de Kijkduin. Sí, las acciones de Santhonax estaban claras ahora: el levantamiento de la flota británica, del que tan cerca había estado, la urgencia de conseguir el apoyo de los holandeses antes de que se desmoronara la determinación de Parker y, cuando eso también falló, un último golpe desde Brest con ambas flotas combinadas para obligar a retirarse a una Armada Real debilitada por el motín, y después un asalto a las desnudas costas de Gran Bretaña a manos de un ejército francés bajo el mando de un nuevo general que se

decía que era más brillante que Hoche y Moreau, ese general Bonaparte...

—¿Señor Drinkwater...? ¡Señor Drinkwater!

Volvió a la realidad dando un respingo.

—Discúlpeme señor. Yo, errrr, estaba considerando las implicaciones de lo que Lord Dungarth... —su voz se fue apagando mientras se ruborizaba hasta ponerse escarlata.

—Sí, sí —dijo Duncan irritado—. Tendré las órdenes por escrito en una hora. Acomódese en la cámara de oficiales. Llevará mis despachos a Trollope y después se posicionará tan cerca de Kijkduin como pueda. Quiero que se me informe en cuanto los holandeses hagan cualquier movimiento. ¿Me entiende?

Drinkwater se levantó.

—Sí, señor. Gracias por depositar en mí su confianza. Un placer, caballeros. —Hizo una reverencia y salió para encaminarse a cubierta.

—Ustedes dos están en connivencia, malditos sean —murmuró Griffiths, el sudor perlando su pálida frente, sus pupilas contraídas por el opiáceo administrado por Appleby.

—No, señor —dijo Drinkwater con amabilidad—. Ese no es el caso en absoluto. Las órdenes vienen del almirante Duncan, señor. Si nos da su permiso, haremos que le desembarquen y lo lleven inmediatamente al hospital. —Le hizo un gesto a Short y a un marinero para que entraran en la cámara y llevaran a Griffiths en volandas hasta la camilla. Mientras forcejeaban para salir por la puerta, Appleby se enjugó la frente.

—¡Fiííuu! Viniendo de usted ha obedecido como un corderito, Nat, hijo. Ha estado dándome la tabarra toda esta última hora.

—Pobre viejo —dijo Drinkwater—. ¿Sanará su pierna?

Appleby asintió.

—Sí, si se mantiene fuera de circulación durante un tiempo. Su constitución es notable, teniendo en cuenta la fiebre amarilla que

contrajo en Gambia.

—Echará de menos su botella en el hospital. —Siguieron a la camilla mientras la subían a cubierta donde Jessup ya se estaba preparando para bajar al teniente al bote que esperaba.

—Señor Drinkwater —graznó Griffiths intentando levantar la cabeza.

—¿Señor? —Drinkwater tomó la mano que le tendía.

—Buena suerte, Nathaniel, *bach*. Esta puede ser su oportunidad, ya lo sabe. Esté atento y el éxito quedará al alcance de su mano. Buena suerte entonces. Bájenme, malditos marineros de agua dulce, pero con cuidado, cuidado.

Drinkwater vio como el viejo, envuelto en esa especie de sudario de madera y lona, era sacado del cúter. Se quedó mirando cómo el esquife describía una curva alejándose hacia la orilla y notó que se le empañaban los ojos. Apartó el sentimiento de su mente y volvió su atención a bordo.

—¡Señor Jessup!

—¿Señor?

—Reúna a los hombres a popa.

Su corazón latía con una mezcla de temor y excitación. Puede que su ascenso fuera «provisional», insustancial y más que temporal, pero mientras durara, él tenía poder sobre los hombres que se apiñaban alrededor del otro esquife en el combés y era responsable de cada movimiento del cúter, de su misión y de los errores de sus subordinados. Buscó en su bolsillo y sacó el rollo de papel.

Cuando se hizo el silencio comenzó a leer.

Al término de las palabras tan solemnemente formales añadió una frase de su propia cosecha:

—Confío en que ustedes cumplirán con su deber conmigo como lo hicieron con el teniente Griffiths. Muy bien, señor Jessup, levaremos anclas en cuanto vuelva el esquife. Ahora prepárense para virar en corto.

Jessup gritó y los hombres volvieron a sus puestos a hacer los preparativos. Drinkwater llamó a Hill.

—¡Señor Hill! Señor Hill, os asciendo nominalmente a piloto. Haga la primera guardia en mi lugar.

Mientras se soltaban las velas del cúter, él se escabulló abajo. Merrick, alborotando como una vieja gallina, estaba arrastrando las últimas pertenencias de Drinkwater desde el pequeño camarote que ocupaba hasta entonces hasta el del teniente al mando. Era un poco más grande que el suyo, pero en el estante para la jofaina y la taza de peltre Drinkwater notó con una sonrisa que los dos objetos estaban en su lugar. Al colgar la pequeña acuarela pensó en Elizabeth. En ese momento llevaban separados dieciocho meses. Y era una pena que no hubiera tiempo para hacerle saber que le habían ascendido y la promesa de Duncan. Un golpe en la puerta interrumpió su privacidad. Era Appleby.

—Nat... señor... —Appleby se pasó una mano grande y rechoncha por su papada.

—¿Qué ocurre? —preguntó Drinkwater mientras acomodaba sus libros.

—Estoy encantado de ver que le han ascendido, Nat... Señor... Pero créame si le digo que es imperativo que sea prudente con los hombres. Siguen en un estado de ánimo alarmante. Y las órdenes de volver a Texel no lo van a mejorar. No es nada específico —se apresuró a aclarar Appleby antes de que Drinkwater pudiera interrumpirle—, pero preveo que le pondrán a prueba ahora que Griffiths no está, eso es todo...

—Parece —dijo Drinkwater atando un cabo alrededor de la caja de su cuadrante— que ha dejado que la sedición, el motín y todos los terrones de las cubiertas inferiores infecten su, por lo demás, buen juicio, Harry.

—Por todos los cielos, Nat, maldita sea, señor: tómese mi advertencia a la ligera, y estará cometiendo una equivocación.

Drinkwater sintió que la ira crecía en su interior. Que le frustraran su oportunidad ahora lo llenaba de horror y el derrotismo de Appleby

lo sulfuraba. Se dominó con dificultad.

—Mire, Harry, llevamos semanas con este tedioso bloqueo, todos estamos hartos, asqueados incluso, pero esa es nuestra misión y ahora más que nunca existe la necesidad de que haya barcos frente a Texel. Hágame el favor de abandonar ese maldito discurso de una vez.

—Por Dios, hombre, ¡esta tontería del mando se le ha subido a la cabeza!

—Tenga cuidado, Harry —dijo Drinkwater, una amenaza profunda y furiosa en su voz. Y salió de la cámara en busca del aire fresco de la cubierta empujando al cirujano al pasar.

Se encontró con Bulman al salir del tambucho.

—Los saludos del señor Hill, señor Drinkwater. Le informa de que el ancla está lista y que el esquife se aproxima.

Drinkwater asintió y caminó hasta la barandilla, agarrándola con manos temblorosas. Maldito Appleby y maldita fuera su alma pusilánime. Quería sacar de su mente esos pensamientos lúgubres para concentrarse en su tarea.

Subieron el esquife y levaron anclas, rumbo sureste, hacia St. Nicholas Gat, rodeando por el sur el arenal de Scroby.

Se pasaron a proa las últimas trincas por encima del esquife, se amarraron a sus cabillas los últimos rollos de drizas y se tensaron las escotas. Hill tenía sujetas las bozas y estaba pasando la boza de uña de cadena para asegurar el ancla contra su resbaladera. Dos hombres estaban subiendo cubos de agua por el costado para enjuagar el barro de la rada de Yarmouth de la tablazón. Traveller caminaba alrededor de sus cañones comprobando sus cureñas. Todo tranquilizadamente normal. Se relajó y comprobó el rumbo. Ante él se erguía el reto de Texel.

A medianoche los temores de Appleby se hicieron realidad. Cuando Hill le pasó el mando de la cubierta a Jessup, los hombres pidieron que se les pagara. Era una petición extraña e imposible, pero era una afrenta que duraba muchos meses. Y era ahora cuando los cabecillas de la protesta del castillo de proa habían elegido

manifestar sus quejas. La tripulación del *Kestrel* llevaba sin ver una paga más de doce meses. La última vez que estuvieron anclados, James Thompson, el contador, les denegó las cantidades adeudadas, principalmente porque no disponía ya de dinero en efectivo. Esto había hecho que los hombres no pudieran comprar nada en los botecillos comerciales de Yarmouth. La consiguiente falta de pequeños placeres exacerbaba el ya fuerte resentimiento de los hombres. Por alguna ironía, varias botellas de licor habían encontrado la forma de llegar a bordo y el consumo de las mismas en la primera guardia había llevado a la revuelta de medianoche.

Llamaron a Drinkwater y le sacaron, a trompicones y somnoliento, de su coy. Pero sus sueños quedaron rápidamente desplazados por la ira al oír las noticias que Jessup le traía. Durante un minuto, vistiéndose mientras Jessup hablaba, se puso a despotricar contra sus hombres, pero se obligó a reconocer la justificación de sus quejas y que su propio enfado no iba a llevarle a ningún lado. Pero pagarles era del todo imposible.

—¿Quién está detrás de todo esto, señor Jessup? Vamos, tiene que haber un cabecilla...

Jessup se encogió de hombros.

—No que yo sepa... Me vendría bien una de esas. —Cogió una de las pistolas que Drinkwater acababa de sacar de su caja. Pertenecían a Griffiths. Drinkwater no dejaba de pensar mientras introducía la pequeña baqueta de nuevo en su lugar.

—¿Puedo contar con usted, señor Jessup?

—Por supuesto, señor —respondió Jessup indignado.

—Muy bien. Guarde la pistola entonces. ¿Dónde están los marineros ahora?

—En la cubierta, esperándole.

—Llame a todos los oficiales.

—Ya lo hice cuando venía a buscarle. Ah, aquí está el señor Appleby...

Appleby se abrió paso al interior de la cámara.

—Se lo dije, Nat. Le avise de que... —Su cara estaba gris de preocupación y su camisón aumentaba la protuberancia de su barriga donde esta sobresalía de los pantalones abrochados apresuradamente.

—Al demonio con sus preocupaciones, Harry. ¿Está usted armado?

—Por supuesto —dijo sosteniendo un cinto de pesadas pistolas—. He tenido estas cargadas y preparadas durante un mes.

—Espero que haya comprobado los cebos, entonces —replicó Jessup y Appleby le fulminó con la mirada.

—Bien, caballeros. ¡Vamos allá! —Traveller se les unió en el vestíbulo y todos subieron a cubierta.

Era una noche clara con un viento a la cuadra y el mar llevándolos hacia el este a velocidad creciente. Jirones de nubes oscurecían las estrellas. Mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad pudo ver que Bulman tenía el timón y una mancha borrosa de rostros en el combés le mostró donde esperaban los hombres. Drinkwater sabía que debía actuar con resolución y se volvió brevemente a los oficiales que estaban tras él.

—Espero su apoyo. Hasta las últimas consecuencias, si es necesario.

Después caminó hacia la proa hasta que no quedó más que una yarda entre él y los hombres que esperaban. Una sensación fría se había apoderado de él. No podía apartarse de las órdenes ahora, ni tampoco de la única oportunidad que la Providencia le había ofrecido al fin tan parsimoniosamente. Instintivamente supo que ninguno de los hombres intentaría agredirle físicamente. De lo que no estaba tan seguro era de su propia compostura.

Sacó su espadín con una floritura y a la vez que oía el ruido áspero del metal notó el movimiento de retroceso involuntario y la brusca inhalación de aire.

—Ahora, muchachos; sé de vuestras quejas, pero este no es el momento de airearlas. Estamos en una misión importante y todos

debemos cumplir con nuestro deber. —Dejó que sus palabras calaran en la audiencia.

—Estupideces —se oyó gritar a una voz desde la parte trasera de la multitud y vio sonrisas en la oscuridad.

Sacó la pistola de su cinturón y la apuntó brusca y terriblemente, contra el cráneo del marinero más cercano.

—¡Señor Jessup! ¡Señor Appleby! ¡Traigan aquí sus armas inmediatamente!

De nuevo sintió que la voluntad de los hombres vacilaba: resolución en la parte de atrás, debilitamiento en los que había delante.

—Le dispararé a este hombre si no se dispersan al momento. Les ruego que no me obliguen a llegar hasta ese extremo... —Los ojos del hombre se abrieron de miedo, el blanco de los mismos brillando en la penumbra.

—Santo Cristo —susurró.

—Que le den, señor Drinkwater. No puede engañarnos, queremos nuestro dinero. —Se escuchó un murmullo de apoyo y aprobación.

Con un chasquido, Drinkwater tiró del percutor de la pistola para amartillarla.

—No les estoy engañando. —Paseó su mirada sobre los hombres.

—El señor Drinkwater tiene fama de tener coraje, muchachos —dijo Appleby desde detrás—. Les recomiendo sinceramente que no terminen con su paciencia...

—Sí, muchachos, el señor Appleby tiene razón. Recordad aquel lugre gabacho... —Era la voz de Tregembo y Drinkwater mantuvo la boca cerrada, consciente del pequeño melodrama que se estaba desarrollando. No conocía la truculenta reputación que había adquirido gracias a la lucha cuerpo a cuerpo, ni cómo se decía que había barrido la cubierta del *Citoyenne Janine*, o cómo, en la guerra americana, el señor Drinkwater había matado al oficial francés de la fragata *La Creole* y que aún llevaba la espada del hombre muerto para probarlo.

Drinkwater sintió como la marea cambiaba.

—Contaré hasta cinco. Si no abandonan la cubierta antes de que acabe, disparo. Si deciden seguir mis instrucciones, dejaremos el asunto correr y yo, personalmente, pediré su paga al almirante. Uno... Dos... —El hombre que tenía junto a él temblaba de forma incontrolable. Drinkwater levantó la boca de la pistola—. Tres.

Una oleada que venía de la retaguardia recorrió al grupo de hombres.

—Cuatro.

Murmurando para sí se encaminaron hacia la proa.

Drinkwater bajó la pistola.

—Váyase —le dijo en voz baja al asustado hombre que había junto a él, que solo pudo reaccionar temblando.

El motín había terminado. Solo se oyó una campanada proveniente del reloj que había en medio del barco.

—Hora de irse a dormir, caballeros —dijo Drinkwater con algo que a los que le escucharon les pareció frialdad, pero que realmente no era más que el cansancio que trajo consigo el alivio de su corazón acelerado.

—Cuatro campanadas, señor.

Drinkwater se revolvió y salió de las profundidades del sueño para encontrar a Merrick inclinado sobre él, con el aroma del café en su nariz. Pasando las piernas sobre el borde del coy cogió la taza mientras Merrick encendía el farol. Drinkwater se estremeció por el frío de las horas anteriores al amanecer y sintió un leve dolor en su brazo derecho. El dolor le recordó los sucesos de la noche anterior e hizo que se despertara del todo.

Merrick se volvió a mirarle tras poner a punto el farol.

—El señor Traveller me ha pedido que le diga que espera poder ver el escuadrón con las primeras luces, señor.

—¿Y por qué no me lo ha dicho cuando me ha llamado? —Drinkwater sintió que una irritación malhumorada crecía en su interior, junto con una marea de soledad que se combinaba con la

amarga consciencia de que, además de una grave responsabilidad hacia Duncan, tenía que lidiar con una tripulación rebelde. No escuchó la excusa que murmuró Merrick y experimentó un placer mezquino cuando el hombre se fue.

Se fue calmando mientras se afeitaba, desprendiéndose del resentimiento mientras el café iba inundándole la boca y despejándole la cabeza. La tarea de Duncan no era imposible. Griffiths tenía razón: esta podía ser su oportunidad y no estaba dispuesto a desperdiciarla. Se limpió los restos de espuma de la cara, terminó de vestirse y subió a la cubierta.

Intercambió saludos con Traveller y caminó hasta la barandilla de barlovento. La brisa del noroeste se había mantenido durante la noche y el horizonte oriental se iba definiendo más claramente contra la luz del sol que ya empezaba a verse. Durante un momento se limitó a respirar el aire frío de la mañana y después llamó a Traveller.

—¿Señor Drinkwater?

—¿Todo tranquilo?

—Ni un ruido. Discúlpeme, señor Drinkwater, pero yo diría que no tendrá más problemas con su gente. —Drinkwater miró al condestable.

—Esperemos que tenga razón, señor Traveller —respondió con tanta serenidad como pudo.

—Deberíamos ver al escuadrón muy pronto, señor. Cuando han sonado las cuatro campanadas íbamos a nueve nudos.

Drinkwater asintió y caminó hacia la proa hasta llegar a donde estaban los esquifes. Subrepticamente les dirigió una mirada a los dos timoneles. Estaban concentrados en la aguja. Los había intimidado a todos, parecía; se detuvo, con esfuerzo, retorciéndose las manos nerviosamente a su espalda. Se centró en preparar lo que le iba a decir a Trollope en una hora o dos.

—El viento está amainando, señor —dijo Hill. Estaban bastante avanzados en el Schulpden Gat, la batería de Kijkduin al costado sobre la proa, justo a tiro de cañón. Por suerte el cadalso ya no estaba allí. Drinkwater dio la orden de echar el ancla ya que no estaban progresando contra la marea que iba hacia el sur. El sol ya bajaba por el oeste y el frío de la noche podía sentirse en el aire. Drinkwater miró al cielo. Estaban desapareciendo las nubes; las dunas, los molinos y las iglesias de la costa holandesa se veían con una nitidez que se debía más a lo seco del aire que a la puesta de sol.

—Creo que el viento va cambiar al este, señor Hill.

—Sí, señor, tiene razón.

Drinkwater esperó hasta que los hombres bajaron las velas y las estibaron. Entonces ordenó que se asegurara una boza en el cable, que se prepararan las cargas y se recargaran los cañones. Mientras los hombres iban y venían de un lado para otro, él ascendió por el aparejo hasta la encapilladura. Tras asegurarse, dirigió su catalejo hacia el este.

Recordó las palabras de William Burroughs, primer teniente del *Russell*, que charló con él mientras Trollope estudiaba las órdenes.

—Le envidio por ese cúter, como lo harán muchos otros, no tengo duda, una vez que se enteren de que el viejo Griffiths está postrado en cama. Al menos puede ver a los cabezas cuadradas; todo lo que yo veo son unos pocos topes sobre las dunas e intento adivinar el número de barcos que habrá. Es como... como... —Burroughs intentó encontrar un símil, pero no pudo y simplemente se encogió de hombros—. Bueno, usted sabe bien que es totalmente imposible. Sí, le envidio por eso. Se hace endemoniadamente aburrido estar aquí fuera una semana tras otra. Esto no es el Mediterráneo, ¿sabe? Nada de mares azules o sierras coronadas de nieve con las que soñar despierto; solo acres y acres de agua del color del estiércol y un montón de holandeses cabezas cuadradas

sentados sobre sus posaderas riéndose de nosotros, ¿eh? —Ese era un sentimiento que se expresaba cada vez con más frecuencia entre la flota. Pero la despedida de Burroughs había sido menos frívola—. Buena suerte, amigo, todos dependeremos de usted.

Bueno, tendría que hacerlo mejor que Burroughs. Tras limpiarse el ojo con la manga volvió a colocarse el catalejo y se concentró.

La sombría costa se extendía hacia el sur, una ondulación tras otra de dunas y hierba de ribera. Aquí y allá un grupito de casas que se arremolinaban alrededor de las llamativas agujas de las iglesias. Jirones de humo se elevaban en el aire sereno. En el círculo de la lente descubrió a un jinete solitario que cabalgaba por la línea de costa sin dejar de mirarles. Movi6 el catalejo hacia la izquierda, hacia el lugar donde el parapeto de la batería servía de pantalla ante las casitas de Kijkduin. La bandera tricolor holandesa colgaba sin fuerza sobre la muralla de color pardo y ah6 también podían verse más hombres, un destello de luz sobre una bayoneta y un catalejo. Más allá de Kijkduin la costa se iba inclinando hacia el fondeadero, donde podían verse los mástiles negros de los barcos. Sintió que su corazón saltaba cuando se dio cuenta de que la mayoría de los barcos tenían las vergas atravesadas. Los preparativos para hacerse a la mar ya estaban muy avanzados. ¡Lord Dungarth tenía razón! Contó al menos veinte barcos. Barrió el lugar con el catalejo para finalmente dirigirlo hacia el norte. En el lado más alejado del estuario de Texel, la isla de Texel se confundía en la distancia. Una embarcación holandesa permanecía en el canal. Los ojos de De Winter; al igual que ellos eran los de Duncan.

Hacia el norte, en el Molen Gat, podía verse la pequeña forma oscura del *Diligent* y al oeste los tres mástiles del *Black joke*, anteriormente barco de despachos del conde Howe, que estaba anclado en el West Gat. Entre ellos, una llana extensión de arena bordeada por las ondas que formaban las rompientes en las aguas poco profundas: el Haakagronden, que iba quedando cubierto según subía la marea. Al oeste el sol se hundía en tonos de rojo, el mar de

un verde jade excepto en los lugares en los que el sol colocaba una franja dorada sobre su superficie rizada.

Volvió a la cubierta, preparó la señal: «El enemigo tiene las vergas atravesadas», la izó y disparó un cañón. Cuando el sol se puso, el *Black Joke* confirmó que la había recibido y Drinkwater pudo ver como se lo repetían al barco más cercano de los de Trollope, la chalupa *Martin*. Drinkwater sonrió para sí de pura satisfacción. Si Elizabeth lo viera en ese momento pensaría que era muy vanidoso.

—¿Has visto cómo ha sonreído el señor Drinkwater justo ahora? —le murmuró Tregembo a otro marinero, inclinándose sobre la barandilla junto a él—. Me parece que vamos a entrar en acción muy pronto, compañero.

La ligera brisa murió del todo para la medianoche y una calma vítreca cayó sobre el agua negra; el timón crujió y la caña tiró suavemente de sus aparejos.

—Hay buena marea ahora mismo. Vamos a ponernos en marcha con las orzas centrales abajo y remando un trecho hacia el norte, señor Jessup. Avise a los hombres.

Drinkwater no quería hacer trabajar a los hombres innecesariamente, pero a una milla más al norte tendrían una visión mucho mejor de la flota holandesa anclada y aún estarían fuera del alcance de la batería. Las orzas les permitían moverse en una noche tan tranquila sin mucha dificultad y el trabajo de los remos mantendría ocupados a los marineros, dándoles poco tiempo para meditar sobre sus quejas, imaginarias o de otro tipo.

El golpeteo continuo de los garfios que chocaban suavemente contra las restingas le comunicó el lugar en el que debía arrimar gente al cabrestante, mientras en la parte baja del costado del cúter el carpintero y su ayudante estaban dando golpes para sacar las columnas de basada de las chumaceras de los remos. Un ruido sordo y amortiguado en la oscuridad del combés indicó que los hombres estaban sacando las desgarradas extensiones de los remos del lugar donde se guardaban, entre los esquifes, para colocarlos en su posición. Dos hombres se acercaron a popa y desamarraron las

trincas de la caña. Se quedaron de pie, listos para ejecutar las órdenes de Drinkwater.

Desde la proa llegó un largo grito: «Arriba y abajo» y tras un momento otro: «Ancla levada».

—Todo a estribor. —Los dos hombres giraron completamente la caña—. Todos a una, señor Jessup.

Los remos cobraron vida, balanceándose de forma extraña por la cubierta y cayendo al costado salpicando agua mientras los marineros cogían el ritmo; Jessup los acicateaba con obscenidades rítmicas, curiosamente moduladas con sílabas enfáticas de forma que consiguió que los hombres se fueran adaptando al ritmo gradualmente. El *Kestrel* se puso en marcha, girando para poner la marea bajo su quilla mientras Jessup entonaba su invectiva sin sentido de esa ingeniosa forma que tienen los marineros británicos. Drinkwater enderezó el rumbo del cúter y media hora después volvieron a anclar.

—Ponga una boza en el cable, señor Jessup y después mande a los hombres abajo. Ordenaremos zafarrancho de combate al amanecer, por si acaso los barcos holandeses se han movido.

—Sí, señor. —Jessup se alejó dando órdenes. Drinkwater estaba encantado consigo mismo. Las orzas centrales no habían tocado fondo ni una vez. Deberían estar en la posición que quería. Se envolvió en su capote y, tras quitarse los zapatos, se tiró en su coy y pronto se quedó dormido.

Le llamaron a las seis. Cinco minutos después estaba en cubierta. El viento era cortante y venía del este. Con las cinco campanadas ordenó que toda la tripulación subiera a cubierta y los hombres se apresuraron a sacar y recargar los cañones. Se amarraron trincas alternas en la vela mayor y las drizas se prepararon para ser izadas con rapidez, sus tiras enrolladas en cubierta en caso de que la luz del sol mostrara que estaban demasiado cerca de la batería. El día llegó con niebla.

Una hora más tarde Drinkwater ordenó que se retirara la tripulación y bajó para afeitarse y desayunar. Las gachas y la melaza

le calentaron y solo su recién descubierta dignidad como oficial al mando evitó que se dedicara a provocar a Appleby que estaba protestando con poco entusiasmo porque el crujido de los remos no le había dejado dormir. El hecho de que el viento viniera del este había colocado a Drinkwater en un estado de tensión que no le dejaba divertirse.

Volvió a la cubierta y se puso a caminar mientras esperaba que se levantara la niebla que había sobre la costa. Si habían anclado en el lugar incorrecto puede que tuvieran que cortar el ancla y huir apresuradamente para no verse en medio del fuego cruzado de la embarcación de reconocimiento y los cañones más pesados de Kijkduin. Intentó calmarse, aguantar el sudor que le escocía entre los omóplatos y olvidar la breve frase que lo estaba atormentando y que no dejaba de venirle inesperadamente a la cabeza: *morituri te salutant...*

—Se está disipando la niebla, señor Drinkwater. —Era Traveller, ansioso por disparar sus preciosos cañones.

—Gracias, señor Traveller. —Drinkwater fue hasta la proa y comenzó a escalar el palo. Desde la percha podía ver las bolas de los topes de la flota holandesa que se elevaban por encima del velo blanco que envolvía la ciudad de Den Helder. En primer plano ya se veía claramente tierra y el solitario estruendo de un cañón provocó un eco en dirección a alta mar desde donde la batería intentaba alcanzarles. La nave auxiliar holandesa aún estaba en el canal, a unos ocho cables de distancia y, más allá, emergiendo dramáticamente por encima del vaho que se evaporaba, la flota holandesa, que continuaba allí.

El movimiento era obvio. Había marineros en las arboladuras y empezó a contar mientras los barcos comenzaban a girar para evitar las boyas. Al mediodía el *Black Joke*, adentrándose hábilmente en el West Gat, se abarloó con ellos. Habían acordado que sería ese barco el que saldría a buscar a Trollope en la tarde del 7 de octubre para informarle de que los holandeses se preparaban para moverse. Era

más que probable que, si el viento continuaba viniendo del este, el almirante De Winter se hiciera a la vela.

La tarde iba muriendo y la brisa aún era constante. Drinkwater seguía en cubierta; no se atrevía a bajar. Los tediosos meses de tareas de bloqueo le habían mortificado hasta el punto de que deseaba con todas sus fuerzas que se produjera algo de acción. Y lo mismo le pasaba a toda la tripulación del *Kestrel*. Observó la cubierta. Los marineros se entretenían mientras esperaban a que los holandeses salieran, medio esperanzados, medio temerosos. Miró hacia el este. El buque de reconocimiento permanecía anclado, como un perro a la puerta de la casa de su amo y más allá...

Drinkwater cogió su catalejo. Uno de los barcos había desplegado el velamen y ya se había hecho a la vela, proa al viento. Se inclinó hacia delante y dirigió el catalejo, fijándose en uno de los estayes.

Era una fragata que bajaba por el canal con las gavias extendidas. ¿Iba a volver a anclar más adelante o estaba liderando la flota en su salida hacia el mar? Drinkwater tenía la boca seca, la espalda sudorosa y el corazón martilleándole en el pecho. La fragata seguía dirigiéndose hacia el mar. Se la quedó mirando durante unos diez minutos y después se relajó. Vio como sus gavias se estremecían y su casco se alargaba mientras viraba hacia el viento para volver a anclar. Iba a actuar como buque de guardia, anclando primero y remando para evitar la leve oposición de la corriente, fuera del camino de la armada de De Winter. Drinkwater se encontró temblando de alivio. Estaba a punto de volver hacia la popa cuando un movimiento junto a la fragata le llamó la atención. Vio que hacían descender un bote por su costado y que este comenzaba a remar hacia el mar, hacia la embarcación vigía.

Cuando el sol cayó, el *Kestrel* hizo la señal de «Enemigo en un avanzado estado de preparación» al *Black Joke*, que estaba cinco millas al oeste. Vio que la repetían y unos minutos después recibieron la respuesta de Trollope. Era una señal de distancia de tres banderas cuadradas y una bola negra, y significaba: «No tengo apoyo».

Duncan no había llegado.

Drinkwater se volvió de nuevo hacia el este. Tendrían que correr delante del enemigo entonces. El bote había dejado la nave auxiliar y remaba de nuevo en dirección a la fragata. Se preguntó qué órdenes había recibido quien estuviera al mando de la fragata. Seguro que instrucciones sobre cuándo iban a zarpar, concluyó. Y entonces se dio cuenta de algo más. Algo que hizo que los músculos de su estómago se contrajeran y se tensara todo su cuerpo.

La embarcación vigía holandesa había izado una bandera en su tope.

Un pendón negro y puntiagudo.

Capítulo 15

8-11 de octubre de 1797

Kamperduin

El sueño eludió a Nathaniel Drinkwater esa noche. Cuando oyó las cuatro campanadas que sonaban en el reloj se levantó, cruzó la cámara y abrió el armario donde Griffiths guardaba el licor. Sus manos se cerraron alrededor del cuello de la primera botella y la sacó, le quitó el corcho y vertió el coñac directamente en su garganta. El olor de la bebida le recordó la noche frente a Beaubigny y los ojos de Hortense Montholon. Tenía la fuerte sensación de que se cerraba el círculo que habían abierto los sucesos de aquella noche.

—Esto es brujería —murmuró para sí y volvió a beber de la botella, estremeciéndose por el efecto del alcohol puro. Dirigió su mente hacia Elizabeth, invocando deliberadamente su imagen para reemplazar la de Hortense, como un hombre que toca un talismán, igual que lo había hecho años atrás en las marismas de Carolina del Sur. Pero Elizabeth quedaba lejos ahora, más allá del inmenso obstáculo que suponían las horas venideras, oscurecida por las responsabilidades del mando. De alguna forma la antigua promesa de prudencia que le había hecho a Elizabeth ahora parecía tan pomposamente ridícula como la de cumplir con su deber que le había hecho a Duncan.

Arrojó la botella lejos de él y esta se hizo pedazos contra el mamparo más alejado.

—Maldita brujería —repitió, dirigiéndose hacia el tambucho. Caminó arriba y abajo entre el coronamiento de popa y los esquifes y el guardia que había junto al ancla, al verle, se apartó de su camino. De vez en cuando hacia una pausa para mirar en dirección a Kijkduin. Santhonax *tenía* que estar en Kijkduin. Tenía que ser así para que él pudiera alimentar la fría crueldad que se estaba extendiendo por todo su ser. Si en las horas siguientes tenía la oportunidad, no debía faltarle la resolución suficiente para atraparlo.

El vicealmirante De Winter ordenó a su flota zarpar la mañana del 8 de octubre. La fragata que Drinkwater había visto la tarde anterior navegó hacia mar abierto con las primeras luces, alcanzando a la embarcación vigía y uniéndola a su estela. El *Kestrel* también levo anclas y bajó por el West Gat en dirección al mar disparando sus cañones y enarbolando la señal de «Enemigo a barlovento». El *Black Joke* se dio cuenta de la alarma, viró y abrió la marcha, izando la misma señal.

Durante una hora el *Kestrel* navegó delante de la flota holandesa mientras un barco tras otro iba rodeando la batería de Kijkduin y girando hacia el sur en dirección al Schulpen Gat. El cúter, separándose de ella en dirección a donde estaba Trollope, la observó desde la distancia; su capitán sin parar de hacer anotaciones en una pizarra.

Se reunieron con el escuadrón al mediodía, acercándose al comodoro para recibir órdenes.

—¿Qué es lo que ha conseguido averiguar? —preguntó Trollope a través de su bocina.

—Veintiún barcos, que incluyen algunas chalupas y fragatas; digamos que unos quince de línea. También hay cuatro bergantines y dos naves auxiliares... Yo diría que esa es la fuerza completa, exceptuando los buques de transporte...

—Así que Irlanda queda fuera de su alcance.

Drinkwater sacudió la cabeza.

—No, señor, pueden salir con la siguiente marea o esperar hasta que ya se hayan enfrentado a nosotros, señor. —Vio como Trollope asentía.

—Tome posición junto a mi bao de sotavento. Estoy formando la línea. Siga repitiendo mis señales. ¡Buena suerte!

—Para usted también, señor. —Intercambió un saludo con Burroughs y después se volvió hacia Hill.

—Señor Hill, nuestra posición es junto al bao de sotavento del comodoro. Océpese de ello.

—Sí, señor.

—Ajuste las velas para mantener la posición y estese atento a cualquier señal, tanto general, para ser repetida al escuadrón, o particular para nosotros.

Drinkwater sintió que se quitaba un gran peso de encima. Venía bien estar en compañía de nuevo, ver la enorme forma del *Russell* a poca distancia a barlovento. De repente se sintió muy cansado, pero aún había una cosa más que hacer.

—¡Señor Jessup!

—¿Señor?

—¡Reúna a los hombres a popa!

—Bien, muchachos —comenzó Drinkwater, subiéndose a la culata de uno de los cañones de tres libras cuando todos se hubieron reunido—. Yo no soy persona que le guarde rencor a nadie, ni tampoco lo son ustedes. Estamos ante una fuerza enemiga y desobedecer una orden conlleva la pena de muerte. Por ello confío absolutamente en su lealtad. Manténganla y les prometo que removeré cielo y tierra para hacer que les paguen en el mismo momento en que volvamos a Sheerness. —Se detuvo y se alegró al oír que un murmullo de aprobación recorría el grupo de hombres—. Vamos, señor Jessup: reparta una medida de licor ahora...

Drinkwater saltó al suelo.

—Señor Hill, queda a cargo de la cubierta. Mándeme llamar si me necesita. —Y, agradecido, bajó a la cubierta inferior y recorrió la

cámara en la que la luz que entraba por la claraboya había exorcizado los espectros de la noche precedente.

—Ración de licor, señor Thompson —le dijo Jessup al contador. James Thompson asintió y señaló los cañones del *Russell* a media milla a barlovento. Eran un incentivo mudo pero poderoso para la obediencia.

—Elige bien los momentos para sus discursos de exhortación, ¿verdad, señor Jessup?

Jessup solo tenía una vaga idea de lo que era un discurso de exhortación, pero no se le escapaba la importancia del *Russell*, cabeceando con el trapo izado en los juanetes mientras miraba hacia el sur para mantener posiciones frente a De Winter.

—Sí, señor Thompson, es un bastardo frío y calculador —murmuró Jessup, incapaz de ocultar la admiración en su voz.

El capitán Trollope formó su escuadrón en línea de batalla con la chalupa *Martin* a babor en la vanguardia, sin perder de vista a De Winter mientras bordeaba la costa por el sur. Según iba avanzando el día y su retaguardia fue superando el Schulpden Gat, De Winter alteró el rumbo para dirigirse más al oeste.

El cuerpo principal de Trollope lo formaban la *Beaulieu*, una fragata de cuarenta cañones, seguida por el fiel *Adamant*, de cincuenta y el propio *Russell*. En su estela estaban la fragata más pequeña *Circe*, de veintiocho cañones. El *Kestrel* y el *Active*, cúteres, quedaban a sotavento de la línea y el *Black Joke* ya había sido enviado tiempo atrás en busca de Duncan para informarle de que el enemigo había salido.

Cercana ya la noche, el viento bajó de intensidad y roló al suroeste. De Winter viró por delante en persecución de Trollope que se batió en retirada, mientras los holandeses, incapaces de alcanzar a los británicos, volvían a establecerse al sur, confirmando la teoría de que pretendían abrirse paso a la fuerza hacia el estrecho de Dover.

Durante los dos días siguientes el viento sopló con más firmeza hacia el oeste y la flota de De Winter comenzó a caer a barlovento, acercándose a la costa inglesa en las cercanías de Lowestoft, con Trollope justo delante, cubriendo sus comunicaciones con Yarmouth.

—¿Qué le parece, Nat? —le preguntó Appleby confidencialmente en la cena—. ¿Aún mantiene su idea de que pretenden llegar a Brest para después pasar a Irlanda?

Drinkwater asintió limpiándose la boca con la arrugada servilleta.

—Pretende entretener a Duncan mientras los buques con las tropas y los cargueros salen de Texel. Estos irán al sur bajo la protección de la costa francesa y después De Winter los seguirá hasta el Canal.

Appleby asintió con un poco característico silencio.

—Parece que hemos estado perdiendo el tiempo entonces —dijo.

La mañana del 10 de octubre Trollope envió al *Active* a buscar a Duncan con las últimas noticias de De Winter. En ese momento De Winter se había enterado, gracias a un mercante holandés, de que Duncan había salido de Yarmouth y que se le había visto un poco más al este. Alarmado por su retaguardia, De Winter giró sus barcos y, con el viento del noroeste, se dirigió a la costa holandesa cerca de Kamperduin^[8].

Mientras Duncan, que había abandonado Yarmouth con mucha premura al ver al *Black Joke* haciendo furiosas señales de que el enemigo se había hecho a la mar cuando aún estaba en alta mar frente al arenal de Scroby, había puesto rumbo este hacia Texel.

Trollope, aunque inferior en fuerzas, se había mantenido en la posición de barlovento principalmente porque los barcos holandeses, de bajo calado, eran incapaces de ganarle el barlovento. Aún estaba ahí la mañana del 11 cuando los oficiales de la flota holandesa vieron cómo sus barcos se hacían señales a partir de las que concluyeron, correctamente, que Duncan ya estaba a la vista del cuerpo principal de la flota británica. De Winter se dirigió directamente hacia la costa, donde podía incluir a la mayoría de los barcos de sotavento en su línea de batalla y después puso rumbo

norte, hacia Texel, para alcanzar las aguas poco profundas tan apreciadas por sus propios pilotos. A unas doce millas de la costa De Winter formó su línea con las proas al norte y poca vela y esperó a los británicos.

El almirante Duncan, tras haber hecho un reconocimiento de Texel y comprobado que las naves con tropas y los cargueros estaban aún en sus embarcaderos, recogió al *Diligent* y navegó hacia el sur en busca del enemigo. Por la mañana el destacamento de Trollope se reunió con su almirante. Los barcos de Duncan no estaban tripulados precisamente por marinos expertos y no tenían ni tiempo ni ganas de formar una línea. La flota de De Winter estaba cayendo poco a poco a sotavento, hacia aguas poco profundas, y el viejo almirante aceptó su desafío formal con prontitud. Duncan izó la señal de «Caza general» y los británicos, agrupados en dos divisiones dispersas con Duncan al norte y Onslow ligeramente avanzado hacia el sur, cayeron sobre los holandeses.

El aumento de la fuerza del viento del oeste con su aire húmedo hizo que la atmósfera se espesara y la batalla, que ahora era inevitable, parecía que se iba a perder por el desorden que cundía entre los barcos británicos. Justo antes del mediodía Duncan hizo señales indicando que su intención era cruzar la línea enemiga y entablar combate desde sotavento, ya que eso impediría la huida de los holandeses y aseguraba que pudieran utilizarse todas las baterías de barlovento de los barcos británicos. Las fragatas y los cúteres repitieron la señal. Al mediodía izaron la señal de «acción cercana».

Treinta minutos más tarde, el *Monarch* de Onslow comenzó la maniobra separando la retaguardia de De Winter entre el *Júpiter* y el *Harlem*, abarloándose junto a este último y cañoneado por la pesada fragata *Monikendaam*, con el bergantín *Atalanta* formando una línea secundaria a sotavento de los buques de guerra holandeses. Entre el trueno de los cañones comenzó la batalla de Kamperduin.

El *Kestrel*, al igual que otros cúteres no eran un objetivo; podía alcanzarle algún disparo perdido, pero, en general, se observaban las convenciones de una acción de flota. Se esperaba que los cúteres

británicos y las naves auxiliares holandesas brindaran asistencia a los heridos en caso de que se encontraran colgando de perchas caídas y que continuaran repitiendo señales de sus almirantes. El *Kestrel* formaba parte de la división de Onslow y Drinkwater se encontró en un mundo confuso de disparos ensordecedores, mares picados y fuertes vientos. El humo y la niebla envolvían a los combatientes mientras los destellos de los disparos comenzaban a eclipsar la apagada luz del sol.

En minutos, Drinkwater perdió de vista al *Monarch* tras la línea holandesa y puso rumbo norte para mantener el contacto con el *Russell*, pero Trollope también había cruzado la línea y el *Kestrel* se encontró pasando bajo la popa del navío de línea holandés de setenta y cuatro cañones *Brutus*, que llevaba la bandera del contraalmirante en la mesana.

A través de las crecientes nubes de humo apareció a sotavento un bergantín y su comandante no mantuvo la cortesía, o el desdén, de sus hermanos mayores. Los disparos silbaron alrededor del *Kestrel* y una lluvia de astillas de la barandilla de estribor volaron como lanzas y enviaron a un hombre a la cubierta inferior, saltando a la pata coja, lleno de sangre y rabiando de dolor, donde Appleby tenía sus truculentos instrumentos dispuestos sobre la mesa de la cámara.

—¡Abajo el timón! —rugió Drinkwater, sus ojos brillando de concentración ahora que el momento final y catártico de la acción había llegado—. ¡Cacen las escotas ahí!

El cúter se alejó de su oponente, demasiado grande para él y se dirigió al norte, volviendo a pasar junto al *Brutus* cuando este viraba para ayudar a De Winter en la vanguardia, presionada ahora por varios buques británicos enzarzados descontroladamente en la lucha.

De repente, delante de ellos surgió un buque holandés de sesenta y cuatro cañones, fuera de la línea y con su bandera arriada. Durante un momento Drinkwater contempló la posibilidad de subir a bordo una dotación de presa, ya que parecía poco probable que su antagonista, el *Triumph*, trabado en combate a babor con una

fragata y con el *Staten General*, un navío de setenta y cuatro cañones, hubiera siquiera tenido la oportunidad de hacerlo. Pero un estrépito repentino estremeció al cúter. Uno de los marineros de la brigada del Número 12 cayó muerto, cortado limpiamente en dos por una bala que destruyó el chinchorro y el bonito coronamiento de popa. El bergantín que había disparado sobre ellos había izado los juanetes y se acercaba rápido en su persecución.

Drinkwater miró desesperadamente a su alrededor.

—¡Abajo el timón! ¡Afirmen esas escotas! ¡Vamos a ponernos contra el viento y en buena vela! ¡Abajo las orzas centrales! ¡Y tiren eso por la borda, por Dios! —dijo señalando los pedazos que aún se retorcían de lo que un momento antes había sido un ser humano.

El *Kestrel* punteó contra el viento, escapando igual que lo hizo frente a Ouessant y escorándose hasta que afirmaron las velas. Rociones de espuma caían sobre las barandillas y se deshacían a popa. Drinkwater miró hacia atrás.

—¡Maldita sea! —dijo en voz alta y a su lado Hill silbó. El bergantín, incapaz de continuar con la persecución con el viento tan ceñido, se había acercado a uno de los barcos mayores, el rendido navío *Wassanaer*, de sesenta y cuatro cañones. Al ver su vergonzoso estado, el bergantín abrió fuego. En unos momentos la bandera tricolor holandesa adornó la arboladura de nuevo y ondeó al viento.

—Esto no es como luchar con los gabachos, señor Drinkwater. Mire, apenas hay mástiles abajo. Estos malditos cabezas cuadradas saben cómo pelear, vive Dios... Los bastardos no dejan de cañonearnos. ¡Dios! Después de esto nos vamos a encontrar con una carnicería...

El *Russell* apareció delante de ellos y el *Kestrel* viró para ponerse en su estela.

—Delante de usted, señor, hay un sesenta y cuatro —gritó Drinkwater por la bocina—. Todo suyo y listo para que tome posesión. —Vio que Trollope agitaba el brazo para confirmar que le había oído.

Durante unos momentos se mantuvieron al ritmo del buque de guerra, enorme, majestuoso y mortífero mientras se lanzaba sobre su presa. Sus costados ya estaban arañados por los disparos, muchos de los cuales podían verse claramente incrustados en sus hiladas. Los marineros sonrieron al mirarlos a través de un agujero irregular en el lugar en el que se habían unido artificialmente dos portas adyacentes. Finos regueros de sangre corrían por los costados.

—Deje escapar algo de viento, señor Hill. Vamos a quedarnos atrás. —El *Russell* siguió adelante, apartando al bergantín con una única andanada apocalíptica. El *Wassanaer* se rindió de nuevo.

El *Kestrel* cruzó la estela del *Russell*. A babor había dos o tres barcos cabeceando en la marejada, enzarzados en una lucha a muerte. Uno era el *Staten General*.

De repente, desde detrás del acosado buque holandés, apareció un barco pequeño pero familiar. Su bauprés acuchillaba el cielo a la vez que su timón giraba del todo y fijaba un rumbo para interceptar al cúter británico. En su tope podía verse el pendón negro y puntiagudo.

Drinkwater no tenía ni idea de cómo Santhonax habían conseguido persuadir a De Winter para que le permitiera utilizar la embarcación. Llevaba la enseña tricolor holandesa en su peñol, pero a nadie se le escapaba la importancia de esa siniestra tela de su tope. Drinkwater pensó en el cuerpo del mayor Brown, en los amotinados del *Culloden* ahorcados, en las cabezas de turco de Nore y en la relación entre el *Capitaine* Santhonax y la bruja pelirroja que ahora estaba en el calabozo de Maidstone. Una furia fría e implacable le invadió.

—¡Preparen la batería de babor!

La embarcación estaba sobre la amura de babor, con el viento del noreste al largo y acercándose. Durante unos minutos ambos siguieron con su rumbo, acortando el alcance de tiro.

—¡Orcen un punto! —y después, en voz más alta, añadió—: ¡Dispare cuando tenga blanco, señor Bulman!

Casi inmediatamente se oyó la primera detonación que llegaba desde delante y el retroceso del Número 2 lo hizo saltar hacia el interior de la cubierta, su brigada alborotando a su alrededor para recargar. Un grito de alegría irregular salió de las gargantas de los tripulantes del *Kestrel* en el momento en que abrieron fuego. Aparecieron agujeros en las velas de la nave. Estaba intentando cruzar la proa del *Kestrel* para dispararles desde ahí y Drinkwater tuvo una idea repentina.

—¡Abajo el timón! ¡Escotas de las velas de proa! ¡Todo contra el viento! —El *Kestrel* giró, presentando la proa para recibir la andanada, pero en un momento elegido por ellos y demasiado rápido para que Santhonax pudiera aprovecharse de ello. Solo dos balas de su andanada se acercaron y arrancaron inofensivas astillas del esqui de estribor—. ¡Cañones de estribor! ¡Cañones de estribor!

Traveller levantó la mano en señal de asentimiento, como si le asegurara despreocupadamente a su capitán que ninguna maniobra de último segundo le robaría a Jeremy Traveller ese momento. Tenía todas las cuñas fuera y los cañones a elevación máxima cuando enfilaron para cruzar la popa de la embarcación.

Pero Santhonax se lució para la ocasión. El barco viró, girando sobre sí mismo a estribor, de forma que las dos embarcaciones se cruzaron con rumbos opuestos a una velocidad combinada de cerca de veinte nudos. Ambos dispararon los cañones obstinadamente, uno por uno, porque solo tuvieron tiempo para un disparo desde cada cañón mientras navegaban a toda velocidad el uno junto al otro. Drinkwater vio las enormes secciones de la barandilla del barco enemigo que se convertían en astillas. Jeremy Traveller había puesto doble carga en sus cañones.

Entonces llegaron los silbidos de los disparos, los impactos, los golpes secos y los gritos por el fuego de la otra nave que convirtió la cubierta del *Kestrel* en un caos de heridos y muertos, caídos por la munición enemiga. A popa, Drinkwater apuntó su pistola a un hombre alto que estaba junto a la caña del timón del barco holandés

y apretó el gatillo. La bala no dio en el blanco y el hombre levantó su sombrero con sorna y sonrió. Drinkwater soltó un juramento, pero para entonces ya se había convertido en un hombre frío como el hielo y se encontraba en un estadio que estaba más allá del miedo. Se había rendido a la Providencia, estaba en manos de la caprichosa fortuna de la guerra y hacía tiempo que había olvidado sus sinceras promesas a Elizabeth. Ella era parte de otro mundo que no tenía nada que ver con esa lúgubre y terrible tarde de octubre, porque este no era el Nathaniel que conocía Elizabeth: este era un hombre que había abordado un lugre francés y sofocado un incipiente motín; un hombre inteligente que podía hacer una carnicería con sus congéneres con una consumada habilidad.

—¡Arriba el timón! ¡Preparados para trasluchar!

Se produjo una gran confusión en la cubierta cuando Jessup, consciente de las intenciones de Drinkwater, fue golpeando a los sorprendidos hombres para que volvieran a sus puestos. Todavía no había empezado a sentir el dolor de la astilla que tenía en la pierna. El *Kestrel* giró para perseguir al enemigo, escorándose violentamente mientras su enorme botavara, su escota prácticamente incapaz de retenerla, voló sobre cubierta. Los cañones de la batería de estribor que no estaban asegurados rodaron hacia dentro hasta el máximo que les permitían sus cureñas y los de babor golpearon contra la barandilla, sus ruedas fuera de la borda y sumergidas en el agua que entraba a través de las portas abiertas. Pronto se enderezaron sin dejar de perseguir al buque holandés. Al cruzar su popa pudo ver su nombre: *Draaken*. Agujeros de disparo salpicaban sus velas al igual que las del *Kestrel* y los extremos raídos de las cuerdas caían a sotavento desde el tope.

Drinkwater no separaba sus ojos de la presa, calculando constantemente la distancia. Se estaban acercando, el otro barco con sus orzas de deriva hundiéndose a sotavento mientras el *Kestrel* lo alcanzaba por su aleta de babor. Había notado más que visto, que Jessup, herido en acción, había sujetado un grupo de vigotas a los obenques de barlovento que se habían partido por la repentina

tensión durante la impetuosa trasluchada. Y bajo sus pies se percibía una lentitud que hablaba de agua en la bodega. A la vez que su mente subconsciente identificaba la situación, oyó el traqueteo de las bombas que venían de donde Johnson estaba cumpliendo con su deber.

—¡Señor Traveller! —No hubo respuesta.

—Jem nos ha dejado, señor —fue la contestación de Jessup. Se produjo un silencio, elocuente panegírico por un amigo—. Yo me ocuparé de los cañones de estribor, si eso era lo que quería... —Había un tono agudo y tenso de exagerado énfasis en la voz de Jessup, que notó que también estaba presente en la suya. Para él era la voz de la sed de sangre, un tono que hacía memorables las palabras de los hombres en tales momentos.

—Sí, es la batería de estribor lo que quiero. No se equivoca, señor Jessup —confirmó, y pareció que una influencia tranquilizadora cubría la cubierta del *Kestrel*. Se había apartado a los heridos de los cañones hasta un lugar desde donde Merrick y sus portadores podían arrastrar a los que estaban peor abajo, donde estaba Appleby.

Para Drinkwater la batalla que les rodeaba había dejado de existir. Todo su ser estaba concentrado en superar al *Draaken*, en intentar adivinar el siguiente movimiento de Santhonax. Jessup se le acercó.

—He cargado metralla con la bala en los de estribor, señor y la guardia de babor está lista para el abordaje.

Con esfuerzo Drinkwater dirigió su atención al hombre que había junto a él. Ahí estaba la eficiencia que había notado desde un principio en Jessup, dando sus frutos al fin. Tenía que recordar eso en su informe. Si vivía para escribirlo.

—Gracias, señor Jessup. —Su mirada pasó por encima del contramaestre. En la proa pudo ver a James Thompson comprobando el cebo de una pistola y aceptando un alfanje de Short. Short, con un pañuelo alrededor de su mugrienta cabeza, estaba acariciando tiernamente una pica de abordaje. Junto al

tambucho, Tregembo estaba pasando el pulgar por el filo de otra pica y mirando ansiosamente a popa, a Drinkwater. A todo lo largo del costado de estribor, la guardia de ese costado se arrodillaba junto a los cañones como si se tratara de un ejercicio de tiro. Pudo ver la barba rojiza de Poli apuntando al enemigo.

Durante un instante, una oleada de emoción se apoderó de Drinkwater. Parecía que el cúter y toda su tripulación estaban invadidos por un sentimiento de unidad que se desprendía de su propio deseo de venganza. No era la misma locura que había llevado a Drinkwater a la reñida persecución de Santhonax, ni tampoco eran víctimas de la brujería de Hortense Montholon.

Sacudió la cabeza para librarse de esos pensamientos perturbadores. Era simplemente el resultado de la disciplina, se tranquilizó. Después se abatieron a un lado mientras el *Draaken*, delante de ellos, orzaba.

Incapaz de escapar, intentaría mantener la lucha en su terreno mientras pudiera, ponerse banda con banda ante la proa del *Kestrel*, dispararle y huir hacia el norte, soltando una segunda andanada mientras lo hacía.

—¡Abajo! —ordenó Drinkwater apoyando su propio peso en la caña del timón y haciendo girar al *Kestrel* un cuarto de punto a estribor para dirigirse directamente hacia el otro barco.

El cúter se tambaleó por el impacto de la andanada del *Draaken*. Las drizas del peñol fueron arrancadas de cuajo por un disparo y la vela mayor cayó. Una lluvia de astillas de las barandillas de proa y un estruendo que resonó por todo el barco avisaron del lugar donde al menos una bala había rebotado contra uno de los cañones de proa. Alguien gritó y uno de los timoneles cruzó la puerta hacia la eternidad sin emitir un sonido, cayendo contra las piernas de Drinkwater. El *Draaken* completó su giro y comenzó a adelantar al cúter por la amura opuesta, a no más de veinte yardas a barlovento.

—¡Ahora, Jessup! ¡Ahora! —Levantándose de sus posiciones agachadas, los hombres se arremolinaron alrededor de los cañones de estribor.

El *Draaken* cruzó por el través.

—Fuego.

Drinkwater vio volar las amuradas del enemigo mientras el humo del fuego del barco holandés cruzaba la cubierta del *Kestrel*. Cuando se disipó pudo ver sus propias velas ondeando sin control. Santhonax había soltado las escotas y el *Draaken* estaba cayendo a sotavento. Con su bajo calado pasaría por encima del cúter cuando el *Kestrel* perdiera salida por avante, su vela mayor colgando en pliegues inútiles, su cangreja atravesada por un disparo y su foque, fuera de las relingas, flameando a través de los agujeros de los disparos.

—¡Suelten todas las escotas! ¡Que se prepare el trozo de abordaje!

A todo lo largo del costado del *Kestrel* las brigadas de los cañones escupían un disparo tras otro contra el barco enemigo tan rápido como podían. Muchos cayeron, y las velas que crujían se añadían a los gritos de los heridos y al rugido de la munición de los cañones. De repente, entre el humo y la confusión, el *Draaken* estaba encima de ellos, su mástil a la altura de la caña del timón del *Kestrel*.

—¡Trozo de abordaje, a popa! —rugió Drinkwater sacando una pistola de su cinturón y extrayendo el espadín de su vaina. A través del humo vio a Tregembo, a Short, a James Thompson y a otra media docena de caras familiares de viejos amigos.

El *Kestrel* se agitó cuando el *Draaken* se estrelló contra él y los holandeses amarraron trincas sobre cualquier cosa que sobresaliera. El viento barrió los últimos jirones de humo de los ahora silenciosos cañones y pudieron ver al enemigo.

Estaban dispuestos para el abordaje, rojas caras redondas rodeadas de las puntas mortíferas de los alfanjes, las hachas y las picas. Drinkwater buscó en vano a Santhonax, pero pronto se olvidó cuando los holandeses cayeron como una tromba sobre la barandilla. Obligaron a los del *Kestrel* a ceder terreno, barridos de su propia cubierta hasta llegar a los esquifes en una melé peligrosa y

resbaladiza de hachazos, puñaladas y muerte. Drinkwater golpeaba, giraba y golpeaba, con Tregembo gruñendo y soltando juramentos junto a su brazo derecho y James Thompson junto al izquierdo. Sintió como pisaba un cuerpo que aún se retorció. No se atrevió a mirar hacia abajo mientras esquivaba una torpe embestida de un chico rubio con una mirada desesperada de terror temerario en sus ojos. El chico dio otra estocada, inadecuada pero rápida. Drinkwater arremetió salvajemente con el hacha sobre el antebrazo demasiado extendido. El chico cayó hacia atrás, desarmado y gimoteando.

Drinkwater se detuvo brevemente. Sintió que el ataque de los holandeses vacilaba mientras que los británicos, respaldados por los sólidos espejos de popa de los botes, descubrieron que su defensa era eficaz.

—¡Arriba el *Kestrel*! —El grito de Drinkwater se convirtió en un graznido, pero a su alrededor se levantaron algunas picas, se empuñaron con más fuerza algunos alfanjes y pronto estaban avanzando hacia delante, empujando la línea holandesa. Short saltó sobre un cañón de babor, una risa maníaca surgiendo de su garganta mientras lanzaba a un hombre por la borda y después empujaba a dos más delante de él hacia la aleta de babor. Estaban desarmados y Short, utilizando su pica, los arrojó por encima del espejo de popa destrozado como gavillas en un almiar.

Drinkwater se lanzó hacia la izquierda, cruzando el barco en dirección a la aleta de estribor donde el enemigo se batía en retirada.

—Abordemos a esos bastardos, James. ¡Al abordaje! —chilló y junto a él Thompson sonrió.

—Estoy con usted, señor Drinkwater. —La voz de Tregembo sonaba tranquila junto a él. Allí también estaban Hill y Bulman, con las brigadas de los cañones que habían luchado para abrirse camino hasta el costado de estribor. Pronto estaban sobre la barandilla y saltando a la cubierta del *Draaken*. Su ímpetu los llevó hacia delante; hombres endurecidos y convertidos en despiadados por meses de bloqueo, que les había hecho desarrollar una motivación más fiera

que la de los holandeses, arrancados de sus cómodos amarraderos por el antojo de capitanes extranjeros.

La oposición se fragmentó, perdió su empuje. Drinkwater pudo oír juramentos furiosos en una lengua más suave que los gruñidos guturales de los holandeses moribundos.

Dando tajos descuidados con su espada corta, Drinkwater consiguió llegar hasta la popa. Un oficial holandés apareció delante de él en guardia, y el instinto le hizo pararse y adoptar la misma postura. Pero Short le adelantó, su cara contorsionada en una máscara de loco placer, con su pica dirigida hacia el oficial. Una bala de pistola atravesó el ojo de Short y le levantó la parte trasera del cráneo. Pero el ayudante del contramaestre no perdió su embestida y el teniente holandés se derrumbó en cubierta, atravesado por la terrible arma, con el cuerpo de Short retorciéndose encima del suyo.

Drinkwater se apartó un poco y se enfrentó al hombre que había disparado la pistola.

Era Edouard Santhonax.

El francés dejó caer la pistola y lanzó una estocada hacia abajo con su espada con el mismo *molinello* que ya había utilizado en Sheerness. Drinkwater levantó su espadín en una finta horizontal sobre su cabeza y las hojas chocaron. Entonces Tregembo apareció a su lado con la pica extendida dirigida al estómago expuesto de Santhonax.

—¡Vivo, Tregembo! ¡Tenemos que cogerlo vivo! —Y mientras pronunciaba la última palabra, en un esfuerzo final, Drinkwater giró la muñeca, desenganchó su arma y clavó su hoja bajo el antebrazo descubierto de Santhonax.

Santhonax, atacado por dos hombres, se mostró más asustado por la pica dirigida hacia él e intentó apartarla, aunque Tregembo, obedeciendo a Drinkwater, ya la estaba retirando. La temible hoja penetró en la cara del francés y le desgarró la mejilla en una herida sangrienta que lo desfiguró. El francés cayó hacia atrás cubierto de sangre.

Drinkwater se volvió para ver la cubierta del *Draaken* que parecía el almacén de un carnicero. Apoyado en el tambucho del buque holandés, James Thompson estaba sujetando sus vísceras, mirándolas con incredulidad. Drinkwater miró hacia otro lado, horrorizado. El silencio cayó sobre todos ellos, el gemido del viento elevándose sobre los de los heridos. Entonces Hill dijo:

—Señales, señor... Hechos 27, versículo 28^[9]...

—Por Dios...

El humo se había disipado por encima de toda la línea de batalla. El almirante De Winter se había rendido y aquellos oficiales de Onslow que aún tenían hombres en sus alcázares capaces de abrir las Biblias obedecieron a su jefe. Sondaron y encontraron, no quince brazas, sino nueve. La flota británica aseguró sus presas corriendo un gran peligro.

Y entre todos ellos, su cubierta abarrotada de cuerpos, sus aparejos dañados, sus amuradas partidas por los disparos, cabeceaba el *Kestrel*, cúter al servicio del rey.

Capítulo 16

Octubre 1797

Tras el combate

—¿Cómo se encuentra, señor Appleby? —A la luz vacilante del farol, la cámara del *Kestrel* parecía un matadero y Appleby, la cara gris por el cansancio, estaba manchado de sangre y su delantal rígido por la misma. Ambos miraron el consumido cuerpo de James Thompson, el contador, su cintura envuelta en vendajes ensangrentados.

—Yéndose con rapidez, señor —dijo el cirujano, su cortante formalidad adecuada en circunstancias tan penosas—. El color lívido de los labios y la contracción de las fosas nasales y las cejas son señales de una muerte próxima... Además de que ha perdido mucha sangre.

—Sí. —Drinkwater se sintió mareado, consciente de las miles de cosas que necesitaban su atención, pero incapaz de alejarse de los gemidos y el hedor de la cámara, como si por permanecer allí pudiera expiar las muertes de pocas horas antes—. Sí —repitió—, me han dicho que me apoyó valientemente en el abordaje.

Appleby ignoró ese comentario.

—¿Le está dando algún opiáceo? —Appleby no tenía suficiente energía como para sentirse indignado. Asintió.

—Le estoy administrando dosis de láudano, señor Drinkwater y en ese estado será como se presentará ante el Creador. —Había un tono de reproche en su voz.

Drinkwater abandonó la cámara y volvió a la cubierta, pasando por delante del camarote que había sido su antiguo refugio y donde ahora estaba Santhonax, suturado y cerúleo, con las manos atadas. El viento creciente había alcanzado la fuerza de un temporal y la flota británica permanecía a cierta distancia de la costa, cada barco arreglándose por sí mismo. En la oscuridad llena de lamentos, dando bandazos de un lado a otro de la cubierta que se agitaba, Drinkwater se calmó antes de tumbarse y rendirse al sueño que le pedía su cuerpo.

La lluvia llegó con el viento, cayendo sobre hombres y barcos con mayor persistencia que las capas de espuma que azotaron durante toda la guardia. Fuera, en la noche, aparecía ocasionalmente un farol en los lugares en que algún buque de guerra luchaba para ponerse a barlovento y se oyó a Bulman advirtiéndolo a los vigías que se esforzaran.

Drinkwater sabía que el endurecimiento de su espíritu, había comenzado muchos años atrás, en el sollado de la *Cyclops*, debido al efecto de los acontecimientos que sucedieron en las marismas de Carolina. El lado salvaje que mostraba en plena batalla era una cualidad primigenia que esos sucesos habían sacado, a la fuerza, del fondo de su alma, de su parte más primitiva. Pero tal ferocidad desaparecía después de la batalla debido a la influencia de un hogar lleno de cariño y, como reacción, se convertía en una persona con sentimientos, como tantos de sus contemporáneos.

Se refugió en la satisfacción del deber cumplido y en su creciente creencia en la Providencia. Cuando la fatiga consiguió dominar los sentimientos que le embargaban desde la batalla, embotando sus recuerdos, se sintió mejor capacitado para confiar en sus percepciones para escribir el informe.

... las embarcaciones estaban trabadas borda con borda — escribió Drinkwater con cuidado— y tras un violento enfrentamiento, tomamos el buque de despachos Draaken.

Debo informar que el enemigo se defendió con gran valentía e infligió muchas bajas en el trozo de abordaje. Sus integrantes, sin

embargo, se comportaron como corresponde a los marineros británicos, en particular, el contador James Thompson, el contramaestre Edward Jessup y el condestable Jeremiah Traveller, que murieron en acción o de las heridas mortales consecuencia de la misma.

Hizo una pausa y reflexionó sobre la afectada formalidad de la fraseología. Era necesario incluir una información final antes de la lista de heridos y muertos.

Comenzó a escribir de nuevo:

Entre los capturados hubo un oficial naval francés, el Capitaine de frégate Edouard Santhonax, conocido por Sus Señorías por ser un agente del Gobierno francés. Entre sus papeles se encontraron los documentos que se adjuntan, relativos a un propuesto ataque contra Irlanda.

Drinkwater firmó la declaración con sumo cuidado.

Añadió la lista de los fallecidos y volvió a cubierta. Las aterradoras cifras de bajas entre los hombres no podían hundir la moral de la tripulación. Los hombres del *Kestrel* compartían una sensación común de alivio al haberse salvado y un orgullo corporativo ante la posesión del *Draaken*, que los seguía a popa bajo el mando del señor Hill, cuyo corte en el brazo parecía no molestarle demasiado.

Drinkwater no podía sentirse ofendido por el estado de ánimo de la tripulación. De todos los hombres del *Kestrel* que conocía, él y Appleby eran los únicos en sentir una cierta opresión moral. No era insensibilidad lo que los hombres demostraban, solo un maravilloso reconocimiento de lo fugaz de la naturaleza del mundo. Drinkwater se dio cuenta de que les envidiaba por eso y los llamó a cubierta para agradecerles formalmente su conducta. Todo sonaba increíblemente grandilocuente, pero los hombres escucharon con una atención silenciosa. A Elizabeth le habría divertido, pensó, mientras observaba a los marineros que sonreían con cautela. Se sintió mejor al ver esas sonrisas, mejor por volver a pensar en Elizabeth, consciente de que no se había atrevido a pensar en el

futuro desde que los holandeses mostraron signos de que iban a salir de Texel. La mañana, gris y ventosa, le pareció de repente menos sombría y la visión del *Adamant* por el rabillo del ojo le resultó extrañamente conmovedora.

Completó su discurso y una débil exclamación de alegría recorrió el grupo de hombres. Drinkwater se volvió hacia los fardos grises entre los cañones. Había trece.

Había matado y pronunciado una arenga; ahora debía enterrar a los muertos en una sucesión, aparentemente sin sentido, de rituales contradictorios.

Del bolsillo desgarrado de su sucia casaca sacó el libro de oraciones con tapas de piel que una vez perteneció a su suegro y comenzó a leer: «Yo soy la resurrección y la vida, dijo el Señor...» y sobre su cabeza el brillante empavesado crujió por el viento.

La flota de Duncan atracó en Nore ante el aplauso del Parlamento y la gratitud de la nación. Al principio, las consecuencias estratégicas de la batalla resultaron de importancia secundaria, para alivio de los ministros. A pesar del motín, la eficiencia de la flota del Mar del Norte no se había visto afectada. Por una parte, los marineros se habían reivindicado y, por otra, el Gobierno había justificado su intransigencia. Todos tenían su porción de gloria, la euforia era la emoción predominante y los honores llovían sobre los marinos victoriosos. La anterior ambición del almirante Duncan de un retiro tranquilo con un título nobiliario irlandés quedó eclipsada cuando le concedieron una baronía y un vizcondado en Gran Bretaña. A Onslow le hicieron baronet, a Trollope y Fairfax, caballeros y todos los primeros tenientes de los navíos de línea fueron ascendidos a comandantes. Se colgaron medallas, se presentaron espadas y ambas Cámaras del Parlamento votaron unánimemente para agradecerle sus servicios a la flota. Esto último resultó, como Tregembo expresó sucintamente, de tan poca utilidad como sus pezones.

Antes de informar a Duncan, Drinkwater se entrevistó con Santhonax. El francés solo podía murmurar con dificultad, su boca lacerada dolorosamente magullada alrededor de la cruda sutura que Appleby le había hecho en la mejilla. Dio su nombre cuando le preguntaron, en inglés, pero Drinkwater no le molestó mucho más, demasiado preocupado por manejar el cúter dañado con la mitad de su tripulación muerta o herida.

Pero por la mañana anclaron en Nore y Santhonax, que estaba algo mejor, pidió ver a Drinkwater.

—¿Quién es usted? —preguntó a través de los dientes apretados, pero con poco acento extranjero.

—Mi nombre, señor, es Drinkwater.

Santhonax asintió y murmuró:

—*Boireleau...*^[10], —Como si quisiera confiarlo a su memoria. Después en una voz algo más alta, prosiguió—: ¿Es usted ahora el capitán de este barco?

—Sí.

—¿Y el viejo... Griffiths?

—¿Lo conoce? —Drinkwater, sorprendido, perdió su fría formalidad. Santhonax esbozó una sonrisa, pero pronto la trunció con un gesto de dolor.

—La presa siempre conoce al cazador... Su barco lleva un nombre apropiado: *La Crécerelle*.

—¿Por qué colgó a Brown?

—Era un espía, sabía demasiado... Era un enemigo de la Revolución y de Francia.

—¿Y usted?

—Yo soy un prisionero de guerra, *monsieur* Boireleau... —Esta vez Santhonax arrugó la piel alrededor de sus ojos.

—Tenemos pruebas para colgarle —replicó Drinkwater, herido—. Tenemos a Hortense Montholon bajo custodia.

La sonrisa de Santhonax desapareció instantáneamente. Parecía un hombre al que le habían fustigado inesperadamente. Si tenía algún color, este desapareció de su rostro.

—Lléveselo —ordenó Drinkwater a Hill de pie en tensión tras el prisionero— y después haga que preparen mi bote.

—Drinkwater, me alegro de verle, de verdad. Qué paliza les dimos y qué tremenda batalla libramos, ¿eh? —Burroughs lo recibió a la entrada del *Venerable*, rebosante de buen licor y de felicidad por su nuevo ascenso. Hizo un gesto que abarcaba toda la flota a su alrededor—. Apenas una chispa cayó entre todos nosotros, y los cascos acabaron como coladores... Por todos los cielos, qué contento estoy de haberles dado de lo lindo... Qué bien me vendría otra ración de eso... Aunque ni una sola presa que merezca la pena aprovechar para el servicio... Excepto quizá la suya, ¿eh?

—Sí, señor, pero ya nos ha costado demasiado.

Burroughs se puso serio.

—Sí, claro. Nuestras pérdidas han sido tremendas, más de mil muertos y heridos... Pero, vamos, el almirante quiere hablar con usted. Estaba a punto de mandar un guardiamarina a buscarle.

Drinkwater siguió a Burroughs bajo la toldilla y ambos pasaron por delante del infante de marina que actuaba de centinela.

—El señor Drinkwater, milord. —Burroughs le hizo un guiño y desapareció. Drinkwater avanzó hacia donde Duncan escribía en su mesa, la tela que la cubría invisible bajo montones de papeles.

—Siéntese —dijo el almirante con voz cansada sin levantar la mirada y Drinkwater se sentó suavemente en una silla de respaldo recto, aún algo rígido por los hematomas y cortes de Kamperduin. Sintió que la silla había sufrido el reposo de muchas espaldas en las últimas veinticuatro horas.

Al fin Duncan levantó la cabeza.

—Ah, señor Drinkwater, creo que tenemos un asunto pendiente que atender, ¿eh?

El corazón de Drinkwater se paró un segundo. De repente sintió que había cometido algún error terrible, que había fallado al ejecutar

las órdenes, al repetir las señales. Tragó saliva y le tendió un paquete.

—Mi informe, milord...

Duncan lo cogió y le quitó el sello. Frotándose los ojos cansados leyó mientras Drinkwater se sentaba en silencio, escuchando los latidos de su propio corazón. La pintura blanca del enorme camarote estaba agrietada y descascarillada en los lugares en que los disparos de los holandeses habían impactado en el costado del *Venerable*, y en una zona las tablas habían sido clavadas en su lugar apresuradamente. Una corriente fría cruzaba el camarote y una leve mancha residual sobre el suelo fregado mostraba donde habían sangrado los hombres del *Venerable*.

Oyó el suspiro de Duncan.

—Así que ha tomado un prisionero, señor Drinkwater.

—Sí, milord.

—Será mejor que haga que lo traigan aquí inmediatamente. Mandaré un destacamento de infantes de marina de vuelta a su barco con usted.

—Gracias, milord.

—El comportamiento del escuadrón del capitán Trollope, del que usted formaba parte, ha resultado de lo más gratificante y tengo aquí un papel para usted. —Le tendió un documento y Drinkwater se levantó para cogerlo. Era un nombramiento como teniente.

—Gracias, milord, muchas gracias.

Duncan ya había vuelto a inclinarse sobre sus papeles.

—No es más que lo que se merece, señor Drinkwater —dijo sin levantar la vista.

Drinkwater ya tenía la mano sobre el picaporte cuando recordó algo. Se volvió. Duncan estaba inmerso en los detalles de su flota. Se hablaba de un juicio marcial a Williams, del *Agincourt*. Drinkwater carraspeó.

—¿Milord?

—¿Sí? —Duncan siguió escribiendo.

—Hace mucho tiempo que se les debe la paga a mis hombres, milord. ¿Podría pedirle que redacte una orden a tal efecto?

Duncan dejó la pluma y levantó la cabeza. El almirante tenía demasiada experiencia como oficial naval para no darse cuenta que había algo tras esa petición. Le sonrió al sincero joven.

—Hable con mi secretario, señor Drinkwater, hable con él. —Y el viejo almirante volvió a sumirse en su trabajo.

El *Kestrel* permaneció una semana en Saltpan Reach mientras hacían lo que podían para arreglarlo. Drinkwater fue confirmado en el mando hasta que retiraron al cúter del servicio para importantes reparaciones y dio una cena para los oficiales que habían sobrevivido. Fue algo modesto. Les sirvieron Merrick y Tregembo, que se presentó voluntario para la tarea y que la llevó a cabo con sorprendente habilidad. Después fue en busca de Drinkwater.

—Discúlpeme, señor —comenzó incómodo, cambiando el peso de un pie a otro y finalmente tragándose su timidez—. Demonios, señor, no soy de esos que se andan con rodeos, señor, por eso, al ver que ha sido ascendido, me gustaría presentarme voluntario para ser su asistente, señor.

Drinkwater sonrió al marinero de Cornualles.

—Solo me han ascendido a teniente, Tregembo, eso no es aún capitán de corbeta, lo sabe.

—Hemos estado juntos en el barco durante un año o dos, señor...

Drinkwater asintió; se sentía muy halagado.

—Mire Tregembo, no puedo pagarle más que su paga como marinero y seguro que eso no es suficiente para que se mantenga usted y su futura esposa... —No quiso seguir.

—Es suficiente, señor. Con su dinero del botín le compraré una bonita casa, señor y mi Susan puede cocinar, señor. —Sonrió triunfalmente—. Gracias, señor, gracias.

Desconcertado, Drinkwater solo pudo murmurar:

—Por todos los diablos... —Y quedarse mirando al marinero que se retiraba. Recordó a la Susan de Tregembo, una mujer compacta y

determinada, y supuso que era probable que ella tuviera algo que ver en todo aquello.

Sería mejor que le escribiera a Elizabeth para decirle que él había obtenido un ascenso y que ella, aparentemente, había ganado una cocinera.

Capítulo 17

Noviembre de 1797

El titiritero

—Órdenes, señor. —Hill le pasó el paquete engrasado que acababa de entregar el buque de guardia. Drinkwater empujó la última botella del vino de Madeira de Griffiths por encima de la mesa en dirección a Appleby y abrió el paquete sobre la mesa.

Mientras leía, el ceño que se dibujaba en su frente se fue haciendo más profundo. En silencio Appleby y Hill buscaron en la cara de su capitán alguna indicación sobre su destino. Finalmente Drinkwater levantó la vista.

—Señor Hill, bajaremos a Nore con el reflujo de la tarde y necesitaré que el bote me lleve al embarcadero de Gun Wharf a las cinco en punto... —Volvió a mirar los papeles.

Hill acusó recibo de sus instrucciones y dejó la cámara.

—¿Qué ocurre? —inquirió Appleby.

Drinkwater levantó la cabeza de nuevo.

—Confidencial, me temo, señor Appleby —dijo con fría formalidad. Pero no era la curiosidad de Appleby lo que había hecho que Drinkwater se pusiera tenso. Era la persona que firmaba las órdenes. No venían del almirante Duncan, sino de Lord Dungarth.

Fue el conde quien descendió primero del carruaje que acababa de detenerse en el muelle ventoso. Drinkwater avanzó para recibirlo mientras este se giraba para ayudar al segundo ocupante a salir del carruaje. La figura encapuchada quedaba oculta en aquel oscuro anochecer, pero había algo en esa persona que le resultaba vagamente familiar.

—Así que —dijo mirando a su alrededor—, ¿van a deportarme, no? ¿Y no me van a fusilar, después de todo?

Drinkwater reconoció a Hortense Montholon y oyó a Dungarth responder:

—Sí, señora. En contra de mi criterio y mis deseos, se lo aseguro. —Se volvió hacia Drinkwater—. Buenas noches, teniente. —Dungarth le dedicó una pequeña sonrisa de felicitación.

—Buenas noches, milord.

Lord Dungarth se volvió hacia la mujer y sacó un par de esposas de los bolsillos de su abrigo.

—Sea tan amable de tenderme su muñeca derecha.

—¿Es necesario que se comporten como bárbaros? —dijo frunciendo el ceño y lanzándole a Drinkwater una mirada de completa y patética indefensión. Él evitó sus ojos.

—Somos hombres, no santos, mi dulce dama —citó Su Señoría mientras se esposaba a la prisionera y después la llevaba hasta el bote que esperaba.

El *Kestrel* levó anclas y una favorable brisa del oeste lo sacó del Támesis. Drinkwater bajó a la cubierta inferior a medianoche para encontrar a Lord Dungarth sentado a la luz del farol de la cámara con Hortense Montholon dormida en el sofá de sotavento.

En silencio Drinkwater sacó una botella. Sirvió dos vasos y le pasó uno a Dungarth. La rueda había completado el círculo; la cámara del cúter que había sido testigo del inicio, ahora presenciaba el final. Dungarth levantó su vaso.

—Por su escarapela, Nathaniel, se la ha ganado.

—Gracias, milord. —Sus ojos se posaron en la mujer. El cabello cobrizo se dispersaba alrededor de sus hombros y la ligera delgadez de su cara, debida sin duda a su encarcelación, le daba un aura de santa, como una mártir. A Drinkwater se le notaba en la cara el efecto que ella tenía sobre él.

—Es tan peligrosa como el veneno —dijo Dungarth en voz baja y Drinkwater miró hacia otro lado, sintiéndose culpable.

—¿Qué es lo que se va a hacer con ella?

Dungarth se encogió de hombros.

—Si fuera un hombre, la habríamos fusilado; si fuera una inglesa en Francia, los regicidas la habrían guillotinado. A ella le permitimos ser libre. —La forma cínica en la que Dungarth había hecho aquel comentario indicaba claramente que no aprobaba la decisión—. Su hermano tiene cierta influencia en los círculos de los refugiados y ha ejercido presión sobre el Gobierno —suspiró—. Si el pobre Brown hubiera tenido un abogado como ese...

—Sí, milord. —Drinkwater pensó en la horca colgando sobre la batería de Kijkduin—. ¿Y qué pasará con Santhonax?

—Ah. —Dungarth gruñó con mayor deleite y una sonrisa cruel cruzó su boca—. A ese le tenemos encerrado, muy bien encerrado. Ustedes le han destrozado la cara, Nathaniel... —Drinkwater le pasó la botella mientras el *Kestrel* se sacudía a causa de una ola. Dungarth hizo un gesto hacia la mujer que dormía—. Ella aún no sabe que ha sido capturado. Va a ser una gran decepción cuando llegue a casa. —Sonrió y tomó un trago del vino.

Drinkwater miró a Hortense de nuevo. Ella se revolvió cuando el *Kestrel* embistió otra ola y abrió los ojos. Se incorporó desconcertada, después se estremeció y se envolvió en la capa con un ademán curiosamente infantil. Entonces sus ojos reconocieron a los hombres que la acompañaban y su situación, y una expresión cercana a la satisfacción inundó su cara.

—Mírela bien, Nathaniel —dijo Dungarth—. Es una tremenda impostora, una verdadera Eva. Es una pena que el sentimiento jacobino, indiscriminado como es, no se empleara con un poco más

de celo en Carteret y nos salvara del problema que nos supuso rescatar a una víbora. ¿Puede creer que con una cara como esa, haya podido traicionar a su propio prometido?

Drinkwater vio como Hortense fruncía el ceño, no comprendía. Recordó al pobre De Tocqueville y su pasión no correspondida.

—¿Qué quiere decir? —preguntó—. Traicionar...

—No me tome el pelo, señora. Su amante, Santhonax, hizo que le clavarán una espada a De Tocqueville en Londres y usted lo sabe muy bien.

—No, no... Yo no sé nada de eso. —Durante un momento estuvo asimilando las noticias y después levantó la cabeza—. No les creo. Mienten... Mienten para protegerse, idiotas, ahora que su Armada ya ha quedado inutilizada por los valientes republicanos y que pronto vendrán los holandeses para prestar ayuda y todos sus barcos se unirán a los de Francia. Entonces la mayor flota del mundo estará bajo nuestro mando... —Sus ojos ardían con la convicción de alguien que había aguantado en la prisión gracias a esos pensamientos—. Incluso ahora me están perdonando para utilizarme para salir del apuro en el que están.

Drinkwater oyó a Dungarth, que estaba junto a él, comenzar a reírse.

—El motín de nuestra flota se acabó, señora —dijo Nathaniel en voz baja—. Y los holandeses no vendrán; su flota ha sido destruida.

—Ve —añadió Dungarth—, su plan ha fallado completamente. El control del Canal es nuestro e Irlanda está a salvo.

—Irlanda nunca está a salvo —exclamó Hortense, reavivado el brillo de sus ojos, que murió repentinamente cuando Dungarth respondió:

—Como tampoco lo está Santhonax.

Hortense emitió un grito ahogado de alarma, mirando de uno a otro y no encontrando ningún consuelo en las expresiones de sus captores.

—Está en Francia —dijo insegura.

—*Estaba* en Holanda, señora, pero el señor Drinkwater, aquí presente, lo hizo prisionero en la reciente batalla con la flota holandesa.

Ella abrió la boca para decir que la estaban engañando pero vio la verdad en sus ojos. Drinkwater no la estaba utilizando, Drinkwater no jugaba con las palabras y las intrigas. Le recordó explorando la herida de De Tocqueville, allí mismo, en esa misma estancia, un año antes. Eran un hombre de hechos, no de palabras y entonces supo que Santhonax había sido capturado, encerrado como ella misma por esos bárbaros ingleses.

—Y creo que su cara ha quedado muy desfigurada por culpa de una pica —dijo Dungarth distraídamente.

Tanto Dungarth como Drinkwater fueron a tierra en el bote. Sobre sus cabezas, la elevación del Mont Joli-Bois se distinguía en la noche, su cumbre envuelta en una leve niebla que la brisa arrastraba cerca de tierra. El mar estaba en calma bajo el poderoso arco del cielo.

La figura encapuchada permanecía cubierta para que no la vieran los remeros y sentada entre ambos hombres. Atracaron el esquife en la playa, Drinkwater cogió a Hortense en brazos, caminó por el agua hasta pisar tierra seca y finalmente la dejó sobre la arena.

—Aquí estáis, *madame* —dijo Dungarth significativamente—. Espero que no volvamos a vernos nunca.

Hortense miró a Drinkwater a los ojos en la oscuridad. Los suyos eran abiertamente hostiles contra ese indescriptible inglés que había capturado a su amante y desfigurado su belleza. Se volvió y se alejó caminando por la arena. Drinkwater la observó irse, ajeno a lo que hacía Dungarth junto a él hasta que vio el destello de la pistola.

—¡Milord! —Se quedó mirando fijamente a Hortense, sintiendo la mano de Dungarth que lo refrenaba para que no saliera corriendo. Ella se tambaleó y luego la vieron correr y perderse en la noche.

Él se quedó de pie, mirando fijamente a Dungarth a su lado. Tras él oyó a la tripulación del bote murmurando.

—No estaba cargada —dijo Dungarth—, pero así correrá más rápido. —Le sonrió a Drinkwater—. Vamos, vamos, Nathaniel, no se escandalice. Parece que ha conseguido medio seducirle incluso a usted. —Se rio para sus adentros—. Algunas veces, incluso un titiritero acaba tirando de la cuerda incorrecta.

Ambos se volvieron y caminaron en silencio de vuelta al bote.

Nota del autor

Las andanzas de Nathaniel Drinkwater durante el período que va de 1792 a 1797 están basadas en hechos históricos. Los cúteres eran requeridos para todo tipo de servicios y, según palabras del historiador contemporáneo William James, «los realizaban con toda eficacia, como el resto de los buques británicos, aunque se tratara de barcos de una clase tan insignificante».

Un hombre llamado Barrallier realmente escapó de Francia para pasar a construir barcos para la Armada Real británica. También, poco antes del fracaso del motín de Nore, ocho hombres desaparecieron en el bote de un barco; su destino sigue siendo un misterio. Durante el motín circularon historias terroríficas y descabelladas sobre unos misteriosos extraños que deambulaban por los caminos de Kent y se creía que el levantamiento popular francés estaba detrás de los problemas que surgieron en Nore.

Muchos de los personajes que aparecen en este relato existieron realmente: los almirantes, Warren y los famosos capitanes de fragata y comandantes de los barcos de Duncan, pero el capitán Schank se ha situado en esta época gracias a la imaginación del autor. El capitán Anthony Calvert y el piloto Jonathan Poulter sí destruyeron el sistema de boyas del Támesis para evitar que los amotinados escaparan.

La razón exacta por la que De Winter decidió hacerse a la mar es una cuestión que ha quedado sin resolver. Tanto su flota como el considerable número de tropas y cargueros que estaban con él en la isla de Texel estaban destinados a formar parte de una gran

expedición cuyo destino más probable parecía ser Irlanda. Wolfe Tone estuvo con De Winter durante parte de 1797, al igual que estuvo con De Galles en la bahía de Bantry el año anterior. También se ha sugerido que los holandeses se hicieron a la mar para destruir a Duncan, que se suponía que comandaba una fuerza inestable, o que lo hicieron para restaurar el prestigio holandés perdido. Pero De Winter se batió en retirada antes de llegar a establecer contacto con Duncan. Aunque lo cierto es que, cuando la batalla resultó inevitable, su flota luchó con gran ferocidad. Quizá el papel desempeñado por Drinkwater y Eduoard Santhonax en una campaña desastrosa para la flota holandesa explicaría parte de la tensión de aquel año desesperado.



RICHARD WOODMAN. Nació en Londres en 1944.

A los dieciséis años abandonó su ciudad natal para enrolarse a bordo de un buque. Desde entonces y hasta su retiro en 1997 no dejó de navegar en barcos de carga como el *Trinity House Service*.

Ha escrito más de cuarenta libros de los que aproximadamente la mitad son novelas, incluyendo las catorce de la serie de *Nathaniel Drinkwater*.

Notas

[1] El cúter se llama *Kestrel*, «cernícalo» en inglés. (N. de la T.) <<

[2] En francés en el original. Al desarrollarse la historia a caballo entre la costa francesa y la británica, en el original aparecen palabras aisladas y gran cantidad de nombres geográficos solamente en francés que se han respetado en la traducción. (*N. de la T.*) <<

[3] Según lo escribía Nelson. (*N. del A.*) <<

[4] La *Gaceta de Londres*, principal periódico de la época donde se narraban las hazañas navales de la Armada Real. (*N. de la T.*) <<

[5] En francés en el original. Literalmente *Estrella del Diablo*. (*N. de la T.*) <<

[6] Al igual que ocurría en la primera parte con los nombres geográficos en francés, aquí en la segunda el autor prefiere los topónimos en neerlandés; también se han respetado en la medida de lo posible en la traducción. (*N. de la T.*) <<

[7] *Speculator*. Especulador; *Black Joke*: Chiste negro. (*N. de la T.*)

<<

[8] También conocido como Camperdown. (*N. de la T.*) <<

[9] Hechos de los Apóstoles, capítulo 27, versículo 28: «Y echando la sonda, hallaron veinte brazas y pasando un poco más adelante, volviendo a echar la sonda, hallaron quince brazas». (*N. de la T.*)

<<

[10] Traducción literal del apellido del protagonista al francés: Drinkwater: *drink* (beber) + *water* (agua); Boireleau: *boire* (beber) + *l'* (el; en francés es necesario el artículo) + *eau* (agua). (*N. de la T.*) <<

Índice de contenido

Primera parte. El Canal de la Mancha

- Capítulo 1. La mano del titiritero
- Capítulo 2. Primera sangre
- Capítulo 3. Se alza el telón
- Capítulo 4. Un cazador cazado
- Capítulo 5. El incidente frente a Ouessant
- Capítulo 6. Un ataque nocturno
- Capítulo 7. Un buque insignificante
- Capítulo 8. El pendón negro
- Capítulo 9. El Estrella del Diablo

Segunda parte. El Mar del Norte

- Capítulo 10. El boticario
- Capítulo 11. La hora del juicio
- Capítulo 12. Una marea de motines
- Capítulo 13. Vientos de gloria
- Capítulo 14. Una insurrección en el cúter
- Capítulo 15. Kamperduin
- Capítulo 16. Tras el combate
- Capítulo 17. El titiritero

Nota del autor

Sobre el autor

Notas